SAN JERÓNIMO

Comentarios al libro de Job

Commentarii in Librum Job

SABBATISMUS

San Jerónimo (347–420)
Commentarii in Librum Job · Comentarios al libro de Job

Texto latino: dominio público.
Traducción, alineación y edición © 2026 Inversiones San Juan Diego (Sabbatismus). Licencia Creative Commons Atribución-CompartirIgual 4.0 Internacional (CC BY-SA 4.0).

Sabbatismus es la editorial de la fundación Inversiones San Juan Diego, San Pedro Sula, Honduras.
Compuesto en EB Garamond y Cinzel.
sabbatismus.com

Los comentarios sobre Job, que el editor veronés había añadido a los comentarios sobre los profetas mayores con el fin de ampliar el quinto tomo, los hemos trasladado aquí, para que nuestro tomo no excediera su justa medida, siguiendo por otra parte el orden bíblico.

Job, que se interpreta como 'doliente' o 'grande', llevó la figura de Cristo. Sus amigos, en cambio, representan la figura de los herejes, quienes, bajo el nombre de Cristo, blasfeman e impugnan a Cristo; en cambio, Eliú y Balaam [o, Baldad], presentan el tipo de los filósofos, porque, situados fuera, es decir, fuera de la fe, tienden insidias a la Iglesia de Dios. Pues estos se imponen a sí mismos nombres preciosos, como si ellos mismos fueran el oro de Dios, o sus principales vigilantes. Pues Elifaz en latín suena como 'el oro de mi Dios'. Bildad, 'principal', 'secretos antiguos [o de la antigüedad]'. Zofar, 'vigilante' o 'trompeta'. Pues estos, envanecidos porque por el bien de la naturaleza predicaban algunas cosas sabiamente, jactándose entre sí de severidad, son defensores de la mentira: porque hablan de Cristo no como conviene a su divinidad, sino como conviene a su propia impiedad.

CAPÍTULO I.

Hubo un varón en la tierra de Huz, de nombre Job.

Y era aquel varón sencillo y recto, y temeroso de Dios, y apartado del mal. Y le nacieron siete hijos y tres hijas. Y su posesión era de siete mil ovejas, y tres mil camellos, y quinientas yuntas de

bueyes, y quinientas asnas, y una familia muy numerosa. Y era aquel varón grande entre todos los orientales. Y sus hijos iban y celebraban banquetes por sus casas, cada uno en su día. Y enviando a llamar, convocaban a sus tres hermanas para que comieran y bebieran con ellos. Y cuando habían pasado en círculo los días del banquete, Job enviaba por ellos y los santificaba; y levantándose de madrugada, etc. Huz y Buz fueron hijos de Nacor, hermano de Abrahán, hijos de Melca, hermana de Sara, de cuya estirpe descendió Job. No como algunos sospechan falsamente, que fuera del linaje de Esaú (Jerónimo, Cuestiones sobre el Génesis). Pues Elifaz nace de Ada, mujer de Esaú, y reinó en Temán, de donde también fue llamado temanita. Temán, Idumea, Seir Daroma, Zebora, fue la región de Esaú. Habitó, pues, Job, varón grande, en la tierra de Huz, que se interpreta como *consejera*. Pero también Elcaná, que se interpreta como *posesión de Dios*, padre del santísimo profeta Samuel, es llamado un solo hombre: pues no era llevado de un lado a otro, móvil e inestable, por diversas cosas, sino que, permaneciendo firme e inconcuso, era un solo hombre; y por eso moraba en el monte Efraín, el *fructífero*. Es decir, en la alta contemplación de las virtudes, para que la sublimidad de su mente no fuera derribada, ni su unidad dividida, por ninguna agitación subyacente y circundante de los vicios. Por tanto, se dice que este gran y egregio varón Job habitó en la tierra de Huz, que se interpreta como *consejera*. Pues la tierra de su carne no vencía a su alma, sino que hacía todo

por el consejo de su alma imperante; de donde él mismo dice: *Hice un pacto con mis ojos, para no pensar siquiera en una virgen*. Por consiguiente, su hombre interior y exterior hicieron entre sí este consejo y pacto: que la tierra, es decir, su carne, obedeciendo, se convirtiera en consejera del espíritu, para que la iniquidad no dominara en ella. Y porque el varón, según el testimonio divino, era sencillo, habitando en la casa: sobresalía en estas cuatro virtudes: prudencia, justicia, fortaleza, templanza.

Ofrecía holocaustos por cada uno. Pues decía: No sea que acaso hayan pecado mis hijos, y hayan maldecido a Dios en sus corazones. Así hacía Job todos los días. Pero cierto día, cuando vinieron los hijos de Dios para presentarse ante el Señor, también Satanás se presentó entre ellos. A quien dijo el Señor: ¿De dónde vienes? El cual, respondiendo, dijo: He rodeado la tierra y la he recorrido. Y le dijo el Señor: ¿Acaso has considerado a mi siervo Job, que no hay otro como él en la tierra, hombre sencillo y recto, temeroso de Dios y apartado del mal? A lo cual, respondiendo Satanás, dijo: ¿Acaso Job teme a Dios en vano? ¿No lo has protegido a él, a su casa y a toda su hacienda por todas partes? Has bendecido las obras de sus manos, y su posesión ha crecido en la tierra. Pero extiende un poco tu mano y toca todo lo que posee, y verás si no te bendice en tu cara. Dijo, pues, el Señor a Satanás: He aquí, todo lo que tiene está en tu mano; solamente no extiendas tu mano contra él. Y salió Satanás de la presencia del Señor. Y aconteció que un día, comiendo y bebiendo vino sus hijos y sus

hijas en casa de su hermano primogénito, vino un mensajero a Job, que le dijo: Los bueyes estaban arando, y las asnas paciendo junto a ellos, y cayeron sobre ellos los sabeos y se lo llevaron todo, e hirieron a los siervos a filo de espada; y solamente escapé yo para darte la noticia. Aún estaba éste hablando, cuando vino otro y dijo: Fuego de Dios cayó del cielo, y consumió las ovejas y a los siervos; y escapé yo solo para darte la noticia. Todavía estaba éste hablando, cuando vino otro y dijo: Los caldeos hicieron tres escuadrones, e invadieron los camellos y se los llevaron; también hirieron a los siervos a filo de espada, y yo solo escapé para darte la noticia. Aún hablaba aquél, y he aquí que entró otro y dijo: Estando tus hijos y tus hijas comiendo y bebiendo vino en casa de su hermano primogénito, de repente un viento vehemente irrumpió desde la región del desierto y sacudió los cuatro ángulos de la casa, la cual, cayendo, aplastó a tus hijos, y murieron, y yo solo escapé para darte la noticia. Por sus hijos, a quienes gobernaba de tal modo que imploraba la clemencia divina con asiduos sacrificios, no tanto por los crímenes presentes como por los pecados ocultos en el corazón, que también pueden escapar al conocimiento de los hombres. En verdad, el privilegio de ofrecer sacrificios correspondía a los primogénitos, o especialmente a los reyes: a saber, por la excelencia de la sabiduría o la nobleza del linaje. Y puesto que hemos dicho que Job representa la figura de Cristo, veamos ahora qué significa la tierra de Huz en Cristo. Por esta tierra, entendemos al verdadero hombre asumido de

María, la cual es llamada *consejera* porque el Hijo de Dios la asumió, pues por la divinidad del que asume, habitan en ella los tesoros escondidos de la divina sabiduría y ciencia; la cual unió a sí mismo con una conexión tan indisoluble que él mismo es un solo Hijo de Dios en la Trinidad. En verdad, los siete hijos nos parecen significar la séptuple gracia del Espíritu Santo; y las tres hijas, la Ley y la Profecía, y el Evangelio. Nombra a las ovejas como el pueblo de Cristo, por su inocencia, que han depuesto la inmundicia de los pecados en el bautismo. En los camellos, en cambio, muestra la perversidad de los gentiles, que vienen a Cristo con las cargas de sus crímenes y sus tortuosos sentidos. En los bueyes, que son animales limpios, el pueblo judío. Pero en las asnas, un rebaño inmundo, demostró al pueblo gentil. De donde dice Isaías: *El buey conoce a su dueño, y el asno el pesebre de su señor*: es decir, porque tanto los judíos en parte como los gentiles reconocieron la natividad de Cristo en la carne; y se acercaron al pesebre del altar del Señor como animales limpios a través del Bautismo; quizás a esto se refiere aquel pasaje del Evangelio: *Porque mi yugo es suave, y mi carga es ligera*. En el yugo, significó a los judíos; en el asno, al que más pertenece la carga, a los gentiles, como dijimos antes. Cristo es llamado grande entre todos los orientales, según aquel pasaje: *Te ha ungido Dios, tu Dios, con óleo de alegría más que a tus compañeros*. En verdad, el número de los animales está consagrado en siete y tres mil, y en quinientos. Pues el siete, según la autoridad

de las Escrituras, significa una cierta plenitud de misterio sagrado: como allí, siete espíritus, siete candelabros, siete Iglesias. En tres mil, sin embargo, puede entenderse: el alma y el cuerpo y el espíritu, o la ciencia de la triple doctrina en las sagradas Escrituras, o el sacramento de la bienaventurada Trinidad: por el hecho de que toda la multitud de los creyentes, caminando una jornada de tres días, desea llegar a la perfección de la eternidad. En verdad, quinientos, que surgen de cinco, multiplicados por cinco hacen cincuenta y cinco, significan que, cumplidas las fragilidades de la edad resbaladiza, se ha pasado a un hombre perfecto; y por diez veces cinco llegan a cincuenta, así por diez veces cincuenta ascienden a quinientos. Del mismo modo, toda la Iglesia, que figura la columna y el fundamento de la verdad de Cristo: en la cual nuestros sentidos reciben o la purificación o la remisión de los pecados: porque en este número no solo se declara la remisión de los pecados, sino también la venida del Espíritu Santo. En verdad, los hijos de Dios deben entenderse como ángeles o santos, que por el don de la gracia del Espíritu Santo son llamados Hijos de Dios. Entre éstos, por tanto, se dice que el diablo está presente: porque con el permiso de Dios, a menudo se atreve a tentar a los santos. ¡Qué admirable la concordia tan fraterna de los hijos de Job! Pero como hemos mostrado que Job representa la figura de Cristo, decimos más adelante que éstos, en sentido figurado, son las siete gracias de la Iglesia, que participan en el banquete espiritual de los sacramentos, teniendo

la Ley, la Profecía y los Evangelios como tres hermanas consigo, se sacian con los manjares de la inteligencia de las divinas palabras. En la ruina de la casa, que aplastó a los hijos de Job, muestra la persecución o la crueldad de los antiguos príncipes de los reinos contra la Iglesia. Pero el que permaneció solo para anunciarlo indica la rareza de los propios perseguidores. Los sabeos se interpretan como *cautivos*, y los caldeos como *casi demonios*: pues estos cautivos de los demonios impugnan a la Iglesia; éstos no sólo ahuyentan los rebaños del Señor donde pueden, sino que también los consumen con su fuego, que mienten ser del cielo, mediante herejías o la perversidad de la superstición. También las presencias violentas de los reyes, a semejanza de un viento violentísimo, sacuden la casa de Cristo, confirmada por los cuatro Evangelios como por ángulos: para que los mencionados siete hijos y tres hijas perezcan juntamente con la casa misma.

Entonces se levantó Job, y rasgó sus vestiduras, y rapada su cabeza, postrándose en tierra, adoró y dijo: Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo volveré allá. El Señor dio, y el Señor quitó: como agradó al Señor, así se ha hecho: sea el nombre del Señor bendito. Se levantó para la tolerancia de la paciencia. Pues también Job, es decir, Cristo, se levantó para dar paz a la Iglesia, para que el gesto significara venganza. Y rasgó sus vestiduras: separó a los fieles de los infieles. Se postró en tierra, cuando se despojó a sí mismo de la forma de Dios hasta la forma de siervo. Desnudo salió del vientre de su madre,

es decir, no manchado con ninguna suciedad del pecado original. En la persona del hombre, dice: *El Señor dio, y el Señor quitó*. El Padre dio a los buenos en herencia, y excluyó a los malos del reino de su Hijo.

En todo esto no pecó Job con sus labios, ni dijo cosa alguna necia contra Dios. Esto dice: porque la Sabiduría del Padre no pudo hablar neciamente, ni el Cordero inmaculado pudo cometer pecado.

CAPÍTULO II.

Y aconteció que un día, cuando vinieron los hijos de Dios y se presentaron ante el Señor, vino también Satanás entre ellos y se presentó ante su vista, y el Señor dijo a Satanás: ¿De dónde vienes? El cual, respondiendo, dijo: He rodeado la tierra y la he recorrido. Y dijo el Señor a Satanás: ¿Acaso has considerado a mi siervo Job, que no hay otro como él en la tierra, varón sencillo y recto, temeroso de Dios y apartado del mal, y que aún retiene su inocencia? Tú, en cambio, me has incitado contra él, para afligirlo sin motivo. A lo cual respondió Satanás y dijo: Piel por piel, y todo lo que el hombre tiene lo dará por su vida; de lo contrario, extiende tu mano y toca su hueso y su carne, y entonces verás que te bendecirá en tu cara. Dijo, pues, el Señor a Satanás: He aquí, está en tu mano; pero respeta su vida. Salió, pues, Satanás de la presencia del Señor, e hirió a Job con una úlcera malignísima desde la planta del pie hasta su coronilla; y él, con un trozo de teja, se rascaba la podre, sentado en un estercolero. Y le dijo su

mujer: ¿Aún persistes en tu sencillez? Bendice a Dios, y muérete. Y él le dijo: Has hablado como una de las mujeres necias. Si hemos recibido los bienes de la mano del Señor, ¿por qué no hemos de soportar los males? En todo esto no pecó Job con sus labios. Así pues, al oír los tres amigos de Job todo el mal que le había sobrevenido, vinieron cada uno de su lugar: Elifaz de Temán, Bildad de Súaj y Zofar de Naamat. Pues se habían puesto de acuerdo para venir juntos a visitarlo y consolarlo. Y cuando alzaron sus ojos desde lejos, no lo reconocieron. No porque Dios lo ignore; sino para enseñarnos qué respondió Satanás, que se interpreta como adversario.

Y exclamando, lloraron; y, rasgadas sus vestiduras, esparcieron polvo sobre su cabeza hacia el cielo. Y se sentaron con él en tierra durante siete días y siete noches, y nadie le dirigía la palabra. Pues veían que su dolor era muy intenso. Pues también todos los herejes dicen ser amigos de Cristo, y se glorían de haber sido redimidos por su sangre. Y después se convierten en enemigos suyos, al atacar a su Iglesia. Pero el que, viendo su llaga, rasgaran sus vestiduras y echaran polvo sobre su cabeza, significa a aquellos herejes que creen que Cristo es Dios en la gloria celestial, pero no creen en la encarnación y la pasión; sino que, ofendidos por sus oprobios y su humillación, prorrumpiendo en blasfemias, rasgan la fe y se apartan de la unidad del cuerpo. Y echando polvo sobre sus cabezas, con un sentido terreno y muerto, cubren y abruman sus propios corazones. También, durante todo el tiempo de su vida, que

se contiene en los siete días y noches, condenan su propia boca indigna de la confesión divina con la muda maldad de la infidelidad, y será cerrada la boca de los que hablan iniquidades.

Después de esto, abrió Job su boca y maldijo su día, y habló diciendo: Perezca el día en que nací, y la noche en que se dijo: Ha sido concebido un hombre. Que aquel día se convierta en tinieblas.

Después de esto, como dice el escritor de esta historia, a quien la tradición considera ser Moisés, abrió Job su boca y maldijo su día, diciendo: Perezca el día en que nací, y la noche en que se dijo: Ha sido concebido un hombre. Job, que llevaba en sí una prefiguración del Salvador, lamentó la mortalidad del género humano, la cual fue infligida al hombre por la justa sentencia de Dios a causa del pecado. Perezca el día en que nací: que por Cristo retorne la inmortalidad que Adán perdió por la culpa de la prevaricación, y que se aleje de mí la muerte, que contraje por la falta de otro. Y Jeremías: Maldito el día en que nací. De donde a nadie le cabe duda de que todos ellos detestan la prevaricación de Adán. Espiritualmente, por tanto, el día con su noche pueden entenderse como el diablo y la mortalidad: no porque sea día, sino porque lo fue cuando permanecía con Dios, de quien, al apartarse, se hizo noche, o porque a los impíos y pecadores, que gozan en esta prosperidad y felicidad, les parezca ser día. De donde se dice:

A los impíos les será quitada su luz. No lo requiera Dios desde lo alto. Esto es, que no se haga memoria de él ante Dios para bien.

Y no sea iluminado con la luz. De la cognición de Dios, o de la penitencia.

Oscurézcanlo las tinieblas y la sombra de la muerte. Las tinieblas son los pecados y la envidia.

Ocúpelo la niebla, y sea envuelto en amargura. Esto es, la ceguera del corazón.

Aquella noche la posea un tenebroso torbellino. Porque provoca a Dios a la amargura, así como sus otros satélites: apresado por el furor de la ira de Dios, sea rodeado y envuelto por todos los males. Aquella noche la posea un tenebroso torbellino: esto es, el diablo, que quitó al hombre el día de la felicidad y, turbulento, introdujo la noche de una vida inquieta.

No sea contado en los días del año. Por año se entiende a Cristo, que todo lo revuelve y contiene en sí. Por tanto, en los días de este año, no sea contado el diablo: esto es, no sea unido al número de los santos.

Ni sea numerado en los meses. En este lugar, entendemos rectamente por meses a los santos apóstoles, quienes, como árboles del paraíso, producen los frutos espirituales de la Iglesia.

Sea aquella noche solitaria, y no digna de alabanza. A saber, por la predicación de los apóstoles, donde se reconoce el día de la salvación, que Abraham vio y se alegró.

Maldíganla los que maldicen el día: los que están preparados para suscitar al Leviatán. Ciertamente, los santos maldicen con detestación el día de la prevaricación de su muerte: quienes, al no servir a los vicios, suscitan contra sí al dragón, a saber, al enemigo fortísimo.

Oscurézcanse las estrellas con su niebla. A saber, que los pecadores, que en la noche creen brillar con las riquezas y el honor del siglo, sean retenidos en la niebla de la ceguera y, por su merecido, no vean la luz del Evangelio.

Espere la luz, y no la vea. Ni la noche de la prevaricación y de la muerte, en la que el diablo tiene su reino, puede conocer la luz de Cristo Redentor; ni aquellos que en ella nacen, a no ser que, renacidos por el bautismo, la hayan destruido.

Ni el nacimiento de la aurora naciente. Significó la resurrección de Cristo: de donde, en el salmo, se llama la vigilia matutina.

Porque no cerró las puertas del vientre que me llevó: ni apartó los males de sus ojos. ¿Por qué no morí en el seno materno? ¿Por qué, salido del útero, no perecí al instante? ¿Por qué fui recibido en las rodillas? ¿Por qué fui amamantado en los pechos? En su propia persona, lamenta las miserias del género humano: por qué, destinado a morir de nuevo, ha de padecer los males de esta vida: ¿por qué la misma muerte no extinguió al mortal en el útero?

Pues ahora, durmiendo, callaría, y en mi sueño descansaría con los reyes y cónsules de la tierra, que se edifican soledades: o con los príncipes que poseen oro, y llenan sus casas de plata. Los príncipes, y reyes, y cónsules, aunque en el infierno padecen las sordideces tartáreas, sin embargo, ahora no sienten tormentos en sus cuerpos. Hubiera querido que su muerte me llegara en esta condición.

O como un aborto escondido no subsistiría, o como los que, concebidos, no vieron la luz. De varios modos y con ejemplos dice que no debía haber padecido aquellos castigos en los que se encontraba. ¿Por qué no morí en el seno materno? Y luego dice: Mas ahora, durmiendo, callaría, y en mi sueño descansaría con los reyes y cónsules. Quizás es un ejemplo contra aquellos que dicen que no resucitarán sino los que hayan nacido según el orden. Pues si los concebidos mueren en el útero, es necesario, porque estuvieron vivos: y todo lo que muere, sin duda resucitará. Así, lo que estuvo en los miembros y vivió, y que la naturaleza dio de menos, esto será reparado íntegramente por la resurrección: pues así la restauración del género humano para mejor devolverá entero lo que la naturaleza había defraudado. Dice también que los abortos, que en la naturaleza humana están degenerados, son ajenos a las penas, los cuales se edifican para sí soledades más que casas. Pues el diablo habita en las ciudades desoladas y en las casas desiertas. No teniendo a Dios como huésped, y poseen oro, como son los filósofos y otros sabios de este mundo, el fulgor del buen ingenio y el esplendor de la elocuencia.

Allí los impíos cesaron del tumulto. Sin duda, en el infierno. Y como tradujeron los Setenta, allí los impíos depusieron su furor, esto es, la arrogancia y la soberbia, junto con la crueldad de los que se glorían en este siglo, es humillada en el infierno.

Y allí descansaron los cansados de fuerza. Como dice otra traducción: allí descansaron los

fatigados de cuerpo: liberados ciertamente de la opresión y la miseria, y también del trabajo de este mundo.

Y los que en otro tiempo estuvieron atados, están juntos sin molestia. Dice que los vencedores y los en otro tiempo vencidos habitan juntos en el infierno, pero sin injuria ni molestia para los atados: no como aquí, donde, además de las penas, los hombres son obligados por la cautividad o la dura servidumbre, y también por otras diversas calamidades, por el dominio y la injusticia de los inicuos.

No oyeron la voz del capataz. No temen las órdenes de los que mandan o de los que exigen inicuamente.

Pequeño y grande están allí, y el siervo es libre de su señor. ¿Por qué se da luz al miserable, y vida a los que están en amargura de alma? Los que esperan la muerte, y no viene, como si excavaran un tesoro: y se alegran vehementemente cuando han encontrado el sepulcro. Siendo así, pues, como veo, que en el infierno hay igualdad de personas, y nadie teme la dominación de otro: ¿por qué a mí, miserable, se me ha dado esta luz, y una vida semejante a la de aquellos que están en amargura de su alma, cuando son mejores las prisiones de los infiernos que la miserable vida de este mundo, llena de tormentos: donde, por la angustia, los hombres buscan la muerte, y con gran deseo esperan que venga? Usó un ejemplo egregio, diciendo: Como si excavaran un tesoro, porque ciertamente se regocijan, cuando han encontrado su deseada sepultura.

A un hombre cuyo camino está escondido; y Dios lo ha rodeado de tinieblas. Dice de sí mismo: Así, pues, caminaba yo en los mandamientos de Dios, creyendo que el fruto de mi justicia me respondería; pero el mérito de mi vida está escondido, y por esto he sido rodeado por las tinieblas de los castigos: de modo que aquel bien me ha sido sustraído, y este mal añadido. Pero que haya llamado a las penas con el nombre de tinieblas, oye lo que sigue:

Antes de comer, suspiro, y como aguas que se desbordan, así es mi rugido. Entre los demás tormentos, también esta enfermedad le había infligido el diablo, enfermedad que los médicos llaman bolimiodes, la cual se dice que tiene tal pena, que el enfermo es atormentado antes de la comida, y después de la comida tiene dolores incesantes. De donde dice: Como aguas que se desbordan, así es mi rugido.

Porque el temor que temía me ha sobrevenido. Pues temía ofender a Dios pecando, y que Él, ofendido, ejerciera sobre mí la ira de su justicia. Pero, ¿de qué sirvió guardarse de los pecados, cuando soy atormentado como reo de todos los pecados? Sigue:

Y lo que temía, sucedió. Con otras palabras repite lo mismo que había dicho antes. Para confirmación de lo dicho, suelen repetirse tales cosas en las Escrituras. No dice esto con arrogancia, para hacer injuria a Dios, sino que habla libremente por el mérito de su conciencia.

¿Acaso no disimulé? No devolviendo a los que me devolvían males.

¿Acaso no callé? Para no delinquir con mi lengua, puse a mi boca una guarda.

¿Acaso no descansé? Sabiendo que cuando Dios se levantó en juicio, salvaría a todos los mansos de la tierra.

Y vino sobre mí la indignación. Por indignación en este lugar dice la mole de plagas, que refiere haber caído sobre él, por cuyo peso y dolores gime estar abrumado; puesto que él mismo era, como dice arriba, castigado con enfermedades; penas que en lo siguiente se llaman saetas: como dice: Las saetas del Señor están en mí, cuya indignación consume mi espíritu; o, como dice otra traducción, consume mi sangre. Y propiamente, por saetas pueden entenderse los gusanos, porque por sus incesantes aguijones era punzado: como el mismo Job dice: Y los que comieron, no duermen. A los cuales el diablo hacía más ávidos para comerlo, y ellos, como indignados e iracundos, así cavaban su carne con sus mordiscos, que cual saetas penetraban las partes interiores de sus vísceras. Aquí termina donde Job maldijo el día de su nacimiento.

Respondiendo entonces Elifaz temanita, dijo: Si empezamos a hablarte, quizás lo tomes a mal. Pero, ¿quién podrá retener una palabra ya concebida? Por tanto, emite las palabras concebidas para injuria del que oye, y dice así:

He aquí que has enseñado a muchos. Es decir, con tu habilidad y bondad has apartado a muchísimos de sus errores.

Y has fortalecido las manos cansadas. Tus palabras han confirmado a los vacilantes, y has

confortado las rodillas temblorosas. Pero ahora ha venido sobre ti una plaga, y has desfallecido; te ha tocado, y estás turbado. ¿Dónde está tu temor, tu fortaleza, tu paciencia y la perfección de tus caminos? Estas cosas, por tanto, se dicen al santo Job con irrisión, y tienen este sentido: si hubieras hecho estas cosas que he dicho, nunca habrías caído en males tan grandes para ejemplo de los mortales, porque sabemos que Dios, creador de todas las cosas, es bueno y justo.

Recuerda, te lo ruego: ¿quién que fuera inocente pereció jamás, o cuándo fueron aniquilados los rectos? Más bien, he visto que aquellos que obran la iniquidad, y siembran dolores, y los cosechan, han perecido por el soplo de Dios, y han sido consumidos por el espíritu de su ira. Por tanto, ¿ignoras que el inocente Abel fue asesinado en el principio, y que el patriarca Abraham estuvo en peligro por causa de su esposa? Y no discerniendo estas cosas, das una sentencia general, de modo que mientras unos hombres son azotados por el Señor para ser enmendados, y otros para ser probados, de los cuales este es uno, ¿por qué le reprochas el castigo como si fuera un reo? Más bien, que aquellos que obraban la iniquidad perecieron por el soplo de Dios: es decir, como si por la sentencia de un juez fueran arrebatados de la esperanza de la vida eterna por un viento vehementísimo.

El rugido del león, y la voz de la leona, y los dientes de los cachorros de león han sido quebrantados. En el rugido y la voz de la leona, quiso significar la ferocidad del depredador.

El tigre ha perecido porque no tenía presa, y los cachorros del león han sido dispersados. Además, una palabra oculta me fue dicha. En el tigre describe su velocidad para despojar a los hombres y tomar presa de ellos, cuyos cachorros, semejantes a él, también son dispersados y muertos. En otra edición, en lugar de tigre, [se lee] mirmicoleón, es decir, hormiga-león, al que más verdaderamente llamaríamos diablo: quien, cuando hace presa de los Santos como de cosas mayores, ha de ser considerado un león; pero cuando busca arrebatar las cosas más pequeñas, ha de ser llamado hormiga. Y porque así como la hormiga se lleva los granos de la era, así él se lleva los buenos pensamientos de los corazones de los hombres.

Y mi oído recibió como a hurtadillas las venas de su susurro. En el horror de una visión nocturna, cuando el sopor suele apoderarse de los hombres, el pavor y el temblor se apoderaron de mí, y todos mis huesos se aterraron. Y al pasar un espíritu en mi presencia, se erizaron los pelos de mi carne. Se detuvo alguien, cuyo rostro no reconocía, una imagen ante mis ojos, y oí una voz como de una brisa suave. ¿Acaso el hombre será justificado en comparación con Dios, o será el varón más puro que su hacedor? Es decir, secretamente al oído de mi corazón, la fuerza de la sentencia penetró como por un cierto soplo.

He aquí que los que le sirven no son estables, y en sus ángeles encontró maldad. Cuánto más los que habitan casas de barro. Se dice ciertamente del diablo, que en otro tiempo fue un ángel santo,

que no permaneció en la verdad, y que por su propia voluntad cayó de aquella sublimidad angélica; pero, sin embargo, no es inmediatamente general que, así como en él, también en todos los ángeles se encuentre maldad, que es el pecado. Pues toda naturaleza creada, sin duda, es capaz de pecar, como se manifestó en el ángel de quien hablé, porque no permaneció en la verdad; sin embargo, por el don y la gracia de su creador, han pasado de tal modo al amor de su caridad que ya ni quieren pecar, ni pueden.

Los que tienen un fundamento terrenal serán consumidos como por la polilla. Si nuestros cuerpos son casas de barro, ha de creerse que el fundamento de nuestras casas es esta vida temporal, la cual, una vez sustraída, las casas de barro se derrumban en la muerte.

De la mañana a la tarde serán talados, y porque nadie entiende, perecerán para siempre. Y los que queden, les serán arrebatados: morirán, y no en sabiduría. En un solo día, ha mostrado toda la vida de los hombres, que florece en el mundo. Florece en los pequeños, se fortalece en los jóvenes y se robustece en la edad madura; en los ancianos, es como en los frutos, y finalmente se consume en la decrépita vejez, a la que aquí llamó tarde. De donde aquello en el salmo: Por la mañana pase como la hierba, y lo demás: cae en la muerte, se endurece en cadáver.

CAPÍTULO V.

Llama, pues, a ver si hay quien te responda, y vuélvete a alguno de los santos. Al necio lo mata

la ira, y al pequeño lo consume la envidia. Yo he visto al necio de raíz firme, y he maldecido al punto su hermosura. Lejos estarán sus hijos de la salvación, y serán oprimidos en la puerta, y no habrá quien los libre. Llama necio al que se gloría de sus propios méritos. Pero aquí llama hermosura con el nombre de falsa felicidad: la cual ha de ser maldecida y execrada, porque a ella le sigue la ruina sempiterna.

Su mies la comerá el hambriento, y el armado se la arrebatará, y los sedientos beberán sus riquezas. Nada en la tierra sucede sin causa, y del suelo no brotará el dolor. Los sedientos, los hambrientos y los armados pueden entenderse como el diablo y los suyos, que reciben de Dios potestad para devastar a los inicuos; o los que tienen sed de la muerte de los hombres, es decir, de todo bien de la naturaleza, y lo que se ha dicho con el nombre de riquezas es absorbido por ellos como una copa apurada; o los hombres inicuos, que oprimen a sus súbditos.

El hombre nace para el trabajo, y el ave para el vuelo. Por lo cual, yo rogaré al Señor, y a Dios dirigiré mi palabra. Es decir, el trabajo amonesta [variante: espera] al hombre, para que, castigado de todos los vicios, proceda.

El que hace cosas grandes e inescrutables, y maravillas sin número. El que da la lluvia sobre la faz de la tierra, y riega con aguas el universo. El que pone a los humildes en lo alto, y levanta a los afligidos con la salvación. Como en el Hijo de Dios, el hombre Cristo es Dios, y por él la Iglesia.

El que disipa los pensamientos de los malignos, para que sus manos no puedan cumplir lo que habían comenzado. A saber, de los judíos, que pensaron extinguir a Cristo y borrar su nombre de la tierra. O, en el caso de los mártires, disipó los pensamientos de los perseguidores que se oponían a la Iglesia, como los de Herodes en el caso de Pedro. Y de otro modo: Sus manos no cumplen lo que quieren, porque unos de ellos son liberados por un tiempo, mientras que otros son introducidos por la puerta de la muerte a la vida, y a estos y a aquellos salvará Dios. A los unos, liberándolos abiertamente; a los otros, coronándolos secretamente.

El que prende a los sabios en su propia astucia, y disipa el consejo de los malvados. Es decir, convenciendo a los filósofos, o a los judíos, con la doctrina apostólica, y reduciendo sus errores a la nada.

De día tropezarán con las tinieblas. Era de día entre los judíos, que se gloriaban de su reino, sacerdocio, ley, y también de la religión de un solo Dios: pero al no creer en Cristo, cayeron en las tinieblas de la perfidia.

Y palparán a mediodía como si fuera de noche. Ciertamente, de su propia prosperidad, la cual, siendo mayor de lo habitual con el esplendor de la vana gloria que rodea a los afortunados de este mundo, por la que se creían fortalecidos con larga seguridad para poseerla hasta el atardecer de su vida: en una súbita tribulación, que se llama con el nombre de noche, en un estupor desmedido, constreñidos en la angustia y sobrecogidos por el

temor a la muerte, se dice que andan a tientas, perdidos ciertamente de consejo, sin saber qué hacer.

Además, salvará al necesitado de la espada de su boca, y al pobre de la mano del violento. A Cristo de las blasfemias de los judíos: porque su lengua fue una espada afilada, diciendo: Crucifícalo.

Y habrá esperanza para el necesitado, pero la iniquidad cerrará su boca. Bienaventurado el hombre a quien el Señor corrige. No rechaces, pues, la reprensión del Señor: porque él hiere y él cura; él golpea y sus manos sanarán. En seis tribulaciones te librará, y en la séptima no te tocará el mal. En el hambre te rescatará de la muerte. Muestra la virtud de la resurrección de Cristo.

Y en la guerra, de la mano de la espada. Pero veamos, no sea que acaso llame espada al pecado, que lucha contra el alma del hombre para derribarla cuando le consiente. Que el pecado es llamado con el nombre de espada por el profeta, como dice: Si el centinela viera venir la espada.

Del azote de la lengua te esconderás, y no temerás la calamidad cuando venga. Si te has convertido a Dios, las espadas de las palabras, lanzadas por la lengua, no penetran en tu interior, y no temerás las calamidades o los males que Dios inflige a los pecadores.

En la desolación y el hambre te reirás. Te reirás, dijo, por te exultarás, y te alegrarás, y estarás contento, cuando veas a otros afligidos por el hambre, ya sea presente o incluso intelectual.

Y no temerás a las bestias de la tierra. Esta es la séptima y última tribulación. Las bestias de la tierra pueden entenderse como aquellos animales que carecen de razón, a los que se les da poder para devorar a los hombres; y los hombres malos son llamados bestias, por tener costumbres similares a las de las bestias, contra las cuales el Apóstol dice haber luchado en Éfeso. Por tanto, dice, no temerás este mal, cuando, corregido por el Señor, hayas entrado en el camino de la enmienda.

Sino que tu pacto será con las piedras de la región. Por metáfora, llamó piedras a los hombres estables y tranquilos, que son ciertamente los justos y los santos: pues estos son firmes en Dios como piedras, establecidos en diversas regiones. Con estos, pues, tendrás un pacto de sólida caridad, de modo que la tribulación nunca pueda arrancarte de ellos.

Y las bestias de la tierra estarán en paz contigo. Es decir, hombres que antes eran feroces y malos, hechos inocentes como ovejas; conservando, sin embargo, su antiguo nombre, como se dice de Mateo el evangelista: Mateo el publicano.

Y sabrás que tu tabernáculo tiene paz. De todas estas cosas por las cuales tu tabernáculo, o morada, o la casa de tu cuerpo, es atacado como por enemigos.

Y visitando tu propia hermosura, no pecarás. Dice esto: Te pido, oh Job, que presentes la hermosura de tu propio ser como digna de la visitación divina: y con el nombre de la morada y del morador, significó al hombre total e íntegro.

Y sabrás que tu descendencia será múltiple, y tu prole como la hierba de la tierra. Espiritualmente, podemos entender que esto se dice de todos los santos, que tienen hijos en las buenas obras. Tales hijos, concebidos por la semilla de los pensamientos, nacen en obras, y los santos se glorían en la multitud de esta generación: porque quisieron agradar a Dios con tales hijos más que con los carnales. Pudo, pues, Elifaz, como dando un consejo a Job, decir así: Si te conviertes a Dios, de modo que te arrepientas de tus obras antiguas, abundarás en las virtudes de tu corazón, como en semillas. De las cuales podrás procrear buenas obras, como hijos de santidad: de modo que la prole de tus obras se compare a la multitud de las hierbas que verdean, cuyas raíces, si las tienes fijadas por la esperanza en tu corazón, tu tierra germinará flores con frutos.

Entrarás en la abundancia al sepulcro, como se recoge un montón de trigo a su tiempo. Consumados tus años en edad avanzada, y lleno de días, serás puesto en el túmulo y descansarás, para que en el tiempo del justo juicio de Dios, seas hallado purgado de las más pequeñas y leves inmundicias de los pecados: así como el trigo que se amontona en la era.

He aquí que esto es así como lo hemos investigado; lo que has oído, medítalo en tu mente. Dice esto: Sabe que todo lo que te he dicho, habiendo sido diligentemente investigado, es verdadero, lo cual tú mismo debes percibir en tu corazón para tu propia enmienda.

CAPÍTULO VI.

Respondiendo, pues, Job, dijo: Ojalá se pesaran mis pecados, por los que merecí la ira, y la calamidad que padezco, en una balanza: esta parecería más pesada que la arena del mar. Por lo cual también mis palabras están llenas de dolor. Decís que padezco estas cosas por causa de mis pecados: por lo cual querría que mis pecados se pesaran contra esta calamidad que padezco, y al instante veríais que esta misma calamidad, como la arena del mar, pesaría más que los merecimientos de estos pecados.

Porque las saetas del Señor están en mí, cuya indignación consume mi espíritu, y los terrores del Señor militan contra mí. Aquí puede verse que anteriormente llamó a los gusanos con el nombre de saetas, por los cuales entonces era incesantemente punzado y no se le permitía hablar: no porque los gusanos tuvieran tal sentido como para hacer esto por su propio juicio, sino por permiso de Dios, desde el poder del adversario, para que fueran más agudos, eran incluso impulsados por sus mismos movimientos, como las langostas, las moscas y las ranas en Egipto. En cuanto a lo que dijo: Los terrores del Señor militan contra mí, puede entenderse al diablo mismo con los suyos: quien, habiendo aplicado tormentos para abatir a Job y para que perdiera su inocencia y santidad, además amenazaba con terrores: lo que también muchos perseguidores, ministros del diablo, quisieron hacer a los santos mártires. Rodearon en derredor mi tabernáculo. He aquí

que aquí manifiesta claramente que el diablo y los suyos militaban fieramente como enemigos y adversarios; pues estos espíritus malignos reciben poder de diversos modos: para la condenación de unos, la enmienda de otros y la prueba de otros; quienes por sus costumbres o ministerio son llamados malos, o terrores, o también ladrones. Todo lo entregó en sus manos, es decir, de los saqueadores. Todo lo que tenía, ciertamente, ya fueran mis hijos o mi hacienda: así como también a mí mismo me entregó Dios en manos del diablo, o de sus satélites.

¿Acaso rebuzna el onagro cuando tiene hierba, o muge el buey cuando está ante un pesebre lleno? Pues así como ellos, cuando abundan en pasto, no emiten ninguna voz de queja, por así decirlo, para protestar por la falta de pasto: de modo semejante, dice, también yo, si tuviera paz y quietud en lugar de guerra en mis miembros y en mi alma, no proferiría ningún discurso amargo o áspero.

¿O podrá comerse lo insípido, que no está sazonado con sal? Así como la razón natural no permite que se coma algo insípido, así yo no he hecho nada insípido, nada necio contra Dios, nada que no estuviera sazonado con la sal de la fe.

¿O puede alguien gustar lo que, gustado, trae la muerte? Pues al alma hambrienta hasta las cosas amargas le parecen dulces. Pues así como nadie come algo mortífero, para ser enemigo de su propia vida, así yo temía sobremanera tocar el pecado.

Las cosas que antes mi alma no quería tocar, ahora por la angustia son mi alimento. Esto es, ahora me alimento de palabras ásperas y amargas, que la inmensidad del castigo me arranca. Pues temía proferir estas cosas por mi boca, cuando vivía en santidad y justicia con paz y quietud. Pero no debe pasarse por alto que Job también padeció esto entre otras penas, que incluso sus alimentos le parecían fétidos: como el olor del león, ciertamente feral y muy hórrido; olor que, al brotar de sus entrañas, hacía que su comida le supiera a lo que sus fiebres internas exhalaban. Lo cual él mismo muestra donde dice: Mis entrañas hirvieron sin descanso alguno: es decir, ya están cocidas y putrefactas.

¿Quién diera que viniera mi petición, y que Dios me concediera lo que espero? Sea este mi consuelo, que obtenga el fin de la pena, o de mis tormentos, por el remedio de la muerte.

Y que el que comenzó, él mismo me quebrante. Suelte su mano y me corte; y sea este mi consuelo, que afligiéndome con dolor, no perdone: ¿y no contradiré yo las santas palabras? Pues, ¿cuál es mi fortaleza para que resista, o cuál mi fin para que obre con paciencia? Job, por tanto, desea que esta muerte sea desatada por el poder divino, para que, cayendo de ella, caiga en esta muerte temporal, a fin de que pueda escapar de las penas presentes: cuando haya sido cortado de esta vida como un árbol.

Ni es mi fortaleza la fortaleza de las piedras, ni mi carne es de bronce. Mi carne se corrompe con la sanies y la podredumbre de las heridas: porque

no hay en mí tal fortaleza, como la de las piedras, para que no sienta los dolores.

He aquí que no hay auxilio para mí en mí mismo, y mis allegados también se han alejado de mí. El profeta dice esto tanto desde su propia persona como desde la persona de Cristo.

Quien quita a su amigo la misericordia, abandona el temor del Señor. Mis hermanos me han ignorado: como un torrente que pasa velozmente por los valles. Misericordia es conmoverse con dolor de corazón, compadeciéndose de las miserias de los que están atribulados: al no conceder esto a un amigo, abandonáis el temor del Señor.

Los que temen la escarcha, la nieve caerá sobre ellos. En el tiempo en que fueren disipados, perecerán. Temía perpetrar hasta los más mínimos pecados, no fuera que por ellos la venganza de Dios se ensañara contra mí: y he aquí que ahora soy castigado como si hubiera cometido crímenes inmensos.

Y cuando se calienten, se disolverán de su lugar. Donde su nombre había comenzado a ser ferviente entre los pueblos, no apareció en el lugar de su gloria, así como la nieve se disuelve con el calor.

Se han enredado las sendas de sus pasos: caminarán en vano y perecerán. Llamó 'sendas' a las virtudes del alma, en las cuales caminaba con todo esmero para agradar a Dios: dice que estas sendas están enredadas e implicadas por los males que padecía, mientras que a los bienes de su vida se mezclaban los males de los suplicios.

Considerad las sendas de Temán, los caminos de Sabá, y esperad un poco. Han sido confundidos, porque yo he esperado. Vinieron también hasta mí, y se cubrieron de vergüenza. Es decir, mirad estos lugares que he dicho, y por su mismo silencio conoceréis que es verdad lo que he dicho. Mirad los caminos de diversos reinos, por los cuales afluían a mí multitudes de todas las gentes, y los veréis desolados por la escasez, más aún, por la soledad de hombres.

Ahora habéis venido, y ahora, viendo mi plaga, teméis. ¿Acaso dije: Traedme, y de vuestra hacienda dadme; o libradme de la mano del enemigo, y de la mano de los fuertes rescatadme? Enseñadme, y yo callaré, y si en algo por ventura he ignorado, instruidme. ¿Por qué habéis detraído de las palabras de la verdad, cuando ninguno de vosotros hay que pueda argüirme? Solo para reprender componéis discursos, y al viento proferís palabras. Dice esto porque también sus propios amigos, por su ejemplo, temerían para sí una ruina semejante. ¿Acaso no estuve quieto, no disimulé, a saber, la paciencia o la venganza de los males? ¿No callé, conteniendo mi lengua con silencio, para no responder a los que me reprochaban los males, o para que en absoluto se nombrara en mí la iniquidad? De estas palabras de verdad, pues, habéis detraído, cuando en verdad me juzgasteis no solo falaz en estas cosas, sino también criminoso en otras, puesto que ninguno de vosotros está tan limpio de pecado que pudiera reprender a alguien con la conciencia libre.

Os arrojáis sobre el huérfano, y os esforzáis por socavar a vuestro amigo. Sin embargo, lo que habéis comenzado, completadlo. Prestad oído, y ved si miento. Es decir, desolado de padres y amigos.

Responded, os ruego, sin contención, y hablando lo que es justo, juzgad. Y no hallaréis en mi lengua iniquidad, ni en mi garganta resonará la necedad. No haya afán de contradecir, que genera la enfermedad de la contención: y así, finalmente, no perturbados por la oscuridad de la animosidad, podréis juzgar lo que es justo en mí y en vosotros.

Milicia es la vida del hombre sobre la tierra, y como los días de un jornalero, son sus días. Luchando contra adversarios invisibles.

Como el ciervo desea la sombra, y como el jornalero espera el fin de su obra, así también yo he tenido meses vacíos, y noches fatigosas he contado para mí. Si me duermo, diré: ¿cuándo me levantaré? y de nuevo esperaré la tarde, y me llenaré de dolores hasta las tinieblas. Mi carne está vestida de podredumbre. De modo semejante, también yo pensaba conseguirlo, pero en lugar de la sombra del alivio incurrí en los ardores de las penas, y por la merced de mi obra, fui despedido vacío.

Y con la suciedad del polvo mi piel se secó y se contrajo. Mis días pasaron más veloces que la tela es cortada por el tejedor, y se consumieron sin esperanza alguna. Recuerda que mi vida es viento, y que mi ojo no volverá a ver el bien. Esto también pertenecía al dolor de los tormentos: que el pus

que manaba de la podredumbre de las heridas ardientes, mezclado con la suciedad del polvo, le secara y contrajera la piel.

Ni me verá el ojo del hombre. Pues en aquella paz y gloria, riquezas y honor, donde antes estuve, ya no he de ser visto por los hombres.

Tus ojos están sobre mí, y no subsistiré. Como la nube se consume y pasa, así el que desciende a los infiernos no subirá, ni volverá más a su casa. Porque tus ojos, como llenos de ira, por eso están fijos en mí: para que mis enemigos acumulen plagas más graves.

Ni su lugar lo conocerá más. Por lo cual, tampoco yo perdonaré a mi boca; hablaré en la tribulación de mi espíritu, conversaré con la amargura de mi alma. ¿Acaso soy yo el mar, o una ballena, para que me hayas rodeado de una cárcel? Si dijere: mi lecho me consolará, y seré aliviado hablando conmigo mismo. Es decir, la antigua conversación de este mundo no estará en el hombre cambiado.

En mi lecho me aterrarás con sueños, y con visiones me sacudirás con horror. Decía Job que padecía esto de parte de Dios, lo cual padecía de parte de los demonios, quienes para hacer estas cosas habían recibido potestad de Dios; los cuales sin duda se le aparecían en sueños con rostros torvos y amenazantes, rechinando también los dientes y como abriendo la boca para devorarlo, para que por el horror de la insólita visión fuera sacudido en el lecho, y despertado, huyera del sueño por el que suelen mitigarse los dolores excesivos, y sucedieran vigilias continuas, para

que fuera atormentado con suplicios incesantes. O bien, las heridas que veía diariamente con sus ojos estando despierto, y el pus podrido, y la multitud de gusanos que corrían por las cavidades de las heridas, le eran mostrados en sueños por los demonios.

Por lo cual mi alma eligió la horca, y mis huesos la muerte. Es mejor, dice, y mucho más tolerable que el pecado, si vencido por los suplicios, pienso en mi muerte, que si irrogo blasfemia a tu majestad.

He desesperado. De ningún modo viviré ya más. He desesperado, al hablar de estas cosas que no debí decir. Por esta palabra, pues, con la que deplora haber caído en pecado, inmediatamente profesa penitencia, diciendo:

Perdóname, Señor, pues nada son mis días. ¿Qué es el hombre para que lo magnifiques, o por qué pones tu corazón en él? Lo visitas de madrugada y de súbito lo pruebas. Como si dijera: en este tiempo acoge al penitente, y sé aplacable con el que te suplica por este delito.

¿Hasta cuándo no me perdonas? Es decir, no desistes de estas penas que me acosan.

¿Ni me dejas para que trague mi saliva? Entre los demás males de dolores y suplicios, afirma haber tenido angina (synanchis), por la cual, herido por un tumor, se interrumpe el aliento del hombre, y a menudo, como estrangulado por un lazo, se extingue.

He pecado. ¿Qué te haré, oh guardián de los hombres? He pecado en aquello que dije anterior-

mente, que no me convenía decir: ¿qué puedo hacerte a ti, que eres justo?

¿Por qué me has puesto como contrario a ti? Me diste la oportunidad de responder, para que te dijera: A un hombre justo no le convienen las penas, que más bien se imponen a los pecadores; mientras yo, hombre, digo esto a Dios: la criatura al creador, lo modelado al alfarero.

Y me he vuelto una carga para mí mismo. Porque yo, siervo, no debí responder a mi Señor con voz tan quejumbrosa.

¿Por qué no quitas mi pecado, y por qué no apartas mi iniquidad? He aquí que ahora dormiré en el polvo: Es decir, ¿quitas mis dolores, por los cuales yo, que hasta ahora era justo, ahora soy compelido a pecar?

Y si por la mañana me buscares, no subsistiré. Después de la noche de este siglo, en el principio de aquel siglo futuro, cuando será la feliz resurrección de los bienaventurados: cuando sea buscado, no seré hallado, porque no seré tan digno que por mérito de santidad subsista ante tu rostro. Que si de aquí me voy pecador, a quien tú antes no hubieres sido propicio, después, ante tu vista, donde están los demás santos, ya no estaré.

CAPÍTULO VIII.

Respondiendo entonces Baldad suhita, dijo: ¿Hasta cuándo hablarás tales cosas, y el espíritu múltiple del discurso de tu boca? Baldad se ofendió por las palabras del santo Job. Primero, porque había hablado temerariamente a Dios; segundo, porque decía que en su reino había sido

más poderoso que los demás reyes, y que, siendo inocente, padecía esta plaga; y el mismo Baldad nota que hablaba como si no estuviera con una mente libre y sobria, sino que más bien era movido por no sé qué espíritu.

¿Acaso Dios pervierte el juicio, o el Omnipotente subvierte lo que es justo? Esto lo dice porque por la justicia de Dios padeces lo que mereces.

Aunque tus hijos hayan pecado contra él, y los haya entregado en manos de su iniquidad; si tú, sin embargo, te levantaras de madrugada hacia Dios y rogaras al Omnipotente; si anduvieras puro y recto, al instante velará por ti y hará pacífica la morada de tu justicia; de tal modo que si tus primeras cosas fueron pequeñas, tus postreras se multiplicarán en extremo. Si, dice, tus hijos, obrando mal, fueron entregados por Dios, para que la potestad que por su iniquidad fue dada sobre ellos tuviera el efecto de aniquilarlos, en nada podrá dañarte a ti: si, sin embargo, tú mismo, yaciendo aún en la ceguera de la necedad, te levantaras de madrugada al conocimiento de la justicia divina, y por tus errores y delitos rogaras a Dios, que todo lo puede conceder. Aquel que parecía dormir, es decir, no oyéndote ni viéndote, al instante despertará por ti e insistirá en preparar tu felicidad. De tal modo que si tus primeras cosas fueron pequeñas, tus postreras se multiplicarán en extremo. Si, por tanto, te convirtieras a Dios, dice, de las iniquidades por las que ahora sufres penas, y por medio de la satisfacción quisieras reconciliarte con Él, que está muy airado contigo

por tus merecimientos, poseerás continuamente tal gracia suya que, en comparación con tus bienes postreros, que de repente podrá compensarte, los primeros serán tenidos por bastante pequeños y mínimos. A estos pecadores los prefiguró aquel hijo menor en el Evangelio, quien, habiendo disipado pródigamente el bien de la naturaleza, como riquezas, viviendo con meretrices, es decir, con placeres, al arrepentirse se le mata el ternero, Cristo; también se le entrega en la mano el anillo de la fe, con la que todas las promesas se sellan con una impronta segura; y recibió protección para sus pasos, para que caminara seguro sobre serpientes y escorpiones; también se le dona la estola eterna de la inmortalidad.

Pues interroga a la generación antigua, e investiga diligentemente la memoria de los padres. Porque de ayer somos, y somos ignorantes, pues como una sombra son nuestros días sobre la tierra: ellos te enseñarán. Te hablarán y de su corazón sacarán elocuciones. Esto es decir, porque somos de ayer, interroga a los antiguos, y encontrarás que unos en el diluvio, otros en Sodoma, o en diversos lugares, recibieron diversas sentencias por sus pecados.

¿Puede acaso verdear el junco sin humedad, o crecer la espadaña sin agua? Esto es decir: así como el junco o la espadaña no pueden vivir sin agua, así tú, sin el fomento y la humedad de la justicia, de ninguna manera pudiste permanecer en tu felicidad primera.

Cuando aún está en flor y no es cortado con la mano, antes que todas las hierbas se seca:

así son los caminos de todos los que se olvidan de Dios. Dice que el santo Job había florecido a semejanza de una hierba; quien, antes de que pudiera llegar a la madurez de la gloria fundada, fue precipitado en tan grandes males, para que en su tiempo, como en la plenitud de los días, consumado y completado su floreciente reino, no fuera arrebatado del siglo por la mano de la potestad de Dios, en la que consisten todos los reinos. Por tanto, como no actuaste de tal modo que en paz, completado tu tiempo, fueras llevado a tu sepulcro, por eso antes que todas las hierbas, es decir, antes que todos los pecadores, que a menudo son llamados con el nombre de hierbas, fuiste secado por el ardor del sol: es decir, con los infieles cediste de corazón a las tribulaciones. En cuanto a lo que dice, *antes que todas las hierbas se seca*: cualquiera de los hombres que es de muchas iniquidades, como lo eres tú, por el peso de sus crímenes, antes comienza a pagar las penas que los demás pecadores.

Y la esperanza del hipócrita perecerá. Del hipócrita que simula la santidad de vida; pero este, según el testimonio de Dios, como él mismo dice, fue simple, recto e inocente: *Si he andado en vanidad*.

No le agradará su necedad, y como tela de araña será su confianza. En verdad, es una gran necedad y locura actuar ficticia y simuladamente ante Dios; lo cual no les resultará próspero, pues Él es el escrutador del corazón y de las entrañas. Tales son reprendidos en los Evangelios: los que están adornados por fuera como con apariencia

de santidad, y por dentro están llenos de la podredumbre del pecado, como los sepulcros de los muertos.

Se apoyará sobre su casa, y no se mantendrá en pie. Confiando en sí mismo y haciendo de la carne su brazo, no podrá mantenerse en pie, sino que más bien caerá su soberbia. Porque *toda carne es heno*.

La apuntalará, y no se levantará. Intenta erguirse con sus propias fuerzas, pero de ninguna manera podrá levantarse, porque el Señor no es su fortaleza. Apoyándose en quien, se mantienen firmísimamente.

Se ve húmedo antes de que llegue el sol. Habla de la felicidad del hombre que prospera; quien, cuando es golpeado por el ardor de la tribulación, es quebrado por las adversidades, y todo el verdor de su alegría primera, consumido por la tristeza, se seca.

Y en su huerto brotará su vástago. Al principio, dice, de su felicidad, el pecador parece obrar prósperamente, pero no permanecerá, semejante a la hierba verde: esta es una alegría repentina, como en el salmo: *Cuando brotaron los pecadores como el heno, y aparecieron*: es decir, emergieron como hierbas al verdor de la alegría presente; pronto, al llegar el calor, perecerán. Pero el justo no florecerá como el heno, a lo que, como dije, se compara la gloria de los pecadores; sino que *florecerá como la palmera*, dice el profeta. La cual está tan establecida con sus raíces en lo profundo que no teme ni la tempestad ni el ardor del sol. Y cuando, bajo el número sagrado, haya

llegado hasta cien nudos, con los que su altura se contiene sólidamente, entonces dará los dulcísimos frutos de la caridad, es decir, en la más alta cumbre de la perfección, a la que se gloría de haber ascendido mediante el incremento de las virtudes, como a través de ciertas edades de muchos años.

Sobre un montón de piedras se entrelazarán sus raíces, y entre las piedras morará. Porque sus raíces no se fijarán en tierra buena, consolidadas para dar el fruto de la paciencia, sino que más bien se estrecharán sobre un montón de piedras, no teniendo allí el humor de la vida, y a punto de morir, primero se secará por la aridez.

Y entre las piedras morará. Metafóricamente: las piedras, en este lugar, pueden entenderse como los infieles y duros de corazón, entre los cuales morará todo pecador, igual en semejanza de vida, quienes, como metales estúpidos, no sienten a Dios. O ciertamente, llamó pecados a las piedras. De donde dice el profeta: *Quitad las piedras del camino*: es decir, del camino de la santa conversación, quitad los pecados.

Si lo absorbiere de su lugar, este lo negará y dirá: No te he conocido. Cuando, de esta vida, sea transferido y absorbido a los escuálidos lugares de los infiernos, siendo indigno, será ciertamente negado ante la vista de Dios. El lugar de un hombre puede llamarse la cualidad de su conversación; donde consiste ya sea por su género de vida o por su mente: es decir, la disciplina o la gracia que ha recibido o elegido seguir.

Porque esta es la alegría de su camino: Se dice irónicamente: esta es la alegría de su camino; como si dijera: Así anduvo en obras buenas y agradables a Dios mientras vivió, para llegar a perpetuas penalidades.

Para que de nuevo de la tierra otros germinen. Ciertamente Dios, como juez justo, obra así, cuando excluyó a los judíos incrédulos de las promesas que están en Cristo por su perfidia, e introdujo a los gentiles por su obediencia. O, constituyendo a Matías en el lugar de Judas, declaró sus justos juicios.

Dios no desechará al simple, ni tenderá la mano a los malignos. Esto dice: no ayuda que se favorezca a los que obran la iniquidad, y sin embargo tenderá la mano de su piedad para convertir a los pecadores a la penitencia.

Hasta que tu boca se llene de risa, y tus labios de júbilo. En la risa, entiende la alegría del corazón. En el júbilo, advierte la voz del que exulta.

Los que te odiaron, se vestirán de confusión. Cuando ciertamente seas tal como dije anteriormente, los que te odian serán merecidamente confundidos.

E l tabernáculo de los impíos no subsistirá. Algunos dicen esto de Job, pero se equivocan. Pues es manifiesto que el tabernáculo de los impíos perecerá eternamente: es decir, el diablo y sus ministros, o incluso el siglo presente.

CAPÍTULO IX.

Y respondiendo Job, dijo: Verdaderamente sé que es así, y que el hombre, comparado con Dios,

no es justificado. Si quisiera contender con él, no podría responderle una por mil. Es sabio de corazón y fuerte en poder. No pienses, pues, de mí que me atrevería siquiera a pensar esto, pues sé que la criatura no puede en modo alguno compararse con su Creador.

¿Quién le ha resistido y ha tenido paz? ¿Quién, obrando contra Dios, no ha provocado contra sí la guerra de su ira, como Datán y los demás?

Él ha trasladado los montes, y no supieron a quiénes derribó en su furor. Él mueve la tierra de su lugar. Metafóricamente, por montes deben entenderse los hombres, o los ángeles, cuya soberbia de mente se ha hinchado a tal punto que se comparan con altos montes.

Y sus columnas son conmovidas. Entendamos aquí por columnas la estabilidad de la tierra, que Dios fundó sobre sí misma como una mole inamovible.

Él manda al sol, y no sale, y encierra las estrellas como bajo un sello. Él solo extiende los cielos y camina sobre las olas del mar. Por las vicisitudes del día y de la noche, vemos que así sucede diariamente por la disposición de Dios que todo lo gobierna.

El que hace la Osa Mayor, y el Orión, y las Híades, y las cámaras del Sur. En estos signos de las estrellas, que son en el firmamento del cielo casi más conocidos que todas las demás estrellas, dice que toda la milicia de los astros pertenece al gobierno de Dios, cuyas obras grandes y maravillosas los hombres ignoran. De donde el mismo Señor dice: ¿Conoces tú el orden del cielo y esta-

bleces su razón? Igualmente, en sentido moral: Él mueve la tierra de su lugar. Dios movió al hombre del lugar de su vida anterior, y sacudió y debilitó los pensamientos deleitables, pero nocivos, en los que, como apoyado en columnas y descansando en ellos, se sostenía, para cambiarlo a una vida de santidad. Él manda al sol, y no sale. Para los pecadores heridos de ceguera de corazón, no sale el sol de justicia, Cristo, ni las estrellas: es decir, los méritos de los Santos, por los cuales unos se distinguirán de otros en claridad; los cuales, mientras aquí están ocultos, están como encerrados bajo un sello. Él extiende sus cielos. Difunde por doquier con la predicación a los Apóstoles y a los demás santos, hechos cielos; o bien les abre el corazón revelándoles las Escrituras, que a menudo se significan con el nombre de cielos; como se dice: Porque veré tus cielos, obras de tus dedos. Caminará sobre las olas del mar. Sobre los hombres inquietos, soberbios y turbulentos de este siglo, ciertamente: para que, depuesta su hinchazón, sean pisoteados hasta la mansedumbre y la placabilidad. El que hace la Osa Mayor, es decir, los primeros en la resurrección de la Iglesia: para que sean gloriosos, resplandecientes como el mediodía, encendidos con el calor de la caridad de Dios e iluminados con la luz de la fe.

El que hace cosas grandes e incomprensibles y maravillosas, que no tienen número. Grande es lo que hace Dios, que por medio de Cristo establece un vaso frágil, el hombre sujeto a la muerte, en la esperanza de una bienaventurada resurrección. Y las cámaras del Sur. Donde se

coloca el candelabro con sus lámparas, es decir, el espíritu septiforme de la gracia y de la inteligencia resplandecientes.

Si viniere a mí, no lo veré; si se fuere, no lo entenderé. Si de repente pregunta, ¿quién le responderá? ¿O quién puede decir: Por qué haces así? Dios, a cuya ira nadie puede resistir. Dice más, que la presencia de Dios que viene es cuando se da a conocer al hombre, y cuando se oculta, se indica como la ausencia de quien se va.

Y debajo de él se encorvan los que sostienen el orbe. ¿Cuán grande soy yo, pues, para que le responda y hable mis palabras con él? Quien, aunque tenga algo justo, no responderé, sino que suplicaré a mi juez. Los que sostienen el orbe se entienden rectamente como los santos, quienes por la gloria de sus méritos son grandes y poderosos ante Dios. Éstos, pues, con humildad de corazón se inclinan para interceder por los pecadores en su presencia. Así los santos sostienen el mundo, mientras lo sustentan con la fuerza de sus oraciones, para que no se derrumbe y perezca. Las columnas del cielo tiemblan y se espantan a su señal. Deben entenderse los Apóstoles, profetas y todos los varones apostólicos, también los santos y los demás fieles: de los cuales son Pedro, Santiago y Juan, que parecían ser columnas; o los santos, inclinados ante Dios y postrándose, adoran, quienes sostienen el orbe, es decir, todo su hombre, al que los doctos llaman el microcosmos: lo imponen a la perfección de la Cruz, y para que no se disuelva y desvíe por las vanidades del mundo en sus pensamientos, constriñéndolo

dentro de sí por la gracia de Dios, lo rigen y contienen.

Y aunque me haya escuchado cuando lo invocaba, no creo que haya oído mi voz. Quien a mí, aunque me esfuerzo por una vida irreprensible, me permite la injuria de los que me atacan. Fue escuchado en esto, para que mereciera los bienes de Dios. Pero no se cree escuchado, porque padece males:

Pues en un torbellino me quebrantará, y multiplicará mis heridas aun sin causa. El torbellino puede entenderse como el diablo, que como un torbellino se abatió sobre Job para devastarlo.

No permite que mi espíritu descanse. Decía que se había vuelto asmático: pues es una enfermedad que se genera en los pulmones. Se obstruyen ciertas vías de los pulmones, que los griegos llaman poros, y de tal manera se constriñen y cierran en los pulmones, como dicen los médicos, que los pulmones estrechados no son suficientes para devolver o recibir el aliento, y con un dolor excesivo se repite con suspiros apresurados, y se emite un aliento entrecortado.

Y me llena de amarguras. Si se busca la fortaleza, él es el más robusto. Si la equidad del juicio, nadie se atreve a dar testimonio por mí. Si quisiere justificarme, mi propia boca me condenará. Si me mostrare inocente, me probará perverso. Aun si fuere sencillo, esto mismo ignorará mi alma, y me hastiará mi vida. Una cosa es la que he hablado: él consume tanto al inocente como al impío. Mi alma, rodeada y asediada por todas las plagas y enfermedades, está llena de hiel y de blasfemia

y de amargura. De tal manera que mi boca se ve obligada a decir una palabra dura y áspera, y me hastiará mi vida. Sin embargo, solo sé esto: que soy castigado con los males de la vida presente.

Si azota, que mate de una vez, y no se ría de las penas de los inocentes. Aquí habló con bastante dureza contra Dios. En todo este libro, ciertamente, no hay lugar más áspero que este, y otro puesto más arriba, donde dice: Por lo cual mi alma ha escogido el ahorcamiento, y mis huesos la muerte; de cuyas palabras respondió a Dios al final del libro: una cosa he hablado, que ojalá no hubiera dicho, y otra a la que nada más añadiré. Toda la disputa de Job con sus amigos es esta: que él se declaraba justo, y ellos lo declaraban impío.

La tierra ha sido entregada en manos del impío. La carne de Cristo en poder de Herodes, o de Pilato; o el mismo Job en poder del diablo.

Cubre el rostro de sus jueces. Y si no es él, ¿quién es, pues? Mis días han sido más veloces que un corredor; han huido y no han visto el bien. Han pasado como naves que llevan frutos; como el águila que vuela a la presa. En este lugar llama "rostro" al juicio de la mente, que está cubierto por el justo juicio de Dios. Han de ser cegados los corazones de los satélites del impío diablo, a quienes allí nombró jueces, para que atormentaran con mayor crueldad al santo Job.

Cuando digo: De ningún modo hablaré así. "De ningún modo hablaré así", dice, esto es, cuando, obligado por el tormento, hablo cosas ásperas y duras contra Dios; en ese mismo instante,

volviendo en mí, decido que no debo hablar así a Dios.

Cambio mi rostro y soy atormentado por el dolor. Temía todas mis obras, sabiendo que no perdonarías al delincuente; pero si aun así soy impío, ¿por qué he trabajado en vano? Es decir, por la excesiva pena me contraigo y me entristezco, y en el mismo momento de mi resolución, soy de tal manera vejado y atormentado por súbitos y repentinos aguijones de dolor, que de nuevo profiero palabras de amargura y de hiel.

Si me lavare como con aguas de nieve, y mis manos resplandecieren como limpísimas, aun así me hundirás en la suciedad. Por tanto, en la ablución de las aguas de nieve se muestra la blancura de la mente, y en la mano se demuestra la limpieza del fruto de las santas obras. Y con razón puede compararse el bautismo a la nieve. Por tanto, en la lluvia y en el aguacero abundante, el legislador quiso indicar la palabra de la doctrina. Pero en el rocío y en la nieve, un sentido que penetra lo más íntimo de las entrañas con su iluminación.

Y mis propias vestiduras me abominarán. Pues no responderé a un hombre que es semejante a mí, ni a quien pueda ser oído conmigo en juicio de igual a igual. Pues tantos males me han sido infligidos, que la suciedad de la herida y la podredumbre, si se puede decir, hasta las cosas insensibles me detestan.

No hay quien pueda argüir a ambos: Es decir, ¿quién es el que puede acusar a Dios de injusticia, como si fuera inicuo, sino un temerario y blasfemo? ¿quién puede, como contra un reo de iniqui-

dad, dar sentencia con la mano extendida? Pero Job, según el testimonio de Dios, por el cual había sido alabado, porque era inocente, consciente de ello, dijo verdaderamente que no había ninguno de aquellos con quienes altercaba que pudiera acusarlo con razón: porque aquel se atreve a juzgar a otro con suma justicia, cuya conciencia culpable no está atada por aquello que juzga en otro.

Y poner su mano sobre ambos. Quite de mí su vara, y que su pavor no me aterrorice. Hablaré y no le temeré; pues no puedo responder temiendo. Seguro, dice, y con constancia podré entonces responder, si aparta de mí estas dos cosas: a saber, la magnitud de su poder y las penas de estos tormentos.

Mi alma está hastiada de mi vida; daré rienda suelta a mi queja contra mí mismo. Hablaré en la amargura de mi alma; diré a Dios: No me condenes. Indícame por qué me juzgas así. ¿Acaso te parece bien calumniarme y oprimirme, a mí, obra de tus manos, y favorecer el consejo de los impíos? ¿Acaso tienes tú ojos de carne, o ves tú como ve un hombre? ¿Son tus días como los días de un hombre, y tus años como los tiempos humanos, para que inquieras mi iniquidad y escudriñes mi pecado? Y para que sepas que no he hecho nada impío, cuando no hay nadie que pueda librar de tu mano. Tus manos, Señor, me hicieron y me formaron por completo, ¿y así de repente me precipitas? Recuerda, te ruego, que me hiciste como barro, y al polvo me reducirás. ¿No me vertiste como leche y como queso me cuajaste? De piel

y carne me vestiste; con huesos y nervios me trabaste. Mas el que diga que fue hecho por completo, habló contra los herejes, que dicen que el alma fue hecha por un Dios, y el cuerpo formado por otro.

Me concediste vida y misericordia, y tu visitación ha guardado mi espíritu. Aunque ocultes estas cosas en tu corazón, sin embargo, sé que de todo te acuerdas. Si he pecado, y por una hora me has perdonado, ¿por qué no permites que quede limpio de mi iniquidad? Y si he sido impío, ¡ay de mí!, y si justo. La vida aquí es llamada el alma misma, no la vida del alma, porque también los actos del alma pueden ser llamados vida.

No levantaré la cabeza, saturado de aflicción y miseria. Y a causa de la soberbia. Es decir, contraído por el dolor y los tormentos de las entrañas, no puedo levantar la cabeza, abatida hasta lo más bajo, o lleno de confusión y tristeza.

Me cazarás como a una leona. A esta bestia, pues, dice Job, me asemejas, a mí, hombre humilde y abyecto.

Y volviendo, me atormentas maravillosamente. Decía que Dios volvía a él cuando, junto con las penas antiguas, sentía maravillosamente en su cuerpo otras nuevas y más recientes.

Renuevas tus testigos contra mí. Dice esto porque nuestros castigos y penas son testigos de la justicia divina. O bien, estimo que sus cruciatus fueron llamados por ello testigos, porque, mientras él gemía y rugía, los tormentos rendían, por así decirlo, testimonio a Dios.

Y multiplicaste tu ira contra mí, y las penas militan en mí. ¿Por qué me sacaste del vientre? ¡Ojalá hubiera sido consumido, para que ningún ojo me viera! Hubiera sido como si no hubiera sido, trasladado del útero al túmulo. ¿Acaso la brevedad de mis días no terminará en poco tiempo? La ira de Dios puede entenderse como el diablo, por cuyo ministerio Job padecía acerbos dolores. Mas las penas se dicen que militan en él porque, sucediéndose en un cierto orden de males, ejercen el oficio de la crueldad que se les ha encomendado.

Déjame, pues, para que llore un poco mi dolor. Es decir, concédeme un respiro de estos tormentos, para que llore un poco el dolor de mis penas que soporto en mi cuerpo, o el que temo que habrá en el infierno.

Antes que vaya, y no vuelva, a la tierra tenebrosa y cubierta con la niebla de la muerte; tierra de miseria y de tinieblas, donde está la sombra de la muerte, y ningún orden, sino que habita un horror sempiterno. Que describió la tierra de los infiernos, a nadie le cabe duda; allí no hay orden de vida: es tenebrosa, como he dicho, sin duda como una cárcel, en la que serán arrojados los pecadores e impíos que odiaron la luz, como hijos de las tinieblas. Tierra que está cubierta por la niebla de la muerte, para que, encerrados en la noche eterna, nunca vean luz alguna de penitencia. Donde para los desdichados está la sombra de la muerte, que en este lugar debe entenderse como las penas: porque así como las sombras de los cuerpos no están lejos de los cuerpos que

hacen las sombras, así las penas no están lejos de la muerte que infligen. No volveré a esta mortalidad, donde padezco tantos males. El espíritu divino, que está en mis narices, porque lo impulsaba, jadeante en la angustia de sus dolores, con la fuerza de las consolaciones. ¿Quién me concederá que en el infierno me protejas, y me escondas hasta que pase tu ira, y me fijes un tiempo en el que te acuerdes de mí? El furor de la ira de Dios, que Adán mereció al pecar, ha pasado, cuando el advenimiento de Cristo borró el quirógrafo redactado para la muerte de sus hijos. Por tanto, a ninguno de los santos le parezca extraño, quienes por el advenimiento del Señor son absueltos de los infiernos, y por el ejemplo de la resurrección de Cristo son establecidos en la esperanza de su propia bienaventurada resurrección.

Respondiendo entonces Sofar naamatita, dijo: ¿Acaso el que habla mucho no ha de oír? ¿O el hombre verboso será justificado? Como si hubiera dicho: ¿Puede un hombre verboso ser tenido en admiración, o ser ensalzado con el pregón de la alabanza, cuando es odioso por la ostentación de una verbosidad excesiva? Sino que más bien debe oír lo que merece, no sea que, envanecido por la vanidad, se considere el único sabio.

¿Acaso los hombres callarán solo ante ti, y cuando te hayas burlado de los demás, no serás refutado por nadie? Estas no son las consolaciones de los amigos, sino las armas de los enemigos. De modo que ahora podemos decir de vosotros: Hijos de los hombres, sus dientes son armas y saetas.

Pues dijo: Mi palabra es pura, y limpio soy a tus ojos. No lo dijo de este modo, que era puro y limpio, es decir, que existía inmaculado en pensamientos y palabras ante Dios; sino que dijo: Nada impío he hecho.

Y ojalá que Dios hablara contigo, y abriera sus labios para ti. Dijo con qué juicio Job debía ser condenado. Pues al hablar, quiso, según creo, indicar la voz de Dios, cuyo sonido los oídos reciben. Pero en la apertura de los labios, demostró la inteligencia de la voz.

Para que te mostrara los secretos de la sabiduría, y que su ley es múltiple. Conocerías las cosas ocultas de su corazón, y sus juicios remotos, en los cuales es múltiple e inescrutable.

Y entenderías que él exige de ti mucho menos de lo que merece tu iniquidad. Esto es, debes padecer más tormentos de los que proclamas estar soportando.

Quizás comprenderás las huellas de Dios, y encontrarás al Omnipotente hasta la perfección. Las huellas de Dios son aquellos momentos en que, por su condescendencia, se da a conocer a los hombres. Y por eso entonces lo rastreamos, cuando se digna manifestársenos un poco. Estas son, pues, las huellas de Dios: cuando has entendido y creído que él es incomprensible.

Es más alto que el cielo, ¿y qué harás? Más profundo que el infierno, ¿y cómo lo conocerás? Su medida es más larga que la tierra y más ancha que el mar. Si subvirtiera todas las cosas, o las reuniera en una, ¿quién le contradecirá? ¿O quién puede decirle: Por qué haces así? Creemos que Dios está

en todas partes, y dentro de él se contienen todas las cosas que por él fueron creadas.

Pues él conoce la vanidad de los hombres, y viendo la iniquidad, ¿no la considera? Pues él conoce las obras de los inicuos, y viendo las cosas injustas, no las descuida; porque castiga a los inicuos y a los impíos.

El hombre vano se eleva a la soberbia, y se cree nacido libre como el pollino de un onagro. Dice que es semejante al pollino de un onagro, es decir, a un animal sin freno y errante, porque así se estima Job a sí mismo, que no debe pertenecer a nadie.

Pero tú has endurecido tu corazón, y has extendido hacia él tus manos. Has endurecido tu corazón, dice: no para satisfacer a Dios mediante la penitencia, para que quitara esta plaga pésima que se ensaña en tus carnes. Has extendido hacia él tus manos: es decir, has dilatado los falsos méritos de tus obras con boca vanílocua, porque en muchos lugares, con el nombre de manos, se designan las obras.

Si quitas de ti la iniquidad que está en tu mano, y no permanece la injusticia en tu tabernáculo. Reprocha a Job con recriminación, diciendo: Si la iniquidad que está en la mano de tu obra, y la injusticia en el tabernáculo de tu corazón no permaneciere.

Entonces podrás levantar tu rostro sin mancha, y serás estable, y no temerás. Es decir, poseyendo una conciencia santa, y levantando tu rostro libre para suplicar a Dios. Pues Caín el fratricida habitó en la tierra de Naid, es decir, se hizo

inestable. Por tanto, para que Job no incurriera también en semejante suplicio, un temor perpetuo sobre su muerte, Sofar lo exhorta, diciendo: Si hicieres estas cosas que hemos dicho arriba, serás estable. Ciertamente, esto debe saberse, que hay una conmoción en la que el pecador, permaneciendo en sus crímenes, no se mantiene ante su rostro. Tu rostro será como agua pura, y serás despojado de la suciedad, y no temerás. Quien es de mente sincera y purificada, y limpio de toda suciedad, teme los vicios; despojado de los cuales como de despojos, brillará como sacado de las tinieblas. Un hombre que muestra el rostro radiante de su mente con la pureza de su blancura significa el pueblo de los judíos, que en cierto modo mató a Cristo su padre.

También te olvidarás de la miseria, y no te acordarás de ella, como de aguas que han pasado. Por tanto, en el paso de las aguas, Sofar quiere que se entienda esto: que tan pronto podrían apartarse de él los dolores, si Job quisiera enmendarse; así como las aguas en un momento se deslizan a otros lugares, y así podría borrarse por completo de él la miseria de esta plaga, de modo que la recordara con una memoria tenue, como si no hubiera existido.

Y como el resplandor del mediodía surgirá para ti al atardecer. Y cuando te creas consumido, te levantarás como el lucero del alba. Espiritualmente puede entenderse así: surgirá para ti al atardecer, es decir, en la consumación de tus malos trabajos, la consolación, Cristo el sol de justicia, vendrá a ti; o, resurgiendo en gloria des-

pués de la muerte. Igualmente, de otro modo, aun en esta tu destrucción en la que diariamente te consumes y deshaces con tan gran podredumbre, que ya te consideras del todo consumido: si hicieres lo que ya he dicho, de la nada y completamente consumido, de repente te levantarás como el lucero del alba (Lucifer); el cual, circundando el polo por las metas ocultas de su curso, se dice que aparece después de dos años en el rojo resplandor de la misma aurora. Así pues, también a ti, después de la noche y las tinieblas más densas de esta prolongada tentación, te podrá suceder: si reconoces tus culpas.

Y tendrás confianza, puesta ante ti la esperanza, y sepultado, dormirás seguro. Descansarás, y no habrá quien te espante. Y muchos suplicarán a tu rostro. Tendrás esta confianza, que sepultado en la muerte, y hecho cierto de la resurrección, duermas seguro, descanses en el infierno, constituido en la esperanza de una esperanza cierta, y no habrá allí ningún verdugo, adversario o enemigo que te aterrorice y te inflija penas infernales, sino que más bien, quienesquiera que estén allí, derramarán ante ti súplicas, para que los tormentos del Tártaro les sean atemperados por tus oraciones.

Pero los ojos de los impíos desfallecerán, y el refugio perecerá para ellos, y su esperanza será abominación del alma. Es decir, la expectación de los hombres impíos se concluirá con este fin: que en el tiempo de la gloria ajena, ellos mismos sean hallados dignos no de absolución, sino de abominación.

CAPÍTULO XII.

Respondiendo Job, dijo: ¿Sois, pues, vosotros los únicos hombres, y con vosotros morirá la sabiduría? También yo tengo un corazón como el vuestro; no soy inferior a vosotros. Pues, ¿quién ignora estas cosas que vosotros sabéis? El que es escarnecido por su amigo como yo, invocará a Dios, y Él lo escuchará. Porque la sencillez del justo es objeto de burla. Esto es decir, ¿por qué os llamáis sabios solo a vosotros, y pensáis que después de vosotros nadie será sabio?

La lámpara despreciada en los pensamientos de los ricos está preparada para el tiempo establecido. Abundan las tiendas de los ladrones, y audazmente provocan a Dios, cuando Él mismo ha entregado todas las cosas en sus manos. Se llama a sí mismo lámpara despreciada por los ricos: denotando ciertamente a estos como soberbios, porque lo despreciaban a él, afligido por los tormentos y por el desprecio de sus parientes; quien, sin embargo, brillaba interiormente con el aceite de una gran fe y de buenas obras. O también, la lámpara despreciada por los ricos es Cristo despreciado por los judíos, quien, resucitando de entre los muertos, iluminó el universo mundo con el esplendor de su gracia. En verdad, los judíos fueron llamados ricos porque habían recibido los oráculos de Dios.

Ciertamente, interroga a las bestias, y te enseñarán, y a las aves del cielo, y te lo indicarán. Habla a la tierra, y te responderá, y los peces del mar te lo contarán. ¿Quién ignora que la mano del

Señor ha hecho todas estas cosas? En cuya mano está el alma de todo viviente, y el espíritu de toda carne de hombre. ¿Acaso el oído no discierne las palabras, y el paladar del que come, el sabor? En los ancianos está la sabiduría, y en el mucho tiempo, la prudencia. En Él está la sabiduría y la fortaleza, y Él tiene el consejo y la inteligencia. Que todas las cosas pertenecen a la providencia y gobierno de Dios, incluso las que son irracionales e insensibles, interrogadas por cierta razón de verdad, responden. Según el entendimiento místico, los hombres toscos y de costumbres irracionales pueden ser entendidos como bestias. Las aves del cielo, en cambio, se entienden como demonios, o como hombres frívolos, altivos y soberbios; o ciertamente como astrólogos. La tierra representa a los hombres voluptuosos y carnales, que gustan de las cosas terrenas. Los peces, a los filósofos y sus semejantes, que son excesivos en inquirir sobre las cosas del mundo y sus cualidades. Alternativamente: Las bestias son buenos caballos, animales que habitarán en la heredad del Señor, para quienes la lluvia voluntaria del Evangelio ha sido separada de los incrédulos. Las aves, en cambio, son los que tienen el corazón elevado y desean las cosas celestiales; o los que han de ir al encuentro de Cristo en el aire desde los muertos: se entiende muy rectamente la carne de los santos, la cual, reinando el Señor, exultará. Los peces, en verdad, son los que, nadando entre las olas y tempestades de este mundo, avizoran para sí lugares seguros y tranquilos de la eternidad. O deben entenderse por peces aquellos que

reciben la vida por el agua; los que inmediatamente emigran de la fuente del bautismo a Cristo, o a Dios, como dicen otros.

Si Él destruyere, no hay quien edifique. Es manifiesto que cualquier cosa que haya querido disipar y destruir por el juicio de su sabiduría, nadie podrá resistir a su fortaleza como si fuera poderoso. Así como destruyó la torre y los reinos de muchas gentes, o incluso Jerusalén, donde los mismos preceptos legales están escritos como en piedras, Él anunció que debían ser disueltos en la presencia de su gracia. Así pues, y según la profecía de Job, el muro de las enemistades, es decir, la ley de los preceptos, fue destruido por Cristo; para crear en sí mismo de los dos un solo hombre nuevo, haciendo la paz. Cristo Dios destruyó y abrió los cerrojos del infierno, y depuso al diablo, que tenía el poder de la muerte, del reino de su dominio. Cristo Dios, por tanto, destruyó la muerte, al dignarse recibirla para morir en ella, y al destruir en la cruz el cuerpo del pecado, aniquiló a nuestro viejo hombre que allí nos mataba: para restituirnos el camino a la eternidad. Así pues, destruyó la muerte e iluminó la vida: destruyó los consejos de los que perseguían a la Iglesia, que se esforzaban por arrancar su nombre de debajo del cielo, a saber, los judíos y los gentiles. Destruyó los dogmas y los diversos errores de los herejes de la Iglesia: con el edificio indisoluble de la recta fe; de lo cual dice Salomón: El sabio subió a las ciudades de los fuertes y destruyó sus municiones. Destruyó también todo culto a los ídolos.

Si encerrare a un hombre, no hay quien abra. Dios encerró a Noé en el diluvio; a Lot en Segor; a Jonás en el vientre de la ballena; a Jeremías y a Baruc para que no fueran encontrados. Encierra también a aquellos de quienes se dice: Enviará su ángel alrededor de los que le temen, y los librará. O, ¿quién puede revocar a un hombre puesto bajo sentencia de muerte por el juicio de Dios? El Faraón fue encerrado en medio de las aguas; Datán y Abirón fueron encerrados vivos en el infierno; el pueblo de Israel fue encerrado en el desierto por cuarenta años. Dios encierra al hombre para ser purificado por las tribulaciones; o ciertamente rodea al pecador para ser azotado con correcciones, para que se enmiende. ¿Quién es el que abre una entrada, por así decirlo, una vía de escape, para que pueda evadirse? Como el mismo Job, que dice: Dios me ha encerrado con el inicuo, y en manos de los impíos me ha entregado. En este lugar, por hombre puede entenderse al diablo: el cual, habiendo sido encerrado en el infierno, no se liberó a sí mismo, él que detestablemente se considera contra el Dios fortísimo.

Si retuviere las aguas, todo se secará; y si las enviare, trastornarán la tierra. Que esto sucedió en tiempos de Noé, según la fe de las Escrituras, no lo dudamos en absoluto. Pero ahora, espiritualmente, las aguas de las doctrinas están contenidas en los pueblos judíos, para que para ellos los ríos de la ley se conviertan en desierto, y las salidas de las aguas en sed; y para que tengan estas aguas como deseos y lujos terrenales, y sean dispersados y demolidos, habiendo dejado en la

tierra de la Iglesia racional la imagen del hombre terrenal, progresen convirtiéndose a la vida espiritual.

En Él está la fortaleza y la sabiduría. Esto es, el Hijo con el Padre, y el Espíritu Santo.

Él conoce tanto al que engaña como al que es engañado. Conocía a Balaam, a Acab, y que un falso profeta, Enas, se levantaría: conocía a Enas, pero a través de esto mostró el merecimiento del pueblo pecador: para que denunciara su perdición profetizando falsedades, y para que aquellos que no quieren oír a Dios y a los profetas que dicen la verdad, sean engañados por las falsas vaticinaciones de los pseudoprofetas. También los hijos de Israel, como leemos en el libro de los Jueces, fueron engañados por el justísimo juicio de Dios. Y cuando se habían congregado contra los benjamitas por una causa justa a causa de la mujer del levita, para que se castigara el crimen de adulterio, primero se vengó en ellos mismos el crimen de sacrilegio, porque ellos mismos debían haberse enmendado primero; o ciertamente haber matado a los que adoraban ídolos en injuria de Dios, para quienes fue mayor la injuria de un hermano que la de Dios, y por eso se vengó primero en ellos. Pero el Señor conoce tanto al que engaña como al engañado por presciencia, lo cual también puede entenderse acerca de Abel, y Caín, y Dalila, y Sansón, quien místicamente poseía la gracia del Espíritu Santo en sus siete mechones de cabello. Ciertamente, Dios conocía todas estas cosas antes de que sucedieran, siendo presiente de lo futuro; pero permitió que el hombre, que

usaba del libre albedrío, siendo desobediente al precepto de Dios, y además creyendo que podía hacerse Dios, sufriera dignísimamente la pena de la desobediencia por la justicia de Dios. Todos ellos fueron una figura de Cristo. Pero en Sansón, que sujetó y mató al león, y encontró un panal de miel en la boca del león muerto, se significó que en los soberbios, en cuya boca había estado el hedor de la blasfemia, habría después la dulzura de la alabanza y la gracia de Dios. Y como aquel Sansón, sediento, de la quijada de un asno, habiendo invocado a Dios, sacó agua para beber: así también Cristo fue saciado por el pueblo inmundo y duro de los gentiles que creyeron por la fe, como por un pueblo de refrigerio. La quijada del mismo asno, de cuya muela habían fluido copiosas aguas, mató a mil hombres. En las quijadas y los dientes, se entiende la elocuencia de la boca. La doctrina, por tanto, de aquellos que creyeron de entre los gentiles, se termina en un cierto número perfecto. Pero Sansón mató y aniquiló a sus enemigos y adversarios de tres maneras: mientras unos perecen por no creer, otros, creyendo en la fe, mueren al pecado. Esta obra se llama la elevación de la quijada. Pues así la doctrina y la predicación del Evangelio ha sido magnificada sobre toda la tierra, que todas las gentes en todas partes se maravillan de que sea elevada. En aquellos zorros, por tanto, se figuró: que por medio de los engañosos y enemigos de la sana fe, cuyo poder está en sus colas, una parte dejada atrás, y otra parte alrededor de los frutos de los que se oponen a Cristo, sería devastada.

Él lleva a los consejeros a un fin necio, y a los jueces al estupor. Como hizo contra los magos de los egipcios, que decían al Faraón que el rey de los caldeos no vendría a devastar Egipto, o volviendo al mismo Nabucodonosor a la locura, o sacudiendo a Baltasar con temor.

Él desata el cinto de los reyes, y ciñe sus lomos con una cuerda. En el cinto se entiende la gloria del que reina; en la cuerda, la ignominia del depuesto del reino: como sucedió a Sedequías y a Manasés, por mandato de Dios. O el pueblo de los judíos, que por su infidelidad fue separado del reino de Cristo. Pero ahora también, renacidos en Cristo como reyes, todos son llamados a la adopción de los hijos del rey eterno. Verdaderamente, de aquella sublimidad de honor se distinguen con razón quienesquiera que hayan perpetrado aquellas cosas que son dignas de los límites de la penitencia. Como dice el profeta: En lugar de un cinto, una cuerda.

Él lleva a los sacerdotes sin gloria. Como los hijos de Elí, o muchos otros de la misma gente.

Y derriba a los grandes. Dios no derriba con engaño, en quien no hay iniquidad, sino que se dice que derriba de este modo, cuando quita al injusto y al inicuo, y en el lugar que parece ocupar alguien indigno, sustituye a un hombre bueno y justo, como David en lugar de Saúl.

Cambiando el labio de los veraces, y quitando la doctrina de los ancianos. Derrama desprecio sobre los príncipes, y alivia a los que habían sido oprimidos. Cuando, por los pecados, quitadas las

promesas, se ve obligado a dar las llamas de la gehena eterna a los adoptados.

El que revela las profundidades desde las tinieblas, y saca a la luz la sombra de la muerte. El que multiplica las naciones, y las destruye, y las restaura íntegramente después de haber sido derribadas. El que cambia el corazón de los príncipes del pueblo de la tierra, y los engaña, para que anden en vano por donde no hay camino. Palparán como en tinieblas, y no en la luz, y los hará errar como ebrios. La sombra de la muerte es el mismo diablo: que no protege a los hombres, sino que los empuja a la muerte; este es sacado a la luz cuando es separado del alma fiel.

CAPÍTULO XIII.

He aquí, todas estas cosas ha visto mi ojo, y las ha oído mi oído, y he entendido cada una. Según vuestro saber, también yo lo sé; no soy inferior a vosotros. Pero, sin embargo, hablaré al Omnipotente, y deseo disputar con Dios, mostrándoos primero como fabricantes de mentiras y cultivadores de dogmas perversos. Y ojalá callarais, para que fuerais considerados sabios. Escuchad, pues, mis correcciones, y atended al juicio de mis labios. ¿Acaso necesita Dios vuestra mentira, para que habléis engaños en su nombre? ¿Aceptáis su persona y os esforzáis por juzgar en lugar de Dios? ¿O le agradará a aquel a quien nada se le puede ocultar? ¿O será engañado, como un hombre, por vuestros fraudes? Había engaños en ellos, porque bajo palabras consoladoras lo golpeaban con un corazón hostil.

Él mismo os reprenderá, porque en secreto aceptáis su persona. Tan pronto como se mueva, os turbará, y su terror caerá sobre vosotros. Vuestra memoria será comparada a la ceniza, y vuestras cervices serán reducidas a lodo. Callad un poco, para que yo hable lo que mi mente me sugiera. Sois dignos de ser reprendidos por Dios: en secreto, es decir, como si Él lo ignorara, asumís su persona en vosotros para condenarme: como si algo pudiera ocultársele, de modo que deseáis sorprenderlo así.

¿Por qué desgarro mis carnes con mis dientes? Mientras lo atormentaban cruciatus excesivos, desgarraba sus manos o sus labios con sus dientes.

Y llevo mi alma en mis manos. Aunque me matare, en él esperaré. Sin embargo, defenderé mis caminos ante su vista, y él mismo será mi salvador. Pues no todo hipócrita vendrá a su presencia. Escuchad mi discurso y percibid mis enigmas con vuestros oídos. Si soy juzgado, sé que seré hallado justo. ¿Quién es el que será juzgado conmigo? Que venga. ¿Por qué, callando, me consumo? Solo dos cosas no me hagas, y entonces no me esconderé de tu rostro. Aleja tu mano de mí, y que tu terror no me espante. Llámame, y yo te responderé; o ciertamente yo hablaré, y tú respóndeme. ¿Cuántas iniquidades y pecados tengo? Dice que lleva su misma vida, que suele llamarse con el nombre de alma, en sus manos: esto es, fallando ya y saliendo el alma en los tormentos, la llevo en mis manos como para ser llevada a enterrar.

Muéstrame mis maldades y mis delitos. Para que pueda saber por qué causa me atormentas así.

¿Por qué escondes tu rostro y me consideras tu enemigo? Contra la hoja que es arrebatada por el viento, muestras tu poder, y persigues una paja seca. Pues escribes contra mí amarguras, y quieres consumirme con los pecados de mi juventud. Has puesto mi pie en el cepo, y has observado todas mis sendas, y has considerado las huellas de mis pies. Yo, que he de ser consumido como podredumbre, y como un vestido que es comido por la polilla. Mientras permites que sea castigado de este modo, a quien consideras como un enemigo, me duele que tú mismo sepas muy bien que más bien se daña a aquel que se te resiste.

CAPÍTULO XIV.

El hombre, que nace de mujer, viviendo un breve tiempo, está lleno de muchas miserias. Quien como una flor sale y es quebrado, y huye como una sombra, y nunca permanece en el mismo estado. En este lugar, por 'flor' entendamos la fragilidad del género humano, no la fragante belleza de su olor y su hermosura.

Y consideras digno abrir tus ojos sobre tal ser, y llevarlo contigo a juicio. ¿Quién puede hacer limpio lo concebido de semilla inmunda? ¿No eres tú, que eres el único? Breves son los días del hombre, el número de sus meses está contigo. Has establecido sus límites, que no podrán ser sobrepasados. Esto es lo que consideras digno: que por el género humano, quisieras que tu Uni-

génito naciera hombre. O de otro modo: también a mí me permites hablar contigo y desvelar mis miserias.

Apártate, pues, un poco de él, para que descanse, hasta que llegue su día anhelado, como el de un jornalero. Esto es, aparta de mí tu flagelo, y no permitas que sea tentado de tal manera por más tiempo.

El árbol tiene esperanza. Si es cortado, vuelve a verdear, y sus ramas brotan. Si su raíz envejece en la tierra, y su tronco muere en el polvo, al olor del agua germinará, y producirá follaje, como cuando fue plantado por primera vez. Debe creerse que es un árbol racional, del cual se dice: Pues hay esperanza para el árbol. Este árbol, por tanto, fue cortado por la desobediencia: cuando habitaba en medio de los árboles del paraíso, antes de que muriera por la sentencia de Dios, del cual en el bautismo se corta la vejez, para que en la vida del nuevo hombre de Jesucristo, reviva por la resurrección de la fe, y sus ramas broten con virtudes: es decir, sus obras progresen viviendo santamente.

Pero el hombre, cuando ha muerto, y ha sido despojado y consumido: ¿dónde, pregunto, está? Pero el hombre que no tiene esperanza en Cristo, como los gentiles que ignoran a Dios, cuando haya muerto, no renacido por el bautismo, también desprovisto de vida y despojado del deleite presente, sin duda recibirá la sentencia de la condenación eterna.

Así como si las aguas se retiraran del mar, y el río, vaciado, se secara: así el hombre, cuando se

haya dormido, no resucitará. Hasta que el cielo se desgaste, no despertará, ni se levantará de su sueño. ¿Quién me concederá esto, que en el infierno me protejas, y me escondas, hasta que pase tu furor, y me fijes un tiempo en el que te acuerdes de mí? ¿Crees que un hombre muerto volverá a vivir? Todos los días en que ahora milito, espero hasta que llegue mi cambio. Si puede suceder, dice, que las aguas de los preceptos salvíficos de Dios dejen de retirarse del mar de las Sagradas Escrituras, lo cual no dejan de hacer con perenne abundancia; y si puede suceder que el río del sagrado bautismo se seque por cierta falta de la misericordia divina, y no esté lleno de la gracia de Dios, y no redunde en los dones del Espíritu Santo: así podría suceder que un hombre, cuando haya muerto, no resucite.

Me llamarás, y yo te responderé. A la obra de tus manos extenderás tu diestra. Todos los muertos serán llamados en el fin de los siglos, y a la voz del arcángel y a la trompeta de Dios serán levantados de sus tumbas: y todos responderán de este modo cuando, a la palabra de su majestad y poder, las cenizas y pavesas de los cuerpos humanos serán vivificadas, y resucitarán de entre los muertos incorruptos.

Tú ciertamente has contado mis pasos: pero perdona mis pecados. Los pensamientos y obras de mi juventud.

Has sellado como en un saco mis delitos, pero has curado mi iniquidad. El saco (saccus), por su nombre significativo, puede ser visto como toda la masa pecadora de la generación de Adán: en

el cual, como bajo el sello de su imagen, Adán engendró, a su imagen y semejanza, toda su prole, hecha prevaricadora en él mismo: la cual por muchos siglos Dios mantuvo encerrada bajo el pecado, y sin embargo, en los últimos tiempos de los siglos, curó las heridas de sus delitos con su redención. Pero si Job parece haber dicho esto de sí mismo, como creo, esta es la interpretación: Si, por tanto, dice, he cometido algunos pecados contra Dios a lo largo de toda la edad de mi vida, los has reunido todos en uno a través de diversos espacios de tiempo, para que según el rigor de tu justicia me pagaras por todos ellos a la vez.

La montaña que cae se deshace, y la roca es movida de su lugar. Las aguas excavan las piedras, y por la inundación la tierra se consume poco a poco, y así también destruirás a los hombres. Por tanto, debemos entender que esta montaña es el diablo, o el hombre de la soberbia, que se hincha contra Dios como una montaña con la soberbia de su mente, y al erigirse así, cae de cabeza, de modo que se deshace, y disuelto en polvo, es reducido a la nada. Pero creo que a la roca se asimilan aquellos que, debiendo haber permanecido en el bien de la naturaleza como piedras de la tierra con similar fortaleza, fueron cambiados por su propia voluntad en una cierta estolidez y dureza de corazón, y por lo tanto, de la morada de su detestación, que presumían tener como por sus propios méritos, han de ser arrojados a lugares dignos de ellos. Pero estas aguas, que siempre buscan los lugares más bajos, por las cuales también vino una vez la destrucción,

significan las potencias adversarias, y las tempestades y torbellinos del mundo. Estas aguas, por tanto, digo, desgastan con caída incesante a aquellos hombres que, presumiendo de sí mismos, son muy fuertes y sólidos, y confían en su propia fuerza, por lo que también se les compara con las piedras. Pero creo que la tierra representa a aquellos que, no soportando las tentaciones y los peligros, se dejan quebrantar. Por tanto, destruirás igualmente a los hombres: es decir, a tus santos, que guardan tu imagen en sí mismos.

Lo has fortalecido por un poco de tiempo, para que pasara para siempre. Esto es, en esta vida no permitiste que tus santos fueran vencidos por las tentaciones.

Cambiarás su rostro, y lo enviarás lejos. Es decir, cuando esto mortal se haya vestido de inmortalidad e incorrupción. O de otro modo, por 'rostro' entendemos el alma, la cual, cuando haya recibido su serenidad natural, contempla la gloria de la majestad divina, la cual, habiéndose regocijado junto con su cuerpo, no será herida por ninguna perturbación de vicio alguno.

Ya sean nobles sus hijos, ya sean innobles, no lo entenderá. Esto es, no hijos de la carne, sino hijos de la mente: es decir, obras de virtudes. Por lo tanto, los santos en esta vida no entienden antes del día del juicio qué clase de hijos tienen ciertamente: si agradan a Dios o no. Lo has fortalecido por un poco de tiempo, para que pasara para siempre, según la forma de siervo que asumió. Creo que estas cosas no pueden aplicarse a Cristo Dios. Pues cuando, en aquella parte en que

es hombre, se debilitaba cerca de su pasión, dice el evangelista: Y se le apareció un ángel del Señor del cielo, confortándolo. Él, por tanto, habiendo administrado nuestra redención por un breve tiempo, pasó a aquel siglo eterno, penetrando los cielos. Cambiarás su rostro: esto es, cuando todo el hombre ha pasado a Dios, salvada sin embargo la propiedad de cada sustancia en la unidad de la persona.

Sin embargo, su carne, mientras viva, sufrirá, y su alma se lamentará por él. Así nuestro Salvador asumió carne verdadera, para poder sentir dolor. O su alma se dolió, cuando dijo: Mi alma está triste hasta la muerte. O la Iglesia, que es su carne, se duele cuando es oprimida por las presiones del siglo: porque la Iglesia misma es hija en aquel que es iniciado en Cristo por la fe del bautismo. Y de nuevo es madre, cuando aquel que ha sido incorporado a los miembros de Cristo recibe el ministerio de bautizar.

CAPÍTULO XV.

Respondiendo entonces Elifaz el temanita, dijo: ¿Acaso el sabio responderá como si hablara al viento? Parece haberlo entendido en este sentido: ¿acaso algún sabio, estudioso de la disciplina filosófica, es arrebatado por tal furor y poseído por tal locura que, sin ninguna consideración del temor de Dios o de la religión, habla de tal manera que es semejante a un soplo de aire y a lo que se disipa en el viento? Por esta razón, pues, Elifaz se atrevió a reprender al santo Job como a uno hinchado por el espíritu de soberbia y viento.

Y llenará su estómago de ardor. Con el nombre de ardor, quiso indicar su alma, anhelante por la hiel de la ira, que había presumido enojarse contra Dios como si fuera su igual. Otra interpretación lo tiene así: Y llenará su vientre de dolor. Entendamos que el vientre es llamado un cierto seno espacioso del alma: pues así como hay un cierto receptáculo del cuerpo en el que se contienen los órganos vitales, y a esto lo llamamos con el nombre de vientre, así por esa traslación, mediante un cambio de nombre, habló de una cierta facultad capaz de los ejercicios del alma, que se llena de pensamientos del mismo modo que el vientre del hombre se llena de alimentos. Por lo tanto, Job es reprendido por Elifaz por haber llenado tal vientre de dolor, es decir, por pensar aquellas cosas que atormentan su alma, o por las cuales podría merecidamente sufrir dolores corporales.

Argumentas con palabras contra aquel que no es tu igual, y hablas lo que no te conviene. Al decir esto, lo señala como rebelde y contrario a Dios. Quizás por esta razón, porque en el discurso precedente Job había dicho a Dios entre otras cosas: Y me consideras tu enemigo.

En cuanto está en ti, has anulado el temor; y has quitado las oraciones delante de Dios. Tan soberbio, dice, te has vuelto, que estás completamente vacío del temor divino, y ya ni siquiera te dignas suplicar a Dios: por lo cual dice: y has quitado las oraciones delante de Dios, es decir, las has apartado de ti como si no te fueran necesarias.

Pues tu iniquidad ha enseñado a tu boca: e imitas la lengua de los blasfemos. Por lo tanto, tu boca ha aprendido a hablar el mal de tu mente, y por esa razón eres imitador y discípulo de aquellos que siempre tienen la lengua preparada para blasfemar a Dios.

Tu propia boca te condenará, y no yo, y tus propios labios te responderán. Es decir, recibirás el merecido de tus palabras.

¿Acaso eres tú el primer hombre que nació, y fuiste formado antes que todas las colinas? Por lo tanto, comenzaste a existir antes de que existiera la raza humana, concediéndote mucho, que eres más sabio que los demás hombres: donde con discurso burlón podría haber dicho el primer Adán, a quien ciertamente sabemos que fue hecho sapientísimo por Dios. Así, pues, arremete contra el santo Job, como si dijera: ¿acaso comenzaste a existir antes que el padre del género humano y antes de la creación de los ángeles?

¿Acaso has oído el consejo de Dios, y será su sabiduría inferior a ti? En seguida reprende al que era verdaderamente agradable a Dios como excesivo y jactancioso, y lo increpa vehementemente, diciendo: que no solo cree conocer el consejo de Dios, sino que incluso su sabiduría es inferior a él. Es evidente, por tanto, que un ánimo lleno de envidia dirige los dardos de las recriminaciones contra un hombre justo sin causa, para abrumar al inocente con insultos.

¿Qué sabes tú que nosotros ignoremos? ¿Qué entiendes tú que nosotros no sepamos? Muchísimo: claramente, en primer lugar, conocía a Dios

mismo más, y luego preveía por el espíritu los misterios que se revelarían en Cristo.

Y ancianos y antiguos hay entre nosotros, mucho más viejos que tus padres. Los ancianos y antiguos puestos con nosotros, que ya por su misma longevidad han alcanzado muchísima erudición y ciencia, no han presumido decir nada temerariamente contra Dios, como tú haces.

¿Acaso es gran cosa que Dios te consuele? Pero tus palabras perversas lo impiden. Es manifiesto que no es ni gran cosa para el Omnipotente, ni difícil para la misericordia de Dios, consolar a un hombre: oírle cuando invoca y librarlo de la opresión de la tribulación; pero tú, eructando blasfemias, exasperas más a Dios para tu castigo, a quien podrías haber aplacado con humildad y satisfacción.

¿Por qué te enaltece tu corazón y, como si pensaras grandes cosas, tienes los ojos atónitos? ¿Por qué se hincha tu espíritu contra Dios, para que profieras de tu boca tales discursos? ¿Qué es el hombre para que sea inmaculado, para que parezca justo el nacido de mujer? He aquí que entre sus santos ninguno es inmutable, y los cielos no son puros a sus ojos: ¿cuánto más abominable e inútil el hombre, que bebe la iniquidad como agua? Corazón, ojos, espíritu, significan toda el alma del hombre, pero en el corazón del hombre reconozcamos la sabiduría. En los ojos, la perspicuidad de la inteligencia. En el espíritu, en verdad, el movimiento de esa alma, por el cual es incesantemente impulsada por los pensamientos a hacer cualquier cosa. Por lo tanto, en la eleva-

ción del corazón, y en los ojos atónitos, y también en la hinchazón del espíritu, su amigo Elifaz reprocha al santo Job ser sumamente soberbio contra Dios y excesivamente inflado. Pues se había ofendido por aquellas palabras que el bienaventurado Job había referido a Dios más arriba. Si soy juzgado, sé que seré hallado justo, y contra este discurso habla: ¿Qué es el hombre para que parezca inmaculado?

Te mostraré, escúchame, lo que he visto te lo contaré. Hablo de un asunto experimentado, que sabrás que he conocido y visto.

Los sabios confiesan, y no ocultan a sus padres. Así quiere obligarlo y constreñirlo a la penitencia, por así decirlo, de diversas maneras y con ejemplos, para que confiese que soporta aquella plaga de castigos que sufría por sus méritos. O así: no defendiéndose a sí mismos, ni a sus padres semejantes a ellos, o a aquellos a quienes imitando comenzaron a tener como padres; no cubren ni ocultan sus propios pecados ni los de sus padres. O no ocultan a sus padres, es decir, a sus mayores, o a sus sacerdotes, a quienes es saludable confesar los pecados.

A quienes solos les fue dada la tierra, y ningún extraño pasará a través de ellos. Frecuentemente Dios, a causa de los pecados, entrega la tierra de los inicuos a otras naciones. Por lo tanto, Zofar habla a Job sobre el comienzo y la entrada de la conversación: En su amargura irán y vendrán sobre él seres horribles, es decir, como movidos por la ira de la hiel, y convertidos en amargura y furor por el veneno de la envidia: a tu alrededor,

dice, morarán continuamente. O moralmente. Aquellos sabios están en Cristo, y son necios en el mundo, quienes por la satisfacción de la penitencia, confiesan fielmente sus pecados o los errores de la herejía convirtiéndose a Dios, y manifiestan a los autores ya sea de sus crímenes o de sus dogmas, para que posean solos la tierra de su cuerpo: es decir, que no la dominen los vicios o las maldades hostiles. Y que ningún extraño pase a través de él, es decir, que el diablo no tenga poder sobre él. Quien verdaderamente debe ser llamado extraño, porque se hizo a sí mismo extraño a Dios y a la compañía de los ángeles.

Todos sus días el impío se ensoberbece, y el número de los años de su tiranía es incierto. Elifaz parece, en efecto, dirigir estas cosas contra la persona de Job, las cuales ha continuado hasta el final de este discurso. Pero yo estimo que, inspirado por el espíritu de profecía, dijo todas estas cosas contra cualquier impío, o contra el mismo diablo, o sus socios.

El sonido del terror está siempre en sus oídos. Como padecieron los egipcios.

Y cuando hay paz, él siempre sospecha emboscadas. El impío persevera siempre en el crimen por la mala conciencia: pues sabe, según el justo juicio de Dios, qué retribución está reservada para los impíos.

No cree que pueda volver de las tinieblas a la luz. Engañado por un vano error, de que ha de ser redimido por algún precio. Este impío, habiendo llegado a lo profundo de los pecados, ha desesperado de poder alcanzar la vida. Y por eso no cree

que pueda volver a la luz de la penitencia desde las tinieblas de los pecados. Pero explica la causa de esta desconfianza, diciendo:

Mirando por todas partes la espada. Es decir, de aquí y de allá: o esperando la muerte. Hemos dicho que el diablo es dado como alimento a los espíritus inmundos, porque viven de su malicia: pero por buitres se entienden los hombres pecadores e inmundos. Cuando, por tanto, estos se hayan convertido, entonces tendrán al enemigo que los devora, a su vez, por alimento, porque él es el dragón que fue dado por Dios como alimento a los pueblos de los etíopes, que antes eran etíopes por la negrura de sus pecados, pero ahora son hechos luz en el Señor por la fe. A este impío o dragón consumen y devoran: mientras introducen todo su cuerpo, que son ciertamente los pecadores, por la fe en el cuerpo, es decir, en la Iglesia: según aquello que fue dicho a Pedro: Levántate, mata y come. De aquí también Moisés obligó a los hijos de Israel a beber el becerro pulverizado, para que así como habían sido absorbidos por él en el error, así ellos, abandonado el error, pasaran al cuerpo del pueblo de Dios.

Cuando se mueve a buscar pan, sabe que el día de las tinieblas está preparado en su mano. El movimiento de las almas es el comienzo del pensamiento. Cuando, por tanto, este hombre, siempre culpable y con mala conciencia, ha recordado cómo puede vivir, no se le ocurre otra cosa que aquel tiempo horrible del juicio de Dios, en el que teme los castigos perpetuos que se le han de imponer.

La tribulación lo aterrorizará, y la angustia lo rodeará, como a un rey que se prepara para la batalla. Antes de que llegue el día predicho, será atormentado por el mal del pavor; también, cercado por todas partes por presiones y angustias, será constreñido, como un rey que va a salir a la batalla. Bajo el nombre de rey, estimo que se significa al hombre impío, o al diablo, que diariamente prepara guerras, blasfemias y contiendas, o batallas de vicios, contra Dios.

Pues ha extendido su mano contra Dios, y se ha fortalecido contra el Omnipotente. En la elevación, o extensión de la mano, muestra a uno que resiste a Dios, y dice que es fuerte también en la contumacia de una mente hinchada.

Corrió contra él con el cuello erguido. Indica la mente abrupta y precipitada del soberbio: porque, poseído por una audacia insana al resistir a Dios, no procedió con pasos lentos.

Y está armado con un cuello grueso. Al nombrar la gordura del cuello, indicó una soberbia sobreabundante y, por así decirlo, excesivamente desbordante. Como dice el profeta, cuando habla de la misma soberbia de los hombres, diciendo: Salió como de la grosura la iniquidad de ellos, una nueva edición dice este testimonio más claramente: Salieron de la gordura sus ojos: es decir, los sentidos o pensamientos de los sumamente soberbios prorrumpieron en blasfemia.

La gordura ha cubierto su rostro. El rostro se entiende generalmente como la misma mente del alma, como dice el Apóstol: Mas nosotros, con el rostro descubierto, contemplamos la gloria del

Señor. Este rostro, el diablo o el hombre impío no lo tiene sereno o claro con santidad o humildad, sino cubierto con la espesura de la soberbia, que es de un corazón ciego y obtuso. Otra edición: Cubrió su rostro como en su propia grasa; como si dijera: a saber, la soberbia negra, autora de todos los vicios: no se vistió con la tenue y translúcida virtud de la humildad como con un precioso manto, sino que hizo de sí misma, en cierto modo, una burla y una vestidura oscura, con la que embotara su soberbia con la crasa ceguera de su corazón.

Y de sus costados cuelga la grasa. Sus costados pueden entenderse como sus ministros o compañeros, que han sido semejantes a él. No absurdamente se entienden también los oídos, que ciertamente se engordan al oír: de donde se genera una sordera excesiva en los contumaces, según aquello: Se ha engrosado el corazón de este pueblo. Otra edición: Hizo una cobertura sobre sus muslos. Me parece que este versículo contiene un sentido de este tipo, que en este impío se reprende que no quiso tener el freno de la disciplina, con el que podía ser retenido hacia las virtudes, sino que más bien se arrojó a una cierta disolución, depuesto el rigor de su ánimo, para que, como con la rienda suelta, fuera conducido al placer y a la lujuria.

Ha habitado en ciudades desoladas, y en casas desiertas, que han sido reducidas a montones. Por tanto, llama a los espíritus inmundos la habitación de las bestias y de las aves inmundas: que habitan en los hombres a quienes Dios ha

abandonado. Pues este habita en hombres abandonados por Dios: y por esto se han convertido en sepulcros de los muertos. Y si los pecados en las Escrituras a veces son llamados los muertos, necesariamente los pecadores y los impíos son túmulos de los muertos. Por lo tanto, en 'ciudades' puede ser el nombre general de todos los pecadores, pero en 'casas' el especial de cada pecador e impío.

No se enriquecerá, ni perseverará su sustancia. Sustancia aquí no debe entenderse como las riquezas de las cosas, sino como los pecados: de los cuales dice el Espíritu Santo en el Apocalipsis de Juan. Cayó, cayó Babilonia la gran ciudad, y se ha convertido en habitación de demonios, y en guarida de todo espíritu inmundo. Pero en cuanto a lo que dice, 'no se enriquecerá': esto me parece que ha dicho, que no habrá mucho tiempo en que su vida se engrose en las riquezas de los crímenes, ya que incluso la sustancia acumulada de sus vicios no será duradera.

Ni echará en la tierra su raíz. Es decir, porque ha de morir como un árbol arrancado: por lo tanto, no tendrá estabilidad eterna ni su compañía en la tierra de los vivientes: porque no envió primero aquí la esperanza o la raíz de la fe: ni siquiera tendrá la brisa de la salvación, para que viva bajo la sombra del refrigerio.

No se apartará de las tinieblas. Otros han dicho, 'No escapará de las tinieblas': es decir, ha sufrido castigos eternos, y no evadirá las tinieblas. Pero 'no se apartará de las tinieblas': entendemos esto de las tinieblas de la infidelidad.

Este hombre impío se niega a venir a la luz de la penitencia.

La llama secará sus ramas. En las ramas, entendamos los frutos de las malas obras, como dice Salomón: El fruto de los impíos es el pecado. Pero a estos, como madera, heno, paja, el fuego de la Gehena los consumirá.

Y será quitado por el espíritu de su propia boca. Porque, por tanto, su alma es un furor contra Dios, con el cual tampoco cesa de espirar blasfemias contra él: por el juicio de su propia boca, dice, es condenado. Según la edición antigua, por tanto, estimo que en el tronco o en el follaje se significa el origen de la vida del impío, que el Espíritu de Dios con la sentencia del juicio, como un viento que se cierne, golpea: para que el impío, como un árbol seco, muera al instante, y así toda flor de su honor y gloria se desvanezca.

No se apartará, engañado por un vano error, de que ha de ser redimido por algún precio. Esto, por tanto, dice, quizás piensa el diablo, y el hombre impío que persiste en la impiedad con dureza de corazón, que Dios no le retribuirá por sus méritos: mientras que Dios de ninguna manera le perdona, aunque suplique esto con palabras potentes y compuestas para obtenerlo, ya que está, según el justo juicio de Dios, condenado a tormentos sempiternos.

Antes de que se cumplan sus días, perecerá. Entonces se dice que los días de cada uno se cumplen, cuando ha llegado la retribución de los hombres buenos y malos. Este hombre, por tanto, o el diablo, antes del día de la sentencia clara que

el Señor les ha de dar en el juicio: ha preconocido en la predestinación [Otra lectura: 'siendo preconocido, perecerá: como en, etc.'].

Y sus manos se secarán. No teniendo en sí, ciertamente, ningún fruto de buena obra.

Será dañado su racimo como una viña en su primera flor, y como un olivo que arroja su flor. En el racimo, no hay duda de que se entiende el predicho fruto de la obra. Por lo tanto, no podrá llevar la flor de la alegría temporal a la madurez del fruto perpetuo, porque en la misma esperanza de la gloria mendaz, será disipada por el cálido viento de la soberbia. O por la frialdad de la caridad de Dios, será dañado como por una escarcha, como creo que se dice en el mismo sentido en los pasajes siguientes. Y como un olivo que arroja su flor. Pues el olivo en las divinas Escrituras, y la viña, a veces significa solo un hombre: a veces un pueblo, ya sea bueno o malo. Pero lo que dijo, 'será devastado', o 'trastornado', debe entenderse así, como se tiene en el Apocalipsis: Quien cumpla los mandamientos del Señor, no será dañado por la segunda muerte. Por lo tanto, la viña y el olivo pueden entenderse como el pueblo judío. Esta viña, por tanto, perderá o malgastará el fruto de la santidad y de la justicia, que no quiso tener a Cristo, la primera flor y el mejor de todos los santos, en el campo de la ley. Pues él mismo dice: Yo soy la flor del campo. Pero como infiel e incrédula, para que no ardiera en ella la fe de Cristo, lo arrojó de sí misma: y mientras lo arroja fuera de la viña, y lo sacude de sí como una flor, ella

misma fue arrancada de la raíz de los patriarcas, y sacudida de Cristo, el fruto de nuestra salvación.

Pues la congregación del hipócrita es estéril. Denota al santo Job con estas palabras como un raptor y un simulador violento, y dice que no le aprovecharán las riquezas acumuladas con iniquidad: pues así habló contra Job también en el primer discurso, donde incluso lo comparó con un león y una leona, y con el cachorro de león y un tigre. Pero más bien hay que creer a Dios, quien, alabándolo, no dijo que se hubiera hecho un simulador, sino que lo proclamó inocente y sencillo. Pero en cuanto a lo que dice Elifaz.

Y el fuego devorará los tabernáculos de aquellos que gustan de recibir regalos. Esto no puede aplicarse al santo Job. Porque él mismo, como ya he dicho, según el testimonio de Dios, habló así de sí mismo: 'y si en mis manos se ha adherido mancha alguna', cuando hablaba de regalos. Pero al nombrar el fuego, creo que significó la Gehena, porque los tabernáculos, es decir, los cuerpos de los inicuos, han de ser consumidos. De este fuego también Zofar dice en los pasajes siguientes: 'Lo devorará', es decir, al impío, 'un fuego no encendido'.

Concibió dolor, y parió iniquidad, y su vientre prepara engaños. David también después dijo así de uno de esta clase: He aquí que ha estado de parto con la injusticia, concibió dolor, parió iniquidad. El dolor, por tanto, es injusticia e iniquidad. Esto, por tanto, el impío parió lo que había concebido, y sin embargo el útero de su corazón no cesa de preparar engaños. Los cuales

entonces da a luz, cuando las obras proceden al hecho. En la concepción, por tanto, se entiende un pensamiento inicuo, así como en el parto se reconoce el efecto del mal pensamiento. Elifaz habló todas estas cosas contra Job; pero ya hemos dicho más arriba que, por la ministración de la profecía a través de la persona de Job, estas cosas pueden ser vistas como dichas al diablo o a cualquier hombre impío, así como las otras cosas que sus amigos hablaron.

CAPÍTULO XVI.

Respondiendo Job, dijo: He oído con frecuencia tales cosas. Sois todos vosotros consoladores onerosos. ¿Acaso tendrán fin las palabras ventosas, o te es molesto hablar? También yo podría decir cosas semejantes a las vuestras. ¡Y ojalá vuestra alma estuviera en lugar de la mía! Si vosotros, dice, padecierais esto que yo soporto, no actuaría yo con vosotros como no cesáis de actuar conmigo.

También yo os consolaría con discursos, y movería mi cabeza sobre vosotros. Os fortalecería con mi boca, y movería mis labios, como perdonándoos. Ciertamente, os exhortaría más bien con el halago de mis palabras: también vuestras mentes, exasperadas por amargas tribulaciones, para que no cayeran en el desliz de la blasfemia, las sostendría con un discurso ligero y plácido.

¿Pero qué haré? Si hablo, no cesará mi dolor, y si callo, no se apartará de mí. Es decir, ya sea que os diga esto ahora, o que calle: esto solo

confieso saber, que soy atormentado por un dolor incesante.

Pero ahora mi dolor me ha oprimido, y todos mis miembros han sido reducidos a la nada. Esto también debe entenderse de Cristo.

Mis arrugas dan testimonio contra mí. La contracción de la piel que padezco, al secarse esa misma supuración, en cierto modo por su manifestación da testimonio contra mí, y como si hablara, de cuántos dolores o tormentos soporto.

Y se levanta un falso hablador contra mi rostro, contradiciéndome. Ha reunido su furor contra mí. Aquí llama falso hablador o al mismo Elifaz, porque reprocha al santo Job que soportaba estas cosas por el mérito de sus pecados, o al diablo, que lo había llamado pecador. De otro modo, por falso hablador deben entenderse Judas o el pueblo de los judíos, que dieron falso testimonio contra Cristo.

Y amenazándome, rechinó sus dientes contra mí. Por la boca de los amigos que disputaban contra el santo Job, el diablo amenazaba; o los judíos rechinaron los dientes contra el Salvador. Otra edición: Las saetas de los piratas cayeron sobre mí. Estos piratas son ministros del diablo, ya sean hombres o demonios: los cuales son llamados piratas en las Escrituras cuando este siglo es llamado mar. Las saetas, en cambio, deben entenderse como los dolores o tormentos que padecía, para que, traspasado por ellos, muriera en blasfemia. Y así finalmente le quitarían el oro y la plata de su sabiduría y ciencia, también las preciosas vestiduras de las virtudes, de la esperanza

y de la fe en Dios, y las joyas compradas a gran precio.

Mi enemigo me ha mirado con ojos terribles. En los ojos terribles describe el ánimo del enemigo invisible que lo hería, el cual, ya sea por visiones nocturnas, ya sea por el rostro terrible de sus amigos, dirigía amenazas: y así, mientras sus amigos respondieron con cosas nefandas al santo Job, y también lo disuadieron con gestos e irrisión, debe entenderse de Cristo.

Abrieron sobre mí sus bocas, y reprochándome golpearon mi mejilla, se saciaron con mis penas. Por tanto, en la mandíbula está la nobleza de linaje, o un cierto honor manifiesto. Y como otros han dicho, fue golpeado duramente en las mejillas, hasta tal punto que se hizo ajeno al honor, a la nobleza y a las riquezas, cuando valientemente ofreció la mandíbula de su fe para ser golpeada por el diablo, la cual este intentó perturbar golpeándola, como si derribara una cierta puerta de la confesión divina; o cuando dieron falso testimonio contra Cristo, o aquello de "Crucifícalo".

Dios me ha encerrado con el inicuo, y me ha entregado en manos de los impíos. Es decir, al diablo y a sus ángeles. O debe entenderse de Cristo, cuando fue entregado en manos de los judíos.

Yo, aquel que en otro tiempo fue opulento, de repente he sido quebrantado. Me ha agarrado por el cuello, me ha quebrantado y me ha puesto para sí como un blanco. Es decir, de rico hecho pobre: o Cristo, de Dios nacido hombre.

Me ha rodeado con sus lanzas: ha herido mis lomos. No perdonó, y derramó en la tierra mis entrañas. Las lanzas nombradas en este lugar se entienden significativamente como las punzadas de dolor que Job padecía: o deben entenderse las blasfemias que Cristo sufrió de los judíos. Pues Job no solo se había podrido por fuera en todo su cuerpo, sino que también se deshacía en una supuración fétida: de modo que el mismo Job dijo, mi aliento lo aborreció mi mujer. Todo alrededor de sus lomos se había podrido. O debe entenderse de Cristo, "ha herido mis lomos". Porque los judíos persiguieron hasta tal punto a los apóstoles, que habían nacido como de los lomos de su doctrina: para herirlos con la herida de la infidelidad negando a Cristo: como cuando Pedro dice, "no conozco a ese hombre". Y "me ha agarrado por el cuello", o como otros han dicho, "agarrando mi cabellera, la arrancó". Por tanto, entendamos ahora con qué furor y poder el diablo movió y sacudió, o quebrantó, a este varón, que hasta intentó arrancarle la cabellera, asiéndola toda junta. O debe entenderse así de Cristo: en el tiempo de su pasión, el adversario lo sujetó con su propio permiso, y lo inclinó hasta el adormecimiento de la muerte, a quien ya había quebrantado con azotes y la fijación de los clavos, y pusieron el signo de la salvación en la dirección contraria.

Me ha desgarrado con herida sobre herida: se ha lanzado sobre mí como un gigante. Mientras a mis dolencias y heridas se añaden innumerables plagas, soy totalmente dividido, deshecho y que-

brantado, de modo que no queda en mí ningún resto de mis miembros que subsista con alguna solidez. También de Cristo debe entenderse así: Cuando Judas fue aniquilado por la herida letal de la apostasía, no perdonó: pues se enfureció con tan gran saña que el crimen que había concebido en su mente, también lo publicó con su boca: o, sobre las heridas de la cruz añadieron las heridas de los clavos.

He cosido un saco sobre mi piel, y he cubierto mi carne con ceniza. Lo cual, dicho de manera similar, me parece que pertenece a la humillación de su reino. Pero el cuerno es llamado reino en las Escrituras: según aquello, "Exaltará el cuerno de su Cristo". Pero Cristo llamó saco a la misma gente de la que era oriundo. Y cubrió con ceniza a los príncipes de los judíos, cuando les quitó el reino por el sacrilegio de su negación y lo transfirió a los gentiles.

Mi rostro se ha hinchado por el llanto, y mis párpados se han oscurecido. El llanto o las lágrimas en el hombre se generan de los dolores o de la tristeza; pero las lágrimas a veces fluyen por las mejillas en silencio: el llanto, en cambio, aunque tenga lágrimas, no se da sin voz y conmoción del cuerpo: llanto que Job testifica haber tenido, el cual le nacía de las tribulaciones del alma y también de los tormentos de sus penas. Igualmente, de otro modo: Los profetas se entienden como el rostro de Dios porque conocen las cosas futuras: los cuales, al contemplar en espíritu la perdición de los impíos, entendamos que los lloraron con gemidos continuos. También los ojos de Cristo se

oscurecieron, mientras los mártires o los santos, vacilando en las tentaciones, se turbaron: pero liberados por la gracia de Dios, permanecieron en la luz.

He padecido estas cosas sin iniquidad de mi mano, teniendo oraciones puras hacia Dios. Ninguno de los santos tiene oraciones a Dios tan puras e inmaculadas, sin ninguna, ni la más mínima, mancha de pensamiento, como el mediador de Dios y de los hombres, el hombre Jesucristo, que no cometió pecado, ni se halló engaño en su boca. Se ha de creer que tenía estas preces y oraciones a Dios según el hombre que asumió: puesto que según su divinidad él mismo escucha junto con el Padre. O los santos, que padecieron por su nombre, asesinados por los perseguidores sin iniquidad de rebelión o de crimen alguno: en lo que respecta a aquellos perseguidores, fueron entregados a la muerte gratuitamente.

Tierra, no cubras mi sangre, ni encuentre en ti mi clamor lugar para esconderse. Todo esto es lo que dice, para que no se oculte el mérito del inocente y de buena conciencia: especialmente cuando refiere que él, siendo inocente, ha padecido tan grandes males. Con el nombre de sangre, quiso referirse al estado de esta vida presente. Pero en este lugar, el clamor puesto es su misma santidad reclamando contra aquellos castigos: que con razón se infligen a los inicuos para venganza, pero a los justos para prueba. A veces también en las Escrituras se muestra el clamor como un afecto del alma dirigido a Dios, o también el clamor de la iniquidad del pueblo, del que

se esperaba que diera uvas, y dio espinas. Y no toda iniquidad se llama clamor, sino aquella que se hace públicamente.

Pues he aquí que en el cielo está mi testigo, y mi conocedor en las alturas. Porque Dios dio testimonio de él.

Mis amigos son verbosos. Quien habla palabras que no pertenecen a Dios es llamado verboso: pero quien habla las palabras de Dios no puede ser juzgado verboso.

Mi ojo gotea hacia Dios. Interpela a Dios con lágrimas.

Y ojalá así fuera juzgado el hombre con Dios, como es juzgado el hijo del hombre con su compañero. Esto dice: Ojalá tuviera la oportunidad de disputar con un hombre, para poder probar mi inocencia. Pero no quiero que mi Dios entre en juicio conmigo, quien es Dios que escudriña los corazones y los riñones: cuyo juicio de ninguna manera puede ser engañado: ni él acostumbra a ser discutido por nadie.

Pues he aquí que pasan breves años, y ando por una senda por la que no volveré. Así creía, que no volvería de nuevo ni a su cuerpo mortal, ni a los tormentos de su cuerpo.

CAPÍTULO XVII.

Mi espíritu se atenuará, y mis días se acortarán. Esto dice, que en la brevedad de su vida, su espíritu, gradualmente atenuado, ha desfallecido.

Y solo me queda el sepulcro. Porque la muerte es el fin de todos los tormentos.

No he pecado, y en amarguras mora mi ojo. Es verdad que, siendo grato a Dios, no he pecado. Y aunque este pasaje puede entenderse de tal modo que, si bien no pecó contra Dios, sin embargo, como si en Él hubiera pecado, padece las penas de los blasfemos. Y quizás porque es alabado por Dios en el presente, no había pecado; pero no niega haber pecado en los tiempos pasados de su adolescencia.

Libérame, y ponme junto a ti, y que la mano de cualquiera luche contra mí. Desea, por tanto, esconderse bajo el escudo de la protección de Dios, para que, fortalecido y defendido por él, no tema al enemigo enfurecido.

Has alejado su corazón de la disciplina; por eso no serán exaltados. Porque Job dice estas cosas a Dios: del diablo ciertamente, y de sus satélites, procedieron los pecados, por los cuales, en efecto, recibieron la pena de la obduración. La causa, por tanto, de la que hablamos, por la cual fueron alejados para que no comprendieran la disciplina, es que perdieron por su propia voluntad la exaltación debida a su buena naturaleza.

Promete una presa a sus compañeros, y los ojos de sus hijos desfallecerán. Me ha puesto como un proverbio del vulgo, y soy un ejemplo ante ellos. Los compañeros o hijos del diablo son sus mismos ministros; pero se les llama compañeros por la camaradería de la conspiración contra Dios. Se les llama hijos por la imitación del mismo diablo. Por tanto, a estos demonios, el diablo, padre de ellos y cabeza de la rebelión, prometía que el bienaventurado Job sería entregado como

presa, mientras creía que por tantos dolores sería impulsado a la blasfemia y por esto abandonado por Dios; o cuando lo despojó de toda la gloria de su casa y de sus hijos.

Mi ojo se ha oscurecido por la indignación, y mis miembros han sido reducidos casi a la nada. Según aquello del Evangelio: La lámpara de tu cuerpo es tu ojo. Por tanto, Job se queja de que este ojo suyo se ha oscurecido por aquella indignación con la que se conservaban los méritos de su santidad: porque con buena conciencia padecía penas indebidas.

Los justos se asombrarán de esto. Admirándose de los justos juicios de Dios, de cómo un justo, y sin crimen, es afligido con penas.

Y el inocente se levantará contra el hipócrita. El hipócrita es el mismo diablo, quien, siendo de las tinieblas, es decir, el inventor del delito, al apartarse de la verdadera luz, se ha vuelto tenebroso. Como Lucifer, puso en el cielo su trono, y se transfiguró en ángel de luz. O ciertamente, Job llamó hipócrita a cada uno de sus amigos, porque bajo palabras consoladoras le hablaban engañosamente con dolo.

Y el justo mantendrá su camino, y el de manos limpias añadirá fortaleza. En cuyas virtudes, en efecto, manifiesta crecer cada vez más.

Por tanto, convertíos todos vosotros, y venid; y no encontraré entre vosotros a ningún sabio. Convertíos, dice, de la perversidad de la sentencia con la que no cesáis de condenarme con sumo empeño. Venid: es la palabra de quien invita al progreso de una vida mejor, lo que es: oh voso-

tros, hipócritas, y no verdaderos ni fieles amigos, acercaos al conocimiento de la verdad, que descubriréis que no poseéis en absoluto.

Mis días han pasado. Estos pueden entenderse como los días de la felicidad pasada, en los que el bienaventurado Job vivía, rebosante de virtudes. Por tanto, dice, no sin gemido, que estos días han pasado para él, cuando está rodeado de muchas miserias y padecía dolor por una plaga intolerable.

Mis pensamientos se han disipado, atormentando mi corazón. Han convertido la noche en día, y de nuevo después de las tinieblas espero la luz. Cuando estaba puesto en la intención de la contemplación constante del Uno, y tenía mis pensamientos siempre dirigidos a Dios, veo que estos mismos pensamientos míos se disipan en mí de su única solidez por la miseria de esta plaga que me ha sobrevenido, y por esto mi corazón se atormenta: porque se tortura por su desgarro, al ver que soporto males inconvenientes para mi simplicidad.

Si espero, el infierno es mi casa, y en las tinieblas he tendido mi lecho. Por las penas del cuerpo y los estímulos de los pensamientos, como dice, fue impulsado por un tiempo incesante, y por eso clamaba que ya padecía las penas del infierno. O quizás aquella separación por la que fue hecho ajeno a los hombres fuera de la ciudad, sentado en el estercolero, se llama tinieblas, porque no tenían la luz del consuelo humano.

A la podredumbre he dicho: Tú eres mi padre; a los gusanos: mi madre y mi hermana. Por tan

largo tiempo, dice, me pudro, que a la misma podredumbre, y a los gusanos que nacen en su pus, llamo padres: y por esto, así como ningún mortal puede existir sin padres, así también me he vuelto yo, como si no pudiera existir sin podredumbre y gusanos. Los cuales están de tal modo en mi carne como en su propia naturaleza, como si yo mismo subsistiera de ellos. Siendo que ellos más bien se generan en mí del pus de mi carne, no yo de ellos. Donde más bien significó la mortalidad causada por el pecado, en la cual hay corrupción, y en la corrupción, podredumbre. En verdad, llamó padre al mismo origen del género humano en Adán, quien por la corrupción se hizo putrescible. Y llamó madre a la naturaleza humana, viciada por la corrupción. Y llamó hermana a toda la posteridad de Adán, que nace de la corrupción de la mortalidad, como del pus de la podredumbre; lo que también dijo Baldad: El hombre es podredumbre, y el hijo del hombre, un gusano.

¿Dónde está, pues, ahora mi expectación, y mi paciencia, quién la considera? Lo que dice, "¿y mi paciencia, quién la considera?", se manifiesta abiertamente fuerte en aquellos tormentos, por los cuales casi se queja de no haber podido alcanzar la retribución por tan gran labor.

Todo lo mío descenderá al infierno profundísimo. Otros han dicho: "Todos mis bienes". Dice que sus bienes descenderán a los infiernos, lo que es mi alma; o yo mismo he de descender por ellos. Verdaderamente no creemos, en cuanto a la justicia, que un hombre tan grande y de tal

calidad pudiera ser frustrado en sus santas obras. En cuanto a lo que dice:

¿Piensas que al menos allí habrá descanso para mí? Esto es: si en esta vida padezco las penas de los infiernos, ¿piensas que en los lugares de castigo habrá algún descanso para mí? Pero esto lo dice abrumado por las miserias, más que vencido por la desconfianza; porque en otros lugares dice al Señor: Sé que en el infierno me protegerás, hasta que pase tu furor.

CAPÍTULO XVIII.

Respondiendo, pues, Baldad el suhita, dijo: ¿Hasta cuándo lanzarás palabras? Entiende primero, y así hablemos. Es decir, ¿cuál será el fin de esta verbosidad, como si no fuera sincero?; o solo Job es acusado de verboso por Baldad; o como si, instigado por no sé qué espíritu, no cesara de hablar.

¿Por qué somos considerados como ganado y nos hemos envilecido ante ti? Dice esto porque el santo Job los había despreciado como si fueran animales brutos, y los había considerado vilísimos e indignísimos de conversación; y tan poseídos por la ira, que parecían sufrir un frenesí.

¿Por qué destruyes mi alma en tu furor? Al hablar contra la justicia divina, incitado por la locura del furor, es necesario que inflijas la muerte a tu alma.

¿Acaso por ti será abandonada la tierra, y serán removidas las rocas de su lugar? Como si dijera: ¿acaso por ti el mundo no pertenecerá a su rector, de modo que si encontrara pecadores, como a ti

mismo, no los castigue? En verdad, con el nombre de tierra y rocas, metafóricamente, puede entenderse toda la multitud de los pueblos, y todos los excelsos, soberbios y poderosos del mundo. Las rocas pueden entenderse como las almas de los hombres, y la tierra como la carne humana. Pero también los ángeles, por la alteza de su naturaleza y su eminente honor, pueden ser llamados rocas.

¿No se extinguirá la luz del impío, y no resplandecerá la llama de su fuego? Con la luz significó la felicidad presente que el glorioso santo Job vivía, así como también Salomón dice: Mas la luz de los impíos se extinguirá. Por tanto, dijo que esta luz se extinguió cuando Job fue despojado de toda felicidad presente. Y en cuanto a lo que dice: Ni resplandecerá la llama de su fuego, es decir, no volverá a su felicidad anterior.

La luz se oscurecerá en su tabernáculo, y la lámpara que está sobre él se extinguirá. No solo, dice, perderá la felicidad presente, sino que también la luz del recuerdo de Dios, que estaba en el tabernáculo de su corazón, se oscurecerá, de modo que Dios, ciertamente, no le vendrá a la memoria, y por su merecido se extinguirá la lámpara de la protección divina que había estado sobre él.

Se estrecharán los pasos de su poder, y su propio consejo lo precipitará. Como el soberbio que, confiando en su propia fuerza, cree caminar rectamente, será encerrado en las angustias de las tribulaciones y presiones, de modo que no pueda salir de ellas en absoluto.

Pues ha metido sus pies en una red, y camina entre sus mallas. Con el nombre de la red y sus mallas se significa un mal inevitable, del cual, queriendo uno librarse, por el mismo esfuerzo se ve impedido y se enreda para caer.

La planta de su pie será apresada en un lazo, y la sed arderá contra él. Este lazo no sin razón se entiende como el mismo diablo, que para hacer tropezar el talón, acecha a los pecadores, y él mismo, no obstante, es llamado con el nombre de sed, porque, como si ardiera por algún bien, tiene sed de la muerte del hombre.

Escondida está en la tierra su trampa, y su lazo sobre la senda. Se le oculta con qué insidias está perdido, o tiene en sí mismo una trampa escondida con la que impide sus propios pies, es decir, la atadura del pecado, y en la crueldad de su conducta, con la que cree caminar rectamente, se oculta el lazo de este error.

De todas partes lo aterrarán los espantos, y enredarán sus pies. O dolores. El soberbio, ciertamente, siempre será aterrorizado por el miedo a la calamidad venidera. Los espantos, en este lugar, también pueden entenderse no como afecciones del corazón, sino más bien como los mismos ministros del diablo. Estos, por tanto, insistieron de muchas maneras en aterrorizar al santo Job, para que cediera ante ellos.

Que su fuerza sea debilitada por el hambre, y que la inanición invada sus costillas. El hambre puede entenderse también como el mismo diablo, que padece tal hambre que nunca se sacia con las muertes de los hombres. O él mismo padece

hambre, porque no merece recibir la palabra que procede de la boca de Dios. Y por eso, bajo el nombre de costillas, se significan las defensas del pecho, con las que se ha construido como con cierta dureza, para que no le llegue el alimento de la palabra divina. O también describe la plaga de los impíos.

Que la muerte, la primogénita, devore la belleza de su piel y consuma sus brazos. La belleza de la piel, es decir, los ornamentos de las virtudes, y los brazos, la fortaleza de su reino, los ha destruido el diablo, quien por eso es llamado el primogénito de la muerte, porque por él primero entró la muerte en el orbe de la tierra, y él mismo es el inventor de su propia muerte.

Sea arrancada de su tabernáculo su confianza, y pise sobre él la perdición como un rey. Por tanto, dijo que esta perdición es el diablo, que es rey sobre todos los hijos de la soberbia; pero no pudo pisar sobre el santo Job para postrarlo.

Habiten en su tabernáculo los compañeros de aquel que no es. Compañeros, socios o hijos, como se dijo antes, son ministros del diablo, quien en este lugar se dice que no es, y aunque subsiste por la propiedad de su propia naturaleza, sin embargo no es, como he dicho, porque por prevaricación se ha hecho ajeno a Dios.

Sea esparcido azufre en su tabernáculo. Para que sienta aquí el humo del infierno.

Que sus raíces se sequen por debajo, y que su cosecha sea destruida por arriba. Por cosecha pueden entenderse las obras que, brotando desde el interior hacia fuera y a la vista pública, surgen

de la raíz de la fe. De otro modo: Que sus raíces se sequen por debajo, es decir, que las obras que ha perpetrado en este siglo se encuentren muertas, y semejantes a los muertos por su aridez. Mas que su cosecha sea destruida por arriba; para que en el futuro de ninguna manera consiga la recompensa de su trabajo.

Perezca su memoria de la tierra. Es decir, que no haga nada digno de su memoria; o también que su memoria perezca de la tierra de los vivientes.

Y no sea celebrado su nombre en las plazas. En la plaza se sentaban los reyes, entre los cuales desea que no merezca la fama de la justicia. Las plazas se entienden como las virtudes, en las cuales la sabiduría actúa con confianza y recorre la ciudad de Dios, Jerusalén, en la cual en los sacramentos y misterios divinos se halla el amplio mandato de las Escrituras. Por tanto, con vehemencia jugarán en estas plazas los ancianos, las ancianas y los niños.

Lo expulsará de la luz a las tinieblas, y de la ciudad lo trasladará. De esta luz temporal ciertamente será enviado a las tinieblas eternas de los infiernos; o también ha de ser arrojado de la parte de la suerte de los santos a las tinieblas de los tormentos.

No habrá semilla suya, ni descendencia en su pueblo. Dice esto, que deje una posteridad indigna de la memoria de su gente o de su patria; según aquello del salmista: La generación de los rectos será bendita. Por tanto, no quiso procrear

tal generación en su pueblo, de la cual pudiera gloriarse en esta gente y patria espiritual.

Ni resto alguno en sus regiones. Es manifiesto que nada le quedó al santo Job. Pero espiritualmente ha de entenderse así: el impío no tendrá restos de su generación en el futuro.

En su día se asombrarán los postreros. Es decir, en el tiempo de su condenación.

Y a los primeros invadirá el horror. Es decir, los ínfimos y los próceres se aterrorizarán; esto es, los reyes poderosos y grandes. O los postreros y los primeros, hombres y ángeles; también los santos y los pecadores no sin razón se entienden.

Estas son, pues, las moradas del inicuo, y este es el lugar de aquel que no conoce a Dios. Parece dar la sentencia de la maldición que narra, y dice dónde ha de habitar tal hombre soberbio e impío; pero Job no es inicuo, a quien Dios llama recto e inocente.

CAPÍTULO XIX.

Respondiendo, pues, Job, dijo: ¿Hasta cuándo afligiréis mi alma y me destrozaréis con discursos? Manifiesto es que fue quebrantado por las respuestas de sus amigos, y fue afligido o fatigado, y destruido.

He aquí, diez veces me confundís, y no os avergonzáis, oprimiéndome. Nombró diez días para significar todo el tiempo. Pero así como en un número breve, en el Apocalipsis se entiende un número mayor de tiempo, así también en esta misma suma se significa un número menor, de modo que, permaneciendo este número sólido y

perfecto, por la diversidad de lugares en las divinas Escrituras, sepamos que a veces se significa un número mayor, y a veces uno menor.

Pues en verdad, si he sido ignorante, mi ignorancia estará conmigo. Pero vosotros os levantáis contra mí, y me argüís con mis propios oprobios. Pensáis, dice, que ignoro a Dios, como también decís. ¿Acaso conviene a los amigos insultar a los oprimidos, de quienes los atribulados más bien esperan consuelo? Esta no es obra de amigos fieles, sino más bien la burla de los que se mofan.

Al menos ahora entended: que Dios no me ha afligido con un juicio equitativo, y me ha ceñido con sus azotes. He aquí, clamaré, sufriendo violencia, y nadie oirá. Vociferaré, y no hay quien juzgue. Él decía que soportaba injustamente las molestias de los tormentos; pero ellos hablaban como si él, siendo injusto, padeciera por su propio mérito. Y piensan que en este punto de su sentir erró, y por eso después dice a Dios: He hablado neciamente, y cosas que excedían sobremanera mi ciencia.

Ha cercado mi senda, y no puedo pasar. Por la cual, recto y ciertamente sin mancha, yo avanzaba hacia la gloria de mis méritos. Por tanto, ha cercado y bloqueado esta ignominia de esta pasión, para que no pueda yo llegar a aquella gloria.

Y en mi sendero ha puesto tinieblas. Es decir, en el sendero: esto es, de mi camino castigado, por el cual, como por un paso estrecho y angosto, con esperanza cierta me dirigía al justo remune-

rador, he encontrado en él las tinieblas de esta miseria y calamidad.

Me ha despojado de mi gloria, y ha quitado la corona de mi cabeza. Me ha privado de la gloria del reino; también me ha quitado la confianza de la fe, la cual, como una corona de honor, ha arrancado de la misma cumbre de mi mente, que es la cabeza de la naturaleza racional.

Me ha destruido por todas partes, y perezco, y como a un árbol arrancado, me ha quitado la esperanza. Estoy despojado de casa, reino, familia, hijos, amigos, de la salud de mi cuerpo: así, quitadas todas estas cosas, me veo perecer, cuya esperanza misma de mi vida ha sido arrancada como un árbol.

Su furor se ha encendido contra mí, y me ha tenido como a su enemigo. El furor de Dios en este lugar puede entenderse como el diablo mismo, que acosaba al bienaventurado Job de diversas maneras, es decir, con blasfemias y con los tormentos de su carne.

Juntos vinieron sus ladrones, y se abrieron camino a través de mí. El furor de Dios es el diablo; los ladrones, en verdad, son sus ministros: esto es lo que dice, "y se abrieron camino a través de mí": cuando lo despojaron ya de las facultades del mundo, ya de la salud del cuerpo. De donde bellamente se ha dicho:

Y han sitiado en derredor mi tabernáculo. Ha alejado de mí a mis hermanos, y mis conocidos se han apartado de mí como extraños. Me han abandonado mis parientes, y los que me conocían se han olvidado de mí. Los moradores de mi casa

y mis siervas me tuvieron por extraño, y fui como un peregrino ante sus ojos. Llamé a mi siervo, y no respondió; con mi propia boca le suplicaba. Es decir, acecharon desde fuera. O bien rodearon en derredor su tabernáculo: esto es, pusieron tormentos en su cuerpo. Pero no pudieron inclinar su alma al pecado.

Mi mujer aborreció mi aliento. De tal modo me he podrido por dentro, dice, que ni mi mujer pudo soportar el hedor de mi aliento: donde pudo ocurrir que tuviera un absceso en las vísceras, que ocupara toda la cavidad de su vientre, y de allí, al hablar, escupiera un olor fétido de la purulencia de una herida profunda.

Y suplicaba a los hijos de mi vientre. También los necios me despreciaban. En las divinas Escrituras, también se llaman hijos a los bisnietos y a aquellos que han nacido en una línea más larga. Por tanto, cuando dijo "los hijos de su vientre", se miró a sí mismo como a la fuente y al origen de su posteridad, de donde manaron como arroyos las familias de sus parientes. Pudo también llamar hijos de su vientre a aquellos a quienes había formado con la doctrina de su sabiduría, como con una semilla del vientre de su corazón, teniendo en sí por la gracia de Dios la forma de la gracia y la disciplina de la ley natural en la verdad.

Y cuando me aparté de ellos, hablaban mal de mí. Mis consejeros de antaño me abominaron, y aquel a quien más amaba se apartó de mí. Con esto quizás quiere dar a entender que había caído en el olvido de ellos, y se había apartado de sus afectos y corazones.

Mi hueso se ha pegado a mi piel, consumidas mis carnes. Su carne había llegado a tal sequedad que no quedaba en ella nada de humor, y por esto su piel se había, en cierto modo, aglutinado a sus huesos: los médicos llaman a esta enfermedad marasmo.

Y solo han quedado los labios alrededor de mis dientes. Pues para este fin el diablo, consumidas las carnes del santo Job, dejó intactos sus labios, para que, puesto en tormentos, tuviera con qué poder blasfemar fácilmente: como si no existiera la blasfemia del corazón, por la cual el mismo Job, como por los demás pecados, ofrecía holocaustos a Dios por sus hijos el séptimo día. Pero por eso el diablo reservó la lengua, para poder entender si Job, por la simplicidad de su corazón, proferiría blasfemia con los labios.

Tened piedad de mí, tened piedad de mí, al menos vosotros mis amigos: porque la mano del Señor me ha tocado. Llamó, pues, mano del Señor a la misma plaga que padecía, la cual fue hecha por el poder del Señor. "Tocó" debe entenderse como "afligió".

¿Por qué me perseguís como Dios, y os hartáis de mis carnes? Dios ha obrado conmigo en juicio, a quien solo le es lícito todo en su obra: ¿vosotros por qué presumís, como Dios, afligir al inocente, cosa que solo a Él le compete por su dispensación, o como si Dios necesitara de vuestra dispensación?

¿Quién me concederá que mis palabras se escriban? ¿Quién me dará que sean grabadas en un libro con un estilo de hierro y en una lámina de

plomo, o que sean esculpidas con un cincel en el sílex? Puesto que no pudo encontrar consuelo en ningún hombre, se vuelve a Dios, y profetiza en espíritu la resurrección futura, donde ha de recibir un premio por estos males, y desea que estas cosas sean inscritas, esculpidas en duras piedras, para que las palabras de la profecía permanezcan por edades más prolongadas de los siglos.

Porque yo sé que mi redentor vive, y en el último día he de resucitar de la tierra. Y de nuevo seré revestido de mi piel, y en mi carne veré a Dios. Con este escudo, pues, la Iglesia, que confiesa la verdadera Encarnación del Unigénito de Dios y cree verísimamente que ha de haber resurrección de los muertos, se fortalece y protege, y convence y vence a sus enemigos. ¿Dónde están aquellos que dicen que en la resurrección tendremos otros cuerpos? Oigan a este varón, alabado por la boca de Dios, diciendo:

A quien yo mismo he de ver. Yo mismo, Job, que yazgo en el estiércol y me pudro todo con la sanie de las heridas; yo, digo, Job, ya corrupto y deshecho por las heridas, en esta carne mortal, glorificado en la futura resurrección incorrupta, veré a Dios; y para expresar la restauración de su mismo cuerpo, por eso dice:

Y mis ojos lo han de ver, y no otro. Esta mi esperanza está guardada en mi seno. Todas las cosas están consumadas en mi seno.

¿Por qué, pues, decís ahora: Persigámoslo? ¿Por qué actuáis ahora así, como si yo fuera vano y no creyera nada, como si no temiera a Dios; o porque soy ajeno a la religión divina, queréis

perseguirme, traspasándome con vuestros punzantes discursos?

Y encontremos la raíz de la palabra contra él. Veis, pues, que no obráis fielmente conmigo como verdaderos amigos, sino que como hombres dolosos me preparáis lazos con mis discursos, ya que de mis mismas palabras deseáis encontrar una ocasión, como una cierta raíz de reprensión.

Huid, pues, de la faz de la espada, porque la espada es vengadora de las iniquidades. Esto dice: si os apartáis de oprimirme, podréis escapar de la espada de la justa sentencia de Dios. Pues la espada es la lengua del rey, y no carnal, como dice Salomón.

Y sabed que hay un juicio. Por cuyo juicio del justo juez, Dios, podré ser juzgado acerca de mis burladores.

CAPÍTULO XX.

Respondiendo, pues, Sofar de Naamat, dijo: Por eso mis pensamientos se suceden variados, y mi mente es arrastrada a diversas cosas. Por esto, dice, me agito y me turbo en mi pensamiento: porque dices que sufres estos males sin causa de parte de Dios juez, cuando de Dios nada siniestro se debe sospechar.

Escucharé la doctrina con la que me acusas, y el espíritu de mi inteligencia me responderá. Ciertamente te oiré increpándome y refutándome: porque quizás no debería yo reprender a quien está en dolores: a mí me conviene responder acerca de Dios, lo cual es justísimo: porque

no podrías ser castigado así por Él, si no fueras consciente de males y reo de muchos crímenes.

Esto sé desde el principio, desde que el hombre fue puesto sobre la tierra: que la alabanza de los impíos es breve, y la alegría del hipócrita como un instante. Ya ahora comenzó a lanzar maldiciones contra el santo Job: a quien abiertamente afirma ser impío e hipócrita, por haber simulado ser justo y ahora haberse rebelado contra Dios.

Si su soberbia subiere hasta el cielo, y su cabeza tocare las nubes. Manifiesta y cierta hipérbole, llama al hombre excesivamente soberbio e hinchado.

Como un estercolero al final será destruido, y los que lo habían visto dirán: ¿Dónde está? A este estercolero te has asimilado en todo, y tú mismo ahora te ves putrefacto. Y los que antes te vieron reinar en gloria, ahora dicen con voz insultante: ¿Dónde está aquel, el más sabio de los hombres y el más poderoso de los reyes?

Como un sueño que se desvanece, no será encontrado; pasará como una visión nocturna. Es manifiesto, como se dice: Desapareció como el sueño del que despierta.

El ojo que lo había visto no lo verá más; ni su lugar lo volverá a contemplar. Es decir, el honor del impío no podrá ser reparado.

Sus hijos serán oprimidos por la indigencia. Así pues, ya sean sus hijos carnales, ya las obras que a veces se llaman con el nombre de hijos, ya aquellos que lo hayan imitado como a un padre, por sentencia de Dios serán reducidos a la nada,

lo cual ya ves en parte cumplido en tus hijos y también en tus obras carnales.

Y sus propias manos le devolverán su dolor. Pues ha obrado aquello por lo que merecería recibir el mal de la venganza, por obra de la justicia de Dios.

Sus huesos se llenarán de los vicios de su juventud. Esto dice, porque desde su juventud, desde que comenzó a cometer pecados más graves, ha permanecido en esos mismos pecados hasta la vejez, de los cuales nunca quiso arrepentirse. Y por eso sigue.

Y con él dormirán en el polvo. Es decir, después de la muerte de los vicios que está en el alma; o hasta la muerte, que ocurre por la disolución de este cuerpo. Por lo tanto, no es absurdo haber entendido en este lugar por "huesos" la misma vejez, con la cual se significaría la vetustez de los años y la dureza de una senectud ya prematura. O bien, "sus huesos se llenarán de los vicios de su juventud", etc. Si, por tanto, hay algunas virtudes naturales del alma en el hombre impío, desde su adolescencia crecen con sus vicios, y se disuelven, o se desvanecen, de modo que nada sólido y fuerte queda en ellas: porque ya están cubiertas y ocultas por esos mismos vicios como por carnes fluidas, es decir, por cosas pasajeras; donde más bien las virtudes, como huesos sólidos y firmísimos, deberían restringir, contener y gobernar los vicios como si fueran carnes fluidas y sueltas, y por eso duermen en el polvo de su carne: porque al resistir y vencer los vicios, perderán el rigor de su buena naturaleza.

Pues cuando el mal haya sido dulce en su boca, lo esconderá bajo su lengua. Los males dulces son la impiedad, la blasfemia y los demás pecados de la boca. Lo esconderá bajo su lengua, diciendo: ¿dónde hay para él trabajo y dolor? Y lo defenderá y ocultará, como dice la Escritura: Quien encubre su iniquidad, no prosperará.

Lo perdonará y no lo abandonará. Es decir, palpa, fomenta y nutre su mal, y deleitándose en él, nunca se arrepiente para apartarse de él.

Y lo ocultará en su garganta. Esto me parece que quiere decir que siempre está dispuesto a blasfemar, y no piensa primero, ni siquiera por un momento, qué va a decir: porque ya tiene preparada la blasfemia, que derrama con la maldición del corazón.

Su pan en su vientre se convertirá en hiel de áspides por dentro. El pan, es decir, toda la vida de un hombre de esta clase, es el deleite de los pecados, la dulzura de las seducciones y una suavidad que después le será amarga y mortífera. Pero lo que dijo, "en su vientre", quiere decir esto: que también en su corazón, por sus iniquidades, sufre amargos dolores, acerbos y excesivos, al ser atormentado por la conciencia.

Las riquezas que devoró, las vomitará, y de su vientre las sacará Dios. La cabeza de los áspides se levantará, y la lengua de la víbora lo matará. Lo que inicuamente y violentamente arrebató e invadió, con razón Dios le ha devuelto las penas por los crímenes que cometió; y así se le arrancará al inicuo lo que injustamente había quitado. En verdad, aquel ángel que mató a ciento ochenta

y cinco mil parece haber sido un ángel bueno: porque los ángeles son segadores, para quemar la cizaña con fuegos eternos.

No vea los arroyos del río, los torrentes de miel y de mantequilla. Debemos saber que la amenidad o las delicias del paraíso, y también su abundancia, se significan con estos nombres: y no se entiende absurdamente que estos reyes que no eran adversarios de la verdad sean ellos mismos aquellos ímpetus del río que alegran la ciudad, manando, a saber, de la fuente o del río de las Escrituras; o bien sentimos rectamente que estos mismos apóstoles son estos ímpetus, saliendo de la fuente del Evangelio para regar las tierras estériles de los pueblos; a quienes también debemos entender como torrentes por la doctrina derramada velozmente sobre todos; la cual doctrina divina se compara muy verdaderamente a la miel por la dulzura de las palabras de Dios, y a la mantequilla por el alimento simple e inocente de la misma doctrina; quien también en el salmo dice que el impío no tendrá esta dulzura.

Pagará por todo lo que hizo, y sin embargo no será consumido. Esto es, porque la gehenna es una cierta incorrupción perpetua y una perseverancia eterna de los tormentos.

Según la multitud de sus invenciones, así también sufrirá: porque, irrumpiendo, despojó la casa del pobre; la arrebató y no la edificó. Según aquello que el profeta dice a Dios: porque tú darás a cada uno según sus obras.

Ni su vientre está saciado. Pienso que aquí se llama "vientre" a un cierto receptáculo del

alma, donde sus pensamientos se contienen, escondidos como bocados de comida, al cual llama inexplicable.

Y cuando tenga lo que había codiciado, no podrá poseerlo. Así como tú mismo, que por el justo juicio de Dios has perdido todo tu patrimonio.

No quedó nada de su comida, y por eso nada de sus bienes permanecerá. Le impone la marca de la inhumanidad, porque de la abundancia de su mesa no ofreció refrigerio a ningún peregrino o huésped; pero Sofar se equivoca, porque el santo Job dice: "Si he comido mi bocado solo". No quedará de sus alimentos, porque no florecerán sus bienes.

Cuando esté saciado, será estrechado, arderá, y todo dolor se abalanzará sobre él. Es decir, cuando haya sido colmado de riquezas y de la abundancia de todas las cosas, le sobrevendrá una súbita destrucción: constreñido y encerrado por la miseria que se precipita, arderá con los desastres de las calamidades.

Ojalá se llene su vientre, para que Él envíe sobre él la ira de su furor. Hemos entendido arriba el vientre del alma como una cierta capacidad, o un seno espacioso. Esto, por tanto, dice, porque ya está lleno de los pensamientos más inicuos, que la blasfemia se acumule hasta lo más alto de su boca; o no absurdamente entendemos la ira del furor del mismo diablo, por quien son probados los santos.

Y que llueva sobre él su guerra. Por "guerra", a causa de su multitud, pueden entenderse las potestades adversarias. Estas, por tanto, hacen la

guerra a Dios cuando atacan a sus santos. Pero lo que dice: "Que llueva sobre él abundantemente", es una oración para que se derrame sobre él la miseria de la calamidad; o bien, el hombre impío que hace una guerra de blasfemia contra Dios, recibirá su propia obra.

Huirá de las armas de hierro, y caerá sobre el arco de bronce. Como si dijera: Cuando piense que puede huir de calamidades más leves, incurrirá en otras más atroces. O de otro modo: Si huye de los socios y ministros del diablo, incurrirá en el mismo príncipe de las tinieblas, y aunque ellos son rebeldes en malicia, fuertes y duros de corazón como armas de hierro, sin embargo, chocará contra un peor autor de todo mal, como contra un arco de bronce; el cual creo que por eso se llama arco en este lugar: porque sobre todo con insidias y engaño no cesa de matar a los hombres desprevenidos. Pues con el arco se lanzan flechas generalmente a los desprevenidos. Y no será librado de la mano de la espada. Esto dice: porque el diablo no escapará de la muerte perpetua.

La espada desenvainada, y saliendo de su vaina, y relampagueando en su amargura. Porque hemos dicho que por "arco", con nombre trasladado, puede entenderse al diablo; quien, mientras transgrede los límites por la desobediencia y, ensoberbecido, trasciende las metas de la santa humildad, fue, por así decirlo, sacado y expulsado de la vaina de la bienaventurada morada por el justo juicio de Dios. O bien, debemos saber que "sacado de la vaina" significa que está siempre preparado para matar al que huye de él. La flecha

de bronce lo herirá. El bronce es duradero: a este metal se compara el diablo, porque nunca falla en matar, ni se consume por ninguna vejez, quien también relampaguea, es decir, se transfigura en ángel de luz.

Cosas horribles irán y vendrán sobre él. Es decir, sus compañeros.

Todas las tinieblas están escondidas en sus ojos. Por tinieblas en este lugar deben entenderse los pecados, ya sean los que han sido cometidos por el impío, ya los que han de ser cometidos, están ocultos en su corazón, y afecto, y pensamientos; los cuales por eso se dice que están escondidos en los secretos de su mente, porque los favorece y se deleita mucho en ellos.

Un fuego que no se enciende lo devorará. No es absurdo que entendamos que este fuego es la gehenna, que no vive de ciertas materias y pastos para arder, sino que, vigoroso por sí mismo tal como fue creado, consume todo lo que se le arroja. Por tanto, este fuego devorará al impío, el cual, como si fuera racional, lo engullirá y absorberá de tal manera que será atormentado en él con suplicios eternos.

Será afligido, abandonado en su tabernáculo. A saber, por su impiedad, el inicuo será abandonado por Dios, para que en el tabernáculo de su cuerpo sea atormentado con penas perpetuas.

Los cielos revelarán su iniquidad, y la tierra se levantará contra él. Ciertamente, los ángeles y los hombres santos serán por testimonio, para que sepan que sufre las penas con toda justicia.

El germen de su casa será descubierto. En el juicio de Dios, cuando el impío ha de ser condenado, no sólo todos los pensamientos de su corazón, sino también los principios de sus pensamientos muertos, han de ser expuestos ante Dios y manifestados más claramente que la luz.

Será arrastrado en el día de la furia de Dios. En el día del juicio será enviado a las tinieblas exteriores. Pudo también haber sido el día impío de Job, cuando fue herido con la plaga, y concluyó su discurso, para decir:

¿Es esta la porción del hombre impío de parte de Dios? Aquí, como de repente, muestra que ha dicho todas estas cosas contra el santo Job. Pero lo que sigue:

Y la herencia de sus palabras de parte del Señor. Es decir, la retribución de sus obras; otros lo han traducido así: "Y la herencia de sus palabras del obispo", porque así como el Señor es conocido por el dominio de todas las cosas, así el obispo, porque supervisa a toda criatura, es llamado así con toda verdad. Pues Dios no castigará a los pecadores movido y con mente perturbada, siendo Él inmutable, como dice a Moisés: "Yo soy el que soy", no sólo sempiterno, sino también eternamente manso. Luego, entendamos que estas cosas se dicen de Dios antropopáticamente, no propiamente según su sustancia inconvertible, sino trasladando los nombres de una criatura pasible a la criatura no hecha, ni creada, sino más bien la creadora de todo.

CAPÍTULO XXI.

Respondiendo Job, dijo: Oíd, os ruego, mis palabras, y haced penitencia. Soportadme, para que yo también hable, y después de mis palabras, si os parece, reíd. Después de tantos insultos, no se conmovió para responder con acritud; más bien, suplicándoles, se dirige a ellos y dice que presten oído a sus palabras, para que, una vez percibidas y conocidas, sepan que deben arrepentirse de tan grande amargura de su boca.

¿Acaso mi disputa es contra un hombre, para que no deba con razón entristecerme? Esto primero es para mí una carga, y muy molesto, y horrible: porque mi causa para hablar no es con un hombre, sino con Dios, a quien yo mostraba una justicia purificada, para que Él recompensara el mérito de esta obra. He aquí que ahora, como reo de crímenes, soy afligido con todas las miserias. Aquí dice que se entristece, porque sabe que Dios no obra nada injustamente.

Atendedme, y asombraos, y poned el dedo sobre vuestra boca. ¿Cuál es este secreto, para que Dios, bueno y justo, obre de tal manera conmigo, máxime cuando tengo de Él un buen testimonio sobre mí?

Y en cuanto a mí, cuando lo recuerdo, tengo miedo, y un temblor sacude mi carne. Pues cuando pienso en esta plaga que soporto viviendo justamente, y recuerdo el juicio de Dios, que no aflige a ningún inocente, temo en extremo. Esto lo sé muy bien: nadie padece mal alguno, si Él mismo no lo ha permitido. A nadie inflige el mal, a menos que Él mismo haya juzgado justísimo infligírselo. Pero estas cosas le sucedieron a Job

para que apareciera exteriormente a los hombres lo que interiormente estaba ante Dios.

¿Por qué, pues, viven los impíos, son exaltados y fortalecidos con riquezas? Su descendencia permanece ante ellos: una multitud de parientes y de nietos a su vista. Sus casas son seguras y pacíficas, y la vara de Dios no está sobre ellos. Su toro ha concebido y no ha abortado; su vaca ha parido y no ha sido privada de su cría. Sus pequeños salen como un rebaño, y sus infantes se regocijan en sus juegos. Tienen el tímpano y la cítara, y se alegran al son del órgano. Pasan sus días en bienes, y en un instante descienden a los infiernos. Los que habían dicho a Dios: Apártate de nosotros, y no queremos el conocimiento de tus caminos. ¿Quién es el omnipotente, para que le sirvamos? ¿Y qué nos aprovecha si le oramos? Y otro dijo así: ¿Por qué prospera la vida de los impíos? Y otro dijo: ¿Por qué no miras a los que obran la iniquidad? Respondedme, os lo ruego: Si yo, siendo impío e ingrato de las buenas obras según la justicia, como vosotros afirmáis, padezco estas cosas, ¿por qué viven los impíos, y son exaltados, y fortalecidos con riquezas? Esto, pues, digo, os ruego, responded: ¿Acaso vosotros, que defendéis a un Dios justo contra mí en este asunto, no lo señaláis como injusto, de modo que en mí es un vengador inicuo, y en mis semejantes clemente? Por tanto, el fin y la perdición de aquellos de quienes ahora habla será la muerte eterna y la perdición de los infiernos.

Sin embargo, como sus bienes no están en su mano, el consejo de los impíos esté lejos de mí.

Porque a cambio de esta gloria suya, y de su flor temporal, serán vestidos de perpetua ignominia ante los ángeles.

¿Cuántas veces se extinguirá la lámpara de los impíos, y vendrá sobre ellos una inundación, y repartirá los dolores de su furor? Serán como paja ante la faz del viento, y como ceniza que el torbellino dispersa. Pero la luz del justo es para siempre; porque en esta noche del siglo, la lámpara de la fe no se extingue por ningún viento de tentación, y allí se prepara para la gloria de la luz sempiterna. Mas la luz del pecador se extingue en el breve tiempo de la vida, pues pasará como una sombra. No será, y vendrá sobre los impíos, como dice Job, una inundación, es decir, una abundancia de tormentos. Y a ellos les reparte los dolores de su furor. Sin duda, Dios reparte los dolores, dijo, por esto: porque retribuirá a cada uno las penas que merece.

Dios guardará para sus hijos el dolor del padre, y cuando pague, entonces sabrá. Reserva el suplicio del infierno para el diablo, para que con él sean castigados juntamente aquellos a quienes hizo sus hijos por el ejemplo de su malicia; lo cual, cuando Dios pague, su padre el diablo entonces sabrá, es decir, entonces sentirá, cuando sufra penas eternas con sus hijos.

Sus ojos verán su propia destrucción. O su propia muerte, como dijeron otros. Pues es un doble tormento ver las penas que soportas.

Y beberá del furor del Omnipotente. Esta es la copa de oro del Señor en la mano de Babilonia.

Porque, ¿qué le importa de su casa después de él? ¿Y si el número de sus meses se reduce a la mitad? Habla del mismo diablo, de quien Salomón dice: El impío, cuando llega a la profundidad de sus males y crímenes, desprecia por desesperación. Pues ya sabe que él, con los suyos que son su casa y su reino, ha de ser condenado perpetuamente, porque no tiene ninguna voluntad de hacer penitencia.

¿Acaso alguien enseñará a Dios la ciencia, a Él que juzga a los excelsos? Pues Aquel que tiene un juicio justo sobre las altas y sublimes potestades de los ángeles, ¿cómo podrá ser enseñado por alguien, para que en estas cosas que hemos dicho antes, su juicio pueda ser reprendido?

Este muere robusto y sano, rico y feliz: sus entrañas están llenas de grasa, y sus huesos están irrigados de médula. Pero otro muere en la amargura de su alma sin ninguna riqueza, y sin embargo, dormirán juntos en el polvo, y los gusanos los cubrirán. Dice que la condición de los bienaventurados en este mundo y de los infelices en esta vida es común: Sus entrañas, o intestinos, como dijeron otros, están llenas de grasa, y sus huesos están irrigados de médula. Pero otro muere en la amargura de su alma sin ninguna riqueza: y sin embargo, dormirán juntos en el polvo, y los gusanos los cubrirán. En esta continuidad de su discurso, por tanto, este es el sentido: que en este mundo los justos y los pecadores viven indiferentemente, pero esta diversidad ha de ser cambiada en el futuro, como se hizo en el caso de aquel rico y del pobre Lázaro.

Ciertamente conozco vuestros pensamientos, y vuestras sentencias injustas contra mí. Por tanto, defino rectamente, dice, lo que percibís: que en este siglo la condición de morir es una para el pecador y para el santo. Sin embargo, han de ser separados después, para que los justos sean cambiados para un premio, mientras que los pecadores sean arrebatados al suplicio. Pero vosotros dictáis una sentencia injusta sobre un inocente.

Y decís, en efecto. Insultándome y burlándose de mí.

¿Dónde está la casa del príncipe, y dónde los tabernáculos de los impíos? Preguntad a cualquiera de los viajeros, y sabréis que él entiende las mismas cosas. Porque, por tanto, pensáis así de mí, que ha llegado el tiempo de mi condenación, no es así, como habéis creído definirlo; pues este castigo temporal de Dios no es la condenación eterna.

Porque el malo es reservado para el día de la perdición, y será conducido al día de la ira. El cual también ha de ser conducido al día de la ira de Dios, para recibir la sentencia de muerte eterna. Pues todos los santos son llamados con razón viajeros, porque, como si estuvieran libres y ágiles, pasando por el mundo, pisan su tierra con ánimo viril, avanzando apresuradamente hacia la patria bienaventurada, completan el laborioso viaje de este mundo. Estos, por tanto, que ascienden al pueblo peregrino, o al pueblo ceñido, ciertamente ciñen los lomos de su mente con el cinturón de la fe contra la disolución de los vicios.

¿Quién le reprochará en su cara su camino? ¿Y quién le pagará lo que ha hecho? Me parece que Job habló propiamente del diablo, aunque también puede entenderse generalmente de todos los pecadores. ¿Qué hombre puede reprocharle por su camino contaminadísimo, por el cual ha hecho entrar a todo el mundo, o qué criatura podrá pagarle lo que merece, sino solo aquel Cordero de Dios, que no cometió pecado, ni se halló engaño en su boca?

Él será llevado a los sepulcros. Es decir, a la muerte de los tormentos, que él mismo infligió a los hombres en Adán, y él mismo ha de ser conducido a los infiernos, para ser castigado allí perpetuamente.

Y en el montón de los muertos vigilará. Y aunque ha de ser conducido, condenado, a sus penas, sin embargo, gozándose en la muerte de los hombres, vigilará con toda diligente presteza para contemplar el montón de esos mismos muertos, en su perdición; o ciertamente, vivirá siempre para la muerte.

Dulce fue la grava del Cocito. Dicen que el Cocito es un río de los infiernos. Nosotros, sin embargo, en las divinas Escrituras, leemos de este mismo río como torrente, pozo, horno, fuego eterno, lago, estanque y Gehena. Con el nombre de gravas, creo que se significan los mismos oficios del Tártaro, y también los ministros de las penas infernales atados en lugares de tormento; y se dice como por ironía, porque los habitantes de los infiernos lo desean y anhelan, para que castigue, y para que se sacien con su perdición. O

ciertamente, fue dulce para la muerte, porque le adquirió pueblos tan innumerables.

Y tras de sí arrastrará a todo hombre. Aquellos que por imitación siguen su ejemplo; o, arrastra a todo hombre tras de sí, según la prevaricación del género humano en Adán.

Y delante de sí, innumerables. Porque ha engañado, y los envía delante de sí a las penas, a quienes seguirá.

¿Cómo, pues, me consoláis en vano, cuando vuestra respuesta se ha mostrado repugnante a la verdad? En este versículo concluyó toda la altercación de su disputa; convence a sus amigos de que contienden contra él sin causa sobre la razón antedicha, ya que confían en que los impíos y pecadores son castigados en este mundo, entre los cuales también lo condenan a él; él los convence de que aquellos que más se glorían en el siglo son los mismos que han de ser conducidos al juicio de la condenación.

CAPÍTULO XXII.

Respondiendo entonces Elifaz el temanita, dijo: ¿Acaso puede el hombre compararse con Dios, aun cuando sea de ciencia perfecta? Por tanto, estas cosas se dicen en menoscabo de Job, quien se arrogaría por completo el hablar estas cosas desde la propia sabiduría de su corazón.

¿Qué aprovecha a Dios si eres justo, o qué le confieres si tu vida es inmaculada? Nadie ha hecho a Dios mejor con su justicia y santidad, puesto que la fuente y origen de todo bien no

necesita del bien de nadie, según el profeta que dice: Porque no necesitas de mis bienes.

¿Acaso, temiendo, te argüirá y vendrá contigo a juicio? ¿Es esta la causa del temor de Dios, que Dios te tema? ¿Acaso podrías tú mismo volverte poderoso alguna vez y, hecho igual, resistirle? Estas cosas se dicen más bien en un sentido burlón y de mofa.

¿Y no por tu malicia grandísima y tus infinitas iniquidades? No te arguye, dice, por temor, con las reprensiones de esta grave plaga, sino por todos tus males, a los que prestabas tu esfuerzo. Porque, por tanto, el mal principal, es decir, la malicia de Job, es grandísima, de la cual los demás males penden como de un racimo, añade y los narra como por especies singulares, diciendo así.

Porque sin causa tomaste prenda de tus hermanos. Esto dice, que violenta y hostilmente arrebató lo ajeno, o injustamente exigió prendas; o bajo apariencia de justicia, los despojó por calumnia; y se agrava el crimen cuando se dice que ni a su propia sangre perdonó.

Y a los desnudos despojaste de sus vestidos. Lo que hiciste a los vestidos aquí se manifiesta, pues ni el desnudo se encontró inmune de tus rapiñas.

No diste agua al cansado. Esto es manifiesto.

And you have withdrawn bread from the hungry. Grave es no haber dado; más grave es haber quitado. Gran pecado, por tanto, no ofrecer hospitalidad a los necesitados. Pero sabemos que Elifaz mintió abiertamente, pues más adelante leemos cuántas buenas obras había hecho Job.

En la fortaleza de tu brazo poseías la tierra, y siendo muy poderoso la retenías. Le arguye, no obstante, como a un soberbio y tirano, que no regía a los pueblos de su reino con justicia y equidad, sino que con costumbres crueles, como por la fuerza de su brazo, los subyugaba con la dura carga de la servidumbre, y nadie, a causa de su durísimo imperio, vivía si no era sometido a su condición.

Despediste a las viudas vacías. Tú que no quisiste oír a las desamparadas, y afligidas por las tribulaciones y humilladas, para socorrerlas, a cada una de ellas la despediste vacía, cuando no pudo conseguir lo que de ti pedía.

And you have broken the arms of the fatherless. Si alguna fuerza tenían de la que pudieran sustentarse, se la quitaste, y quebrantaste sus almas con la desesperación de la vida, o al no defenderlos de los hombres malos; quebrantaste la fuerza de su esperanza, con la que te miraban, al permitir que fueran oprimidos.

Por eso estás rodeado de lazos, y te turba un temor repentino. Esto decía Elifaz, que el mismo bienaventurado Job era turbado por el temor de una mala conciencia, y que por ese mismo temor que le sobrevenía de repente, completamente consternado, perdió el consejo de la paciencia contra la adversidad.

Pero pensabas que no verías las tinieblas, y que no serías oprimido por el ímpetu de aguas desbordadas. Con tanta seguridad en tus iniquidades, siendo poderoso, actuabas, que no creíste que te vendrían estos males recíprocos por tus

méritos. Por cuyas tinieblas de miseria, ciertamente, y de calamidad, como por el ímpetu de aguas desbordadas, has sido de repente abatido, de modo que con el corazón oscurecido no ves lo que la paciencia enseña que es recto. De muchos modos en las divinas Escrituras, las tinieblas son llamadas pecados, ignorancia o tribulación, o incluso la oscuridad de los volúmenes divinos se designa con el nombre de tinieblas.

¿Acaso piensas que Dios es más excelso que el cielo, y que se eleva sobre la cima de las estrellas? Y dices: ¿Pues qué sabe Dios? Y juzga como a través de una niebla. Primero, por tanto, Elifaz acusa al santo Job de afirmar que en Dios puede caer la ignorancia, y que hay muchas cosas en sus criaturas que no conoce. Luego, que afirma que su juicio es incierto y dudoso. Y por eso, juzga a través de una niebla, es decir, como si algo fuera verosímil.

Las nubes son su escondite, ni considera nuestros asuntos, y alrededor de los quicios del cielo pasea. Finge todas estas cosas como si provinieran de los sentimientos del bienaventurado Job, para presentarlo no solo como blasfemo, sino también como quien dice que Dios es ignorante, y afirma que está contenido en lugares, lo cual es ciertamente un gran sacrilegio pensar de Dios.

¿Acaso deseas guardar la senda de los siglos, que pisaron los hombres inicuos? Dijo "deseas guardar" por "observar"; es decir, ¿deseas seguir los actos y la vida perdida de aquellos que perecieron en el diluvio, y en Sodoma, y en el desierto,

o de aquellos que no creen que Dios se ocupe de los asuntos humanos?

Que fueron arrebatados antes de su tiempo. Como Datán y Abirón, o aquellos que perecieron de muerte súbita.

Y un río derribó su fundamento. Amenazando sobre ellos la ira de Dios, como el ímpetu de un río, la estabilidad de su vida presente fue derribada; o, como un río con una presión abrumadora, el fundamento de sus cuerpos fue demolido, para que se derrumbaran las paredes de sus vidas.

Los que decían a Dios: Apártate de nosotros. Por tanto, fueron condenados por apostasía. Pero Job no es tal hombre, que dice: aunque me mate, en él esperaré.

And they esteemed the Almighty as if he could do nothing, when he had filled their houses with goods. No temieron, pues, los impíos que por el pecado de ofender a Dios, y por los bienes que él mismo les había concedido, incurrirían en la venganza de los suplicios. Dei, et bona quae ipse praestiterat, vindictam suppliciorum incurrerent.

Lejos esté de mí su sentencia. Y pone al santo en el número de los blasfemos, a quien detesta tanto como a ellos.

Verán los justos, y se alegrarán. O como otros dijeron, se reirán: habla del rechazo del pueblo infiel.

And the innocent will mock them. ¿Cómo no puede decirse esto también de sus santos? cuando ven a los pecadores condenados por el justo juicio de Dios, verán y se alegrarán. Pues les

agrada la justicia de Dios, así como a Dios mismo. Pero Elifaz, aunque quizás aquí haya hablado rectamente, opinó mal al comparar al bienaventurado Job con los impíos y pecadores.

¿No fue talada su erección? Su soberbia, ciertamente, y su contumacia, fueron taladas por los mencionados ejemplos de castigos, y entregadas a la perdición perpetua.

¿Y el fuego devoró sus reliquias? Dijo también "reliquias" por los últimos pecados que han de ser castigados en el día del juicio, porque en este siglo, ningún castigo condena a los pecadores más graves como merecen. O podemos entender por "reliquias" la posteridad de los hombres malos, que al imitarlos son llamados sus reliquias, como de sus padres. O se toman en buen sentido, según aquel pasaje: Porque el pensamiento del hombre te confesará; y las reliquias del pensamiento te celebrarán día de fiesta, de modo que el pensamiento del hombre pertenece a la confesión de los pecados; pero las reliquias son la recompensa eterna de esa misma confesión, por la cual, perdonados sus pecados, goce de la alegría espiritual como en un día de fiesta. Las reliquias también pueden entenderse como las cosas últimas, según aquello: Las reliquias de los impíos perecerán.

Reconcíliate, pues, con él, y ten paz, y por esto tendrás óptimos frutos. Exhorta al santo Job a que piense ya en enmendarse, y da consejo a quien no lo pide, para que por la paciencia se convierta a Dios. Y así, después de la guerra de la

horrible plaga que le acosa, podría tener la paz de la salvación.

Recibe de su boca la ley, y pon sus palabras en tu corazón. O su dicho; es decir, oye lo que ha mandado, y consérvalo.

Si te volvieres al Omnipotente, serás edificado. Si te arrepientes de tus hechos, serás edificado; es decir, serás fortalecido diariamente, rodeado de la custodia divina. A los que disimulan hacer penitencia, se les debe proponer este egregio ejemplo; pues necesaria es esta exhortación, por la cual los pecadores pueden reparar la gloria perdida.

And you will put iniquity far from your tabernacle. Si quieres enmendarte y corregirte, Dios te lo atribuirá a ti, que alejes de ti tu iniquidad, cuando más bien es él mismo quien la aleja de ti. O el mismo diablo es llamado iniquidad; esto es, el que te toma en su poder, será alejado.

Él dará sílex por tierra, y torrentes de oro por sílex. Esto dice: que si la propiciación de Dios lo estableciera en sus firmísimos preceptos, no se dedicará a las cosas terrenales y a los placeres de la carne, sino que más bien avanzará hacia la fortaleza de las virtudes, por la cual pueda llegar a las abundantes riquezas celestiales. Pues esto dice metafóricamente Elifaz al santo Job: que si estás puesto sobre la roca de la fortaleza de tu buena conciencia, el sentido de la sabiduría divina te abundará como un torrente de oro.

And the Almighty will be against your enemies. Cuando hagas su voluntad, dice, lo tendrás como tu defensor.

Y se te amontonará plata. Hemos dicho que el oro se toma por el sentido, y la plata por la elocuencia de la justificación. Por tanto, los mandatos y juicios de Dios son ellos mismos las divinas elocuciones. Cuando, pues, convertido, te hayas demorado en estos con asidua meditación, discurriendo sobre las inteligencias de diversos sentidos, se te amontonará una elocuencia múltiple y copiosamente abundante.

Entonces sobreabundarás en delicias en el Omnipotente. Serás llenado de las antedichas delicias espirituales, cuando veas las peticiones de tu corazón por la gracia del Espíritu Santo, y las sientas cumplidas en el gozo de tu mente.

And you will lift up your face to God. Levantarás una frente libre para suplicar a Dios; o, ya no culpable, ni inclinada hacia abajo por una mala conciencia, erguirás tu alma a Dios.

Le rogarás, y te oirá, y cumplirás tus votos. No puede oírte como pecador, si no le has suplicado antes por tus pecados.

Decretarás una cosa, y te sucederá. Obtendrás una cosa, siempre que sea justa, santa y honesta, que hayas pedido a Dios.

Y en tus caminos resplandecerá la luz. Tus caminos serán tus buenas acciones, y la luz para ti será el conocimiento de Dios, y la visitación de Dios, y su protección, por la cual las acciones de tus caminos, corregidas, sean iluminadas, no sea que por error de ignorancia tropieces en los montes tenebrosos.

Porque el que ha sido humillado, estará en la gloria, y el que ha inclinado sus ojos, él será salvo.

Y el Señor en el Evangelio: El que se humilla, será exaltado.

Se salvará el inocente, y se salvará por la limpieza de sus manos. Es decir, por la gracia de las buenas obras, o por su esplendor. Los antiguos dijeron así: Libra al inocente, y te salvarás por la limpieza de tus manos, donde lo que dice, libra al inocente, parece sonar a retribución, para que puedas salvarte por la inocencia de tus manos.

CAPÍTULO XXIII.

Respondiendo Job, dijo: También ahora mi palabra está en amargura, y la mano de mi plaga se ha agravado sobre mi gemido. Abandonados los amigos infieles, que definen que yo padezco justamente la miseria de esta calamidad y añaden a mi amargura, me convertiré enteramente a Dios y le diré, con la confianza de mi conciencia, lo que sigue:

¿Quién me concederá que lo conozca y lo encuentre, y que llegue hasta su trono? Dijo que se conoce a Dios por el intelecto; que también se le encuentra por las buenas obras, y se llega hasta su trono; y que por el conocimiento del futuro y por la meditación del juicio, se avanza hasta acercarse a la misma contemplación del poder divino, que ciertamente verán los limpios de corazón. Este corazón, el santo Job dice haberlo tenido purificado por medio de muchas castigaciones de sus costumbres.

Expondré ante él mi juicio. El juicio, dice, de tu justicia pondré ante la vista de mi Dios, según aquello: De él mismo requeriré la equidad de su

juicio. Sin embargo, antes de que su sentencia definitiva sea sobre mí, le proferiré muchas increpaciones, porque, habiendo yo conocido su singular justicia, ¿por qué yo, justo, padezco tormentos que más bien se deben a los inicuos e impíos? Por tanto, dice lo que sigue:

Y llenaré mi boca de increpaciones: para saber las palabras que me responda, y entender lo que me hable. Es decir, con las quejas de un justo dolor.

No quiero que contienda conmigo con mucha fuerza, ni que me oprima con el peso de su grandeza. Proponga equidad contra mí, y mi juicio llegará a la victoria. En el peso de su majestad, entendamos un estremecimiento, no algo corpóreo: porque Dios es espíritu. Estoy seguro, dice, de que, juzgando él mismo, se manifestará que yo soporto estas miserias de aflicción sin mérito alguno de pecados; de ahí que diga: Mi juicio llegará a la victoria.

Si voy al oriente, no aparece; si al occidente, no lo entiendo; si a la izquierda, ¿qué haré? No lo aprehenderé. Si me vuelvo a la derecha, no lo veré. Pero él conoce mi camino, y me probará como el oro que pasa por el fuego. Mientras enumera las partes del mundo, dice que Él habita en todas partes entero; sin embargo, confiesa que para él es completamente invisible, porque su divinidad no está sujeta a la mirada de la criatura. Dice, sin embargo, que Dios conocía todo el camino de su conducta, porque lo conocía óptimamente.

Mi pie ha seguido sus huellas; he guardado su camino, y no me he apartado de él. No me he

apartado de los mandatos de sus labios, y no he escondido en mi seno las palabras de su boca. Esto es, lo que quiso que se guardara, lo he guardado.

Porque él es el único, y nadie puede desviar su pensamiento, y todo lo que su alma ha querido, eso ha hecho. Esto es, porque sus juicios son inescrutables, y sus caminos ininvestigables.

Y cuando haya cumplido en mí su voluntad, muchas otras cosas semejantes están a su disposición. Cuando ya me haya afectado con los tormentos que ha querido, todavía podrá infligirme cuantos otros quiera, ante quien tiemblan las cosas insensibles como las sensibles.

Y por eso me turbo ante su presencia. Es decir, sintiendo con la mente, y entendiendo en parte.

Y al considerarlo, me siento solicitado por el temor. Es decir, temo su majestad con un estremecimiento.

Dios ha ablandado mi corazón, y el Omnipotente me ha turbado. Debemos saber que "corazón" se dice en este lugar que está deshecho por el pavor y el temor excesivos, no que se haya ablandado de la dureza de la incredulidad para recibir la fe, puesto que más bien el mismo Job permaneció fuerte en Dios por la fe. De donde sigue: El Omnipotente me ha turbado; esto es como lo de arriba.

Pues no he perecido por las tinieblas inminentes, ni la oscuridad ha cubierto mi rostro. Llamó "tinieblas" a las mismas miserias de su calamidad, las cuales quiso decir que eran como ruinas que le amenazaban súbitamente; sin embargo,

dice, aun insistiendo ellas sobre él, no perecí en la desesperación: ni la infidelidad o la negación de Dios cegó el rostro de mi mente.

CAPÍTULO XXIV.

Los tiempos no están ocultos para el Omnipotente; pero los que le conocen, ignoran sus días. En verdad, aquellos que sienten y entienden a Dios, ignoran los días de su eternidad. En cuya eternidad no se encuentran ni los tiempos, ni los días que están en los tiempos, donde hay un solo día eterno. O de otro modo: Él conoce todo lo que ahora hablo o padezco.

Otros han movido los linderos, han arrebatado rebaños y los han apacentado. Es decir, han trasladado los rebaños y los han devorado. Esto es manifiesto según la letra. Veamos ahora qué significa según el entendimiento místico. Los que mueven los linderos: es decir, los que derriban los estatutos de la Iglesia, significó que son herejes, quienes con la novedad de una doctrina perversa, exceden los límites predefinidos de la ley evangélica y de los apóstoles, y así, con persuasión engañosa, arrebatan los rebaños del Señor: es decir, los pueblos que creen en Cristo.

Han ahuyentado el asno de los huérfanos y han tomado como prenda el buey de la viuda. Han subvertido el camino de los pobres y han oprimido por igual a los mansos de la tierra. Los huérfanos son ciertamente los tiernos, o infantes en la fe, o aquellos que no tienen a Dios Padre para ser defendidos por Él contra los adversarios. Cuya alma, como una bestia de carga fuerte y necesaria

para llevar a Dios en sí mismos por la fe, los herejes a modo de ladrones les arrebatan, mientras con sus falacias los despojan de la virtud del alma, o bien les quitan el sentido gentil, llamado con el nombre de un animal inmundo, mientras bajo el pretexto de la verdadera religión, los conducen a la perfidia. Las viudas son también aquellas almas que han perdido a su esposo, su Dios y Señor: a quienes los herejes, como prenda de perfidia —es decir, de la confesión por la cual son iniciados en sus falsas invenciones y se convierten en sus deudores— intentan arrebatar la pureza de las santas virtudes y las obras útiles del alma. Los pobres en este lugar también deben entenderse como aquellos que están desprovistos del testimonio de la fe. Otros son ricos en la fe: el camino de su religión, por el cual podían volver a Dios, los herejes lo han subvertido con sus errores. Pero entendamos aquí que los mansos son aquellos que no tienen la constancia para resistir a sus enemigos y, a causa de la cobardía de su alma, son fácilmente seducidos. Estos, por lo tanto, son oprimidos por muchos dogmas de error y por diversas supersticiones de error. En un buen sentido, sin embargo, las viudas son quienes se mortifican con sus vicios; los pobres son los apóstoles. De este número intentan arrebatar los herejes: mientras persuaden a algunos de los pobres entre los santos, o engañan a los mansos, que no pueden resistirles, sino que incluso escuchan pacientemente por sencillez: pero ellos se esfuerzan por extinguirlos.

Otros, como onagros en el desierto, salen a su obra y, vigilando para la presa, preparan pan para sus hijos. Son violentos, los que saquean públicamente. Son ladrones y bandidos, que salen de lugares ocultos para sus propias obras, ciertamente no las de Dios.

Siegan un campo que no es suyo, y vendimian la viña de aquel a quien han oprimido por la fuerza. El campo, o la viña, de cada hombre es un cierto modo de vida, que es cultivado por cada uno, cuando se limpian, o incluso se extirpan, las suciedades y ciertos arbustos de los vicios. Porque, por lo tanto, la diligencia de este cultivo de poco aprovecha cuando todo bien de la naturaleza no se refiere a la fe —pues *el justo vive por la fe*— los mencionados adoradores de ídolos, oprimiendo los corazones de los fieles, aunque vivan honestamente, los inducen al error como por un cierto método de seducción: mientras, como si disiparan su campo o viña, arrebatan violentamente sus frutos.

También dejan a los hombres desnudos, quitándoles sus vestiduras. Mientras los despojan de las buenas obras.

Para quienes no hay cobertura en el frío. Ciertamente despojan a aquellos que no tienen la vestidura de la caridad de Dios, y por eso están fríos en la infidelidad: porque no merecen ser vestidos con la túnica de un espíritu ferviente.

A quienes riegan las lluvias de los montes. Dice, por tanto, que estos están desprovistos de sus hogares por la miseria: puesto que los cubrirá con las cuevas y sombras de los montes, y descri-

be cuán grande es su necesidad de morar en los mismos montes. A quienes riegan las lluvias de los montes, es decir, son limpiados por las aguas que fluyen copiosamente de los mismos montes. A quienes riegan las lluvias de los montes. No son regados por las lluvias del cielo, sino de los montes que se exaltan contra el conocimiento de Dios, que es del cielo.

Y no teniendo velo, abrazan las piedras. Otros han dicho más claramente: 'Quienes no tienen cobertura, se cubren con una roca'. Y no teniendo velo, abrazan las piedras. Esto es, sin la vestidura de las virtudes, se deleitan en sus pecados y errores.

Han usado la violencia, depredando a los huérfanos. Donde se entiende qué habrían hecho a los que tienen, ya que no tuvieron misericordia de los más pobres en recursos. Han usado la violencia, depredando a los huérfanos. Incluso a aquellos que tienen algún conocimiento según el bien de la naturaleza, que no podían defender; viviendo con un alma frágil e infantil: los han depredado, infligiendo violencia con persuasiones perversas.

Y han despojado al vulgo pobre. También a la multitud del pueblo, vil en sus actos y pobre en su ignorancia: si acaso tenían algo de justicia, o incluso de inocencia natural, mientras los arrastran al mal mayor de su error, los han despojado de los bienes mencionados.

A los desnudos y a los que andan sin vestido, y a los hambrientos, les quitaron las espigas. A los desnudos de fe y desprovistos de la custodia de

Dios, que no tienen las vestiduras de la esperanza y la caridad divina, y las vigilias de las demás virtudes con que se adornan las almas: también les quitaron las espigas, en las que tienen cubierto el conocimiento divino, no sea que los hambrientos del conocimiento de Dios, cuando algún día se descubra el velo, pudieran recibir la verdad misma desnuda como pan de alimento vital.

Entre sus montones han descansado al mediodía, los que tienen sed después de pisar los lagares. Este es un mal grande e iniquísimo, que unos descansen bajo el trabajo y el fruto de otros, y se embriaguen con el vino de aquellos que, habiendo recogido sus vendimias, tienen sed. Entre sus montones han descansado al mediodía quienes, habiendo pisado los lagares, tienen sed. Así pues, quitadas las espigas, que contienen en sí por figura el conocimiento del nombre divino, cuando de ellas los que las tenían, con pleno pensamiento, harían un alimento sólido: los seductores violentos descansan entre sus buenas obras como entre montones, gloriándose y atribuyéndoselas a sí mismos. Si alguno de los gentiles ha seguido las virtudes naturales, de las cuales, como de semillas, constituya en sí montones de obras: ellos mismos, sin embargo, seducidos, pisada y exprimida la vendimia de las virtudes, tienen sed: porque no encontraron la copa de la verdad entre aquellos por quienes fueron arrastrados al error.

Desde las ciudades han hecho gemir a los hombres. No solo, dice, despojan a los que habitan sin defensa y los afligen con el dominio de una

dura superstición: sino también a aquellos que habitan las ciudades de sus mentes fortificadas con buenas costumbres, los socavan luchando con los arietes de los errores. Y es manifiesto que esto ha sucedido a muchos filósofos: quienes, aunque fueron grandes y célebres por la continencia de sus cuerpos, sin embargo, con gemido y trabajo excesivo no pudieron llegar al conocimiento de la verdad.

Y el alma de los heridos clamó, y Dios no permite que quede sin venganza. Dios no permite que la voz de los que imploran quede sin venganza, sino que concede venganza por los errores: para que mientras ellos, heridos por las heridas de los pecados, se convierten a la verdad, la falsedad convicta sea castigada. Pues castiga cuando abandona la conversión de aquellos que habían sido seducidos. Pero en cuanto a lo que dice: 'El alma de los heridos': entendámoslo como el consentimiento de los que claman a Dios. Pero la tribulación de los devastadores llegaba hasta el gemido de los habitantes de la ciudad. Pero los heridos no deben entenderse solo como aquellos cuyos cuerpos son traspasados por otros, sino también aquellos cuyas almas son golpeadas por un miedo excesivo a los enemigos, como por una espada.

Ellos han sido rebeldes a la luz, no han conocido sus caminos, ni han vuelto por sus sendas. Deben entenderse los demonios, los herejes, los filósofos, o incluso todos los impíos, que intentan ir contra la doctrina de Dios, porque el mandamiento de la vida es luz, porque en la naturaleza

la luz es lo que es por sí misma: pero la oscuridad es la ceguera del corazón. Y por lo tanto, si la ceguera del corazón es oscuridad, con razón las tinieblas exteriores se entienden como castigos. Así como los inicuos son arrojados de las tinieblas de sus pecados a las tinieblas de los tormentos: así, por dentro y por fuera, consumada la sentencia de Dios ante los ángeles de Dios, son vestidos como con un doble manto de su propia confusión. Pero en cuanto a los onagros que moran en el desierto: podemos entenderlos como todos los paganos en el error de la gentilidad, que están en el desierto de la verdadera religión, porque no están contenidos por el yugo de una religión cierta. Estos, por lo tanto, salen a su obra. Pues se dice que salen cuando muestran sus afectos a través de doctrinas perversas a aquellos a quienes seducen. Pues con toda habilidad depredan las almas que vagan en el error, de modo que a la multitud perdida de su propia posteridad, como alimento del pan de la doctrina letal, le dejan la obstinación.

De madrugada se levantará el homicida: mata al necesitado y al pobre. De nuevo, se dice 'mañana' por aquello que se comete públicamente y a plena luz del día, de modo que el crimen es como una gloria para quienes lo cometen, y según el ejemplo de los sodomitas, no ocultaron su pecado, sino que lo proclamaron. También podría haber dicho esto sobre los jueces inicuos, que se levantan más temprano para este propósito, para pervertir la causa del necesitado y del pobre, corrompidos por sobornos. O de otro modo: Este

homicida, por lo tanto, se entiende rectamente como cualquier hereje, del número de aquellos que matan las almas de los hombres con sentidos nocivos y letales. En cuanto a lo que dice, 'se levanta de madrugada': es esto: porque cuando aquellos que han sido recientemente iniciados en la fe tienen su mañana, es decir, como un principio, la santa religión; o ellos mismos se han convertido en mañana, cuando de las tinieblas y los hijos de la noche han sido hechos en el Señor hijos de Dios; estos se apresuran a ofrecer el veneno de su perfidia, para engañarlos. O de otro modo: Mañana debe entenderse como Cristo, en cuya resurrección comenzaron a existir las herejías en la Iglesia.

Pero de noche será como un ladrón. Todos los sentidos de los herejes deben compararse con la noche y las tinieblas, porque no tienen la luz de la verdad. También son adúlteros, porque corrompen las palabras puras de Dios con una interpretación adúltera. Pero creo que se dice 'noche' porque los prevaricadores requieren un cierto secreto en sus asuntos, como el tiempo de la noche, cuando aceptan sobornos por casos prevaricados.

El ojo del adúltero observa la oscuridad, diciendo: 'Ningún ojo me verá', y cubrirá su rostro. O como otros han dicho: 'Y ha puesto un escondite para su rostro'. Es decir, el ojo de su corazón ha sido cegado por el olvido, para que no ascendiera a su memoria que Dios es el inspector y conocedor de todos los malos pensamientos y obras humanas.

Perfora las casas en las tinieblas, como se habían concertado durante el día, y no han conocido la luz. Es manifiesto que planean este robo con su propio pensamiento durante el día, antes de llegar a las mismas tinieblas de sus crímenes. Perfora las casas en las tinieblas, como se habían concertado durante el día. Todo hereje, persistiendo en la perversidad de la doctrina, no desciende a las almas de los fieles con un discurso dulce y suave del Evangelio, como una lluvia plácida y como el rocío en silencio; sino más bien con uno áspero y agudo para herir, perfora las casas de las almas. Pues los herejes se han concertado esto como si fuera de día, que perforarían a todos los mortales con los dardos de la doctrina nociva, cuando, estando todavía en la Iglesia, es decir, en el día de la verdad, conspiraron para crear herejías.

Si de repente apareciera la aurora, la consideran la sombra de la muerte, y así caminan en las tinieblas como en la luz. Tan pronto como una luz de justicia y honestidad de otra parte comienza a aparecerles, y el mal es llevado a su conciencia, ya estiman que están sufriendo las penas de la muerte: porque la justicia y la santidad, como dice la divina Escritura, es odiosa para el inicuo. Si de repente apareciera la aurora, la consideran la sombra de la muerte, y así caminan en las tinieblas como en la luz. Si surgiera algún disputador que narrara contra ellos la luz de la verdad manifiesta, convictos, creen haber incurrido en la sombra de la muerte, y sin embargo se glorían en las tinieblas de su necedad como en la luz de

la sabiduría. También puede entenderse al diablo como homicida, ladrón y adúltero: porque para engañar al hombre se hizo homicida, como dice el Señor: 'Él fue homicida desde el principio'. También, al arrogarse la divinidad por soberbia, la cual intentó invadir por la presunción de su propia mente, fue hallado como un ladrón, que intenta arrebatar lo ajeno. Él también perdió aquel amor virginal y casto de Dios, mientras que, haciendo intentos adúlteros contra el amor de su Dios y Señor, buscó su propia voluntad. Este, por lo tanto, de madrugada, es decir, alrededor del mismo nacimiento del primer hombre formado, se levantó para seducirlo a través de su mujer, y lo mató, como a uno necesitado de consejo y pobre, que era menos cauto por experiencia, con el engaño de una persuasión insidiosa. Él mismo se obró la noche del pecado: cuando quiso infiltrarse como un ladrón para invadir la divinidad, diciendo: 'Sobre las estrellas del cielo pondré mi trono, y seré semejante al Altísimo': y desde entonces con los suyos, a quienes llamó las estrellas del cielo, fue llamado noche y tinieblas, y príncipe de las tinieblas. Y con razón, porque había perdido la luz del Señor. Él, ya establecido en las tinieblas de sus pecados, cubrió el rostro de su mala conciencia con obstinación, sin intención de hacer penitencia: y por lo tanto, privado de la luz divina, se esfuerza y vigila para cometer aquellas cosas que son dignas de las tinieblas y la oscuridad. De donde, llevando su vida en estas obras, cavará para sí casas de habitación en los infiernos, con aquellos ministros suyos, con quienes intentó

levantarse contra Dios y su creador. Estos ministros suyos, por lo tanto, cuando todavía eran bienaventurados en aquella felicidad eterna, en aquel día sempiterno, que no tiene principio ni fin, conspiraron con su príncipe en este sacrilegio de tiranía, y pensaron que Dios, que es luz verdadera, sabia e inteligible, dejaría impune este mal de su contumacia, de modo que no los arrojaría de aquella sede bienaventurada y gloriosa. Y esto, creo, dijo, 'no conocieron la luz': que supusieron que Dios de ninguna manera les haría esto, por lo cual, cegadas sus mentes, se convirtieron en tinieblas eternas: quienes también son llamados las potestades de las tinieblas: es decir, de los hombres pecadores. Y de aquí es que cuando oyen el nombre de Dios, tiemblan: lo cual creemos que se significa con la palabra 'aurora'. El pensamiento, por lo tanto, de él, es decir, del diablo, solo pudo llegar hasta el discurso, pero no al efecto: pues no reinó allí, y así fue arrojado inmediatamente, donde pronunció con su voz lo que había pensado, y fue arrojado de cabeza hacia abajo. De donde vio como consecuencia que debía hablar las maquinaciones de su corazón, con las que conspiraba contra Dios, para persuadir a los otros ángeles, y así, con el consentimiento de muchos, se hizo una conspiración de cierto tipo contra Dios, si así pareciera. Esto, sin embargo, debe mantenerse firmemente, que los oficios de la milicia celestial de ninguna manera se llevan a cabo en silencio, ya que leemos que las potencias angélicas resuenan ante el trono del Señor en alabanza de su gloria con voces incansables,

ni el Apóstol habría dicho de ninguna manera: 'Si hablara lenguas de hombres y de ángeles', a menos que también hubiera lenguas de ángeles así como las hay de hombres: aunque las lenguas angélicas son disímiles a las humanas. Hay, por lo tanto, alguna y ciertamente una muy grande diferencia con respecto a la diversidad de lenguas entre los habitantes de la tierra y los ministerios superiores. Sobre cuya materia el libro canónico del Nuevo Testamento, que contiene los hechos apostólicos, nos ha instruido suficientemente.

Es ligero sobre la faz del agua. Porque no son de la gran Iglesia, es decir, del pueblo grave y santo, que se compara con los granos de trigo fértil y excelente, y que ha de ser guardado en el granero de las mansiones eternas, como paja ligera que no tiene peso, lo que pertenece a agobiar los frutos de las virtudes, flotará sobre el elemento del agua: para ser arrebatado por un soplo suave de aire. O de otro modo: Estas aguas tienen la figura de los hombres que aman este siglo: porque siempre están inclinados a las cosas inferiores, arrastrando consigo mucho lodo, que ha de ser depositado en el caos de los infiernos con un peso turbio.

Maldita sea su parte en la tierra. Porque el que no haya estado en la tierra de los santos, que es la tierra de los vivientes, será maldito: o, maldita sea su parte en la tierra, es decir, en la masa del género humano.

Ni ande por el camino de las viñas. Es decir, que su conversación en esta tierra sea tan maldita que no imite al pueblo de Dios ni a las almas santas, que son fructíferas como viñas llenas de

frutos: ni ande por ellas. Pues los doctores, como cultivadores, cultivan estas viñas con doctrinas como con azadas, para vendimiar el vino de las buenas obras, el cual, prensado en la fe, es decir, en el lagar de la Iglesia por el peso de la tribulación, fragante por la gracia de Cristo, con el olor más suave con la virtud de los méritos, es guardado en las bodegas de las moradas celestiales.

Pase del agua de las nieves al calor excesivo. Me parece que el santo Job habla de dos gehenas, de fuego y de frío, por las cuales el diablo, el hereje y el hombre impío han de ser intercambiados. Quizás en la misma gehena tal tormento de los sentidos acontecerá a aquellos que serán atormentados en ella, que ahora sentirán como un fuego ardiente, ahora un incendio excesivo de frío, y un intercambio penal, ahora para los que sienten frío, ahora habrá calor, de modo que estimarán un tránsito como de lugar a lugar. Y quizás por esto el Señor dice en el Evangelio: 'Arrojadlo a las tinieblas exteriores: allí será el lloro y el crujir de dientes'. De modo que este crujir de dientes surge del rigor del frío. Donde también podemos encontrar una cierta similitud de nuestros propios cuerpos: en los cuales una abundancia de rojo, que es muy caliente, en movimientos típicos un rigor intolerable precede al fuego ardentísimo de las fiebres que ha de seguir, y estas dos cosas, que se sabe que son contrarias entre sí, son dichas por los médicos que se procrean de una sola materia de bilis en el hombre.

Y su pecado hasta los infiernos. El pecado del impío y del inicuo es tan grande y tan grave que lo

hunde hasta el infierno como plomo en agua muy fuerte.

Que la misericordia lo olvide. Es decir, Aquel que no solo es llamado misericordioso, sino también misericordia: porque misericordioso viene de misericordia, y por lo tanto, como nombre prototípico, es mayor que el derivado. Por lo tanto, cualquiera de los santos que pueda ser llamado misericordioso, veraz y justo: sin embargo, ninguno de ellos es llamado rectamente misericordia, y verdad, y justicia.

Su dulzura son los gusanos. Dicho por antífrasis, que es, que muera pululando de gusanos. Y en el Evangelio: 'Su gusano no morirá'. Tal, por lo tanto, será la dulzura para los inicuos y para los que odian a Dios.

Que no esté en el recuerdo. Es decir, que no alcance el perdón de la misericordia, lo cual hemos aprendido de las sagradas Escrituras que será el futuro para el diablo, y sus herejes e impíos.

Pero que sea quebrado como un árbol infructuoso. Según aquello: 'Todo árbol que no da buen fruto será cortado y arrojado al fuego'. O entendamos el pecado como la madera que ocurrió por un árbol: por cuyo árbol el diablo añadió al cúmulo de su crimen, que había sido rebelde contra Dios, para precipitar también al hombre a la muerte: de donde ya está condenado a la perdición eterna: por lo cual el diablo mismo puede ser llamado árbol incurable e infructuoso: porque nunca será sanado por la medicación de la penitencia. Pero del árbol de la vida, es decir, la cruz, o de Cristo se

dice: 'Como los días de un árbol, así serán los días de mi pueblo'.

Pues apacentó a la estéril. Es decir, nutrió y fomentó almas estériles e infructuosas en virtudes.

Y la que no da a luz. También apacentó con los deleites de su asentimiento a aquellas almas que, aunque podían parir cosas buenas del vientre de su corazón, no quisieron, como dice David de tales: 'No quiso entender, para obrar bien'.

Y no hizo bien a la viuda. A la viuda, alma desprovista de las fuerzas de la santidad, que había tenido a Dios por esposo, no quiso consolar con exhortación, para que hiciera lo necesario para poder volver a su primer esposo.

Arrastró a los fuertes en su fortaleza. Otros han dicho: 'Y en la ira derribó a los débiles': es decir, postró y arrastró a hombres fuertes y de virtud.

Y cuando esté de pie, no creerá en su vida. Dios le dio un lugar para el arrepentimiento, y él abusa de él en soberbia: pero sus ojos están en sus caminos. Y cuando está en circunstancias prósperas, ni siquiera entonces, con una conciencia que muerde, piensa que puede gozar perpetuamente de la misma felicidad, ya que es de un ánimo tan pertinaz y duro, creyendo que puede permanecer en esa vida suya tan perdida.

Son elevados por un poco, y no subsistirán, y serán humillados como todas las cosas, y serán quitados. Pero se dice 'por un poco' por la brevedad de la vida presente, en la cual los inicuos son exaltados por un tiempo. Serán quitados como todas las cosas, es decir, como cualesquiera cosas

que sean de la parte adversa, o cuando al final del siglo todas las cosas temporales hayan sido quitadas.

Y serán triturados como las puntas de las espigas. Pues así como las puntas de las espigas, cosas ciertamente muy frágiles, se rompen con tanta facilidad que se reducen a nada: así también estos de quienes he hablado serán como el polvo más fino, o como la pelusa de las cenizas ante el rostro de Dios, cuando hayan sido desgastados por el oprobio de la confusión.

Pero si no es así: ¿quién puede acusarme de mentiroso y poner mis palabras ante Dios? Pues ¿quién de vosotros puede refutarme: que no será como he dicho: y convencerme de falsedad, vosotros que afirmáis que Dios paga a los pecadores en este tiempo todo lo que merecen, lo cual más bien arrojáis para mi propia denigración por un afán de contención?

Respondiendo entonces Baldad suhita, dijo: El poder y el terror están con él, que hace la concordia en sus alturas. ¿Acaso hay número para sus soldados? Baldad, convencido por el beato Job que decía que el juicio de Dios es más bien futuro, se vuelve a esto para decir que con él están el poder y el terror; es decir, no ejerce ahora el juicio, sino que lo tiene guardado en sí y lo reserva para más adelante. Él, sin embargo, hace la concordia de la paz perpetua en las alturas, es decir, entre los ángeles o sus hombres santos, custodiándolos para que, por ninguna caída en el pecado, incurran en las enemistades de una ofensa celestial.

¿Y sobre quién no se levantará su luz? Pues él ilumina a todo hombre que viene a este mundo.

¿Acaso puede el hombre justificarse en comparación con Dios, o aparecer limpio el nacido de mujer? Es manifiesto que, por incapacidad de responder, repiten con frecuencia las mismas cosas que ya habían dicho.

He aquí que ni la luna resplandece, y las estrellas no son puras a sus ojos. Bajo el nombre de la luna, o de las estrellas, podemos entender a los ángeles y a las potestades superiores, quienes, en comparación con la reverencia divina, pueden ser vistos como impuros y como tinieblas: por esta razón, porque la naturaleza de una criatura creada, aunque no pequen, es sin embargo capaz de pecar, como se manifestó en los otros ángeles de la misma naturaleza que pecaron. Pero ha de creerse que después de ellos ningún ángel ha pecado, porque convirtieron todo su libre albedrío al amor del solo Dios, y así se hicieron inmóviles, persistiendo en la verdad en la que el predicho ángel con los suyos no quiso permanecer. Por consiguiente, la voluntad de los ángeles se hizo inconvertible por el amor de Dios, cualidad que en Dios es por naturaleza. Por eso, a él solo, el incorruptible, honor y gloria. También puede decirse de estos elementos que se les llama impuros porque no siempre brillan, o porque solo iluminan los cuerpos y no las mentes, como Dios, que acostumbra a hacer ambas cosas.

¿Cuánto más el hombre, que es podredumbre, y el hijo del hombre, un gusano? Pues si los ángeles, dice, e incluso los cuerpos celestes, en

comparación con Dios, son llamados impuros, ¿qué piensas que debe estimarse del hombre, siendo él mismo podredumbre, y el hijo del hombre un gusano, nacido ciertamente de la misma corrupción que el gusano?

Respondiendo entonces Job, dijo: ¿De quién eres ayudante? ¿Acaso del débil, y sostienes el brazo de aquel que no es fuerte? ¿A quién diste consejo? Quizás a aquel que no tiene sabiduría, y mostraste tu muchísima prudencia. ¿A quién quisiste enseñar? ¿No fue a aquel que hizo el aliento de vida? Viendo que se hacía injuria a Dios, movido por una justa indignación, en el mismo inicio de su discurso reprende a Baldad suhita con palabras más duras, por el hecho de que hablaba como si Dios fuera débil y, no teniendo ninguna fortaleza en su brazo, necesitara de su ayuda. Advirtiendo, pues, que la participación es menor que el todo: una gota de una gotita, a una fuente perenne; una chispa oculta en la ceniza, al fuego divino con el que todo se calienta; la lámpara del cuerpo, al sol de justicia; el tiesto, al alfarero; el alma, a Dios; de donde, admirado, Job habla, por qué se atrevió a querer enseñar a aquel de quien le viene el ser.

He aquí que los gigantes gimen bajo las aguas, y los que habitan con ellos. La divina Escritura llama gigantes a los hombres soberbios, rebeldes y contumaces. El diablo también, y los suyos, por su soberbia, son llamados gigantes por translación de nombre. Y en cuanto a lo que dice, que los gigantes gimen bajo las aguas: lo dice como si hubiera dicho, bajo la tierra; es decir, en

las partes inferiores de la tierra, donde se dice que están los infiernos, de donde también ellos fueron llamados inferiores. Pues las aguas son de tal naturaleza que no pueden existir sin la tierra. He aquí que los gigantes gimen bajo las aguas. Gemido que ciertamente les nacía de los dolores y de la miseria de su morada tartárea.

El infierno está desnudo ante él, y no hay cobertura para la perdición. Esto lo dice porque nada puede ocultarse al conocimiento de Dios. Y que la perdición, que no absurdamente entendemos como el diablo, no puede prevalecer para esconderse de su omnipotencia.

Él extiende el Aquilón sobre el vacío, y suspende la tierra sobre la nada. Esto debe entenderse así: ya sea que la tierra fue hecha de la nada, o que no hay nada debajo de la tierra que la sostenga, siendo que ella misma sostiene todas las cosas, y ella misma es inconmensurablemente equilibrada por la virtud de Dios, porque en él están todas las cosas, y por él todas las cosas son contenidas. De quien dice el Apóstol: Sosteniendo todas las cosas con la palabra de su poder. Y porque a veces en las Escrituras, por una figura, el viento Aquilón significa al diablo: ya que por Salomón el Aquilón es llamado viento duro, pero por nombre es llamado diestro. Ciertamente, por los suyos es llamado diestro, pero es autor de toda obra siniestra. Este, pues, se dilata sobre el vacío, es decir, sobre los fríos en la fe y los incrédulos, que es sobre los vacíos de la verdadera religión, y vacíos; y se extiende sobre ellos para dominarlos como un rey. A su vez, esos mismos incrédulos,

a quienes el santo Job llamó con el nombre de tierra, son suspendidos sobre el diablo, que fue hecho nada por Dios, para que siempre estén inciertos, y los miembros imiten a su cabeza, para que, así como la cabeza que se dice que es nada, sean suspendidos sobre el vacío y la nada.

Él ata las aguas en sus nubes, para que no irrumpan juntas hacia abajo. Por medio de estas nubes, en la misma altura del espacioso aire, se recogen las aguas, así como en otro lugar leemos de Dios: Cribando las aguas de sus nubes. De este modo, pues, se dice que están atadas, porque no se derraman todas a la vez sobre la tierra, como leemos que sucedió en el diluvio. Pero esta es la inteligencia espiritual: que interpretemos las nubes como los santos doctores de la Iglesia, que llevan las aguas del Evangelio para ser derramadas a los pueblos, y las llevan para ser gobernadas por el Espíritu Santo, para que se rieguen las tierras de los pueblos; y de esta lluvia celestial, se multipliquen los frutos de las virtudes por operación espiritual. Estas aguas, que fluyen de la abundancia celestial, Dios las ata en sus nubes, para que a cada uno según la capacidad de su corazón, derrame tanta doctrina, como agua, cuanta la posibilidad del que la recibe lo permita; no sea que, derramadas quizás a la vez, perjudiquen a los corazones menos capaces de recibir una doctrina más abundante.

Él retiene la faz de su trono. Reserva la sentencia de su juicio para el futuro. Se dice que Dios retiene la sede de su justicia y piedad en toda su criatura, resplandeciente con la gloria de la

verdad, lo cual es velar y esconder la manifestación de sus juicios secretos, como el Evangelio de Cristo en aquellos que perecen.

Y extiende sobre él su niebla. Según aquello que el Señor dice a sus discípulos en el Evangelio: A vosotros os es dado conocer el misterio del reino de los cielos. También, para la protección de su divina custodia, extiende sobre la misma buena nueva del Evangelio, en la nube de su defensa, para que ningún adversario, por más encarnizado que fuera, pudiera prevalecer contra ella; de la cual dice el Apóstol: Todos nuestros padres estuvieron bajo la nube.

Ha puesto un límite a las aguas, hasta que la luz y las tinieblas terminen. Bajo el nombre de aguas, por sinécdoque (*κατὰ συνεκδοχὴν*), que es de la parte al todo, me parece que ha hablado del fin del mundo, porque la vicisitud de la noche y el día ha de pasar. O bien se trata de los pueblos de los impíos, o de las tribulaciones de los santos, que a menudo se mencionan en las Escrituras con el nombre de aguas. Estas aguas, por tanto, han recibido un límite de Dios, ya sea para que siempre sean inicuos y pecadores, o para que el Dios fiel no permita que sus santos sufran tribulaciones más allá de lo que pueden soportar. Esto, pues, sucederá hasta que pasen la prosperidad y la iniquidad de los impíos, que en este lugar están significadas con el nombre de luz y tinieblas.

Las columnas del cielo se estremecen y tiemblan a su indicación. Por tanto, entendamos por el nombre de columnas la estabilidad que perma-

nece únicamente en la naturaleza de los ángeles, porque no solo son perseverantes de manera inamovible en la santidad, sino que también son hermosos por la gloria de la bienaventuranza eterna. Pues sobre la futura inmovilidad de los hombres, así dice el Hijo de Dios: Al que venciere, lo haré columna en el templo de mi Dios. Y la misma Iglesia, que es la congregación de todos los santos, por su eterna estabilidad en el Señor, es llamada columna y fundamento de la verdad. También puede entenderse así de los santos ángeles: que por la consideración de su caridad y amor, son llamados columnas, porque se preocupan por la salvación de los hombres, por quienes están solícitos con piadoso afecto, lo que parece añadírseles como un peso a sus pensamientos. Y según las interpretaciones trópicas, sepamos que por el nombre de cielo se significa la Iglesia, en la cual se celebran los misterios de los cielos. De este cielo, pues, es decir, de la Iglesia, las columnas son los apóstoles y los demás que son de gracia similar, que portan y sostienen los peligros de las diversas persecuciones que se les abalanzan. Y a veces las almas de los hombres se entienden como cielos. De estas almas, que hemos llamado cielos por metáfora, las columnas son sus pensamientos; pues por ellos el alma se sostiene y se rige; y para que no vacile ni titubee por la herrumbre del pecado, se afirma con la estabilidad del consejo. Porque esto sucede con frecuencia a la fragilidad humana, que donde es menor la cautela de los que miran, por el impulso del pecado las columnas, es decir, los buenos

pensamientos, se fijan en la parte contraria. Y por eso tiemblan y se espantan ante la indicación del Dios que amenaza, que predica su horrendo juicio. Pues estos pensamientos del alma no son propios, como si le fueran inherentes por naturaleza, los cuales ciertamente están en la naturaleza existente, y son el ministerio de la naturaleza existente, sin los cuales la naturaleza racional no es; porque, como dije, no son por sí mismos, sino que son movimientos invisibles de la naturaleza subsistente.

Por su fortaleza los mares fueron de repente congregados. Lo cual leemos que fue hecho en el principio del Génesis.

Y con su prudencia hirió al soberbio. ¿Quién duda que principalmente el diablo es este soberbio, quien entonces fue herido por primera vez por Dios, cuando lo depuso de aquella sede beata y sublime de los cielos, de la cual dice el profeta: Humillaste como a un herido al soberbio? Espiritualmente, con razón sentimos que estos mares son los pueblos de los judíos y de las naciones, sobre los cuales el profeta David así pronuncia que el verdadero Salomón dominará, diciendo: Y dominará de mar a mar. Pues del mar, es decir, del pueblo de los judíos, comenzó el Evangelio de Cristo, porque de Sion salió la ley, y llegó hasta el mar de los gentiles. Hasta aquí, pues, estos mares de pueblos, predichos por la fortaleza y virtud de la resurrección de Cristo, por el ministerio de los apóstoles, evangelistas y demás, fueron de repente congregados en un solo cuerpo de la Iglesia,

y conectados por la caridad de Cristo en un solo vínculo de fe.

Su espíritu adornó los cielos. Leemos en el principio del Génesis que al cuarto día las estrellas fueron puestas por Dios en el cielo, o en el firmamento. También con el Espíritu Santo, adornó los cielos racionales, que entendemos son los apóstoles y varones apostólicos, quienes en muchos lugares de las Escrituras consiguen la denominación de cielos, según aquello del profeta: Su virtud cubrió los cielos, y su prudencia hirió al soberbio. Cristo, virtud de Dios y sabiduría de Dios, hirió al soberbio diablo. Estos santos, pues, son distinguidos por el Espíritu Santo con los dones de las gracias, como con luces estelares.

Y con su mano de partera, fue sacada la serpiente tortuosa. Los santos, pues, adornados con la palabra de Dios, la esparcen como semilla entre los pueblos. De donde, por el temor del Señor, concibieron en el vientre el espíritu de salvación, y así la mano y la sabiduría del Padre, Jesucristo, se afirma por el santo Job que asiste a las almas fecundas por múltiple virtud, para que a las que paren los hijos del siglo venidero, les ofrezca un cierto servicio de su piedad, y las consuele puestas en los dolores de la persecución; y también con su ministerio, obrando invisiblemente en lo interior, ayude a las parturientas. Porque sin él, no les seguirá ningún efecto de buenas obras, que hemos llamado hijos anteriormente. Así pues, mientras él mismo, por la caridad de su misericordia con la que mucho nos amó, observa este ministerio, y con su piedad hace de partera, para

que las almas santas den a luz tales frutos, es sacado de ellas, y de sus corazones es excluido aquel en quien no hay nada recto, la serpiente tortuosa.

He aquí que estas cosas han sido dichas en parte de sus caminos. Estos son los caminos del Señor, de los cuales el mismo Salvador dice por Salomón, cuando predijo su propio nacimiento: El Señor me creó al principio de sus caminos para sus obras. Fue creado, pues, el mismo Señor Jesucristo por Dios Padre, de la Virgen María, para mostrar y manifestar los caminos de los mandamientos, de los cuales la obra de Dios, es decir, el hombre, se había desviado.

Y cuando apenas hemos oído una pequeña gota de su palabra. Por una pequeña gota, entendamos al hombre asumido, que en el salmo es llamado el pequeño monte de Hermón. Y en Daniel, la piedra cortada, y un manojito de mirra en el Cantar de los Cantares.

¿Quién podrá contemplar el trueno de su grandeza? Esto dice: si la asunción de la forma de siervo se contiene en misterios casi inefables, y en comparación con el Dios que asume es una gota muy pequeña, ¿cuánto más nadie podrá contemplar el trueno de la grandeza: es decir, la divinidad misma, que por eso es llamada con el nombre de trueno, porque cuando la fama de su nombre en Cristo Jesús su Hijo resonó desde lo alto sobre la tierra, y se dio a conocer a los hombres con este estruendo terrible, sin embargo, ninguno de ellos podrá contemplar con la inteligencia toda la magnitud de su divinidad: es decir, aquello que

es: En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y Dios era el Verbo.

CAPÍTULO XXVII.

Job también añadió, tomando su parábola, y dijo: Vive Dios, que ha quitado mi juicio, y el Omnipotente, que ha llevado mi alma a la amargura. Al permitir que él, siendo inocente, padeciera las penas de los inicuos, también llenó su alma de amargura con la miseria presente. Vive Dios, que ha quitado mi juicio. Según la forma de siervo que asumió, el juicio de la voluntad humana: y se dice desde la persona del hombre asumido, por lo cual, orando, decía al Padre: Padre mío, si es posible, que pase de mí esta copa. Y por eso dijo, mi juicio, porque en sí mismo demostraba la enfermedad del género humano, en la verdad del hombre que había asumido. Y el Omnipotente, que ha llevado mi alma a la amargura. Amargo era el cáliz de la muerte, que nuestro Salvador había venido a beber: pues de la amargura de ese mismo cáliz era lo que dijo a sus discípulos: Triste está mi alma hasta la muerte. La palabra llevó, sin embargo, debe entenderse según el Apóstol, que así dice de Dios Padre: El que no perdonó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros. Pues no fue entregado a la muerte contra su voluntad. En otro lugar, el mismo Apóstol dice del Salvador: Quien se entregó por nuestros pecados.

Porque mientras haya aliento en mí, y el espíritu de Dios en mis narices, mis labios no hablarán iniquidad, ni mi lengua meditará mentira. Lejos de mí que os juzgue justos. A esto también

pertenece lo que está escrito del Señor en Isaías: Apártate del hombre, cuyo espíritu está en sus narices, porque él mismo es considerado excelso. Sin embargo, el adverbio hasta, según este entendimiento en el que hemos tejido la trama de esta inteligencia sobre nuestro Salvador, no pensemos que se dice como suena, como si hubiera dicho: Mientras haya aliento de esta vida en mí, es decir, antes de que muera; sino que sepamos que hasta, en este lugar, se dice por siempre y perpetuamente. Como el mismo Señor dice al pueblo por el profeta: Yo soy, dice el Señor, y hasta que envejezcáis, yo soy. Pues Dios no dejará de ser después de que los hombres envejezcan, ya que Dios permanece perpetuamente con esos mismos que envejecen. Pero a aquello que dice el Salmista: Dijo el Señor a mi Señor: siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies; ¿qué decimos? ¿Que después de que los enemigos hayan sido sometidos, Cristo no se sentará a la diestra de Dios Padre? ¿Y dónde quedará aquello que dice el ángel: Y su reino no tendrá fin? Por lo cual, hasta, en tales lugares, como he dicho, debe entenderse por perpetuamente. Y no menos aquello que el evangelista dice de José y de la bienaventurada María: No la conoció hasta que dio a luz un hijo. Pues, ¿quién es tan blasfemo sobre la virginidad de la venerable y bienaventurada María como para atreverse siquiera a pensar esto, que después de su hijo, Dios Salvador, ella conoció varón? Por consiguiente, según la verdad de la fe católica, entendamos hasta también aquí, como se dijo

antes, por siempre. Dice, pues, el Señor Jesús, porque el aliento de la divinidad está siempre en mí, porque según lo que soy hombre, y en Dios fui fundado y creado: tengo en mí el espíritu de mi Padre, y sustancialmente el mío: se sigue, pues, que dice así: Hasta que yo perezca, no me apartaré de mi inocencia. Porque, por tanto, no he adquirido la inocencia por la industria de mis costumbres, sino que como nací en ella, así soy justo e inocente. Hasta que yo perezca, no me apartaré de mi inocencia.

Porque aunque muera en estos tormentos, no me apartaré de mi inocencia, la cual vosotros afirmáis que he perdido en ellos, como si fuera un blasfemo. No abandonaré la justificación que he comenzado a mantener.

Pudo decir esto el Salvador, como hombre asumido en Dios, cuyo principio según la carne es de la virgen María: pero no tuvo el pecado del hombre ni al nacer, ni lo contrajo por sus obras: y por eso él solo dice con verdad: Porque mi corazón no me reprende en toda mi vida.

Como el impío, mi enemigo, y mi adversario, como si fuera inicuo. En este lugar, toda mi vida debe entenderse como la vida presente, en el tiempo en que decía estas cosas: como si dijera: Toda mi conversación ahora es irreprensible. Porque mi corazón no me reprende en toda mi vida: es decir, no consentí a los que me persuadían al mal, como también vosotros hacéis, exhortándome a la blasfemia; lo cual también mi esposa me persuadía a hacer. Porque mi corazón no me reprende en toda mi vida. Como el impío, mi

enemigo, y mi adversario, como si fuera inicuo. Pues no maldice con un deseo, sino que predice profetizando, y habla según el mérito de los hombres pecadores: prediciendo lo que cada uno, permaneciendo en sus pecados, ha de recibir de él. Volvamos ahora a ese lugar: Porque, ¿cuál es la esperanza del hipócrita si arrebata con avaricia, y Dios no libra su alma?

Por hipócrita se entiende el que es falso en la amistad, o el engañoso. ¡Qué gran codicia, y como una sed de avaricia, dice, padecéis en mi perdición, que ya con vuestros deseos me arrebatáis al Tártaro? Sobre esta voluntad nefanda, pues, ¿qué esperanza de perdón tendréis ante Dios, si no os sometéis a Dios, para que procuréis enmendaros en esta vida? ¿Acaso oirá Dios su clamor, cuando venga sobre él la angustia?

Por tanto, en el tiempo de la retribución, cuando ha de venir la angustia sobre el impío, no habrá remedio para los pecadores: porque el Señor no acogerá sus plegarias en el día de la venganza. ¿O podrá deleitarse en el Omnipotente, e invocar a Dios en todo tiempo?

Podrá deleitarse en Dios e invocarlo aquel que, teniendo buena conciencia de sí, presume rectamente, y que se ha mostrado tal que merece ser oído en cualquier tiempo. Os enseñaré por la mano de Dios lo que el Omnipotente tiene, y no lo ocultaré.

He aquí, todos vosotros lo sabéis, ¿y por qué habláis en vano sin causa? Esta es la parte del hombre impío ante Dios, y la herencia de los violentos, que recibirán del Omnipotente. Dice

aquellas cosas que Dios tiene en su mano y potestad, y en sus juicios secretos. Si sus hijos se multiplicaren, serán para la espada, y sus nietos no se saciarán de pan.

En los hijos y nietos señaló toda la posteridad restante de la mala generación. A veces en las Escrituras, se les llama hijos no solo por progenie carnal, sino también por semejanza de costumbres. Los que de él quedaren, serán sepultados en la perdición, y sus viudas no llorarán.

Esto me parece significar que la prole, o generación, del hombre impío ha de ser reducida con el tiempo a la suma pobreza o miseria, y sus viudas no podrán llorar por el mal tan grande que les apremia. Si amontonare plata como tierra, y preparare vestidos como lodo.

Habla de la insaciable codicia y de un cierto abismo de este impío inagotable. Ciertamente ha preparado, pero el justo se vestirá con ellos, y el inocente dividirá la plata.

Y Salomón dice: El que aumenta sus riquezas con usura abundante: el que se compadece de los pobres las congrega. Edificó su casa como la polilla, y como un guarda hizo una enramada.

Con estas palabras dice esto, que el hombre impío ha trabajado en vano: ya que, o por las cosas que pasan rápidamente, o por las polillas que demuelen, se compara el estado de aquella casa. De otro modo: Si amontonare plata como tierra, y preparare un vestido como lodo: ciertamente preparará, pero el justo se vestirá con ellos, y el inocente dividirá la plata. Edificó su casa como la polilla, y como un guarda hizo una enramada.

Aquí, pues, este impío, que dijimos antes ser el diablo, en la prevaricación de Adán, hizo viles como tierra y lodo a los hombres preciosos y preclaros, de quienes también despojó las virtudes y los bienes de la naturaleza como si fueran vestidos, y su oro, con el que se significan las riquezas de la mente. Pues estos habían sido hechos hermosos y compuestos en riquezas a imagen y semejanza de su Creador; quien, quitándoles estas cosas, los llevó a la suma indigencia y vileza. A estas cosas, pues, se comparan los hombres, seducidos por el diablo en Adán, como he dicho, que parecen más viles en la creación del mundo. Pero el justo Señor, y nuestro Dios, quitando al diablo los mencionados despojos de los cautivos, liberando también a los mismos cautivos, a quienes el enemigo había preparado para la perdición, se presentó a sí mismo la santa Iglesia de entre ellos: purificándola con el lavamiento del agua en la palabra, y haciéndola sin mancha ni arruga; es decir, pura de pecado, y simple en la confesión de la fe, la vistió con un vestido precioso. La plata también, por la que, como ya he dicho, se entienden los preclaros y renombrados de este mundo, el inocente e inmaculado Cordero de Dios la divide, cuando envía a los creyentes a una vida bienaventurada y a la gloria eterna, y envía a los incrédulos a la perdición. O bien, la clara y resplandeciente elocuencia del mundo es quitada del mundo por Cristo: para que la elocuencia de los creyentes, con un lenguaje nítido y puro, sea vestida de su Evangelio; porque así como las almas de los hombres se visten con los vestidos

de las virtudes, así también los sentidos, cuando son anunciados por la predicación de los evangelizadores, de cierto modo se visten con palabras. Edificó su casa como la polilla, y como un guarda hizo una enramada. Como la polilla consume y demuele su morada, así también el diablo edifica la casa de su pueblo perdido para su perdición; quien se ha preparado una habitación temporal y que se disuelve poco a poco, para poseer los suplicios eternos. Este es, pues, aquel hipócrita impío que arrebata con avaricia. En el que no se convierte no habrá esperanza de perdón, ya que, además de esto, con una cierta avaricia furiosa, arrebata a los hombres a la perdición. Por eso se le llama hipócrita: porque se transfigura en ángel de luz; cuyo clamor de súplica tardía no ha de oír el Señor, cuando esté constreñido entre las angustias de las penas. En Dios tampoco habrá para él confianza alguna de deleite por una buena conciencia; ni podrá provocarlo a la alabanza de la confesión, quien, a semejanza de sus innumerables hijos, será herido por la sentencia divina con la espada de Dios. También sus nietos, en quienes se entienden aquellos que son seducidos por aquellos a quienes el diablo mismo había engañado primero; sus nietos, digo, no se saciarán con el pan de la visión de Dios, ciertamente para padecer hambre e indigencia. Porque todos los santos, contemplando a Dios, han de ser recreados y alimentados por él, con lo que ahora se sacian los ángeles. Las reliquias del diablo, podemos entender como su última generación, que de manera similar, como el mismo diablo, y sus

hijos y nietos, con todo el cuerpo de su pueblo, serán sepultados en la perdición. Aquellas viudas también, es decir, las almas que el diablo había enervado con sus vicios y las seducciones de los placeres, y había vuelto blandas, de modo que perdieron toda fortaleza y virilidad, no llorarán con ninguna corrección y satisfacción, para que al menos alguna vez vuelvan en sí hacia Dios, a quien habían perdido como a un esposo, adhiriéndose a los vicios como a adúlteros. Cuando el rico duerma, nada se llevará consigo; abrirá sus ojos y nada encontrará.

De muchos modos se entiende al rico en las divinas Escrituras. Está el rico en bienes terrenales; pero si confía en esas riquezas, caerá. Este rico, pues, cuando esté en el sueño de la muerte, nada de sus bienes se llevará consigo; porque desnudo vino al nacer, desnudo vuelve a la tierra al morir. En la resurrección, abrirá sus ojos y no encontrará ningún mérito de buena obra. También el pueblo de los judíos, por los innumerables beneficios divinos, los oráculos de los profetas, o las muchísimas promesas, y el frecuente coloquio de Dios mismo, es llamado rico. De donde el Señor dice a los mismos judíos en el Evangelio: ¡Ay de vosotros, los ricos! También los soberbios, que no tienen pobreza de espíritu, son llamados ricos. También los filósofos, que tienen elocuencia y ciencia mundana, son llamados ricos. Cuando estos sean resucitados en el día de la resurrección, no encontrarán remedio alguno por el que puedan salvarse. También cualquier hereje puede ser llamado rico; porque presume tener

muchas, más bien todas, las remuneraciones de la santa Iglesia: la remisión de los pecados, la significación del espíritu, la prenda del cuerpo del Señor, y la herencia del reino celestial con los santos ángeles. Todos estos, por tanto, o porque padecen el escándalo de la cruz, o por la presunción de su propio corazón, para que anden en el error, han abandonado el camino de la verdad. O porque, teniendo el entendimiento oscurecido, su propio juicio de libre albedrío, perseveran en la infidelidad. O porque se han hecho abominables, exaltando su corazón; después del sueño de la muerte, en la resurrección abrirán sus ojos, y nada encontrarán. La indigencia lo sorprenderá como el agua; de noche lo oprimirá la tempestad.

Significa que una súbita pobreza vendrá sobre los mencionados ricos como el agua, quienes por la miseria y una angustia inesperada para ellos, que se llama con el nombre de tempestad, serán oprimidos de noche, es decir, de repente cuando no lo sepan; según aquello del Apóstol: Cuando digan: paz y seguridad, entonces les sobrevendrá una repentina perdición. Lo arrebatará un viento abrasador, y se lo llevará, y como un torbellino lo arrebatará de su lugar.

Con el nombre de viento, dijo la sentencia, por la cual cada uno de ellos será arrojado como polvo de la faz de la tierra. Y este viento de la sentencia divina se llama abrasador, porque conduce o compele a la quemazón del infierno. Lanzará sobre él, y no perdonará.

El viento de la sentencia de Dios, o Dios mismo por la sentencia de su justicia, enviará sobre él

castigos; es decir, recibirá el merecimiento de sus crímenes. Pues no perdonará, cuando le dé según sus obras. De su mano, huyendo huirá.

Y no será sostenido, dice, por la mano de Dios para ser salvado, de la cual, como en una huida, caerá en la ruina con un rápido deslizamiento. Pero lo que dice, huyendo huirá, o como otros dijeron, huirá con huida, significa que el pecador perece para siempre, porque nunca ha de ser llamado de nuevo a la vida, y no habrá lugar para la penitencia para él allí. Batirá palmas sobre él, y silbará sobre él, mirando su lugar.

Otros dijeron: Llorará sobre él con sus manos, y lo arrastrará de su lugar. Con ciertos gestos corporales humanos, describe en este discurso la censura de un Dios indignado, y enojado contra el pecador rico; donde, ya como silbando, indica qué lugar atroz de castigos se le reserva. A tal lugar también fue Judas Iscariote.

CAPÍTULO XXVIII.

La plata tiene el origen de sus vetas, y para el oro hay un lugar en que se refina. El hierro se saca de la tierra, y la piedra, disuelta por el calor, se convierte en bronce. Me parece que, por medio de un enigma y una parábola, bajo los nombres de estos metales, describe las costumbres de los hombres y las virtudes de las almas, sin guardar en absoluto la observancia del orden, a la manera de los profetas. En verdad, con los términos plata y oro, según la autoridad de las Escrituras, quiso indicar la elocuencia de la palabra y el entendimiento del alma. Discutiendo estas cosas,

digamos así: La plata tiene el origen de sus vetas, y para el oro hay un lugar en que se refina. Las vetas de la plata: es decir, el principio de la elocuencia surge de las percepciones del alma; pero el sentido áureo se fabrica por el juicio de la razón y la sabiduría, y para que sea óptimo, se refina por la prueba del fuego del examen divino. Pero la fortaleza, que es llamada con el nombre de hierro, es aquella por la cual quitamos la tierra, es decir, la malicia de nuestra carne, en nosotros: luchemos contra ella, que milita contra nosotros y actúa contra la ley del espíritu, con rigor de ánimo y virtud. También, con el nombre de piedra se figura la dureza del corazón, la cual, disuelta por el calor y el fervor de la fe, se ablanda, para que primero pueda recibir en sí las palabras del que escribe. Luego, como en el bronce, que es sonoro, avanzando por el mérito de la santidad, llegará a ofrecer alabanzas y gracias a Dios con la solidez de la fe.

Ha puesto un tiempo para las tinieblas, y Él mismo considera el fin de todas las cosas. En las divinas Escrituras, los hombres pecadores, los demonios, y la ignorancia y las tribulaciones, o los pecados, son llamados tinieblas según el modo y los lugares.

La piedra de la oscuridad y la sombra de la muerte. Podemos entender metafóricamente esta piedra en este lugar como el diablo, quien, a causa de sus errores con los que había envuelto a todo el mundo, fue llamado la piedra de la oscuridad. Quien, aunque es fuerte y poderoso por la naturaleza con la que fue creado por Dios, con-

fiando por soberbia en su propia virtud y no en el Señor y Dios su creador, perdió la luz de la sabiduría, convirtiéndose en necedad y tinieblas, y por eso pudo ser llamado la piedra de la oscuridad, según aquello: *El necio camina en tinieblas*. Por tanto, así como el diablo es nombrado la piedra de la oscuridad, así también es llamado la sombra de la muerte. Porque aquellos que piensan ser defendidos y protegidos por él, han de ser entregados, como el mismo diablo, a los fuegos eternos de la Gehenna.

El torrente separa del pueblo peregrino a aquellos a quienes olvidó el pie del hombre necesitado, y a los sin camino. Esto dice: a los sin camino, es decir, a los errantes, y a aquellos a quienes olvidó el pie del hombre necesitado, el torrente los separará del pueblo peregrino, porque su paso ha sido olvidado. O bien, la conducta presente del hombre necesitado es significada con el nombre de pie. Dijo 'ha olvidado' porque el mencionado necesitado no ha suplicado a Dios por tales personas, aunque la limosna sí suplica a Dios; es decir, la obra buena misma que el hombre ha hecho habla a Dios por una cierta manifestación de sí misma. Por tanto, esto dice el santo Job: que un torrente de fuego separará a los que viven sin el camino de la verdadera religión y a los que no han mostrado misericordia a los pobres, es decir, a los hermanos de Cristo, y al mismo tiempo los dividirá de la compañía de los santos. O bien, este necesitado se entiende propiamente como nuestro Salvador, quien por nosotros se hizo necesitado y pobre, aunque era rico. En su

pie, además, advierte la dispensación, ya sea de su asunción de la naturaleza humana o de su entrada en el mundo. De donde dice el profeta: *Saliste para la salvación de tu pueblo*. Por tanto, aquellos que no recibieron la dispensación de su salvación en el Evangelio han sido entregados al olvido, los que no quisieron creer por la dureza de su propia voluntad. Y por esta razón son llamados sin camino, porque no recibieron a Cristo, que es el camino.

La tierra de la que salía el pan, en su lugar, ha sido trastornada por el fuego. Conecta cosas diversas y oscuras, de modo que las inferiores no concuerdan con las superiores. Por lo tanto, me parece que en este lugar describe la tierra de los sodomitas, cuya abundancia y amenidad alaba con admiración. La tierra de la que salía el pan en su lugar, ha sido trastornada por el fuego. Esta tierra puede también entenderse como Judea, en la cual el pan de la ley de Dios nacía para los pueblos por la doctrina de los profetas; por el amor de Dios mediante la fe en Cristo, la inteligencia carnal de la ley fue trastornada y establecida en caminos rectos y sentidos espirituales, para que ya no siga la letra que mata.

El lugar del zafiro son sus piedras, y sus terrones son oro. Dice metafóricamente que en Sodoma todas las cosas eran abundantísimas y óptimas, que incluso se comparan con el oro y las piedras preciosas. El lugar del zafiro son sus piedras. Así le dice el Señor por el profeta: *He aquí que yo asentaré en orden tus piedras, y te fundaré sobre zafiros*, y lo demás. Pues con este

adorno de piedras preciosas, es decir, de todos los que creen en Cristo por Dios Padre, fue entonces adornada Judea, cuando el pueblo de los gentiles se le unió por la fe en Cristo. El lugar del zafiro son sus piedras, y sus terrones son oro. Se dice que las piedras preciosas y el oro no se encuentran en la mejor tierra, sino en lugares remotos y escuálidos. Por tanto, de este modo, Judea, estéril en la fe e infecunda en virtudes, tuvo en sí estas piedras preciosas: es decir, los patriarcas y profetas, y toda la multitud de los santos. El lugar del zafiro son sus piedras, y sus terrones son oro. Llamó terrones de la tierra santa de la Iglesia a sus santos, por la fecundidad de sus buenas obras, a quienes también el Espíritu Santo quiso nombrar terrones por las divisiones de las gracias: por cuyo mérito de oro fueran estimados, en cuyas venas ocultas, como de semillas de almas, nacieran entendimientos grandes y preciosos.

El ave no ha conocido la senda. La multitud de habitantes había hecho muchísimas salidas en aquella misma región, y por esta razón quizá dijo que para las aves, a causa de la frecuente multitud de hombres, no hubo oportunidad de ver las sendas, ni de responder o proceder allí.

Ni el ojo del buitre la ha visto. Porque estaba tan plantada de densos matorrales y árboles contiguos que las aves que volaban por encima no podían alimentarse de ella. El ave no ha conocido la senda, ni el ojo del buitre la ha visto. Podemos decir que el ave y el buitre son el mismo diablo con los suyos, quienes de ningún modo pudieron conocer la senda de la inteligencia espiritual en

la Ley y los profetas: esto es, lo que se predecía ocultamente en Judea. Ni pudieron contemplar por ningún vestigio de ciencia los sacramentos de la dispensación futura, escondidos desde los siglos. De los cuales dice el Apóstol: *Hablamos la sabiduría de Dios en misterio, la que está oculta: la que ninguno de los príncipes de este siglo conoció*. El ave no ha conocido la senda, ni el ojo del buitre la ha visto. Aquí se pueden entender no absurdamente dos pueblos, es decir, el de los judíos y el de los gentiles. Por tanto, la Judea carnal, no teniendo fe en Cristo, sino viviendo más bien por las obras de la ley, como incrédula ignoró a Cristo mismo, hecho para nosotros senda o camino por el cual se vuelve a la patria, a causa de su soberbia, por la cual pensaba que podía ser justificada por las obras de la ley. Fue llamada ave, ciertamente ligera y errante, e inestable en las mismas obras de la ley. Pero el pueblo de los gentiles parece asimilarse a un buitre por esta razón: porque discurría por los errores de los hombres muertos, y se alimentaba de cosas muertas. Por tanto, estos no pudieron en absoluto percibir a Cristo, cubierto por la letra de la ley, y la tierra de promisión futura por Cristo, a través de las sombras de las opacas significaciones. El ave no ha conocido la senda, ni el ojo del buitre la ha visto. Bajo estos nombres, del ave (o, según otra lectura, *del oro*) y del buitre, entendamos a los enemigos de la Iglesia, quienes, teniendo el intelecto oscurecido por las tinieblas, no conocieron la senda de su vocación, por la cual, caminando por la fe, vuelve a Dios. Y los que, arrebatados por los diversos

errores de los hombres muertos, han de ser considerados como si volaran.

No la han pisado los hijos de los mercaderes. Esto dice, que la tierra de los sodomitas estaba tan repleta de todos los bienes que no necesitó de las mercancías de ninguna patria. No la han pisado los hijos de los mercaderes. Los mencionados se entienden como mercaderes o comerciantes. Pues los mercaderes son malos y soberbios, lo que también pertenece al mismo diablo, quien inventó la soberbia, el delito máximo. Y fue llamado mercader por la multitud de pecados que buscó, ya sea para sí mismo, ya sea para perder al hombre. Por tanto, estos no podrán pisar la tierra de la promesa, que está reservada para que habiten en ella los mansos y humildes de corazón, porque no tendrán licencia para pasar por ella ni siquiera como peregrinos. Alternativamente: Por tanto, esta Judea, a la cual este pan de doctrina era ministrado por los profetas y sacerdotes, fue trastornada en su propio lugar —suyo, ciertamente, y no de Dios; es decir, en el lugar de su deleite, donde ardía con placeres y atractivos, ardiendo con el fuego de sus propios vicios, fue trastornada, como dice el Profeta: *Todos adúlteros, sus corazones son como un horno*; y en el salmo se dice de ella: *Quemada a fuego y cavada*, fue completamente arrancada y cavada por la obra de su propia mano. Aunque este fuego también puede entenderse sobre el castigo de los pecados, como dice el Apóstol: *La tierra que produce espinas y abrojos es reprobada y próxima a la maldición, cuyo fin es la quema*. Del cual fuego de ira dice

David: *El fuego consumió a sus jóvenes*. No la han pisado los hijos de los mercaderes. Por hijos de los mercaderes se han de entender los discípulos de los apóstoles y los varones apostólicos, que predicaron el Evangelio a los gentiles. Estos, por tanto, no pisaron Judea, es decir, la tierra de los infieles, para anunciarle el Evangelio. De quienes se dice en los Hechos de los Apóstoles: *A vosotros era menester que se os hablase primero la palabra de Dios; mas puesto que la desecháis, y no os juzgáis dignos de la vida eterna, he aquí, nos volvemos a los gentiles*. Y así sucedió a los que evangelizaban la palabra, que Cristo, el monte, fue trasplantado al mar de los gentiles. De donde también dice en el salmo: *Y se trasladarán los montes al corazón del mar*: es decir, los oráculos de los profetas o evangelistas se trasladarán a los pueblos de los gentiles que han de creer. No la han pisado los hijos de los mercaderes. Estos mercaderes o comerciantes son réprobos e indignos de alabanza, que congregan para sí pecados sobre pecados como si fueran riquezas; de quienes dice el Apocalipsis: *Todas las cosas ricas y espléndidas perecieron de ti*. Estos mercaderes, por tanto, ocupados en las riquezas de los pecados, no pisarán la Iglesia, es decir, no habitarán en ella, porque el Señor la poseerá santa e inmaculada.

Ni la leona ha pasado por ella. A causa de la frecuencia de innumerables pueblos que habitaban en Sodoma, las bestias no podían pasar por en medio de aquella región. Ni la leona ha pasado por ella. La leona puede entenderse como

el dominio del diablo, o la soberbia de los judíos. En cuanto a lo que dice, 'no ha pasado', quiere decir esto: no se ha apartado de Judea, sino que la soberbia infiel permaneció allí. Alternativamente, también puede entenderse de la Iglesia. En aquella gloria de sus virtudes, en el lugar necesario de su redención, en el que permanece por la fe, ha sido trastornada por el fuego: por aquel fuego, ciertamente, del que el mismo Señor dice: *He venido a echar fuego en la tierra*. Con este fuego, por tanto, la Iglesia, es decir, la tierra de los santos, ardiendo con el deseo del amor de Dios, es trastornada, para que la concupiscencia carnal no la posea. Es trastornada de este modo, para que, viviendo en la tierra de su carne, mueran en ella los vicios de la carne, como dice el Apóstol: *Porque los que son de Cristo, han crucificado su carne con sus vicios y concupiscencias*. Ni la leona ha pasado por ella. O *el león*, como otros han dicho. El león aquí no se entiende absurdamente como el diablo, que no pudo pasar por la tierra de la santa Iglesia, porque no pudo vencerla con graves persecuciones.

Extendió su mano al pedernal. Me parece que el santo Job ha propuesto otro enigma, y que por su solidez y fortaleza, Cristo, según la naturaleza humana que asumió, puede ser significado por el pedernal, quien también es llamado roca y piedra por los profetas y apóstoles. Dios Padre, por tanto, extendió su mano al pedernal, es decir, a su Hijo, por quien creó todas las cosas, a quien también llama su diestra y su brazo, y envió para asumir la naturaleza humana, como dijo el

Apóstol: *Dios envió a su Hijo en semejanza de carne de pecado*. Y por tanto, en la extensión de la mano, debemos saber que se significa la venida de Dios Padre y de su Hijo a nosotros, y por Él, como sigue:

Trastornó desde las raíces los montes. Los cuales, por metáfora, sentimos rectamente que son los demonios o los hombres soberbios, porque triunfó abiertamente sobre los principados y potestades en sí mismo.

En las rocas excavó ríos. Es decir, a los duros corazones de los gentiles, constreñidos por una excesiva infidelidad, concedió la abundancia de sus gracias, y como ríos de agua corriente, les dio una rica provisión de doctrinas. Se entiende que ha distribuido esto mismo que se recuerda que ha excavado, como dice el Apóstol: *Porque a uno le es dada por el Espíritu palabra de sabiduría; a otro, palabra de ciencia*. Otros han dicho: *Rompió las orillas de los ríos*, para que aquella doctrina espiritual de la Ley y de los profetas, de la que dice Isaías: *Vosotros los sedientos, id a las aguas*, que fluía en una sola nación como dentro de ciertos estrechos, que también estaba encerrada por los preceptos de la ley mosaica como por ciertas barreras de orillas. Habiendo roto estos obstáculos, la derramó desde el cauce de la ley, por así decirlo, sobre toda la tierra al abundar el Evangelio. Alternativamente, podemos llamar a esta tierra la Iglesia. De donde dice el profeta: *La tierra será dividida por ríos*. Debemos saber que es dividida y rota de este modo cuando se hace capaz de recibir la palabra de Dios. Esta

cierta apertura de capacidad, que ocurre por la obediencia de la tierra que posee razón, la fuerza de estos mismos ríos la produce.

Y su ojo ha visto toda cosa preciosa. Por tanto, habiendo sido sacados los ríos de las gracias de Dios, vio Dios cuán inmensos e innumerables son los beneficios de su piedad. Dijo 'vio', sin embargo, porque el cumplimiento o efecto de su voluntad se realizó ante su vista en su Iglesia.

También ha escudriñado las profundidades de los ríos, y ha sacado a la luz las cosas escondidas. No sin razón sentimos que estos ríos son los libros individuales del Antiguo Instrumento, en cuyos grandes escondrijos estaban los sacramentos de la Iglesia, que Dios Padre escudriñó en el tiempo del Salvador, manifestando todo lo que fue predicho para su cumplimiento. O, porque con el nombre de ríos se entienden a veces las multitudes de pueblos, como dice el profeta Nahúm: *Las puertas de los ríos se abrieron*, advirtamos en este lugar las profundidades de los ríos como los secretos de las conciencias de los hombres, de los cuales Dios es el escudriñador y conocedor, quien en el día del juicio, sacando a la luz todos los secretos de los corazones, dará a cada uno según sus obras.

Pero, ¿dónde se encuentra la sabiduría, y cuál es el lugar de la inteligencia? Al decir esto como si preguntara, quiso indicar una cosa difícil, y que apenas se encuentra; de hecho, una que no podría ser encontrada ni tenida por el hombre, a menos que Dios la mostrara. Y el mismo Job declaró esto en los pasajes siguientes, diciendo así: Y dijo

al hombre, es decir, Dios: He aquí, el temor del Señor, esa es la sabiduría, y apartarse del mal es la inteligencia.

El hombre no conoce su precio. Diciendo esto, significó que la sabiduría del temor de Dios es inestimable.

Ni se encuentra en la tierra de los que viven placenteramente. Por tanto, nadie tiene esta sabiduría del temor de Dios a menos que haya crucificado su carne con sus vicios y concupiscencias, a menos que haya vivido como el apóstol Pablo y todos los santos, en tribulaciones, persecuciones, angustias y presiones. Y por eso, se dice que viven placenteramente aquellos que no están sujetos a ningún yugo de disciplina, y desenfrenados y precipitados, irrumpen en la ruina de los vicios.

El abismo dice: 'No está en mí', y el mar dice: 'No está conmigo'. Entendamos el abismo en este lugar como el infierno, como dice el Apóstol: *¿O quién descenderá al abismo?* Y el mar como este siglo, como hemos aprendido del Salmista que canta: *Este mar grande y espacioso*. Por tanto, el infierno y este mundo testifican que no tienen la sabiduría del temor de Dios. Dice que los lugares hablan, por aquellos que están en los lugares, ya sea del mundo o del infierno. Aquí habla de aquellos que, por una vida carnal, son poseídos por los atractivos del mundo; esta figura retórica se llama prosopopeya (*prosopopoeia*), donde se asume la persona del que habla cuando no puede hablar, y lo que contiene se pone por lo que es contenido. Ciertamente, este mundo o el infierno contiene; pero el hombre es contenido.

Por tanto, el mar de este mundo no tiene esta sabiduría, excepto la Iglesia sola, que, a causa de las furiosas olas de los enemigos, es llamada isla en las Escrituras, así como es nombrada barquilla por figura en el Evangelio.

No se dará oro fino por ella, ni se pesará plata en su cambio. Esto dice, que ninguna cosa, por muy preciosa que sea, puede compararse con esta sabiduría. O, porque en las Escrituras el oro o la plata se entienden como un sentido y un lenguaje trópico, dice esto: nadie podría sentir o expresar esta sabiduría según su mérito.

No se comparará con los colores teñidos de la India, ni con la piedra de sardónice preciosísima, o el zafiro. Esta sabiduría divina es preferida a diversas cosas preciosas. Esto, sin embargo, debe saberse, que estos metales preciosos nacen especialmente en el clima meridional. Y porque en la India se significan todos los adoradores de ídolos, en la cual, como dije, los colores preciosos nacen o se hacen, creo que esto puede entenderse: que en las gentes donde no hay temor del verdadero Dios, hay una religión fingida y en cierto modo terrenal, que bajo el pretexto del nombre de Dios se compone en la mentira de los errores con un diverso y variado color de palabras, y como una piedra preciosa puede brillar con elocuencia, o resplandecer con el nombre de la deidad; y la India o incluso Etiopía significan la negrura o las tinieblas de los pecados, que se encuentran especialmente en los cultos de los ídolos.

No se le igualará el oro ni el vidrio, ni se cambiarán por ella vasos de oro. El oro o el vidrio,

y también los vasos de oro, se entienden como todos los que son preciosos y célebres, que en este siglo brillan con el nombre de la dignidad y la gloria de las riquezas; estos, ciertamente no teniendo el temor de la verdadera religión, serán tenidos por nada, porque no pueden, como por el mérito de su gloria, acceder al cambio por la sabiduría singular.

Las cosas excelsas y eminentes no se mencionarán en comparación con ella. Aunque las cosas que hay en las criaturas sean excelsas y muy eminentes, como son también las potencias angélicas, todas serán mínimas, o más bien indignas de memoria, en comparación con aquella que hizo que toda criatura racional agradara a Dios y se uniera a Él en santo amor. Y por eso, esta sabiduría del temor es preferida a aquellas excelsas cosas eminentes, porque sin ella no son nada ante Dios, así como el mismo diablo, que, habiendo perdido el temor de la reverencia divina, se perdió a sí mismo.

Pero la sabiduría se extrae de las cosas ocultas. Esta, por tanto, no puede tomarse de ningún otro lugar sino de lo alto, o se extrae de los afectos más íntimos del corazón por el don del Espíritu Santo, como dice el profeta: *Abrí mi boca, y atraje el espíritu*, para que, ciertamente, el hombre sea sabio acerca de Dios y le tema, y entienda apartarse del mal.

¿No se le igualará el topacio de Etiopía, ni se le compararán las tinturas purísimas? De diversas maneras, y con diversos nombres de oro y de ajuar precioso, el santo Job dice que el temor del

Señor no puede de ningún modo compararse con ellos.

¿De dónde, pues, viene la sabiduría, y cuál es el lugar de la inteligencia? Preguntando, inquiere y dice que toda criatura ignora especialmente esta sabiduría.

Está oculta a los ojos de todos los vivientes; también a las aves del cielo se les oculta. Ha de entenderse como 'vivientes para el mundo', de quienes habló anteriormente cuando hablaba de esta sabiduría, 'ni se encuentra en la tierra de los que viven placenteramente'. En cuanto a lo que dijo, que esta sabiduría se oculta a las aves del cielo, se han de entender los soberbios y los ligeros, o los que aspiran a cosas altas, lo que pertenece a la hinchazón de la arrogancia, o los espíritus malignos, que según la parábola del Evangelio, comen la semilla del Señor arrojada junto al camino. Dice, por tanto, que el bien del temor de Dios se oculta a estos.

La perdición y la muerte dijeron: 'Con nuestros oídos hemos oído su fama'. El diablo puede ser llamado con ambos nombres, o puede ser llamado muerte, para que sus satélites sean llamados perdición. Estos, por tanto, dijeron que habían oído la fama del temor de Dios; pues no pueden negar que no la hayan oído, ya que la percibieron infundida en el bien de su naturaleza, pero por el mal de la desobediencia, no quisieron tenerla.

Dios entiende su camino, y Él conoce su lugar. Dios sabe con certeza que esta sabiduría se apresura hacia el lugar de reposo y paz perpetua,

donde, por esta misma sabiduría de su temor, se deleita en reposar sobre el quieto y humilde, y el que tiembla ante sus palabras. O, Dios entiende su camino, que ha sido proclamado por la predicación del Evangelio por todas las tierras. De donde también sigue, diciendo de Dios:

Porque Él contempla los confines del mundo, y mira todas las cosas que están bajo el cielo. ¿Pues quién duda que Dios conoce incluso las cosas que han de venir? Pero aquí, más bien, Dios, conocedor de las cosas futuras, inspeccionó aquello que su Apóstol dijo después: *Pero cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo*. De este modo, por tanto, visitándonos con su venida, contempló los confines del mundo. En estos, digo, nuestros tiempos, sobre los cuales han llegado los fines de los siglos.

El que hizo peso para los vientos, y pesó las aguas con medida. Cuando ponía ley para las lluvias, y camino para las tempestades sonoras. Es manifiesto que toda criatura está contenida en la mano y el poder de su potencia. Alternativamente: La Iglesia recibió estas mismas gracias del Espíritu Santo, por así decirlo, en el mismo principio a través de los apóstoles, cuando vino del cielo un estruendo como de un viento recio que soplaba. La Escritura menciona vientos, o espíritus, que Dios, al otorgarlos, está a punto de sacar para los hombres de los tesoros secretos de los cielos, según el profeta que dice: *El que saca los vientos de sus tesoros*. A veces, estas diversidades de gracias son consideradas con el nombre del Espíritu Santo, que da estas gracias, según

aquello del Apóstol: *Los espíritus de los profetas están sujetos a los profetas*, los cuales también, por la operación y el efecto de su divina santificación, se dice que tienen peso, para que según las fuerzas de cada uno, los predicadores de la palabra de Dios dieran leche a unos, y alimento sólido a otros, dónde debían hablar, o a quiénes debían hablar. De ahí dice el profeta: *Os daré la lluvia temprana y la tardía*: esto es, el Nuevo y el Antiguo Testamento.

Entonces la vio, y la declaró, y la preparó, y la investigó, y dijo al hombre. Es decir, en su Iglesia, Dios previó esta sabiduría futura, que todo el mundo tendría el temor de Él.

He aquí, el temor del Señor, esa es la sabiduría, y apartarse del mal, es la inteligencia. Un temor es el de no ofender a Dios; otro, si se ha ofendido. El primero es santo y laudable; este otro no tiene caridad sino castigo. Por tanto, de este temor loable dice el Salmista: *El temor del Señor es santo, que permanece para siempre*. El evangelista Juan habla del otro temor en su Epístola, diciendo: *No hay temor en la caridad, sino que la perfecta caridad echa fuera el temor*. El cual temor ciertamente tiene castigo, porque no tiene el mérito del amor.

Job también continuó su parábola y dijo. Según la regla superior, también aquí trazamos una línea de inteligencia, para que cuando lo que sigue no convenga referirlo al Salvador, intentemos desviar el sentido de la exposición hacia la estructura de sus miembros. Y esto podrá hacerse rectamente, para que lo que el mismo Señor, ca-

beza de su Iglesia, no puede recibir en sí mismo, se entienda de su cuerpo, que es la Iglesia.

¿Quién me concediera ser como en los meses de antaño, como en los días en que Dios me guardaba? Por tanto, el santo Job desea y anhela ser liberado ya de aquella miseria y de aquellos tormentos, y volver a aquella gloria de la felicidad pasada, en la que en otro tiempo, con la prosperidad del Señor, había vivido.

Cuando su lámpara brillaba sobre mi cabeza. De muchos modos se llama lámpara en las divinas Escrituras. Aquí, en verdad, Job pudo haberla llamado así por la gloria temporal que había recibido de Dios, y que poseía en el poder del honor y en las riquezas.

Y a su luz caminaba yo en las tinieblas. Es decir, entre los pecados y aquellas cosas que ignoraba, como entre las asperezas y oscuridades de esta vida, caminaba hacia la luz de las virtudes o de su consolación.

Como fui en los días de mi juventud, y cuando secretamente Dios estaba en mi tabernáculo. Quiso llamar a su mente su secreto, porque allí las muchedumbres tumultuosas de los vicios no hacían el menor ruido.

Cuando el Omnipotente estaba conmigo, y a mi alrededor mis siervos. Cuando tenía a Dios en su tabernáculo: se dice que las virtudes estaban ante él como siervos, los cuales son llamados varones por el vigor para resistir a los vicios: de tales ministros estaba rodeado el bienaventurado Job.

Cuando lavaba mis pies con mantequilla. Con la palabra "pies" en las divinas Escrituras, se

debe entender generalmente un cierto modo de conducta humana. Lavaba, dice, mis actos de toda mancha de pecado, y me comportaba con inocencia y simplicidad.

Y la roca me derramaba ríos de aceite. En este sentido dice Moisés: "Chuparon miel de la peña, y aceite de la durísima roca": según el deleite de los que querían, sabía dulce en la boca. Y aunque aquella roca, según el Apóstol, figuraba a Cristo, sin embargo, con este aceite el santo Job quiso demostrar que los dones del Espíritu Santo le eran derramados abundantemente. Este es, pues, el aceite vivo y verdadero, que es el Espíritu Santo, consustancial al Padre y al Hijo. Por tanto, el santo Job abundaba en este aceite, con el cual también se llenaba de la abundancia de la caridad.

Cuando salía a la puerta de la ciudad, y en la plaza me preparaba mi silla. Es manifiesto que los jueces de los judíos se sentaban en las puertas para juzgar al pueblo.

Me veían los jóvenes y se escondían, y los ancianos, levantándose, permanecían de pie. Los príncipes cesaban de hablar y ponían el dedo sobre su boca. Los caudillos contenían su voz, y su lengua se adhería a su garganta. Con estos versículos demostró la reverencia del piadoso y santo temor que no solo toda edad, sino también todas las potestades, le rendían merecidamente.

El oído que me oía me proclamaba bienaventurado, y el ojo que me veía daba testimonio de mí, porque había librado al pobre que clamaba y al huérfano que no tenía ayudador. Tan santa era,

como dice, su conducta presente, como la fama la refería.

La bendición del que iba a perecer venía sobre mí, y consolé el corazón de la viuda. El huérfano, el pobre y la viuda significan todo género de humildes y afligidos, a ninguno de los cuales el santo Job pasó de largo o despreció.

Me vestí de justicia, y ella me vistió como con un vestido, y mi juicio como con una diadema. La justicia, el juicio recto, la misericordia, estas eran las vestiduras de su alma.

Fui ojo para el ciego y pie para el cojo. El afecto de su piedad y misericordia se demuestra en estas palabras, como si dijera: a los que estaban en las tinieblas de la ignorancia les ofrecí la luz de la verdad, y al que cojeaba en los caminos del Señor, le mostré las sendas del camino recto.

Fui padre de los pobres, y la causa que no conocía, la investigaba con suma diligencia. Al tomar los negocios y las causas de los pobres contra los poderosos, se había convertido en su defensor y juez. Y por eso, para que no fueran oprimidos por ninguna de las partes adversarias, decía que investigaba sus causas, descubriendo sus fraudes.

Quebrantaba las muelas del inicuo, y de sus dientes le arrebataba la presa. Aquí describe al hombre inicuo como una bestia rapaz y violenta, de cuya boca arrebató por la fuerza la sustancia de los pobres.

Y decía: En mi nido moriré, y como la palmera multiplicaré mis días. Su nido ha de entenderse como su hombre exterior, que había sido com-

puesto y trabado por Dios del heno de su carne. Porque toda carne es heno. En este nido, por tanto, decía que siempre moría bajo testimonio, mientras no vivía para los vicios del mundo y sus concupiscencias, y por esto en la resurrección, como una palmera, tendrá múltiples y eternos días.

Mi raíz estaba abierta junto a las aguas, y el rocío morará en mi cosecha. Mi esperanza, y la fe que procede de esta expectación mía, están abiertas a las divinas elocuencias, por cuya consolación se infunde, para que no se seque el verdor de mi mente en la infidelidad.

Mi gloria siempre se renovará, y mi arco en mi mano se restaurará. Los que me oían, esperaban mi sentencia, y atentos callaban ante mi consejo. "Mi gloria", etc., puede entenderse como el fruto y el progreso siempre nuevo en las virtudes de una creciente buena conciencia. En el arco, sin embargo, creo que se significa el vigor del que resiste y se opone, que se prepara en las manos de la obra santa contra todos los que se oponen y contra los hostiles ímpetus de los vicios. Como dice David en el salmo: "Y pusiste mis brazos como un arco de bronce", lo que es, hiciste infatigable la intención de mis buenas obras.

A mis palabras nada osaban añadir, y sobre ellos goteaba mi elocuencia. Porque ya la autoridad de su sabiduría por doquier había sido divulgada, nadie, como si la menospreciara, presumía añadir nada a sus palabras; antes bien, goteaba sobre ellos su elocuencia: es decir, el sentido penetraba lo más íntimo de sus entrañas, para

que, infundido en sus corazones, por tal maestro fueran hechos discípulos perfectos y óptimos.

Me esperaban como a la lluvia, y abrían su boca como para el aguacero tardío. Con el nombre de lluvia, demuestra la muy copiosa erudición de su ciencia, y alaba a sus oyentes, porque mientras él disputaba, esperaban con gran deseo.

Si alguna vez me reía con ellos, no lo creían. Con tanta reverencia y honor, dice, era tenido por los susodichos, que a mi sabiduría y gravedad no podía convenir nada de indulgencia y remisión, que pertenecían más bien al temperamento de las costumbres. Y por eso, se hacía por mí con un estudio de piedad, para que el afecto de su amor y dilección progresara por la admiración hacia mí.

Y la luz de mi rostro no caía en tierra. La gracia de la reverencia, que contemplaban refulgente en su rostro, no era tenida por nada entre los susodichos. Pues no estimaban que nada se hiciera en vano por sus gestos, y por eso los susodichos recibían en sí como algo grande y principal cuanto contemplaban en la serenidad de su rostro.

Si hubiera querido ir a ellos, me sentaba el primero. Y cuando me sentaba, como un rey rodeado de su ejército, era sin embargo consolador de los que lloraban. Manifiesta su condescendencia y santa humildad con estas palabras, en que se acercó a sus inferiores como a amigos y a sus iguales, y en el poder de su reino, se ofreció a los míseros y a los que lloraban.

Pero ahora se ríen de mí los más jóvenes en tiempo. Esto es manifiesto.

A cuyos padres no me dignaba poner con los perros de mi rebaño. No había hecho esto por el engreimiento de la soberbia o la jactancia de las riquezas, sino por la utilidad de los impíos y de los que se burlaban de él, cuyos padres ni siquiera fueron dignos en otro tiempo de ser comparados con sus perros.

El vigor de cuyas manos era para mí como nada, y eran considerados indignos de la vida misma. Estériles por la indigencia y el hambre. Es decir, despreciados por la vileza de su ignominia.

Los que roían en la soledad, escuálidos por la calamidad y la miseria. Y comían hierbas y cortezas de árboles, y la raíz de los enebros era su alimento. Quienes, arrebatando estas cosas de los valles, cuando encontraban alguna, corrían hacia ellas con un clamor. A causa de la miseria y la avidez, se apoderaban de estas cosas que no eran alimento ni para hombres ni para bestias, como si fueran festines y delicias, sorbiendo los húmedos valles por su extrema indigencia.

Habitaban en los desiertos de los torrentes, y en las cavernas de la tierra, o sobre la grava. Quienes se regocijaban entre tales cosas. Quienes también, como dice, moraban en lugares estériles y sin agua, o entre espinos, como reptiles de la tierra, en agujeros: a quienes riegan las lluvias de las montañas.

Y consideraban una delicia estar bajo los espinos. Si en su calor, se cubrían con las hojas de los más viles arbustos.

Hijos de necios y de innobles, y que en la tierra no aparecen en absoluto. Ahora me he convertido

en su canción, y he llegado a ser para ellos un proverbio. Me abominan, y huyen lejos de mí, y no temen escupir en mi rostro. Hombres oscuros y totalmente indignos de memoria.

Pues ha abierto su aljaba, y me ha afligido, y ha puesto un freno en mi boca. Estimo que por "aljaba" en este lugar debe entenderse la multitud de plagas, o el diablo mismo, o su poder. La cual, como dice Job, Dios abrió, cuando el diablo ejerció su poder en torno a él, de donde también lo afligió con los dardos de los tormentos. Además, también le impuso en la boca un freno de silencio para que no hablara.

A la diestra del oriente mis calamidades al instante se levantaron. Es decir, o surgieron en el mismo tiempo de la felicidad, lo cual se demuestra gravísimo, o fueron impuestas con el permiso del poder divino. Pues él mismo es el oriente desde lo alto, él mismo es la diestra y el poder del Altísimo.

Subvirtieron mis pies, y me oprimieron como con olas por sus sendas. Es decir, mis calamidades, afligiéndome con frecuente repetición, subvirtieron como con olas todos los caminos rectos de mi conducta.

Disiparon mis caminos, me acecharon y prevalecieron, y no hubo quien me auxiliara. Es decir, mis enemigos perturbaron mis caminos, por los cuales avanzaba con progresos cotidianos por la vía de la justicia, irrumpiendo para mi daño de forma inesperada, como desde una emboscada, mientras mis prójimos me negaban el auxilio de la consolación.

Como por un muro roto y una puerta abierta, se abalanzaron sobre mí, y se precipitaron hacia mis miserias. Con tan veloz ímpetu, dice, se abalanzaron sobre mí los males antedichos, que sin obstáculo que resistiera, se revolvieron sobre mí desde arriba.

He sido reducido a la nada. Se ha llevado mi deseo como un viento, y como una nube ha pasado mi salvación. Donde esperaba tus remuneraciones por la observancia de tus mandamientos, junto con la salvación, las arrebataste con el ímpetu del viento y con la celeridad de una nube que pasa [Alt: para nosotros], porque permitiste que fueran arrebatadas.

Entonces, sin embargo, mi alma languidece dentro de mí, y los días de aflicción me poseen. Languidece, es decir, se disuelve del vigor de su intención.

De noche mi boca es perforada por los dolores, y los que me comen no duermen. Es manifiesto, porque los gusanos que comían sus carnes pasaban las noches en vela.

En su multitud se consume mi vestidura, y me han ceñido como con el cuello de una túnica. La multitud de gusanos que pululan, moviéndose siempre y recorriendo las diversas aberturas de mis heridas, ha desgastado también mi vestidura, mientras no cesa de arrastrarse sobre mí: a quien, rodeado por completo y por todas partes, y como reducido a una sola herida, atormenta con incesante comer y beber.

Soy comparado al lodo, y asemejado a la brasa y la ceniza. Dice que ha sido llevado a la suma

vileza, quien con heridas y podre, como el lodo, se pudriría y apestaría: secando luego la suciedad del polvo la putrefacción de su carne.

Clamo a ti, y no me escuchas; estoy de pie, y no me miras. En el clamor está la intención del que ora a Dios. En verdad, en el hecho de que afirma estar de pie, dijo que tiene una perseverancia inquebrantable hacia Dios. Confianza en su propia justicia ante Dios: estas cosas habla libremente el santo Job.

Te has cambiado para mí en uno cruel, y en la dureza de tu mano te opones a mí. Me has elevado y, como si me pusieras sobre el viento, me has derribado con violencia. Dice que Dios, que es piadoso y misericordioso en sus tiempos prósperos, es duro y cruel, cuando soporta la dureza de su mano y penas graves y atroces.

Sé que me entregarás a la muerte, donde está establecida una casa para todo viviente. Después del delito del primer padre, dice, fue establecida la casa de los infiernos, es decir, la muerte misma, no creada por su condición. Por tanto, has querido que también yo, como hijo del pecador Adán, vaya allá según una justa sentencia.

Sin embargo, no para su consumación. Profetiza la futura reconciliación del mundo en Cristo, al decir que los hombres no han de ser reducidos a una consumación perpetua, sino que en algún momento han de ser llamados de los infiernos.

Extiendes tu mano; y si cayeren, tú mismo los salvarás. Si después de la redención, por la cual somos salvados por la fe en Cristo, los hombres cayeren de nuevo por el pecado, Él mismo los sal-

vará por la penitencia, levantándolos con mano piadosa.

En otro tiempo lloraba por el que estaba afligido, y mi alma se compadecía del pobre. Esperaba bienes, y me vinieron males; aguardaba la luz, y prorrumpieron las tinieblas. Sucedió que, en lugar de la expectativa de bienes con la que consolaba a los desdichados, ahora soporto todos los males, y en lugar de la luz de la prosperidad, incurro en las tinieblas de los tormentos.

Mis entrañas hirvieron sin descanso alguno; me sobrevinieron los días de la aflicción. Donde dice que los días de aflicción lo han sobrevenido, pienso que quiso indicar el tiempo del juicio; y parece haber dicho que lo sobrevino por esta razón, porque pensaba que aún no le llegaría; donde también significa el gran dolor de la Gehena, al comparar sus propias penas con aquellas.

Avanzaba enlutado, levantándome sin furor, clamaba en medio de la multitud. Triste y afectado por la congoja, porque no conocía el mérito de la pena, y sin la ira del furor, me levantaba en esperanza por la virtud del espíritu: porque Dios me había enseñado la paciencia, para que lo soportara con ecuanimidad, vociferando y suplicando con pública satisfacción.

He sido hermano de los dragones y compañero de los avestruces. Afectado por el suplicio de las penas, moderaba mis dolores con silbidos, tal como se dice que hacen los dragones cuando son capturados por los elefantes; como dice el profeta: Haré un lamento como el de los dragones, el cual hacen, como dije, cuando son muertos por

los elefantes. Y compañero de los avestruces: me he vuelto necio e insensato, como el avestruz, ave estupidísima, de modo que por el dolor estiman que he trabajado en vano.

Mi piel se ha ennegrecido sobre mí, y mis huesos se han secado por el ardor. Y esto también pertenecía al cúmulo de sus penas, que, puesto en un estercolero, durante mucho tiempo, padeciera hasta los huesos los rayos ardentísimos del sol.

Mi cítara se ha convertido en luto, y mi órgano en la voz de los que lloran. Con estas cosas, dice que la alegría y el gozo de sus días felices y de su prosperidad se han convertido en luto.

ÍTEM. La exposición se vuelve hacia la persona de Cristo.

¿Quién me concediera que fuera como en los meses de antaño, etc.? En el hombre asumido Jesucristo, es decir, el segundo o último Adán, es la voz de Adán, el primer formado, que recuerda lo que perdió y a qué bien desea volver. Pues había perdido, por el mal de la desobediencia, el bien de la inmortalidad y las delicias del paraíso; desea que esto le sea restaurado por Jesucristo nuestro Señor. Pues al acoger en sí el Hijo de Dios al hijo del hombre, acogió en él también las plegarias del género humano.

Cuando su lámpara brillaba sobre mi cabeza, y a su luz caminaba yo en las tinieblas. Significó la gloria de la gracia divina con el nombre de la lámpara con la que había florecido en el paraíso.

Como fui en los días de mi adolescencia, cuando en secreto Dios estaba en mi tabernáculo. Con el nombre de adolescencia se pueden entender

los primordios de Adán, o la felicidad misma: donde antes del pecado, con vigor juvenil, siempre floreciente sin ningún defecto de la edad, se dice que estuvo como en los días de la adolescencia.

Cuando el Omnipotente estaba conmigo, y mis criados a mi alrededor. Por los criados de Adán, deben entenderse las virtudes del alma. Sin embargo, no consideramos absurdo entender los criados de Cristo como los ángeles que le servían en los días de su carne, o los apóstoles, o todos los santos.

Cuando lavaba mis pies con manteca, y la piedra me derramaba arroyos de aceite. Por tanto, los pies del Salvador deben entenderse como los predicadores de la verdad, que anuncian el Evangelio en todo el mundo. Jesucristo, nuestro Job, lavó y limpió estos pies suyos con leche o manteca cuando los volvió sinceros y purísimos de las presiones de las tribulaciones, enseñándoles por su Espíritu una vida de inocencia simple. De este modo, por tanto, se limpiarán los pies del que anuncia la paz del Evangelio. Para que no se mancharan con el lodo de la sabiduría carnal: La piedra, dice, me derramaba arroyos de aceite. Por tanto, la piedra es la Iglesia, fundada sobre Cristo, piedra firmísima, que derrama de sí la gracia del Espíritu Santo como arroyos; lo cual fue declarado en Pentecostés, y en la casa de Cornelio, y en aquellos doce, o en toda la Iglesia, y se declara hasta el día de hoy.

Cuando salía a la puerta de la ciudad, y en la plaza me ponían la cátedra. Como rey, pues, y

Señor primero de su ciudad, la Iglesia, Cristo sale a su puerta; es decir, en el tiempo de sus inicios, cuando preparando la entrada decía a todos: Venid a mí todos los que trabajáis y estáis cargados. Además, la cátedra debe entenderse como la eminente ciencia de Cristo; y la plaza de la ciudad debe entenderse o bien porque predicó públicamente, o bien según el sentido del Salmista: Tu mandamiento es sumamente amplio. Lo cual se extiende no solo a una triple exposición, sino también a una disputa.

Me veían los jóvenes y se escondían, y los ancianos, levantándose, estaban de pie. A estos escribe Juan diciendo: Os escribo, jóvenes, porque sois fuertes y habéis vencido al maligno. Estos, por la fe del Señor, ven al Salvador en el espíritu, y se esconden en la tierra de su cuerpo; a saber, reprimiendo y conteniendo los vicios al luchar en sí mismos, mortificándose de los pecados y de las concupiscencias del mundo. De aquí dice el profeta: Ascended a la tierra. Pero los ancianos son los hijos consumados y perfectos, que diariamente se elevan con la mente al cielo y permanecen en el Señor por la fe de una vida inmóvil.

Los príncipes cesaban de hablar y ponían el dedo sobre su boca; los jefes contenían su voz y su lengua se pegaba a su garganta. En mi venida, dice, la profecía de todos mis santos quedó concluida y sellada, lo cual fue prefigurado en el silencio de Zacarías. La profecía quedó cerrada en el misterio de lo anunciado, pero fue abierta en los misterios de los sacramentos. Los príncipes y jefes de aquel pueblo de los judíos fueron los

reyes, sacerdotes y profetas. O bien los príncipes y jefes pueden entenderse como cualesquiera poderosos y elocuentes de este mundo que, debido a las mentiras de la seducción, detentaban el liderazgo entre los pueblos. Estos callaron ante la venida de Cristo.

El oído que oía me bendecía. Ciertamente el pueblo de las naciones, al cual llegó mi Evangelio anunciado por la predicación. El cual, ofreciendo alabanza por su redención, me bendecía dando gracias.

Y el ojo que veía, daba testimonio de mí. A saber, el pueblo de los judíos, al cual yo había sido predicho por medio de mis profetas, daba testimonio de mí en la presencia de mi venida.

Porque yo había librado al pobre que clamaba, y al huérfano que no tenía quien lo ayudara. Este pobre y huérfano debe entenderse como el pueblo de los santos, que por la humildad del espíritu atribulado es llamado pobre. En verdad, es llamado huérfano por esto, porque su padre está ausente por un tiempo, quien habla así: No os dejaré huérfanos.

La bendición del niño, o como otros dijeron, del que iba a perecer, venía sobre mí, y consolé el corazón de la viuda. El huérfano fiel y santo es llamado niño por su inocencia correspondida. Pero el mismo es llamado 'perdido' (el que iba a perecer) porque fue adquirido por la sangre del Señor.

Me vestí de justicia, y me vistió como un diadema en mi juicio. Por tanto, esta justicia de mi piedad, dice el Señor, me vistió como un vestido.

Y con un diadema en mi juicio. Con este vestido, digo, en el cual se revela la justicia del Padre por el Evangelio, dice que está rodeado en la Iglesia; del cual tuvo figura su vestidura en el monte de la Transfiguración.

Fui ojo para el ciego y pie para el cojo. Soy, dice, luz para el pecador que camina en las tinieblas de sus vicios, y me hice paso para el que cojea en las sendas de mis preceptos. De donde Él mismo dice: Yo soy el camino.

Era padre de los pobres, es decir, de los humildes de corazón.

Y la causa que no conocía, la investigaba diligentemente. Por tanto, estando para conceder esta causa de los pecados por la misericordia de mi piedad, la escudriñaba diligentísimamente, para que al buscar sanara la raíz de las heridas: para que, por mi investigación, liberara de todo pecado de crimen al pecador que confiesa sus culpas. O de otro modo: Nuestro Señor Jesucristo no conoció las causas del pecado, las cuales los judíos buscaban en Él.

Quebrantaba las muelas del inicuo, y de sus dientes arrebataba la presa. Rectamente sentimos que este inicuo es el diablo, cuyos dientes y muelas son los movimientos del alma sañudos y feroces para destruir. De tales dientes, dice, sustrajo al género humano como presa cautiva, liberándolo ciertamente del exterminio de la muerte. Todos los impíos son dientes del diablo. También puede entenderse cualquier herético, en cuyos dientes se sienta una doctrina clara. Pero en las

muelas pueden estar ocultos misterios remotos, secretos y nefandos.

Y decía: En mi nidito moriré, y como palma multiplicaré los días. El nido del Señor Salvador puede entenderse como su Iglesia. Por tanto, se dice que este Señor muere en la Iglesia como en su nidito, el cual se formó para sí del heno de la carne humana, y en el cual procrea y fomenta hijos, mientras sus miembros, de los cuales Él mismo es la cabeza, mueren a los vicios y concupiscencias de este mundo. Sigue: Y como palma multiplicaré sus días. Por tanto, después de la humildad de la Iglesia, que el Señor indicó arriba en el nidito, quiso mostrar la gloria de su altura en la palmera: cuya raíz parece áspera en la tierra, por lo cual también se llama nidito; pero su follaje es hermoso bajo el cielo, cuando haya sido glorificada por la resurrección, alcanzará la celsitud de la palma, es decir, conseguirá los méritos de sus virtudes, que se significan en la palma. O bien este nidito puede entenderse como el pueblo de los judíos. En este nido, por tanto, quiso padecer y morir por nosotros, como dice a los judíos: Moriré, y en sus mentes seré crucificado: donde conviví y nací según el hombre, y en las naciones, donde se erigió la palma de mi victoria y el estandarte de la cruz, multiplicaré los días, diciéndoles: He aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumación del siglo.

Mi raíz está abierta junto a las aguas, y el rocío permanecerá en mi cosecha. Así será la raíz en las naciones, es decir, la fe por la cual quise ser agradado, tal como agradaron todos los santos

en el pasado; para que esté abierta a las aguas de las naciones, es decir, el pueblo, para que crean en mí, para quienes ciertamente en la retribución eterna, el rocío de la gracia y del don será fluyente por mi concesión. O bien la raíz de mi caridad y dilección, que está fija en los corazones de los que me aman, está abierta en ellos a las aguas de mis palabras.

Mi gloria siempre se renovará. Aquí podemos entender la gloria como la Iglesia: ciertamente el Hijo es la gloria del Padre, a quien dice el Padre: Levántate, gloria mía, levántate. Pero de otro modo la Iglesia es la gloria, que ha sido justificada por la gracia.

Y mi arco será restaurado en mi mano. Podemos entender este arco como la virtud por la cual no deja de luchar por su Iglesia hasta el fin del siglo.

Los que me oían, esperaban la sentencia, e intentamente callaban a mi consejo. Diariamente clama Cristo por medio de los dispensadores de su palabra, y los que le obedecen esperan la sentencia de su definición. E intentamente callaban a mi consejo. Con esta palabra de silencio se significa la obediencia de los santos, que son tardos para hablar, pero veloces para hacer: o bien porque en la misma indagación de la ley se dice que los santos están atentos.

No se atrevían a añadir nada a mis palabras. Ciertamente, establecen los estatutos y decretos de la Iglesia, sin destruirlos, en la cual está el fundamento de la verdad. Pero los herejes y cismáticos, por la presunción de la soberbia con la

que superan a los demás, se esfuerzan por superponer a las palabras del Señor dogmas superfluos e inventados de su propio corazón.

Y sobre ellos goteaba mi elocuencia. Poco a poco, ciertamente, la palabra de mi doctrina, por mi diligencia, penetrabla las entrañas de los que me aman: en lo cual debe entenderse el progreso de las almas en las virtudes diariamente. Donde, como desde una pequeña gota de los inicios, se llega a la vida plena de perfección, como a una lluvia del corazón, que satura su tierra con abundancia.

Me esperaban como a la lluvia, y abrían su boca como para la lluvia tardía. Todos los antiguos santos esperaron al Salvador que había de venir en la carne, y todos ahora igualmente esperan indudablemente al que ha de venir al juicio: para cuya lluvia tardía, es decir, el Evangelio, abren ahora sedientos las bocas de sus corazones; porque mejor es el fin del discurso, como dice el Eclesiastés, que su principio.

Si alguna vez me reía con ellos, no lo creían. Es decir, los judíos no me creerán con alegre piedad cuando les prometa la alegría de la futura bienaventuranza y los gozos eternos: y los pecadores, por el reato de su conciencia, difícilmente creerán en mi misericordia, y desesperarán de que se les pueda dar la salvación ante la magnitud de sus crímenes: siendo que yo voy a conceder a los que se conviertan a mí cosas mayores de las que puedan captar por la esperanza.

Y la luz de mi rostro no caía en tierra. La gracia, dice, de mi presencia, por la cual me di a conocer

al mundo entero, ilumina los corazones de los fieles, porque yo soy la luz del mundo, y lo que haya prometido a los que guardan mi pacto, no será irritum (vano); sino que todo se cumplirá en el tiempo de la retribución.

Si hubiera querido ir a ellos, me sentaba el primero. Y cuando me sentaba como un rey rodeado de su ejército, era sin embargo consolador de los que lloran. Así debe entenderse, que Aquel que entre sus santos es grande, y habita en las alturas, quienes también son llamados frecuentemente ángeles, y de quienes según otra edición dice: Era como un rey ceñido de fuertes: sin embargo, no despreció a los compungidos y contritos de corazón.

Pero ahora se burlan de mí los menores en tiempo. Leemos en el Evangelio de qué manera fue escarnecido e ilusionado.

A cuyos padres no me dignaba poner con los perros de mi rebaño. Yo pienso que los perros están dichos en buen sentido, los cuales defienden el rebaño del Señor de las bestias espirituales vigilando. De los cuales dice el profeta: Perros mudos, que no pueden ladrar. A los padres de los judíos también, que son ciertamente los sacerdotes y príncipes, quitada de ellos la dignidad pastoral, no los puse, dice el Señor, con los santos custodios del rebaño de mis ovejas, debido a la malicia de su infidelidad: para que no ejerzan el sacerdocio para mí, los deseché. Lo cual también dice en el Evangelio: Se os quitará el reino de Dios, y lo demás. Donde ya comienza a quitar el pan de los hijos y a echarlo a los perros, como se

le dice en el Evangelio bajo el tipo de la Iglesia: Pues también los perrillos comen de las migajas que caen de la mesa de sus señores.

Cuya virtud de las manos era para mí como nada. Esta virtud de las manos era de los judíos, para que sirvieran a los mandatos de los ancianos y a las observaciones. O bien puede entenderse este lugar en el tiempo de la pasión del Señor, de modo que la virtud de las obras predichas llegó hasta la muerte del Salvador. O bien debe entenderse así: cuando lloraban que su vida se había acabado por la cruz, por el triunfo del que resucitó de entre los muertos, la virtud de sus peores esfuerzos quedó reducida a la nada.

Y se les creía indignos de la vida misma, estériles por la penuria y el hambre. Hechos estériles y mendigos por la torpe penuria de sus vicios y crímenes, y por el hambre de los discursos de Dios, fueron además tenidos por indignos de la vida presente, como dice el profeta a Dios: Dispérsalos en tu virtud. De donde ahora en medio de las naciones están como cautivos, llevando una vida degenerada.

Que roían en la soledad, escuálidos por la calamidad y la miseria, y comían hierbas y cortezas de árboles, y la raíz de los enebros era su comida. Frecuentemente, donde Dios no habita, esto es, no es adorado, se llama soledad o desierto: en el cual, según el Apocalipsis, se dice que se sienta una mujer, esto es, la corrupción. Pues comer o roer es obra de los dientes, ya que la voz articulada se produce por los dientes y el plectro de la lengua; por tanto, con estas palabras se significa

la doctrina de los predichos, los cuales, royendo y masticando a los pueblos como hierbas y raíces de árboles infructuosos, los trasladan a sus múltiples errores como a su propio cuerpo. Pues se imaginan que se alimentan si han sustraído a los hombres, a quienes la Escritura suele llamar árboles, cualquier cosa vital que tengan. No obstante, se alimentan con raíces de enebros: a saber, de árboles que viven por larga edad, y en cuya madera dura el fuego mucho más tiempo que en las demás. Estas son las maderas que se llaman arceuthina (de enebro). Bajo el nombre de estos árboles podemos entender a cualesquiera grandes en el pueblo judaico, de cuyas entrañas se alimentan los doctores predichos, robándoles por la predicación de la ley pasada el bien de la gracia de Cristo.

Los que, arrebatando estas cosas de los valles, cuando encontraban cada una, corrían a ellas con clamor. A saber, arrebatan hierbas, como ladrones (lo cual dijeron otros traductores), y cortezas de árboles de los valles. Pues no pudieron encontrar a aquellos que hemos entendido como hierbas, cortezas y raíces de árboles por la semejanza de un enigma, en lugares excelsos y similares: sino en los valles, a saber, en lugares humildes y deprimidos hacia las partes inferiores, donde se significan los pueblos carnales de los judíos: cuyo entendimiento permanece en el sentido de la letra que mata, como en las partes inferiores. De aquí que sus jefes los despojan, mientras los ciegos prestan guía a los ciegos.

En los desiertos de los torrentes habitaban, y en las cavernas de la tierra; o sobre el cascajo, los cuales entre tales cosas se alegraban, y consideraban delicias estar bajo las zarzas. No solo moraban en los desiertos de los predichos, donde no estaba el culto de Dios, sino también en las cavernas de la tierra, y sobre el cascajo, por el cual pienso que debe entenderse la ley carnalmente, donde nada gordo se mezcla con el sentido espiritual, por lo cual pudiera, por la fecundidad de la abundancia, procrear hijos de santidad por la fe, mediante la madre gracia: y por esto se afirma que están en las cavernas de la tierra, a saber, adhiriéndose a los sentidos terrenos. De los cuales, llorando, dice el Apóstol: enemigos de la cruz de Cristo. De otro modo: Los torrentes son los pecadores, que fluyen hacia este mar del mundo por los desiertos del conocimiento; estos, pues, moran en las cavernas de los sentidos, y se deleitan en sus oficios para pecar: ellos mismos son las ventanas de la casa por las que entra la muerte. O bien la caverna de la serpiente es nuestro pecho, cuando en él escondemos consejos venenosos y actos mortíferos. Ellos mismos igualmente habitan sobre el cascajo, quienes no cultivan su tierra con ninguna diligencia de los discursos de Dios, para que, recibida la riqueza de la gordura, puedan producir frutos de santidad.

Los que entre tales cosas se alegraban; y consideraban delicias estar bajo las zarzas. Entre estos males que se han dicho arriba, viven así saltando de gozo, como si buscaran virtudes.

Hijos de necios y de innobles, y que no aparecen en absoluto en la tierra. Pues así también sobre sus padres, el profeta ya antes había predicho: Generación torcida y perversa, pueblo necio y no sabio, alienados de la tierra de los vivientes.

Ahora me he convertido en su cantar para ellos, y me he vuelto su proverbio. Es decir, en su primer discurso y en su boca estoy yo, y soy tomado por ellos con el deleite de la detracción.

Me abominan y huyen de mí, y no temen escupir a mi rostro. El rostro escupido del Señor Salvador, su misma pasión nos lo demuestra manifiestamente en el Evangelio.

Pues abrió su aljaba y me afligió. Aquí la aljaba puede entenderse como el diablo. Y puesto que creemos que el Salvador asumió al hombre verdadero, no es absurdo que creamos que también quiso sentir los dolores del cuerpo en la pasión, según aquello del profeta: Él mismo tomó nuestras flaquezas, y por nosotros se duele.

Y puso un freno en mi boca. Demostró con paciencia las contumelias inferidas: como el mismo Hijo dice al Padre en el salmo: Porque tú eres mi paciencia, Señor. Y en el Evangelio, interrogado, Jesús no respondió.

A la derecha del Oriente mis calamidades surgieron al punto. Es decir, de la voluntad del Padre, a cuya derecha se sienta el Hijo. O bien dice esto, porque al Hijo de Dios, incluso por aquella parte por la cual es impasible, llegó la contumelia del hombre asumido que padeció, según el Apóstol que dice: Pues si lo hubieran conocido, nunca habrían crucificado al Señor de la majestad. Puesto

que Él mismo es la derecha del Padre, la mano y el brazo por quien son gobernadas todas las cosas hechas: y los discípulos eran más bien de su derecha, a quienes abandonaron en el tiempo de la pasión. De los cuales dice: Consideraba a la derecha, y no había quien me conociera.

Subvirtieron mis pies y me oprimieron. Como olas en sus sendas, disiparon mis caminos. Me pusieron acechanzas y prevalecieron, y no hubo quien trajera auxilio, como por un muro roto y una puerta abierta, y se precipitaron sobre mis miserias. Los pies pueden entenderse como la sustancia humana que crucificaron, o ciertamente el oficio de evangelizar. En las olas, demuestra que los judíos eran amargos hacia los predicadores del Evangelio e inquietos. Disiparon también mis caminos. Por los oráculos de mis profetas, les prometía mi presencia en la venida en la carne, y en visiones de revelaciones venía a menudo a ellos. Estos caminos míos ciertamente los disiparon con su incredulidad y con el crimen de su impiedad. También pueden entenderse sus pies como sus predicadores o apóstoles. Y no hubo quien trajera auxilio, porque también los mismos discípulos, dejándolo, huyeron. Como por un muro roto y una puerta abierta irrumpieron sobre mí y se precipitaron sobre mis miserias, es decir, por mi muerte cayeron en su propia ruina, de modo que como enemigos truculentísimos y ferocísimos, rotas las municiones de las ciudades y fracturadas las casas, todos igualmente saltaron hacia mi muerte. Las miserias, por su parte, son las pasiones, los azotes, la ilusión, los oprobios,

las bofetadas, los escupitajos, los puñetazos, las espinas y la ignominia de la cruz.

He sido reducido a la nada. Los judíos, despreciándolo, lo tuvieron por nada.

Te llevaste mi deseo como el viento, y mi salud pasó como una nube. La vida presente puede entenderse como el viento, las cuales suelen llamarse con el nombre de viento o espíritu. Desde la persona del hombre viejo asumido en Dios, el hombre Jesucristo habla estas cosas. En verdad, el deseo del hombre viejo era aquel, de no perder esta vida temporal, lo cual el mismo Señor demuestra próximo a la pasión, diciendo al Padre: Pase de mí este cáliz. Pero, dice, no lo que yo quiero, sino lo que tú.

Pero ahora en mí mismo se marchita mi alma, y me poseen los días de la aflicción. Los días de su aflicción son los días de la pasión. De ahí dice el Salvador en el Evangelio: Triste está mi alma hasta la muerte.

De noche mi hueso es perforado por los dolores, y los que me devoran no duermen. De noche, porque capturado por la tarde, fue oído durante toda la noche bajo interrogatorio de indagación por los escribas y príncipes. O bien dice el Señor a los apóstoles la noche de la tristeza y de la pasión, quienes por la fortaleza de mi dilección y caridad son llamados huesos: compungidos por los aguijones del dolor y del temor, fueron perforados hasta la culpa de la negación: es decir, penetró la fortaleza de su alma el titubeo de la fe, de modo que en la hora de la tentación vacilaran en la solidez de la caridad. Aquellos, en cambio,

que parecen consumirme persiguiéndome hasta la muerte, no duermen: esto es, insisten con toda vigilancia de la mente para llegar a devorarme.

En la multitud de ellos se consume mi vestidura. Reuniéndose en uno los judíos, mi carne fue deshecha por las injurias, los clavos, la cruz y la muerte.

Y como por el cabezal de una túnica me ciñeron. Para mi muerte todos de todas partes me rodearon como estrangulándome, y para que me sofocaran en la muerte, como aberturas para la cabeza, a saber, con fuertes lazos de falsos testimonios me ciñeron, y dentro de mi pasión y la cruz me encerraron como dentro de una túnica.

Fui comparado al lodo, y asimilado a la brasa y a la ceniza. Por la muerte que voluntariamente asumí, fui comparado a los viles y a los sujetos al pecado, y condenados por la sentencia de Dios en Adán, aunque yo mismo no sea pecador, ni haya nacido como nacieron todos los pecadores.

Clamo a ti y no me escuchas; estoy de pie y no me miras. Así también en el salmo veintiuno, clamó al Padre en la cruz: Dios mío, etc.: Y clamaré por el día, y no escucharás, y lo demás. Estas palabras, por tanto, se dicen desde la persona del Crucificado: como también las otras que ya dije arriba. Clamaré, dice, por el día a ti: esto es, en las cosas prósperas de esta vida, para que no se muden; y no escuchas, en las palabras de los delitos. Clamaré también en la noche, esto es, en las adversidades de esta vida clamaré para que se vuelvan prósperas, e igualmente no escucharás. Ni esto es suficiente para la insensatez para mí,

sino más bien para que sepa qué quieres que clame: no con palabras de delitos por el deseo de la vida temporal, sino con palabras de conversión a ti para la vida eterna.

Te has cambiado para mí en uno cruel, y en la duresa de tu mano te opones a mí. Mientras el Padre no perdonó al Hijo único, sino que lo entregó por todos nosotros: parecía una especie de crueldad lo que era un afecto de piadosa dispensación.

Me elevaste y, como poniéndome sobre el viento, me derribaste con violencia. Lo cual es: me elevaste en la cruz, y me estrellaste contra los judíos que no creían.

Sé que me entregarás a la muerte: donde está establecida una casa para todo viviente. Porque antes de la resurrección del Señor, se cree que incluso los justos estuvieron en las regiones del infierno.

Sin embargo, no para su consumación extiendes tu mano, y si cayeren, tú mismo los salvarás. Ciertamente para esto me entregarás a la muerte, para que no sean consumidos por la pena debida los que por divina sentencia están destinados a la muerte eterna: sino que más bien sean salvados por mi muerte. En cuanto a lo que dice: Si cayeren, tú mismo los salvarás: después de la gracia del bautismo, vuelve a prometer el remedio de la salvación a los que fallan, mediante la penitencia.

Lloraba antes sobre aquel que estaba afligido. Por dos causas, además, el Salvador lloraba sobre Jerusalén. Una es por la cual, llorando por los conversos, oraba al Padre. La otra, en verdad, es

por la cual doliéndose lloraba por los que no creían: previendo ciertamente como Dios, debido a la dureza de su incredulidad, la perdición de ellos.

Y mi alma se compadecía del pobre. De qué manera las almas santas son llamadas pobres en las Escrituras, al no tener el espíritu de la soberbia, o los pecados como si fueran las riquezas de este mundo. Así, por el contrario, todos los pecadores son llamados pobres: por el hecho de que se hinchan con el espíritu de la soberbia, y están necesitados de santidad: de los cuales se canta en el salmo: Sentados en las tinieblas y en la sombra de la muerte: ligados en cadenas en mendicidad y hierro. Para llorar por tales pobres, como Dios rico en misericordias, soportaba la tristeza por el afecto de la misericordia.

Esperaba bienes, y me vinieron males. Esperaba, pues, por la paciencia, para percibir gozoso sobre los corregidos el bien de su conversión. Pero ellos, despreciando por contumacia las riquezas de mi bondad y longanimidad, atesoraron para sí ira en el día de la ira y de la revelación de mi justo juicio. Estos males de ellos, por tanto, han de venir a mi vista para que retribuya a cada uno según sus obras.

Aguardaba la luz, y prorrumpieron las tinieblas. Aguardaba en ellos la luz de la fe y de las santas obras, y prevalecieron las tinieblas de su infidelidad y de sus vicios.

Mis entrañas hirvieron sin descanso alguno. O bien porque, tocado por el dolor, hirvió intrínsecamente su ánimo por la solicitud y la ansiedad

sobre la perdición de ellos: o bien porque, habiéndose hecho el Verbo carne y habitando en el nombre de Jesús nuestro Salvador, sus entrañas, es decir, los movimientos de aquella alma, hervían sin cesar con el fuego divino.

Me sobrevinieron los días de la aflicción. Los días de la aflicción serán los días del juicio: en los cuales voy a juzgar a la nación predicha. Pero sin embargo ahora, y en este tiempo, me sobrevinieron con sus excesivos crímenes, para que según mi justo juicio les retribuya: como después sucedió en la pasión, cuando Jerusalén y el templo fueron subvertidos por los romanos.

Avanzaba enlutado: levantándome sin furor clamaba en las tinieblas. Estaba ciertamente sin ningún furor de ira: puesto que había llegado para perdonar y conceder sus pecados, no para castigar. Dice también el evangelista: Estaba Jesús y clamaba: El que tenga sed venga a mí y beba.

Fui hermano de los dragones y compañero de los avestruces. El Señor frecuentemente llama a los judíos en el Evangelio serpientes y víboras: diciendo así: Serpientes, generación de víboras. Y el profeta dice: Rompieron los huevos de los áspides, al ver multiplicarse la generación de los malos. Ítem: Furor de dragones su vino, y furor de áspides incurable. Pero por eso se llamó hermano de ellos, puesto que fue procreado de su linaje según la carne: de los cuales dice en el salmo: Me he vuelto suegro para mis hermanos, y extraño para los hijos de mi madre. Y porque según la vida presente, por la cual mientras estuvo aquí mortal convivió entre ellos, se dijo compañero de los

avestruces, es decir, habitó en su misma nación con los necios e insensatos; como el mismo Señor en el Evangelio: Necios y ciegos.

Mi piel se ha ennegrecido sobre mí. En la piel, debe entenderse que dijo el todo por la parte, su carne, es decir, su nación judía, de donde el Salvador asumió la carne. En cuanto a lo que dijo 'sobre mí', se ennegreció mi piel, es así como si dijera: por mi causa, es decir, en mi persona, por el odio de la persecución y el crimen de la blasfemia, también por los crímenes de los pecados nefandos, se ha vuelto negra y oscura la carne de mi linaje, y como una etíope no perdiendo el color de la negritud, y es tanto más infeliz cuanto que contrajo esta negritud de la noche y de las tinieblas no en la superficie del cuerpo, sino en el corazón. De donde dice el Señor por el profeta: He asimilado a la noche a vuestra madre.

Y mis huesos se secaron por el ardor. Los huesos del cuerpo de la Iglesia, cuya cabeza es Cristo, deben entenderse todos los santos ciertamente, pero principalmente los apóstoles: por cuya robustez y virtud de santidad se sostienen todos los miembros más débiles de la Iglesia. Por tanto, el gordísimo sebo de la caridad de estos hirvió por el excesivo ardor de la persecución en la pasión del Salvador. De los cuales el mismo Señor en el salmo: Y mis huesos se secaron como el leño seco. Ítem en otro salmo: Como agua me he derramado, y se han dispersado todos mis huesos; como dice el evangelista: Y dejado Jesús, huyeron los discípulos. Pero de nuevo, por la confesión de su nombre, fueron engordados por su caridad

ubérima: de modo que después con ningún ardor de persecuciones, por muy ferviente que fuera, se marchitara en ellos la fe de Cristo y el bien de la caridad.

Mi cítara se ha convertido en luto, y mi órgano en la voz de los que lloran. En la cítara y el órgano se entiende la alegría y la exultación. La cual Cristo demuestra tener cuando se deleita por la salud de los creentes, como Él mismo dice en el Evangelio, donde pone la parábola de las cien ovejas, de las cuales dice que una se había perdido, y encontrada ella, dice: Amén os digo, que más se gozará por ella que por las otras noventa y nueve. E igualmente, cuando los apóstoles habían anunciado al Señor que muchísimas sanaciones habían sido hechas por ellos mismos en su nombre, dice el evangelista: En aquella hora exultó Jesús en el espíritu. Estos nombres de instrumentos musicales, por tanto, significan la alegría del corazón, la cual por la obduración de los infieles se convirtió en tristeza: como dice del mismo Señor el evangelista: Y se entristeció sobre la dureza del corazón de ellos.

Aquellas cosas, en verdad, que siguen hasta el fin de la parábola, las cuales expusimos arriba según la virtud del santo Job, ya confesamos que no podemos discutirlas según los entendimientos místicos. Si alguien, en cambio, pudiera adaptar aquellas cosas razonablemente a una interpretación alegórica, confesaré que presto mi asentimiento.

CAPÍTULO XXXI.

Hice un pacto con mis ojos, para ni siquiera pensar en una virgen. Pues, ¿qué parte tendría Dios desde lo alto en mí, y qué herencia el Omnipotente desde las alturas? ¿Acaso no hay perdición para el inicuo y alienación para los que obran la injusticia? ¿Acaso Él mismo no considera mis caminos y cuenta todos mis pasos? Desde aquí hasta el fin, narra sus justicias, y especialmente sus misericordias y virtudes, las cuales dispone en quince números, como un hombre perfecto que, disponiendo ascensiones en su corazón, llega hasta la casa de Dios ascendiendo por ciertos peldaños de progreso. Yo, dice, definí y establecí en mi ánimo con estas miradas de mi carne, que nada en absoluto torpe y obsceno me anunciaran intrínsecamente, lo cual revolviera dentro de mí con pensamientos inicuos por el deleite de la voluptuosidad. Había sentido, creo, alguna vez tal vez que su carne era estimulada por el deleite y por los placeres de los atractivos, y por eso se había ceñido con la virtud de la continencia, temiendo el ojo de Dios, ya que es el escrutador del corazón y conoce todos los caminos de la conversación humana y todos los pasos de los actos de los mortales.

Si he caminado en la vanidad, y mi pie se ha apresurado en el dolo, que me pese en una balanza justa, y conozca Dios mi simplicidad. El santo Job, seguro de la equidad de la justicia de Dios, desea manifestarse a los hombres. Pues Dios no ignora nada como para que deba conocer examinando: sino que "conozca Dios", así lo dijo el bienaventurado Job, para que haga conocer a

los demás, según aquello: El Señor Dios os tienta, para saber si lo amáis: esto es, para hacer saber a los otros.

Si he desviado mis pasos del camino, y si mi ojo ha seguido a mi corazón, y si en mis manos se ha adherido alguna mancha: que yo siembre y otro coma, y sea erradicada mi descendencia. Nada de los mandamientos de Dios, dice, he pasado por alto: porque ni mi corazón, asintiendo, siguió a mis ojos cuando le ofrecían imágenes de concupiscencia, antes de que tuviera un pacto con ellos, para que no transmitieran nada torpe intrínsecamente. Por lo cual, ni en las obras de mis manos pudo adherirse ninguna mancha de pecado, y esto mismo lo confirma con una suerte de juramento de execración.

Si mi corazón ha sido engañado por una mujer, y si he acechado a la puerta de mi amigo, sea mi esposa la ramera de otro, y sobre ella se encorven otros. Pues esto es un nefando crimen y una iniquidad máxima: es un fuego que devora hasta la perdición y que erradica todos los frutos. Habla según el bien de la naturaleza, lo cual está escrito en Tobías: Lo que no quieras que se te haga a ti, no lo hagas a otro. Por tanto dice, es una cosa nefanda e iniquidad máxima: pensar o hacer estas cosas funestas y detestables es el fuego de la líbido incitante, que devora todos los bienes de las virtudes y consume todos los incrementos de las cosas santas en el hombre.

Si he despreciado someterme a juicio con mi siervo y con mi sierva, cuando disputaban contra mí. O como otros han dicho: "ante mí".

Pues, ¿qué haré cuando Dios se levante para juzgar, y cuando pregunte, qué le responderé? ¿Acaso no me hizo en el útero Aquel que también lo obró a él, y no nos formó Uno mismo en la vulva? Grande es la humildad de este santo varón, y grande el pensamiento del juicio futuro.

Si negué lo que querían a los pobres, e hice esperar los ojos de la viuda. Es manifiesto.

Si comí mi bocado solo, y no comió el huérfano de él, porque desde mi infancia creció conmigo la compasión, y desde el útero de mi madre salió conmigo. Es manifiesto.

Si desprecié al que pasaba, porque no tenía vestido; y al pobre sin cobertura. Si no me bendijeron sus costados, y fue calentado por los vellones de mis ovejas. Con este dicho muestra de qué manera debe hacerse la obra de la misericordia, esto es, para que no quites a unos aquello que crees que das rectamente a otros. De donde dice Salomón: Honra a Dios con tus justos trabajos. E Isaías: Yo el Señor amo el juicio, y odio la rapiña en el holocausto.

Si he levantado mi mano contra el huérfano, incluso cuando me veía superior en la puerta, caiga mi hombro de su coyuntura, y sea quebrantado mi brazo con sus huesos. Pues siempre he temido a Dios como olas que se hinchaban sobre mí, y no pude soportar su peso. En el hombro pueden entenderse las obras; en el brazo, la perseverancia de la virtud y la instancia de las buenas obras. A menos que sea así, dice, sean hallados todos mis trabajos vanos ante Dios.

Si he pensado que el oro era mi fortaleza, y he dicho al oro purísimo: "mi confianza". Si me he alegrado por mis muchas riquezas, y porque mi mano halló muchísimas cosas. Hombre de verdadera filosofía, no estaba sujeto a ningún vicio, como ahora, siendo un fortísimo despreciador de la codicia y de la soberbia, testifica que tuvo incluso el oro por nada.

Si vi el sol cuando brillaba, o la luna avanzando con claridad, y se alegró en lo secreto mi corazón, y besé mi mano con mi boca, lo cual es una iniquidad máxima y una negación contra el Dios altísimo. Tan grandes y tan excelsas virtudes de nada sirven, aunque alguien sea sabio, grande e ilustre al realizarlas, si está sujeto por la necedad de los errores. No solo, dice, me deleité con los cultos de cualesquiera ídolos, sino que ni siquiera con la belleza y apariencia de estas grandes lumbreras; ni como adorándolas besé mi mano durante su veneración: ni veneré a la criatura en lugar del Creador, lo cual detesta el santo Apóstol en la Epístola a los Romanos.

Si me he gozado por la ruina de aquel que me odiaba, o exulté porque el mal lo hubiera alcanzado. Pues no he entregado mi garganta al pecado, como para pedir maldiciendo su alma. ¡Siendo cosa grande que alguien, pudiendo, no procure vengarse de sus enemigos, cuánto más diligente es ante Dios no deleitarse en el corazón por la ruina de ellos!

Si no dijeron los hombres de mi tabernáculo: "¿Quién dará de su carne para que nos saciemos?". Afuera no permaneció el peregrino, mi

puerta estuvo abierta al viajero. Por sus hospitalidades y por la virtud con la cual también los demás santos agradaron a Dios, había contraído el odio de sus siervos.

Si escondí como hombre mi pecado, y oculté en mi seno mi iniquidad. Sobre estos pecados solamente, los cuales se cometen con los pensamientos, me parece que ha hablado en este lugar: por el hecho de que ni siquiera esos quiso ocultar, puesto que manifestó a los hombres lo íntimo de sus secretos, que no fue partícipe por consentimiento inicuo de pecado alguno.

Si me aterré ante una multitud excesiva, o el desprecio de los parientes me asustó, y no guardé más bien silencio, ni salí por la puerta. Este lugar pertenece a la persona de sus parientes que lo despreciaban, quienes incesantemente le infligían injurias cuando estaba puesto entre las miserias de las calamidades; contra los cuales, cuando litigaban con él, puso guardia a su boca.

¿Quién me diera un auditor, para que el Omnipotente oiga mi deseo, y escriba un libro Él mismo que juzga, para que lo lleve sobre mi hombro y me lo rodee como una corona? Por cada uno de mis pasos lo pronunciaré, y lo ofreceré como a un príncipe. El cual libro, el santo Job, habiendo de demostrarlo a los demás, lo lleva sobre su hombro, en un lugar a saber conspicuo para todos; por el hecho de que, coronado por el libro como por una corona de gloria por los méritos de su trabajo, lo pronuncia recontando ante Dios los incrementos de sus virtudes o progresos por cada peldaño.

Si contra mí clama mi tierra, y con ella sus surcos lloran. Si he comido sus frutos sin dinero, y he afligido el alma de sus agricultores: en lugar de trigo me nazca el abrojo, y en lugar de cebada la espina. La tierra se percibe rectamente como la carne del hombre. El bienaventurado Job dice que esta no le fue adversaria, necesariamente por cierto: puesto que bien la había hecho obediente a sí mismo en torno a los ornamentos de las virtudes. A cuyos surcos también llama metafóricos, los cuales, ya sea por cultivar las buenas costumbres, o por contener el agua de la palabra de Dios, infundida divinamente a su tierra, fueron llamados por él surcos: según aquello del Salmista: Embriagando sus surcos, multiplica sus generaciones. A estos agricultores de su tierra, el bienaventurado Job llamó, según juzgo, santas pensamientos: con los cuales el campo vivo de su mente era cultivado con denuedo. Por lo cual, una sola alma de esos agricultores es referida por él, para que advirtamos que uno mismo era el consenso de ellos. No es esto notable o reprensible en las costumbres de los santos cuando se alaban a sí mismos. Pues no están sujetos por el vicio de la jactancia, como para buscar la gloria humana en sus alabanzas: sino que hacen esto por la intención de la verdad, por la cual viven simple y sinceramente ante Dios.

CAPÍTULO XXXII.

Cesaron, pues, estos tres hombres de responder a Job, por el hecho de que él se veía justo a sí mismo. Cediendo los adversarios, Job, después

de muchos misterios de su profecía, también él mismo termina su discurso. En cuanto a lo que se dijo, 'cesaron además estos tres hombres de responder a Job, por el hecho de que él se veía justo a sí mismo', el escritor de esta historia lo dijo por el sentido de los que respondían, por el hecho de que él se veía justo a sí mismo, no por juicio propio, al referir o escribir estas cosas que encomendaba con su estilo a la memoria de la posteridad para el elogio de tan gran varón.

Y se airó e indignó Eliú, hijo de Baraquel el buzita, de la familia de Ram. De la progenie y generación de Hus y Buz, hijos de Nacor y de Melca, hermana de Sara, esposa de Abraham, nacen Job y Eliú. De Hus nace Job, y de Buz este Eliú; por lo cual también es llamado buzita, el cual fue, como aquí se escribe, hijo de Baraquel. Por tanto, los más doctos de las Escrituras dicen que este Eliú es el mismo Balaam, el adivino, al cual Balac, rey de los moabitas, había conducido en el libro de los Números para maldecir a Israel; y esta Escritura refiere que este Eliú había sido de la familia de Ram, y entendamos que este Ram es Abraham, de cuya familia y estirpe fue procreado Eliú. De aquí ciertamente la posteridad de su hermano Nacor será, sin duda alguna, parentesco de Abraham; donde el que escribe este libro, a quien los hebreos consideran Moisés, quiso demostrar en los nombres de la generación de Eliú la nobleza de su nacimiento. En cuanto a que en este libro es llamado el santo Abram con el nombre de Ram, como si fuera partido o dividido, así también en diversos lugares la Escritura de Dios lo nombra

según los incrementos de la divina gracia en él. Por lo cual, cuando se dice Ram, considérese 'excelso'; pero cuando Abram, aprovechando en las virtudes, sea 'padre excelso'. Asimismo, cuando su fe es antepuesta a las gentes para el dominio, llámese Abraham, esto es, 'padre de muchas naciones'. Este Eliú, pues, según parece, conforme al bien de la naturaleza, parece haber sido un hombre justo, que también tuvo espíritu de profecía; pero pienso que no del mismo modo, o con la misma gracia, que los santos profetas. De donde también el mismo Señor habló al santo Job sobre él: '¿Quién es este que envuelve las sentencias con palabras imperitas?'. Lo cual es decir que con palabras de reproche y con discursos desordenados se narra el sentido profético; donde el Señor no reprueba lo que Eliú habla, sino que reprende esto que es dicho por él apresuradamente. Sobre este Eliú, digo, y sobre sus semejantes, también dijimos al principio de este libro que usaron el misterio de la profecía incluso aquellos que se habían desviado de la verdadera religión, porque también a ellos dio Dios su palabra para que anunciaran los misterios futuros a los hombres, donde especialmente la fe de las naciones había de ser demostrada.

Se airó además contra Job, por el hecho de que él decía que era justo ante Dios. Asimismo, se indignó contra sus amigos, por el hecho de que no habían hallado una respuesta razonable, sino que solamente habían condenado a Job. Por tanto, Eliú esperó a que Job hablara, por el hecho de que eran ancianos los que hablaban. Pero cuando

vio que los tres no habían podido responder, se airó vehementemente. Y respondiendo Eliú, hijo de Baraquel el buzita, dijo. Me parece que estas cosas que aquí leemos sucedieron antes que aquellas que en los Números se refieren sobre este mismo Eliú o Balaam. Este Eliú, pues, que dice haber esperado a que Job y sus amigos hablaran, muestra que hizo lo que hizo por causa de honor y reverencia, a saber, difiriendo a los ancianos. Ya aquí están las palabras del mismo Eliú, diciendo así:

Yo soy menor en tiempo, pero vosotros sois más antiguos; por eso, con la cabeza baja, temí indicaros mi parecer. Pues esperaba que una edad más prolongada hablara, y la multitud de años enseñara la sabiduría. Pero, según veo, hay un espíritu en los hombres, y la inspiración del Omnipotente da la inteligencia. No son sabios los longevos, ni los ancianos entienden el juicio. Dice que esto le parece más así, porque los hombres son movidos por el espíritu a quienes Dios Omnipotente haya concedido la inspiración de su sabiduría, lo cual dice como de soslayo en vituperio de los predichos, como si a él solo le hubiera sido concedido este bien de la sabiduría. Es de notar que este Eliú, a través de cuatro discursos, como enseña el texto de la lección, se sucede a sí mismo; por cada uno de los cuales intenta ya sea retractar más eruditamente las respuestas de los anteriores, o destruir ante él puntos individuales dichos con más aspereza por el santo Job. Pues después de un copioso prefacio, en su primer discurso, puso estas cosas de las palabras del santo

Job, diciendo así: 'Yo soy puro, e inmaculado sin delito, y no hay iniquidad en mí'. Porque halla quejas en mí, por eso me ha juzgado su enemigo. Puso en el cepo mis pies, y guardó todas mis sendas. En el segundo discurso puso las palabras de Job así, diciendo: 'Soy justo, y Dios subvirtió mi juicio'. Pues al juzgarme, hay mentira; mi saeta es violenta sin pecado alguno. Su tercer discurso lo tiene así, diciendo el mismo Eliú a Job. Pues dijo: 'no te agrada lo que es recto', esto es, dijo a Dios: '¿qué te aprovecha si yo pecare?'. El cuarto discurso de Eliú contiene que, habiendo de hablar por Dios, disponga probar que Dios es justo por su operación, lo cual prosigue con toda agudeza y con la máxima instancia hasta el fin de este su cuarto sermón entre los misterios de su profecía, y no desiste.

Por tanto diré: oídme, yo también os mostraré mi sabiduría. Pues esperé vuestros discursos; oí vuestra prudencia, mientras disputabais con vuestras palabras. Puesto que la vuestra ya se me ha hecho manifiesta. No hay duda de que esto es dicho por él irónicamente, y por eso, porque arriba había hablado burlonamente de la prudencia de los amigos de Job, sigue diciendo aquello abiertamente.

Y mientras pensaba que decíais algo, lo consideraba. Pero, según veo, no hay quien pueda argüir a Job y responder a sus palabras de entre vosotros. No sea que digáis: 'Hemos hallado la sabiduría, Dios lo ha arrojado, no el hombre'. Nada me ha hablado a mí, y yo no le responderé según vuestros discursos. Se asustaron y no respondie-

ron más: y se quitaron a sí mismos la palabra. Job, dice, no tuvo ninguna disputa contra mí; pero tampoco yo lo ataco con las maldiciones de los vencidos y con los oprobios, como hacéis vosotros.

Puesto que, por tanto, esperé y no hablaron: se detuvieron y no respondieron más, responderé también yo mi parte y mostraré mi ciencia. Por lo cual también yo, dice Eliú, intentaré responder según mis fuerzas, y os mostraré mi ciencia a vosotros y a Job igualmente; lo cual aparece suficientemente que lo dice por la jactancia de la vanidad, cuando añade:

Pues estoy lleno de palabras, y el espíritu de mi vientre me apremia. He aquí que mi vientre es como mosto sin respiradero, que revienta los odres nuevos. Hablaré y respiraré un poco: abriré mis labios y responderé. Según la anagogía, llamó a su vientre, o útero, a su misma memoria, por el hecho de que reunió casi todos los discursos de Job y de sus amigos, que habían estado disputando por algún tiempo, como alimentos dentro de la capacidad de su memoria.

No aceptaré la acepción de personas, y no igualaré a Dios con el hombre. Pues no sé cuánto tiempo subsistiré, y así, después de un poco, me arrebate mi Hacedor. Esta es la sentencia de mi justo juicio, dice: que ni perdone al hombre diciendo la verdad, ni haga injuria a Dios, sosteniendo que Él haya hecho algo injustamente.

CAPÍTULO XXXIII.

Oye, pues, Job, mis palabras, y escucha todos mis discursos. He aquí que abrí mi boca, hable mi lengua en mis fauces. De mi corazón sencillo son mis palabras, y mis labios hablarán una sentencia pura. Por el Señor es así despreciado Eliú cuando dice de él: '¿quién es este?'. Pues era indigno y descabellado que un varón grande, y grato a Dios, aunque hubiera fallado en algo como hombre, fuera corregido por aquel que estaba lejos de la verdadera religión. Pero si tal vez a alguien le inquieta que este Eliú predijera muchas cosas futuras sobre los tiempos del Salvador, para que las recibamos como profecía: sepa quienquiera que sea a quien esto inquieta, que aquellas cosas que fueron predichas por el espíritu de Dios deben ser recibidas y creídas por nosotros. Pero estas cosas que por la elación del corazón fueron proferidas por él, deben ser reprobadas, puesto que habló de lo suyo propio, como el diablo, no de Dios.

El Espíritu de Dios me hizo, y el soplo del Omnipotente me dio vida. Para dar autoridad de que se le escuche, así habló, ya que no puede sino decir cosas rectas y verdaderas aquel que haya sido hecho por el Espíritu de Dios y animado por el soplo del Omnipotente; donde debemos entender a la Trinidad como Dios. Pues en Dios nombra al Padre; en el Omnipotente, al Hijo; en el Espíritu, al Espíritu Santo. Pues el Dios de la Trinidad creó todas las cosas; pero cuando hizo al hombre, quiso demostrarse a sí mismo por una cierta propia y especial significación de los nombres, a través de una diversa denominación de las obras, diciendo así el legislador: 'Y creó Dios al hombre,

a imagen de Dios lo creó: varón y mujer los hizo'. E igualmente: 'Y hizo Dios al hombre del limo de la tierra. E inspiró en su rostro el soplo de vida, y fue hecho el hombre en alma viviente'; donde en el que hace, e inspira, o incluso bendice, sin ninguna discreción ni disonancia de la voluntad, debemos sentir que operó la Trinidad. Pues no difiere en algo, ni hace entender algo diverso, la palabra 'creó', 'inspiró' y 'bendijo'; donde según la unidad de la naturaleza, una sola es la voluntad y común la obra.

Si puedes, respóndeme, y asiste ante mi presencia: he aquí que también a mí, como a ti, me hizo Dios, y del mismo lodo yo también fui formado. Sin embargo, no te aterré mi milagro, ni mi elocuencia te sea pesada. Habiendo de proferir sus palabras, pide respuesta, para que bajo un cierto halago y consuelo simulado infundiera el terror de las amenazas, por el cual Job, perturbado, cediera fácilmente a su locuacidad.

Dijiste, pues, en mis oídos, y oí la voz de tus palabras: 'Yo soy puro, e inmaculado sin delito, y no hay iniquidad en mí'. Lo que, por tanto, Eliú dijo a Job: 'Esto es pues en lo que no eres justificado', esto es, debías haberte acusado a ti mismo, no alabarte; no decir aquello: 'soy puro, sin pecado e inmaculado; la iniquidad tampoco está en mí'. Esto es, digo, en lo que no eres justificado, porque la justificación se adquiere por la humildad. Pues la alabanza de la elación merece la condenación. Pudo ciertamente, como varón justo y bien consciente de sus santas obras, decir audazmente algunas cosas que son verdaderas

a Dios; sin embargo, no pudo decir estas cosas que Eliú falsamente le objeta, como un sacrílego. Finalmente, aquellas cosas que dice que Job dijo, hablando así:

Porque halla quejas en mí, por eso me ha juzgado su enemigo. Puso en el cepo mis pies: guardó todas mis sendas. Esto es, pues, en lo que no eres justificado. No leemos que Job haya dicho estas cosas, las cuales ciertamente compuso aquí con sus propias palabras a partir de su sentido, como si fueran dichas por el santo Job. Por lo cual, sepamos más bien que este no dijo rectamente las palabras, antes que creer que las dijera el mismo santo Job.

Te responderé que Dios es mayor que el hombre. Contiendes contra Él porque no te haya respondido a todas tus palabras. Una vez habla Dios y la segunda no repite lo mismo. Por el sueño, en visión nocturna, cuando el sopor cae sobre los hombres y duermen en el lecho: entonces abre los oídos de los varones y, educándolos, los instruye con la disciplina, para apartar al hombre de las cosas que hizo y librarlo de la soberbia, rescatando su alma de la corrupción y su vida para que no pase a la espada. Desde el principio mismo del mundo, y en adelante, siempre habló Dios a los hombres, y no obstante habla una vez; pero donde se dice que Dios habla frecuentemente, se indica ya sea su ley múltiple o la diversidad de sus profetas y mandamientos. En cambio, donde se significa que habla una vez, se demuestra su sentencia establecida y definida. Pues que Dios hable se entiende como algo propio de su eficacia.

Una vez habla Dios, y la segunda no repite lo mismo, esto es, Dios no lo cambia, a menos que el cambio de nuestra vida misma lo haya demandado: en este lugar Eliú narra diligentemente sobre dos ciertos grados de correcciones, y dice que la educación divina, o el castigo en torno al hombre, se realiza tanto en visiones nocturnas como en el lecho: de donde dice: Haga consumirse al hombre hasta que llegue a los extremos de esta vida. Y cuando por él haya intervenido algún santo, como hizo Isaías por el rey Ezequías, sea restituido a su salud primigenia. Y dice en lo que sigue, que tres veces obra estas cosas en torno al hombre, esto es, evidentemente, y probablemente, y de modo confirmativo, ya sea por la perfección del número ternario, o por la verdad de tres testigos. Por cuyo género también significa la paciencia y clemencia de Dios, la cual no castiga y arguye al delincuente de inmediato, sino por partes y por turnos: donde no se le imputa ni el juicio de los preceptos de la verdad, ni una remisión inútil, ni la iniquidad de la injusticia.

Lo reprende también por el dolor en el lecho, y hace marchitarse todos sus huesos. Se le vuelve abominable en su vida el pan, y a su alma el alimento antes deseable. Se consumirá su carne, y los huesos que habían estado cubiertos quedarán al desnudo. Se acercará a la corrupción su alma, y su vida a los mortíferos. Si hubiera por él un ángel que hable una de las cosas semejantes, para que anuncie la equidad del hombre: se compadecerá de él y dirá: 'Líbralo para que no descienda a la corrupción. He hallado aquello por lo cual me

sea propicio para con él'. O como otros dijeron: 'Se acercó hasta la muerte su alma, y hace marchitarse todas sus cosas'. Cuando por estas cosas, pues, el hombre corregido y consumido se haya acercado a la muerte y a los ministros infernales, si hubiera alguno de los santos que merezca tener el nombre de ángel santo: este podrá alcanzar favor por uno de tal clase, que por sus pecados es así corregido por Dios; si sin embargo, de entre las muchas obras buenas que debió haber realizado, lograra hallar al menos una obra buena suya que ofrezca a Dios como sacrificio aplacable por él. Escuchará, dice, y mandará que el predicho no descienda al castigo de los tormentos infernales, por el hecho de que existió un cierto varón grande cuyas súplicas Dios no pudo sino escuchar. Y cualquier ángel del cielo que asista ante la faz de Dios puede interceder por cualquier pecador puesto en los azotes de los castigos: pues a ellos les ha sido encomendado por Dios el cuidado, especialmente para que lleven el auxilio de su defensa o custodia a diversos hombres o naciones. Sobre los cuales dice el Apóstol: '¿No son todos ellos espíritus administradores enviados en ministerio por causa de aquellos que han de recibir la herencia de la salvación?'. El ejemplo de las cosas presentes de las que ahora hablamos lo retenemos en las Escrituras dominicales, donde leemos que los hombres fueron corregidos en sueños, como el rey Nabucodonosor, soberbísimo, y Labán, que disponía la muerte de su pariente Jacob, y el rey Abimelec, que intentaba contaminar la casa del santo Abraham, y la

esposa de Pilato, que le dijo sobre nuestro Señor Jesucristo: 'Nada tengas que ver tú con ese justo: pues muchas cosas he padecido en sueños por causa de él'.

Su carne es consumida por los suplicios: regrese a los días de su adolescencia. Ha recibido, dice, males por sus méritos, y la medida de los suplicios y de las penas: bástenle estos azotes de castigo con los cuales fue llamado a la enmienda: ahora, por la indulgencia de la piedad divina, regrese a los días de la adolescencia, esto es, esté de nuevo sano e incólume.

Suplicará a Dios, y Él le será propicio, y verá su faz con júbilo, y Él restituirá al hombre su justicia. Lo cual mientras tanto sucede en el corazón, cuando por Dios se posee el bien de la conciencia. Verá, pues, la faz de Dios, sintiendo el rostro de Él propicio para consigo, habiendo de rendirle justicia con digna satisfacción.

Mirará a los hombres y dirá: 'Pequé, y verdaderamente delinquí, y no he recibido como era digno'. Grande cosa es, y aceptadísima a Dios, que el hombre no se avergüence de confesar sus errores: especialmente si por ellos entiende que es castigado, y de tal modo se humilla que, cualquier castigo que haya soportado, declare haber padecido poco para sus méritos.

Libró su alma para que no fuera a la perdición, sino que viviendo viera la luz. He aquí que todas estas cosas obra Dios tres veces por cada uno, para retirar sus almas de la corrupción e iluminarlas con la luz de los vivientes. Esto es, para que

iluminado reconociera la luz del conocimiento de Dios y sus inmensos beneficios.

Atiende, Job, y óyeme, y calla mientras yo hablo. Si en cambio tienes qué decir: respóndeme. Habla, pues quiero que aparezcas justo. Que si no tienes, óyeme: calla, y te enseñaré la sabiduría. Como si por esta razón Eliú hubiera convencido al santo Job, le dice: 'Óyeme', esto es, sé obediente al que te enseña, y presta tu asentimiento. En cuanto a lo que dice, que calle: al elocuente y como si fuera menos instruido, o impaciente, le manda que guarde silencio.

CAPÍTULO XXXIV.

Pronunciando, pues, Eliú, también dijo estas cosas. Se dice que Eliú pronuncia una sentencia, por así decirlo, y exhorta a los amigos presentes del santo Job a que le escuchen.

Oíd, sabios, mis palabras, y vosotros, instruidos, escuchadme. Porque el oído prueba las palabras, y el gusto de la garganta juzga los manjares. Del mismo modo, pues, dice, que el sabor de los alimentos se discierne por las fauces: y por eso, dice Eliú:

Elijanos para nosotros el juicio, y veamos entre nosotros qué es lo mejor. Es decir, discutamos primero antes de condenar al hombre.

Porque dijo Job: soy justo. Job no pronunció estas palabras, sino que al dar a conocer las virtudes de su justicia, se mostró sin duda alguna justo, a quien el Señor ya había llamado justo. Lo que aquí se dice:

Y Dios subvirtió mi juicio. Pues al juzgarme, hay mentira, y mi violenta saeta es sin pecado alguno. Del mismo modo, no leemos esto mismo, sino que lo tenemos escrito: 'Vive Dios, que me ha quitado el juicio'. Subvertir el juicio se refiere a la iniquidad del que juzga; haber quitado el juicio, es decir, haberlo diferido por un tiempo, pertenece a la dispensación del juez justo. Y multiplicó mis heridas aun sin causa. Por lo tanto, en este pasaje, según afirma Eliú, el sentido parece ser este: que habiendo hablado Job así, 'Dios ha defraudado mi juicio, no ha juzgado recta y verdaderamente, y por eso se me trata con mentira'. Pero las cosas que Job habló, debe creerse que las dijo de manera más incauta y presumiendo de la justicia de Dios. Por tanto, justa y merecidamente le dice Dios: 'Ciertamente el que arguye a Dios debe responderle': en cuyas palabras de Dios es ciertamente reprendido. Esto da a entender que el bienaventurado Job no habló correctamente algunas cosas, pero Aquel que mejor sabía que había muchísimas cosas buenas en él, por lo cual le había agradado, permite aquellas cosas que el dolor inmoderado le obligó a hablar en las más profundas angustias.

¿Quién es el hombre como Job, que bebe la mofa como el agua, que camina con los que obran la iniquidad, y anda con hombres impíos? Cuyas entrañas están llenas del veneno de esta pasión como de una abundancia de aguas.

Pues dijo: No agradará el hombre a Dios, aun cuando corriera con Él. Miente al decir que el santo Job habló de Él con envidia, porque no cree-

mos que el bienaventurado Job haya pensado tan infelizmente, ni recordamos que lo haya dicho en ninguna parte.

Por tanto, hombres de juicio, oídme: lejos de Dios la impiedad, y del Omnipotente la iniquidad. Pues devolverá al hombre su obra, y según los caminos de cada uno les restituirá. Pues verdaderamente Dios no condenará en vano, ni el Omnipotente subvertirá el juicio. Como si la impiedad del santo Job hubiera sido expuesta y sacada a la luz en medio de los oyentes para provocar envidia contra Job, como si hubiera hablado cosas impías.

¿A quién constituyó a otro sobre la tierra, o a quién puso sobre el orbe que Él fabricó? Es decir, ¿acaso puso a otro gobernante que discrepase de la justicia del Creador? Él mismo, por tanto, tan poderoso creador como es, es tan piadoso moderador, porque reconoce y ama su propia obra.

Si dirigiera su corazón hacia él, atraerá hacia sí su espíritu y su aliento. Perecerá toda carne a la vez, y el hombre volverá a la ceniza. Es decir, del mundo: pues si quisiera mirar todas las cosas que en él se hacen diariamente según la regla de su justicia, desfallecería y perecería; pero más bien lo gobierna y sostiene con piedad. Pues si observara la iniquidad, ¿quién subsistirá? Llamó espíritu al alma, que vivifica al hombre, y aliento, a la presente vida misma, que se administra a nuestros cuerpos por la respiración de este aire. Estas cosas, pues, dice Eliú que Dios las atrae hacia sí cuando quita a los hombres la vida que les había otorgado al crearlos. Estos pasajes pueden

verse así figurados por el espíritu de profecía, de modo que ahora se cumplan en Cristo, cuando por la dispensación de la carne asumida, el Padre dirigió a este mundo a su mismo Hijo, por quien hizo todas las cosas, brotado de su propio corazón, para atraer hacia sí su espíritu y su aliento, esto es, para quitarle, por la humildad de la cruz, el espíritu, es decir, la soberbia del espíritu mundano; y también el aliento de la hinchada elocuencia, con la cual, jadeante, se gloriaba en sus discursos. Así también el hombre, reprimida en sí la hinchazón, desfallecería y, volviendo en sí mismo, reconocería que es tierra y ceniza: donde según la inteligencia moral, percibimos aquello del salmo: 'Y quitarás su espíritu, y desfallecerán, y se convertirán en su tierra'. Después, pues, de haber hablado de la virtud de Dios y de la justicia predichas, Eliú volviéndose de nuevo a Job, dice:

Si tienes, pues, entendimiento, oye lo que se dice y escucha la voz de mi elocuencia. ¿Acaso el que no ama el juicio puede ser sanado? ¿Y cuándo condenas tú hasta tal punto al que es justo? El que dice al rey: apóstata; el que llama a los jefes impíos. Es manifiesto, dice, porque aquel que no ama juzgar justa y rectamente, ni puede sanar el alma de los vicios, ni corregir a nadie; ¿y cómo eres tú sanador de nuestras flaquezas, tú que presumes notar las iniquidades?

El que no hace acepción de personas de príncipes, ni reconoció al tirano cuando disputaba contra el pobre. Pues obra de sus manos son todos. Según los sentidos místicos, pueden entenderse por estos príncipes a los judíos, escribas

y fariseos, y sacerdotes, a quienes increpa en el Evangelio. En cuanto al tirano, no sin razón pensemos que es ese mismo pueblo de los judíos, el cual hoy disputa rechazando a la asamblea de los santos de la Iglesia, pobre, humilde de espíritu, contrito de corazón; lo cual no dejaba de hacer también en tiempo de los apóstoles, cuando por todas las ciudades movía peleas y sediciones contra ellos. A estos, por tanto, como infieles e impíos el Señor no los reconocerá, y a los cuales también manifiestamente ha de decir: 'No os conocí: apartaos de mí todos los que obráis la iniquidad'. Sigue diciendo Eliú sobre aquellos de quienes habló arriba:

De repente morirán, y en medio de la noche. Es según el sentido del Apóstol, que dice esto de los hijos de las tinieblas. Pues cuando diga paz y seguridad, entonces les sobrevendrá un repentino exterminio. Considero que se llamó media noche por esto, porque puestos en la profunda ceguera del corazón, mueren espiritualmente.

Se turbarán los pueblos, y pasarán, y quitarán al violento sin mano. Pues sus ojos están sobre los caminos de los hombres, y considera todos sus pasos. Según el Salmista: 'Cuando viere el justo la venganza de los impíos', temiendo por ejemplo el escarmiento de los hombres pecadores, 'lavará sus manos en la sangre del pecador'. De este modo, pues, se turbarán los pueblos, con cuya perturbación leemos que la tierra sensible fue conturbada, como dice el profeta a Dios: 'Conmoviste la tierra y la conturbaste: sana sus quebrantos porque se ha movido'. Pues así pasa-

rán como buenos viajeros al siglo futuro, donde no habrá lugar para el impío; de otro modo el violento no tendrá auxilio alguno con el cual pueda ser defendido o arrancado de quienes lo arrastran al suplicio de la muerte.

No hay tinieblas, ni hay sombra de muerte, para que se escondan allí los que obran la iniquidad. O como otros dijeron al final de este versículo, para que se oculten los que hacen la iniquidad. Lo cual en ambos casos es según aquel sentido del Salmista que dice así: '¿A dónde iré de tu espíritu, y de tu faz a dónde huiré?'

Pues ya no está en poder del hombre que venga ante Dios a juicio. Es decir, si tuviera en su poder el venir, podría tener el no venir.

Quebrantará a muchos, e innumerables, y hará estar a otros en su lugar. Como sucedió con Elí el sacerdote y Samuel, Saúl y David, el pueblo de los judíos y el de los gentiles.

Pues conoce sus obras, y por eso traerá la noche, y serán quebrantados. Como a impíos los hirió en el lugar de los que ven. Bajo estas palabras también pudo Eliú haber significado que los judíos, por sus merecimientos, habrían de ser cegados por la noche de la infidelidad, para que fuesen quebrantados y humillados, como dicen el profeta y el Apóstol: 'Dios les dio espíritu de remordimiento'.

Quienes como de industria se apartaron de él, y no quisieron entender todos sus caminos, para hacer llegar hasta él el clamor del necesitado, y que oyese la voz de los pobres. Pues todos los pecadores e impíos obran contra el bien de la na-

turaleza que les fue inserto: como dice el Apóstol: 'Los cuales, habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios'. ¿Y dónde conocieron a Dios, sino por la inspiración y el juicio de la mente? Allí donde tuvieron en desprecio la gloria de Dios; allí donde se apartaron de ella contra su propia conciencia, y rehusaron conocer y entender todos los caminos de los mandamientos de Dios, que tienen innatos en sus corazones, también obraron tan impía e injustamente con los hombres, que el clamor de los pobres oprimidos subió hasta Dios. O bien hirió Dios a los judíos impíos e incrédulos en el lugar de los que ven, esto es, en la ley mosaica, donde habitan los profetas, que son llamados videntes. En esa misma esperanza de la ley y composición de las promesas, como en un cierto lugar de videntes, fueron justamente heridos por Dios: tanto que la oración de Aquel que por nosotros se hizo pobre siendo rico, subió hasta Dios: 'Dispérsalos en tu virtud'. O bien son vivientes todos los que en Cristo viven por la fe: pues puestos en esta esperanza, contemplan con la mente la futura bienaventuranza. En este lugar, pues, donde están como firmes por la fe, algunos bajo el nombre de esta fe tienen apariencia de piedad, pero niegan su virtud. Estos mismos, pues, que se entienden como herejes, estando mal en el lugar de Dios, son heridos por Dios, resistiéndoles y clamando a Dios los apóstoles y doctores de las Iglesias, esto es, los pobres de Cristo.

Pues concediendo Él la paz, ¿quién es el que condene? Dice el profeta al pueblo: 'Rogad por la vida de Nabucodonosor, para que en su paz haya

paz para vosotros'. O bien Él mismo concede la paz a la Iglesia, y la quietud, cuando no surgen contra ella combates de persecuciones, o cuando las rencillas y escándalos de los herejes se apaciguan. También contra las guerras de los vicios, Él mismo dona el silencio de la quietud y de la paz: cuando vencidos estos, y como enemigos acérrimos derrotados, se hace en el hombre la paz, suma de las virtudes. En cuanto lo que dice:

Desde que escondiere su rostro, ¿quién es el que lo contemple? Tanto sobre las naciones, como sobre todos los hombres. Esto es, que a menos que Él mismo se digne revelarse al hombre: ¿quién es el que pueda por sus propias fuerzas mirarlo, o escudriñando acceder a su majestad?

Que hace reinar al hombre hipócrita por los pecados del pueblo. Lo cual manifiestamente apareció en el rey Saúl, y como dice el Señor: 'Quitaré de Jerusalén al juez, y al profeta, y al sabio, y al consejero: y les daré niños por príncipes, y los afeminados dominarán sobre ellos'. Y Nabucodonosor, por justo juicio de Dios, recibió muchos reinos y muchísimas naciones. Puede también entenderse por este hombre al diablo, quien, perdida la dignidad angélica, obtuvo el nombre de hombre: de quien dice el Señor en el Evangelio: 'Un hombre enemigo hizo esto'. Hipócrita y simulador es llamado por esto, porque se transfigura en ángel de luz, siendo él más bien autor de las tinieblas, esto es, inventor de todos los crímenes y pecados.

Porque, pues, yo he hablado a Dios: a ti tampoco te prohibiré. Como constituido en juicio, le

permite interpelar, para que si por acaso tiene algo que decir, no calle.

Si erré, tú enséñame. Si hablé iniquidad, no añadiré más. Es decir, no hablaré.

¿Acaso Dios la exige de ti, porque te desagradó? Pues tú comenzaste a hablar, y no yo. Que si sabes algo mejor, dilo. Tú dijiste que Dios era inicuo, porque exigía de ti iniquidad e injusticia de vida mediante una injusta corrección, a quien le era necesario, siendo injustamente afligido, hablar injusticias contra Él; y por esto, dice, te desagradó Dios, mientras que su justicia, con la que te castiga siendo inocente, no quieres que sea verdadera justicia.

Los hombres inteligentes hablen conmigo, y el varón sabio me escuche. Eliú, despreciando al santo Job, se vuelve a los que asistían cerca, y pronunciando así definitivamente sobre el bienaventurado Job, les dice:

Pero Job ha hablado neciamente, y sus palabras no suenan a doctrina. Es manifiesto.

Padre mío. Porque por Él fue creado y formado el hombre. Sea probado Job, dice Eliú; no examinado, lo cual suele referirse a la prueba de la erudición.

Sea probado Job. Es decir, sea manifestado: sea probado ante todos, y sea patente a todos qué clase de hombre es Job: sea probado Job ante ti, digo.

Hasta el fin. No desistas del hombre de iniquidad. Esto es, esté en él continuamente la llaga de este azote: ni desistas de infligir penas a los que obran la iniquidad.

Que añadió sobre sus pecados la blasfemia. Es decir, sobre el hecho de ser pecador, añade al cúmulo de sus pecados el estallar en el crimen de la blasfemia, por lo cual sostiene estos males de los tormentos.

Sea constreñido entre nosotros mientras tanto, y entonces provoque a Dios a juicio con sus palabras. Sea condenado entre nosotros mientras tanto, para que no se nos impute a nosotros como injusticia; estaremos libres de culpa si después intentare provocar a Dios.

CAPÍTULO XXXV.

Por tanto, Eliú volvió a decir estas cosas: ¿Te parece justa tu reflexión, como para decir: 'Soy más justo que Dios'? Pues dijiste: 'No te agrada lo que es recto', o '¿qué te aprovechará si yo pecare?' Es posible que de los discursos donde habló a Dios más ásperamente de lo que tal vez debió, Eliú haya descrito aquí algunas cosas, y haya querido decir de sus palabras, con envidia, como si fuesen su sentir.

Así pues, yo responderé a tus palabras, y a tus amigos contigo. Por cuanto ellos no pudieron responderle razonablemente.

Mira hacia el cielo, y contémplalo, y observa los éteres, que es más alto que tú. Es decir, ¿con quién presumes igualarte? Esto dice Eliú, que pensaba que Dios estaba contenido corporalmente en lugares: que Dios el Señor mora solamente en lo alto y en los lugares sublimes.

Por tanto, si pecares, ¿en qué le dañarás? Y si se multiplicaren tus iniquidades, ¿qué harás contra

Él? Lo cual me parece que se dijo así, pues ciertamente, pecando tú, no se infiere daño alguno a Dios; o si por la multitud de tus pecados quisiere tomar venganza de ti, ¿podrás oponerte a Él?

Por lo demás, si obrares justamente, ¿qué le darás, o qué recibirá de tu mano? De aquí dice David que 'de mis bienes no tienes necesidad'.

Al hombre que es semejante a ti, le dañará tu impiedad, y al hijo del hombre le ayudará tu justicia. Es decir, al hombre le podrá dañar tu impiedad, si te emulase obrando mal; del mismo modo que al hijo del hombre le ayudará tu justicia, si imitare tus caminos cuando caminas rectamente.

Por la multitud de los calumniadores clamarán, y gemirán por la fuerza del brazo de los tiranos. Bajo esta calidad de su disputa, Eliú mezcla al santo Job con tales personas: y lo juzga semejante a ellos, mientras llama calumniadores y tiranos a los hombres inicuos, por cuyas calumnias y poder el hombre, y el hijo del hombre, oprimidos gimen. Y ahora espiritualmente percibimos no absurdamente a este hombre, y al hijo del hombre, como el pueblo santo, que por la unidad de todo el cuerpo de la Iglesia se llama un solo hombre, como dice el Apóstol, y según el Salmista se llama 'hijo del hombre', diciendo así: 'Sea tu mano sobre el varón de tu diestra, y sobre el hijo del hombre que confirmaste para ti'. Puede esto decirse también de los enemigos invisibles, que por la oculta impugnación de los vicios dominan las mentes; por lo cual los fieles, gimiendo en oración a Dios, dicen: 'Líbrame de mis enemigos, Dios mío'.

Y no dijo. Cuando ciertamente afligían a los predichos, a quienes se habían sometido por iniqua dominación, permitiéndolo Dios, de modo que estos, puestos bajo tal necesidad de presiones, gemían y clamaban a Dios; ellos no atendieron con el ánimo, ni miraron al cielo, para entender que todas estas cosas desagradaban a Dios su creador. No dijo, digo, entre sí misma tal multitud de inicuos o de demonios.

¿Dónde está Dios que me hizo, que dio cánticos en la noche? Esto dice Eliú. Cuando, pues, Dios permite que los justos y los que viven rectamente sean atribulados por los predichos, les concede sin embargo consuelo en la noche de las tribulaciones. Pues la noche misma se entiende como tribulación, según aquello del Salmista: 'Probaste mi corazón y me visitaste en la noche'; así como la prosperidad a veces se llama día, porque el que está en prosperidad es como iluminado por una cierta felicidad. De donde dice en el salmo: 'De día el sol no te quemará, ni la luna de noche'. Eliú dice que los hombres justos reciben tanta tolerancia de Dios, que incluso en la noche de la tribulación se deleitan con los cánticos de himnos espirituales. El cántico, por tanto, pertenece sobremanera a la exultación del corazón. Por lo tanto, esta exultación nace de la esperanza del gozo futuro en el corazón de los que cantan, y hacen al modo de los viajeros, porque ellos mismos como viajeros y peregrinos pasan por este mundo, los cuales, para llegar al lugar que les ha sido destinado sin fatiga, consuelan y alivian el cansancio del camino con el canto.

Y según los sentidos místicos, entendamos por noche un cierto secreto y remoto silencio de la divina disputa, el cual en otros siglos, como dice el Apóstol: 'No fue revelado a los hijos de los hombres'. La cual noche está distribuida en cuatro vigilias, de modo que llamemos a esta noche desde el principio del mundo hasta Cristo nuestro Señor; de manera que la primera vigilia de esta noche sea el mismo Adán, el primero y padre de los hombres, por cuya condición despierte el ánimo humano para creer que Dios es el creador de todas las cosas. La segunda vigilia sea en tiempo de Noé, en el cual ocurrió el naufragio del mundo, para que los hombres despierten y no perezcan también ellos. La tercera vigilia se tenga en los tiempos del santo Abrahán, por quien conozca el mundo cómo se ha de vivir por la fe y agradar a Dios. La cuarta vigilia sea hacia los tiempos de los profetas, que estuvieron más cercanos a la aurora y a la luz del día que se aproximaba, y que con ojos de fe miraban hacia el mismo Cristo, día cercano para ellos, a través de la noche casi elegida. En esta noche, pues, por cada uno de los tiempos de los predichos, ya sea por profecías o por significaciones, cantaron ocultamente sobre Cristo.

Que nos enseña sobre las bestias de la tierra, y sobre las aves del cielo nos instruye. Enseña al instruido en las cosas comunes, en las más sutiles; enseña no solo por los dones de la naturaleza, sino también por los dones de la gracia. Según el sentido trópico, por bestias se entiende frecuentemente a los hombres carnales, que están entregados a la gula, al vientre y al lujo. Otros en

cambio son comparados con las aves, ya sea por la ligereza de las costumbres, ya sea por la soberbia, por la cual, hinchados, son como elevados a lo alto. De donde dice el Apóstol: 'No queráis saber lo que es alto'. Y el Señor en el Evangelio: 'Porque lo que es alto entre los hombres, es abominación ante Dios'. Pues en griego el soberbio se llama hyperēphanēs, que es 'aparecer por encima', para significar la mente elevada e hinchada del hombre.

Allí clamarán y no oirá, por la soberbia de los malos. Lo que dijo, 'claman allí', tal vez quiso significar el lugar de las penas, donde no han de ser oídos los pecadores, por la soberbia de los malos; o como otros dijeron, 'por las injurias de los malos', porque los malos no dejan de inferir injurias de persecución a los buenos y justos.

No, pues, en vano oirá Dios, y el Omnipotente considerará las causas de cada uno. Esto dice, que Dios no oye a los pecadores que persisten en sus males; puesto que ciertamente claman a Él sin causa quienes no merecen ser oídos.

Aun cuando dijeres: 'No considera', juzga ante Él, y espéralo. Cuando veas, Job, que Dios no devuelve inmediatamente a los pecadores lo que merecen, no te dejes quebrar por la pusilanimidad, de modo que estalles en blasfemia y digas que Dios es injusto o inicuo; sino que debes juzgar con Él, esto es, consentir en sus juicios, no saltar contra Él con tu presuntuoso juicio para injuria suya.

Pues ahora no descarga su furor, ni venga el crimen con gran rigor. Por cuanto, pues, ha esta-

blecido un día en el cual juzgará al orbe de la tierra, por eso en este tiempo no ejerce generalmente la venganza de su justicia. Y todo esto lo dice en reproche del santo Job, a quien como reo de crímenes en este mal de las penas, la sentencia de Dios condena en parte. De donde escribe que le restan muchísimas cosas, las cuales todavía ha de recibir después.

Por tanto, Job en vano abre su boca, y sin ciencia multiplica las palabras. Según esto, Eliú considera al santo Job convicto, y acorralado por una cierta razón de palabras.

CAPÍTULO XXXVI.

Añadiendo también Eliú, habló estas cosas: Sopórtame un poco y te indicaré. Pues todavía tengo qué hablar en favor de Dios. Esto es, por la justicia y la causa de Dios.

Repetiré mi ciencia desde el principio, y probaré que mi Hacedor es justo. Pues verdaderamente sin mentira es mi discurso, y se te probará con perfecta ciencia. Y en este cuarto discurso suyo, sobre la singular justicia del Señor, prosigue con un discurso sumamente profundo y copioso: donde parece decir muchos secretos escondidos en la oscuridad de los sacramentos, y misterios largamente remotos.

Dios no rechaza a los potentes, siendo que tú mismo eres potente: pero no salva a los impíos. Esta es la inmensidad de su justicia, y la voluntad de su buena naturaleza, que a nadie tiene envidia, porque nadie, por más potente que sea, puede serle igualado.

Y concede el juicio a los pobres. Según el tenor de la equidad de su justicia. Pues la divina Escritura acostumbra llamar pobres a los varones santos e inocentes.

No apartará del justo sus ojos. Esto dice también el bienaventurado David: Los ojos del Señor están sobre los justos, etc.

Y coloca a los reyes en el trono para siempre, y allí son ensalzados. Aquí pueden entenderse no solo los reyes de este siglo, sino también los reyes y prelados de la Iglesia. Y según los sentidos trópicos, los reyes son los ánimos de los hombres que dominan rectamente a sus cuerpos, a quienes se dice en el salmo. Y ahora, reyes, entiendan; sean instruidos, ustedes que juzgan la tierra. Así estos reyes son ensalzados por Dios, para que se sienten con los príncipes.

Y si estuvieren en cadenas, y fueren atados con sogas de pobreza: les indicará sus obras y sus crímenes, porque fueron violentos. Estos, pues, son atados en cadenas fuertes, a saber, del juez Dios, y en sogas de pobreza: esto es, no teniendo la ayuda del auxilio divino, serán constreñidos por penas temporales como con vínculos, quedando necesitados de toda cosa buena según la calidad de sus méritos.

Revelará también el oído de ellos para corregirlos: y hablará para que se conviertan de la iniquidad. El oído, dice, del corazón para obedecerle abrirá Dios por medio de castigos e inspiraciones secretas.

Si escucharen y observaren, completarán sus días en el bien, y sus años en la gloria. Esto es lo

que dice Salomón: La memoria del justo es con alabanzas.

Pero si no escucharen: pasarán por la espada y se consumirán en la necedad. Esto es, si instruyendo Dios, que enseña al hombre la ciencia, despreciaren escuchar, por la espada, esto es, por esta mortalidad pasarán de este siglo, para que en la necedad, esto es, en aquellos lugares donde serán contados los necios que dicen en su corazón 'no hay Dios', sean consumidos por eternos suplicios.

Los hipócritas y astutos provocan la ira de Dios, ni clamarán cuando fueren atados. El mismo santo Job parece ser golpeado más abiertamente en esto por Eliú como de soslayo, porque él mismo actuara como astuta y malvadamente: y simulara ser un varón excelente. Quien también, aun cuando estaba atado por los grilletes de esta plaga, no cuidara de clamar a Dios e invocarle, para que fuera absoluto de los lazos penales en que estaba ligado, lo cual ciertamente haría por desesperación o desprecio. De los demás pecadores también puede entenderse esto mismo similarmente, quienes cuando llegaren a lo profundo de los males, despreciarán: y de los judíos, y de los herejes, que cubriendo los dogmas fingidos como con un velo de verdad, persisten en la perfidia de la noche con el corazón obstinado y obturado.

Morirá en la tempestad el alma de ellos, y la vida de ellos entre los afeminados. Sepamos que son viciosos y vicios los que, así como de las virtudes del ánimo nada tienen en sí de quieto, varonil y provechoso, sino todo turbulento, remiso y frá-

gil: así es necesario que como por una tempestad inquieten siempre al alma con sus halagos, y no permitan al hombre aprehender el puerto de las virtudes, y sucede con tales fluctuaciones de estas cosas, lo que Salomón dice, que yazca el alma como en el corazón del mar, y como un timonel en una gran tempestad. O de otro modo, la tempestad es el advenimiento y juicio de Dios, de quien dice: En su circuito una tempestad válida.

Él librará de su angustia al pobre. Por el pobre entendemos a nuestro Salvador, que por nosotros se hizo pobre, quien en los días de su carne ofreció ruegos y suplicaciones al Padre, para que pudiera salvar de la muerte al pobre, al pueblo santo de Dios humilde de espíritu. O rescatará a cualquiera de los justos de la angustia de las opresiones, tal como leemos en las divinas Escrituras que fueron librados de diverso modo.

Y revelará en la tribulación el oído de él. Esto es, sea fuerte cada uno de ellos en la tribulación, corroborándole la visitación divina; cuando el hombre es permitido por Dios ser atribulado, percibirá consuelo en el oído de su corazón, escuchando allí al Señor.

Por tanto, te salvará de la boca estrecha muy ampliamente, y que no tiene fundamento debajo de sí. En este lugar las habitaciones de los infiernos son descritas por Eliú, las cuales por su inmensa capacidad no tengan fundamento. En cuyos fundamentos, sin embargo, leemos en los profetas que fue depositado Lucero, que nacía por la mañana: también multitudes de reyes, y pueblos innumerables de las gentes. Por boca

estrecha, además, son llamados los infiernos por el hecho de que sea amplia para recibir, pero estrecha para soltar, puesto que retienen a los muertos dentro de sí, y no permiten que salgan a la vida. El santo David dice similarmente a Dios: Líbrame de los que me odian, y de lo profundo de las aguas. No me sumerja la tempestad del agua, ni me absorba el abismo: ni urja sobre mí el pozo su boca. Por tanto, sepamos que los lugares de las cárceles infernales, según la fe de las Escrituras, están constituidos entre las inmensas aguas del abismo: de aquellas sedes de los infiernos ningún hombre fue librado por su propio mérito, sino por la gracia de nuestro Señor Jesucristo. Y no solo, dice Eliú, serás librado de las angustias tartáreas, sino que también caminarás libre en el amplísimo bosque del refrigerio, como en campos espaciosos.

El reposo de tu mesa estará lleno de gordura. Al nombrarlo 'reposo', significó la amenidad y la alegría del paraíso. Pero quiso demostrar la inmensa abundancia de la vida bienaventurada, que estaría llena de la ubertad de la gordura, y repleta de las delicias de aquel lugar feliz: cuya tierra santa los mansos poseerán según la promesa del Señor.

Tu causa ha sido juzgada como la de un impío, recibirás causa y juicio. Por el juicio de Dios has sido hallado reo como impío y deudor de penas, y por eso, según el mérito de tu causa, recibiste un juicio severísimo. Y donde se dijo 'recibirás causa y juicio', otros dijeron 'por la impiedad de los dones' que recibían: donde bajo la pluralidad

de la locución, Eliú parece herir con sus discursos al santo Job.

No te venza, pues, la ira, de modo que oprimas a alguno; ni la multitud de dones te incline. Es enseñado por Eliú el varón fortísimo en la virtud de la paciencia y la integridad. El mejor juez es el que no es retenido por estos dos peores vicios, la ira y la codicia: con los cuales en este lugar el varón santo es argüido de ser reprendido por Eliú.

Depón tu grandeza sin tribulación, y a todos los robustos con fortaleza. Esto es, no oprimas ni a los pequeños ni a los grandes con tu injusta dominación, o depón todos los movimientos con fortaleza, robustecido contra la soberbia.

No prolongues la noche, para que suban los pueblos por ellos. Ya basta haber vivido hasta aquí en esta ceguera. Ya contiende por venir a la luz de la prudencia y de la justicia: o la noche que te has tejido de diversos pecados, para que caminaras en ella como en continuas e incesantes y perpetuas tinieblas: ya te pido, dice, que no la prolongues todavía, y como añadiendo pecado a pecado como una soga, te deleites en extenderla largamente: por la luz, pues, de esta corrección, impón ya fin a tales pecados: pues con esta prolongación tu vida se hará inenmendable, de modo que por todas tus malas obras suban a Dios los ruegos de los pueblos: a los cuales ciertamente deprimías inicuamente, de los que apelan contra ti, y de los que deponen ante el solio de la divina justicia sus miserias que tú les irrogaste.

Guárdate de declinar a la iniquidad: pues esta has comenzado a seguir después de la miseria.

Esto, dice Eliú, te pido que no declines a la desesperación, y que ya te guardes de la iniquidad de la blasfemia, sino que te apresures a volver a Dios. Pues veo que después de la horrenda miseria de esta tu plaga, quieres seguir para tu perdición esta ruina de la impiedad, y enviar tu voluntad y tu pensamiento al adversario, abatido por la pusilanimidad.

He aquí, Dios es excelso en su fortaleza, y nadie es semejante a Él entre los legisladores. Si alguien pudiera serle semejante en potencia y virtud, también podría ser hallado semejante en justicia y sabiduría, y en la multiplicación de la ley, y en sus juicios. Y por tanto conoce, dice, que nadie podrá ser condenado injustamente por Dios, que solo Él es fuerte y sabio.

¿Quién podrá escudriñar sus caminos? ¿Quién ciertamente, sino el impío, el soberbio o el sacrílego, presumirá escudriñar los caminos de las obras divinas? lo cual no es lícito; y sin embargo, por más intención de mente con que busque, no podrá hallarlos. ¿O quién se atreve a decirle: Has obrado la iniquidad? ¿Quién, pues, es tan temerario, e inicuo e injusto, que se atreva a hablar esto?

Todas estas cosas se dicen para injuria de Job.

Recuerda que ignoras su obra, de la cual cantaron los varones. O toda su obra general, o ciertamente su obra especial. Pues sobre todas sus grandes y admirables obras está el misterio de la dispensación de Cristo, lo que el ojo no vio, ni el oído oyó, ni subió al corazón del hombre. Otros dijeron: Recuerda que son grandes sus obras, las cuales alabaron los varones. Habla de todas las

obras de Dios, las cuales los varones santos alabaron meritoriamente en honor de la veneración divina.

Todos los hombres lo ven, cada uno lo contempla desde lejos. Por el bien de la naturaleza, la noticia del creador está inserta en los corazones de los hombres; y aunque alguien sea tan pequeño y frío que procure ser ajeno a su creador Dios, no hay nadie, sin embargo, que se esconda de su calor. Y por tanto cada uno de los mortales, aunque de lejos, siente y entiende, aunque de modo muy distinto, porque no siente que Dios sea como un cuerpo o como cualquier espíritu creado, ni lo entiende así, sino de otro modo mucho más inefable, por el cual Dios ha de ser contemplado con la agudeza de la mente: donde al entender en el mismo vistazo del corazón, ve el hombre que sobre sí mismo está aquel nombre divino que intenta contemplar.

He aquí, Dios es grande, venciendo nuestra ciencia. El número de sus años es inestimable. Venciendo nuestra ciencia por la magnitud de su ciencia y la altura de sus juicios.

Que quita las gotas de lluvia, y derrama las lluvias a manera de remolinos. Esta lluvia, pues, entendámosla como la ley de Moisés, que vino del cielo como lluvia para el pueblo de los judíos. Y fue llamada lluvia por la multitud de los preceptos, como también el mismo Moisés dice de la misma nación de los judíos, diciendo: Espérese como la lluvia mi discurso. Las gotas, pues, de esta lluvia las quitó Dios de aquella nación, como es o sobre la encarnación o la pasión, o sobre la

resurrección de Cristo, que los judíos no quisieron creer con el corazón cegado, las cuales son ciertamente pequeños mandatos legales, para que los transfiriera a la fe del Evangelio, como dice el Apóstol: Pues palabra consumante y abreviadora en la iniquidad, y lo demás. Y de estas gotas, y pequeñas gotitas, tronando el Evangelio, las lluvias de la predicación de Cristo fueron derramadas sobre la tierra. Y estas lluvias se dicen ser a manera de remolinos: las cuales ciertamente, al descender copiosamente a la tierra, contienen en sí una profundidad y una oscuridad de misterios, que en la Ley y los profetas fueron dichos o hechos mediante figuras y semejanzas; en la revelación del advenimiento del Señor, por su oscuridad y profundidad de misterios, fueron hallados como signos cerrados. Por el nombre de lluvias, sepamos que es la gracia largamente derramada del Espíritu Santo, como dice el Apóstol: por el lavacro de la generación y renovación del Espíritu Santo, el cual derramó en nosotros abundantemente por Jesucristo.

Que fluyen de las nubes, las cuales cubren todas las cosas desde arriba. Sabemos que las nubes mayormente son llamadas santos en las Escrituras, como también es manifiesto en cierto lugar, diciendo el Señor: Y mandaré a las nubes que no lluevan sobre ella lluvia: esto es, sobre la viña, que es sobre la nación pecadora de los judíos: que no derramaran con sus palabras la lluvia de la salvación. De tales nubes, pues, a saber, los apóstoles y varones apostólicos, predicadores de la verdad, aquellas lluvias llueven tal lluvia, que tenga en sí

la semejanza de los remolinos, por la opacidad de los secretos celestiales: donde congruentemente se dice aquello de David: Agua tenebrosa en las nubes del aire. Estas nubes, pues, digo, por las cuales las lluvias de los remolinos fluyen a la tierra, cubren todas las cosas desde arriba. Pues teniendo dentro de sí las aguas del Evangelio, de modo que de su vientre fluyan ríos de agua viva, sobre los misterios superiores, como por un cierto pretexto y oscuridad de las aguas, hacen un obstáculo para las cosas carnales y terrenas.

Si quisiere extender las nubes como su tienda, y relampaguear con su luz, cubrirá también desde arriba los quicios del mar. Pues de tal modo extendió las predichas nubes, que por toda la tierra salió el sonido de ellas, y hasta los confines del orbe de la tierra las palabras de ellos: como después habló a sus discípulos, esto es, a sus nubes, diciendo: Y me seréis testigos en Jerusalén, y en Judea y Samaria, y hasta lo último de la tierra: por cuyas nubes ciertamente resplandecieron sus relámpagos de la predicación, y la fama del nombre de Cristo brilló desde el cielo como una luz. También los quicios del mar, a saber, de este mundo, ocupó: o podemos entender por quicios del mundo a los príncipes y cabezas de las diversas naciones: por cuyos errores y depravadas persuasiones de doctrinas el mundo se volvía como sobre un quicio en el lugar de la superstición de los demonios.

Pues por estas cosas juzga a los pueblos, y da alimentos a muchos mortales. Pues por estas cosas de los sacramentos predichas, estableció

Dios por el juicio de su piedad tener misericordia de todos los pueblos, y dar los alimentos de la doctrina de su palabra, o de los misterios, a todos los mortales, según lo que Él mismo dice: Yo soy el pan vivo, que descendí del cielo.

En sus manos esconde la luz, y le manda que de nuevo venga. Por la potestad de su justo juicio, esconde la luz de su noticia a los pecadores que obran el mal, y manda que ella venga para la iluminación de la mente; si alguien buscara fielmente a Dios como su ayudador.

Anuncia sobre ella a su amigo, que ella es su posesión, y que a ella puede ascender. Dios, por la luz de su manifestación, enseña e instruye en el corazón a su amigo fiel. Instruyéndole también le anuncia que la luz, o aquella gracia de la iluminación, o la caridad de las divinas promesas, es su posesión, y que a ella, si dispone ascensiones en su corazón, llegue aprovechando diariamente.

CAPÍTULO XXXVII.

Sobre esto se espantó mi corazón. O 'se pasmó mi corazón', como otros dijeron.

Y se ha movido de su lugar. Por los predichos misterios divinos, y manifestada la luz del conocimiento de Dios, la cual no se muestra sino a los amigos de Dios y fieles: se aterró, dice Eliú, mi corazón, y fue trasladado por el celo de la ignorancia al conocimiento de los sacramentos.

Oirá la audición en el terror de su voz, y el sonido que procede de su boca. Así como Dios quiere que oigan lo que dice, así oigan; puesto que su voz aterra, prevaleciendo por tan grandes

sacramentos de misterios: y el sonido de su boca, o como otros dijeron, el 'estrépito', oigan de igual modo. Este sonido, pues, es de las mandíbulas de Dios, el cual quizá por eso fue llamado sonido, no simplemente discurso, para que a los sordos por la desobediencia, y a los incrédulos de corazón endurecido, la voz más clara los golpeara, y moviera a todos a temer al Señor.

Bajo todos los cielos Él mismo considera, y su luz está sobre los términos de la tierra. Qué maravilla es esta sobre la omnipotencia de Dios, que está en todas partes, en el cielo y en la tierra, en el mar y en los abismos. Pero veamos según el sentido alegórico qué es lo que Eliú dice de Dios: Considera bajo todos los cielos. A los varones santos la divina Escritura acostumbra llamarlos 'cielos', ciertamente por su conversación celestial, a quienes se dice así: vuestra conversación está en los cielos. El Señor, pues, considera bajo estos cielos, o bien mientras el escrutador de los secretos mira lo que hay dentro de ellos, o bien mientras gobierna y sostiene la flaqueza de sus cuerpos, los cuales sometieron al imperio del ánimo por la virtud de la cruz, y los corrobora contra las guerras de las pasiones carnales. Según este sentido es que el Profeta, sacudido por el miedo, dice: Y debajo de mí se turbó mi condición. También los 'términos' o 'fines' de la tierra son los mismos santos, imponiendo un fin a las pasiones y codicias terrenas, por el hecho de que no están en medio de Babilonia, ni son rodeados por los vicios de este siglo, según lo que dice el apóstol Pedro: Cristo, pues, habiendo padecido

en la carne, nos dejó ejemplo, porque padeció en la carne, dejó de estar en los pecados, para que ya no viva para los deseos de los hombres, sino para la voluntad de Dios, lo que queda de tiempo en la carne: esto es, viviendo por el tiempo, cesando los pecados en la carne, habite como en los fines de la carne. En estos fines fue puesta la reina de Sabá, que llevaba el tipo de la Iglesia, y mereció oír la sabiduría del verdadero Salomón. Tales términos, pues, los ilustra Dios con la luz de su gracia y conocimiento.

Tras él rugirá el sonido. O como otros dijeron: 'fremirá la voz'.

Tronará con la voz de su magnitud, y no se investigará cuando hubiere sido oída su voz. Cuando a los hombres puestos en lo último de la tierra les viniere Dios a la memoria, al punto sobre la flaqueza de su mortalidad, gimiendo rugirán hacia Él, como dice el profeta: Rugía por el gemido de mi corazón; y entonces este rugido hará sonido en el afecto de la oración, de los que claman a Dios, el cual llegue hasta el cielo. Por lo cual también les tronará el Señor con la voz de sus preceptos, para que teman ante su faz. Por cuyo fragor del trueno al mismo tiempo conoce que Dios es ininvestigable e inmenso ante el deseo de ellos.

Tronará Dios en su voz admirablemente, el cual hizo cosas grandes e inescrutables. Otros dijeron: 'tronará Dios'. Dios obra admirablemente cuando hace resonar en los oídos del alma aquel trueno de su nombre, por el cual la noticia de su fama crece en todo el mundo.

Quien manda a la nieve que descienda sobre la tierra, y a las lluvias del invierno, y al aguacero de su fortaleza. Dijimos arriba que la nieve puede significar la blancura de la gracia, la cual se concede a los fieles por el bautismo como don del Espíritu Santo, y allí trajimos muchos ejemplos de testimonios de las Escrituras, de los cuales es aquel de David, donde dice en el salmo: "En Salmón serán emblanquecidos por la nieve", que es "en la sombra". Esto dice, pues, que el Celestial, es decir, Dios viniendo del cielo, también ha de discernir y separar a los reyes: ya sea que hayan de ser emblanquecidos en la sombra; donde esto me parece significar que la regeneración de los hombres antiquísimos en Cristo, por la sombra del Espíritu Santo, debía ser efectuada. Esta gracia, pues, significada por el nombre de la nieve, por mandato de la divinidad desciende a la tierra, lo cual es, que por Jesucristo vino a los hombres, por la cual nuestra vejez fuera restaurada para mejor. Contra esta gracia de Cristo, quiso indicar las tribulaciones futuras de las persecuciones en las lluvias invernales, y por las graves presiones llamó lluvias invernales: las cuales, sin embargo, el aguacero de fortaleza del Espíritu Santo había de superar, porque se les dijo: "Pues no sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu de vuestro Padre que habla en vosotros".

Quien sella en la mano de todos los hombres, para que cada uno conozca sus obras. En la mano, esto es, en la potestad del libre albedrío, según la imagen y semejanza de Dios, por la cual el hombre fue fundado y creado por Dios: tiene esta

sabiduría grabada como por un signo de la operación divina, para que según el juicio del libre albedrío cada uno de los hombres conozca sus obras, o como otros dijeron, "conozca su flaqueza", esto es, que como vasos frágiles se rompen por la muerte súbita.

Entrará la bestia en su escondrijo, y en su cueva morará. Percibimos que esta bestia, el inventor de los males, el diablo, no sin razón se llama así, y se dice fiera singular, porque su malicia precede o supera la malicia de todos los que obran la iniquidad. Esta bestia racional, pues, entra en su escondrijo, a saber, el pecho humano: cuando por permiso del juicio de Dios recibe la potestad de dominar a los hombres, y en la cueva que hizo suya, se constituye para sí una habitación. O la cueva o incluso el escondrijo del diablo han de entenderse todos los pecadores: a saber, duros por la infidelidad o pétreos, a quienes posee por sus vicios y halagos, y en cuyos corazones y crímenes descansa.

De lo interior saldrá la tempestad, y de Arturo el frío. No me parece que haya hablado de las regiones de este mundo, o de sus cualidades, o incluso de sus secretos movimientos: sino que, así como dijimos que la cueva o escondrijo de los demonios es el corazón humano: así entendamos esto interior, cuando hubieren entrado en ello, como sus secretos y ocultos consejos: de donde se cree que vienen a este mundo las tempestades de las persecuciones, para que también quebranten a los pecadores, como a los egipcios, a quienes les vino el envío por los ángeles malos. Y los santos

en la misma tempestad de las tribulaciones sean sobremanera turbados, como dice uno de ellos: "Fuimos cargados sobre nuestras fuerzas, de modo que nos cansaba incluso vivir". También se envía su frío de infidelidad, para que apartándose de la caridad de Dios y del calor de la fe, incurran en el frío de la negación: todo lo cual envían los demonios por el ministerio y sentencias de los príncipes y de las potestades infieles. Pero Arturo, porque está situado a la izquierda del mundo, significa la parte adversaria: de cuyo clima el viento cierzo gélido sopla contra el mediodía.

Soplando Dios se endurece el hielo, y de nuevo se derraman las aguas anchísimamente. Lo que dijo aquí, que soplando Dios se endurecen las aguas, esto es, que se congelan y se vuelven sólidas, dice al contrario en el salmo: "Soplará su espíritu, y fluirán las aguas": esto es, se disolverán y fluirán hacia abajo. Pero ya sea aquí soplando Dios, o en el salmo "soplará su espíritu", podemos entenderlo por mandato de Dios, o como mandare el espíritu. Y lo que dijo aquí, que se endurece el hielo, esto mismo dice en el versículo anterior del salmo: "Envía su cristal como bocados de pan". Pues sabemos que así sucede en tiempo de invierno, que soplando, esto es, mandando Dios, por el excesivo frío se densifican, o incluso se endurecen las aguas, y de nuevo se disuelven en el tiempo del aire. Según los sentidos místicos, en verdad, en las generaciones pasadas, abandonando Dios al género humano por su merecimiento, por el soplo de la boca de Dios y emanando la sentencia de su justicia,

mientras toda criatura se aparta del fuego divino, se endureció toda criatura como el hielo, y fue constreñida por la inmensidad de su frío del verdadero conocimiento de Dios. Pero ahora por la gracia de nuestro Señor y Salvador, como dice el apóstol Pedro: "Despreciando Dios los tiempos de la ignorancia", de nuevo de aquel frío del olvido y dureza, que como hielo de largo tiempo se había endurecido, se disuelven las aguas de los pueblos por el fuego de la caridad de Dios, para que fluyan y vuelvan a Dios.

La nube desea el trigo. Este es el trigo de que el Señor en el Evangelio dice por la parábola: "Recoged la cizaña en manojos para quemar, pero el trigo juntadlo en mi granero". Por tanto, este trigo vivo desea oír a cada uno de los doctores de la Iglesia, que como nubes llevan las aguas del Evangelio, así como también aquellos que eran de este trigo dominical, habitando en Antioquía de Pisidia, rogaban a Pablo y Bernabé que les hablasen la palabra de Dios, lo cual hicieron los apóstoles persuadiéndolos a permanecer en la gracia de Dios. Cornelio también dice a Pedro: "Ahora pues todos nosotros estamos presentes en tu presencia, para oír todas las cosas que te han sido mandadas por el Señor". Y Moisés dice: "Reciba como lluvia mi elocuencia, y desciendan como rocío mis palabras". De donde también dice el Apóstol: "Yo planté, Apolo regó, pero Dios dio el crecimiento". Esta nube puede entenderse como el mismo Señor, es decir, el hombre asumido en Dios, como el profeta prenunció diciendo: "He aquí que desciende el Señor en una nube ligera a

Egipto". Por el cual se prenunciaba que la gracia divina y la doctrina celestial se habían de derramar al mundo. Y bellamente se llama nube ligera: ya sea porque el mismo Salvador, el Cordero de Dios, no hizo pecado, o porque la virgen María, madre del Señor, no agravada por semilla viril, fue llamada nube ligera.

Y las nubes esparcen su luz. Las cuales recorren todo alrededor por donde la voluntad del que gobierna las llevare, a todo lo que les mandó sobre la faz del orbe de la tierra. Enviando por cierto la luz del Evangelio por el resplandor de las predicaciones: esparcen la luz del Evangelio sobre los corazones de los creyentes. Pero otros intérpretes dijeron: "Y ella misma por alrededor se vuelve en los timones, para obrar todas las cosas que les había mandado". Estas son pues las cosas que mandó y prescribió a sus demás nubes diciendo: "Id por todo el mundo, predicad el Evangelio a toda criatura". Por tanto, como por el viento del espíritu de Dios, por el cual como nubes eran llevados, se les prohibió ir a Bitinia, y se les mandó pasar de Judea a Roma, y así, como contiene la edición, recorrieron el orbe entero atravesándolo.

Ya sea en una tribu, ya sea en su tierra, ya sea en cualquier lugar de su misericordia que las mandare hallarse. Esto es lo que el mismo Señor dice en el Evangelio: "Me seréis testigos en Jerusalén, y en Samaria, y hasta lo último de la tierra": donde aquello ha de mirarse principalmente que dice: "En cualquier lugar de su misericordia que las mandare hallarse": donde por la gracia de

Cristo y la misericordia de su piedad, significó a los que han de ser revocados a la fe.

Escucha esto, Job, detente, y considera las maravillas de Dios. Amonesta Eliú que Job atienda diligentemente con el oído del corazón a los sacramentos que han de cumplirse en Cristo y la Iglesia, y constituido en la atalaya de su mente, donde también se le enseña a estar con la vigilancia de observar: considere los futuros misterios de los milagros de Dios, que ha de obrar por las nubes racionales.

¿Acaso sabes cuándo mandó Dios a las lluvias, para que mostrasen la luz de sus nubes? A la manera de los profetas, conmemora lo futuro como si ya hubiese sucedido. Manda pues Dios a las lluvias evangélicas, para que los doctores demostrasen por la infusión de la fe la luz de sus nubes, esto es, sus obras santas: y estas cosas obra la misericordia celestial para iluminar a los hombres.

¿Acaso conoces las grandes sendas de las nubes, y las perfectas ciencias? Aquí, al decir "perfectas ciencias", se muestra claramente que habla de las nubes racionales, y de las vías de los predicadores, y de las sendas de los sutiles sentidos. Dime, te ruego, ¿si pudiste conocer qué grandes sendas de perfecta ciencia hay en las nubes? Figuraba, al decir estas cosas, las nubes apostólicas, una de las cuales nubes velocísimas dice al Salvador: "Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo", la cual, por estar suspendida de la tierra y próxima al cielo, le responde el Señor: "Esto no te lo reveló la carne ni la sangre, sino mi Padre". Pero otro apóstol, como nube llena de aguas de perfec-

ta ciencia, derrama desde el trueno del Evangelio un copioso aguacero diciendo así: "En el principio era el Verbo", etc. Resonando por todas partes aquel poderosísimo trueno, para que sacudiese con temblor a toda la tierra hacia la fe de la religión: otro, nacido en Judea por el segundo nacimiento, creció como una pequeña nubecilla, y se dilató por el soplo del espíritu, de modo que esparciera las lluvias de los misterios de perfecta ciencia, secretos desde los siglos, hasta el Ilírico, e irrigara con anchas efusiones otras regiones de todo el mundo. Y de aquí es que algunos de ellos fueran llamados "hijos del trueno", y otro fuera llamado "el hijo del que suspende las aguas".

¿No son cálidas tus vestiduras cuando la tierra es soplada por el Austro? Otros dijeron: "tu estola es cálida". Esto ciertamente es verdad, que el viento meridional es cálido, soplando el cual incluso las vestiduras de los hombres, o los cuerpos, que son las vestiduras de las almas, se calientan. Pero porque la verdad de la profecía nos obligó a entender las nubes como hombres santos, entendamos por el viento cálido que sopla del mediodía la fe ferviente, o la gracia ardiente y más claramente iluminadora del Espíritu Santo, o a nuestro mismo Señor, de quien leemos: "Dios vendrá del Austro", soplando el cual sobre la tierra racional, las virtudes del ánimo, que son las vestiduras del hombre interior, se enardecen, y por eso se llaman vestiduras, ya que ellas mismas hacen el alma de quien las usa bella y decorosa. Y por esto exhorta el Apóstol diciendo: "Hermanos, revestíos como elegidos de Dios y amados,

de entrañas de misericordia, de benignidad, de humildad, de modestia, de paciencia", etc. Y estas cosas, pues, se dicen por Eliú, como también las otras, por el espíritu de profecía.

Tú quizá has fabricado con Él los cielos, que son solidísimos, como fundidos de bronce. Estas cosas se dicen por Eliú según la letra como una injuria a Job por medio de la ironía. Díganse estas cosas en la primera faz de este entendimiento. Pero ahora, según el espíritu de profecía, sigamos el sentido místico, para que entendamos los cielos como las Sagradas Escrituras, las cuales fueron dadas a los hombres desde el cielo, cuya perpetuidad quiso demostrar por la solidez del aire. Pero dice alguno: ¿de qué modo serán eternas las divinas Escrituras, si el mundo ha de terminarse en un fin cierto, por denuncia de Dios? pues así dice en el Evangelio: "El cielo y la tierra pasarán". Verdad es ciertamente que las pieles de los libros con las mismas letras han de ser abolidas; pero porque el Señor añade: "Pero mis palabras no pasarán": sin duda lo que promete por los mismos caracteres será eterno. Estos cielos, pues, dice Eliú, en los cuales está la secreta disposición de la divinidad, tú quizá, como valiendo con similar sabiduría, los fabricaste con Dios: los cuales Dios eterno antes de la constitución del mundo predefinió que alguna vez brotasen en cuerpos de letras, los cuales estaban en Él eternalmente, no existiendo ya, sino conspicuos para Él solo por la luz de su presciencia. Y no sin razón percibimos los cielos como los santos ángeles, quienes por su habitación en los cielos se llaman rectísimamen-

te cielos, y son como endurecidos por el bronce en la eternidad. De los cuales el Salmista dice con nombre singular: "El cielo del cielo para el Señor". Según el sentido trópico, todos los santos son llamados cielos por su conversación celestial y por la predicación de los mandatos celestiales. Pero Eliú, si tuvo el espíritu de profecía, según este entendimiento que dijimos, pudo conocer estas cosas que habían de revelarse en Cristo por la contemplación de su mente, y por otros modos por los cuales se ve que sintió la denominación de los cielos, aunque esto mismo no debió decirse en irrisión del santo Job.

Muéstranos qué le diremos. Pues nosotros estamos envueltos en tinieblas. Es palabra de quien insulta y de quien echa en cara: "muéstranos", cuando dice aquella palabra, pero en comparación con la ciencia permanecen bajo las tinieblas de la ignorancia. Pues ¿cómo busca aprender del santo Job, a quien reprende y reprueba en sus palabras? Muestra, dice, oh Job, si crees saber algo más y mejor, puesto que nosotros estamos detenidos por las tinieblas de la gran ignorancia e inexperiencia. Cierto es pues que Eliú dice estas cosas burlándose de Job y mofándose.

¿Quién le narrará lo que hablo? Aun cuando el hombre hubiere hablado, será devorado. Te dije ciertamente, oh Job, que me mostrases qué podía hablar: pero esto mismo que digo de Dios, ¿quién se atrevió a decírselo? Ciertamente si alguno hubiere hablado lo que no le conviene en absoluto, por este mismo pecado de temeridad e irreverencia será devorado, como aquí dice Eliú. Así

leemos en los salmos: "Fueron devorados junto a la piedra sus jueces": donde se entiende que por el pecado de desconfianza fueron devorados y absorbidos los jueces del pueblo de Israel en el desierto, quienes no creyeron que pudieran sacarse de la piedra ríos de aguas por la virtud de la divina promesa.

Pero ahora no ven la luz. Súbitamente el aire se juntará en nubes, y el viento que pasa las ahuyentará. De tal modo están cegados por tal infelicidad que se vuelven como el aire cuando se espesa en nubes, y así en el justo juicio de Dios serán arrebatados como por el ímpetu de los vientos, como los impíos, a quienes el viento derriba de la faz de la tierra. Otros dijeron: "Pero para todos no es visible la luz que brilla en las nubes, y el espíritu pasa y las ahuyentará". Aquí habló algo místico, que ya no a todos resplandece la iluminación del Evangelio. A estos ciertamente no les resplandece, cuyos sentidos cegó Dios para que no vean la luz del Evangelio de la gloria de Cristo, que es la imagen del Padre invisible. Este espíritu pues de la justa sentencia de Dios los ahuyentará del coro de los bienaventurados, para que no vean la luz del Evangelio de la gloria de Cristo.

Del Aquilón vendrá el oro, y de Dios una formidable alabanza. Oí a alguien decir así, que en el tiempo del estío, naciendo el sol en el aquilón, la aurora reluce más ardientemente, de modo que el mismo sol presenta un color dorado: y de ahí parece hablar Eliú que viene el oro, esto es, que nace al mundo la rueda flamígera del sol, y sobre este

preclaro astro haya para Dios una formidable alabanza de los hombres. Pero nosotros entendemos por el oro a los santos, quienes según el sentido espiritual son redimidos del Aquilón, el diablo, por la sangre del Señor. De este modo, pues, viene a Dios el coro de los santos con el temblor de los que le alaban, y con cierto pavor para sí mismos, juzgando increíble que pudieran ser librados de un enemigo tan gravísimo. Diariamente también por los exámenes, como oro acrisolado por las llamas de las tentaciones, son sacados del horno de este mundo. Otros dijeron: "Del aquilón nubes de color dorado, en estas está la gran gloria y honor del Omnipotente: no hallamos la semejanza de su virtud". Pues de tal modo el frío del aquilón tienta a los hombres santos, que son las nubes de Dios, para que los devuelva preciosos y relucientes por el fuego de la caridad. Y por eso es gran gloria del Señor y honor del Omnipotente. No se halla otro semejante a su virtud, que espere tan grandes bienes de cosas contrarias.

Dignamente no podemos hallarle. Grande en fortaleza y juicio y justicia, y no puede ser narrado. Por eso le temerán los varones, y no se atreverán a contemplarle todos los que se creen sabios. Puesto que, dice, así como Dios es grande y potente en fortaleza: así es veraz en el juicio y la justicia, y no puede ser narrado. Por lo cual, así como es, no puede ser hallado por su criatura que es tan imbeclil y enferma: por lo cual los grandes varones y prudentes no presumirán escudriñar al Incomprensible, ni intentarán contemplar al Invisible. Pero todo esto se dice en reproche del

santo Job: quien dijo que él fue azotado por Dios sin ningún mérito de iniquidad. Otros dijeron: "¿Quién juzga justamente, no crees que le oye? por eso temerán los hombres, temerán también los sabios": esto dicen porque Dios juzga justamente, ante quien no hay acepción de personas. Todos los sabios e ignorantes, considerándose a sí mismos, le temerán: sabiendo que según el modo de su justicia es vengador de las iniquidades: pues oirá a los que padecen cosas inicuas.

CAPÍTULO XXXVIII.

Respondiendo pues el Señor a Job desde el torbellino dijo. Habiendo de ser argüido Job con discurso terrible e increpatorio, recibió respuesta del Señor, pues esto mismo que se dice desde el torbellino pertenece al terror de la reprensión, porque debía ser, como dije, increpado por el Señor. Pues había dicho Job que él, siendo justo, fue castigado injustamente por el Señor: desde el torbellino, pues, dice el Señor.

¿Quién es ese que envuelve sentencias con palabras inexpertas? Con estas palabras es apartado Eliú con sus confusas y mezcladas disputas contra Job: donde se ven entenderse las palabras de Dios. Y si tú, oh Job, hablando tales cosas contra mí, cometiste algunos delitos: ¿quién es este que se atreve a redargüirte, especialmente cuando no es idóneo para increpar, quien como mejor debería reprendertre? Apartado pues Eliú de en medio con sus inexpertas sentencias, se vuelve el Señor a Job, y le dice que se preparara para oír su increpación, diciendo de este modo:

Ciñe como varón tus lomos: te interrogaré, y respóndeme. Todo aquel pues que ha de hablar con Dios, se le manda primero ceñir los lomos con la castidad. También el pueblo que ha de oír la ley, y celebrar la pascua en el desierto, se le manda ceñir los lomos de la mente, para que los fluctuantes senos de los pensamientos carnales no impidan el paso de la santa conversación, o ceñimos las vestiduras sobre nuestros lomos corpóreos. Diciendo pues:

¿Dónde estabas cuando yo ponía los fundamentos de la tierra? Indícame, si tienes inteligencia. A Dios no pudo responder: como si de este modo le hablara Dios. Tú pues, Job, que arguyes que obro injustamente respecto a un solo hombrecillo: ¿dwónde estabas cuando yo gobernaba el mundo, que había hecho de la nada? y cuando rijo a toda criatura con la moderación de la justicia, ¿iba yo a obrar algo de injusticia en ti? Aquí Dios, en este discurso bajo nombres de animales y aves, entreteje grandes y muy oscuros sacramentos de la Iglesia. Dios pues, según los sentidos místicos, en la predestinación constituyó a los apóstoles como principales fundamentos santos de la Iglesia, como dice el apóstol: "Edificados", dice, "sobre los fundamentos de los apóstoles y profetas". O, como otros dijeron: "¿Dónde estabas cuando fundara la tierra?", esto es, cuando estabilizara por la virtud de la fe a la Iglesia congregada de la tierra del género humano.

¿Quién puso sus medidas, si lo sabes, o quién tendió sobre ella el cordel? Dios describe su virtud y potencia y medidas, y la condición del mundo,

sobre el cual tendió el cordel de su buena y recta obra. De otro modo: las medidas de la Iglesia son desde la salida del sol hasta el ocaso: en la cual todavía pueden entenderse por medidas la igualdad y plenitud de la Trinidad, a cuya Iglesia se dice por el profeta: "En su nacimiento dilata el lugar de tu tabernáculo, y extiende las pieles de tus tabernáculos, no escatimes, haz largos tus cordeles, y consolida tus clavos, penetrarás a la derecha y a la izquierda: pues tu descendencia heredará las naciones, y habitará las ciudades desiertas". Sobre estas medidas pues de todos los lugares, tendió el orbe entero de la recta fe, para que fuera para todos los creyentes en Cristo un solo labio: estos misterios pues constituidos antes de los siglos, Job por cierto, mientras no existía, no pudo saber. O las medidas de la Iglesia rectamente las entendemos como las diversidades de las gracias, las cuales el Apóstol llamó divisiones del espíritu, quien así, cuando hablaba de las diversas gracias, dijo: "Pero todas estas cosas las obra uno y el mismo espíritu, repartiendo a cada uno según quiere". Asimismo dice: "A cada uno de nosotros nos es dada la gracia según la medida de la donación de Cristo". Por estas gracias pues la intención es de la contemplación, como un cordel de los que rectamente creen en Dios, como se dice en los Hechos de los Apóstoles: "Tenían un solo corazón y una sola alma hacia Dios".

¿Sobre qué están consolidadas sus basas? De dónde pudo la criatura racional y sabia conocer la obra del Creador antes de que ella misma existiera, cuando incluso ahora apenas puede con

sus sentidos alcanzar algo de sus obras. De otro modo, ¿sobre qué se estabilizan sólidamente las basas de la tierra de la Iglesia, sino sobre Cristo piedra, que es el principio de sus fundamentos? Las basas de la Iglesia son todos los santos potentes y fuertes, por quienes la misma es sustentada y regida. Otros dijeron: "¿Sobre qué están fijos sus círculos?", para que entendamos que el peso de la fortaleza del mundo es según aquel sentido con que el Salmista habla de esto diciendo: "Pues afirmó el orbe de la tierra, que no se conmoverá". Pues el círculo es figura de redondez, más bella que las demás figuras. Pues el círculo es congruo e igual a sí mismo por todas sus partes; y todo él camina sólido por sí mismo, y entre la vista de los ojos, por su hábito infinito, porque sin fin alguno siempre vuelve a sí mismo y es conducido inexplicablemente. Aquí, pues, me parece significar al hombre que en nada se opone a sí mismo ni se impugna por parte alguna, cuales serán en el futuro siglo bienaventurado: pues entonces la carne no codiciará contra el espíritu, ni el espíritu contra la carne. Aunque la bienaventuranza de esta paz también en este siglo algunos santos la presintieron en parte: no por cierto no sintiendo ninguna discordia de lo interior y exterior en sí mismos, sino venciendo al ejército hostil de los vicios con virtudes más fuertes que resisten, como Elcana, padre del santo Samuel, fue llamado un solo varón. Así pues, todo él estará en sí mismo, y será conveniente para sí mismo, y consistirá inamoviblemente en aquella gloria y sin fin. Estos círculos pues figurados por el vínculo del amor de Dios,

están clavados al madero de la cruz, y cada uno de ellos dice: "Confío pues que ni la muerte ni la vida", etc.

¿O quién dejó caer su piedra angular? Esta piedra angular es Cristo, quien fue puesto por Dios Padre en el fundamento de la tierra del Señor: pues Él mismo es no solo fundamental, sino también angular, en quien se contienen los dos pueblos, a saber, de los judíos y de los gentiles. De quien también dice el Salmista: "La piedra que reprobaron los edificadores, esta ha sido hecha cabeza de esquina". Y el Apóstol dice: "Siendo el mismo sumo angular Cristo Jesús, en quien toda la estructura compaginada crece para templo santo". A este pues el Padre le dejó caer a la tierra, para que fuera puesto en el fundamento.

¿Cuando me alababan juntas las estrellas de la mañana, y jubilaban todos los hijos de Dios? Dejada pues caer en los fundamentos de Sión la piedra preciosa, que es el segundo hombre del cielo celestial, alabaron, dice, juntas las estrellas de la mañana, e injubilaron todos los hijos de Dios. Por las estrellas e hijos de Dios se entienden los ángeles, quienes se regocijaron en el nacimiento del Salvador. Como dice el ángel a los pastores: "He aquí que os evangelizo un gran gozo, porque ha nacido el Salvador, que es Cristo el Señor, en la ciudad de David". Asimismo el Evangelista: "Y súbitamente se hizo con el ángel una multitud", y lo demás. Por eso pues los ángeles son llamados estrellas de la mañana, porque entre las criaturas racionales fueron hechos los primeros en el día que es Cristo, y son hijos de Dios: no son hijos

de las tinieblas, como aquellos que de su número cayeron, hechos no solo hijos de las tinieblas, sino también rectores de las tinieblas, esto es, de los hombres pecadores. Entonces con gran voz, como se ha dicho arriba, me alabaron todos mis ángeles. Al modo que en la salvación de aquella ovejuela, el género humano, se gozaron alabando a Dios. Asimismo, no sin razón percibimos a todos los hijos de la Iglesia como estrellas de la mañana, quienes por el bautismo renacen a Cristo, como dice el Apóstol escribiendo a la Iglesia: "Todos vosotros sois hijos por la fe en Cristo Jesús". Estos pues por la vigilia matutina, en la cual el Señor resucitó, se llaman estrellas de la mañana, o por el nuevo sol de gracia que les nace, de donde también se llaman neófitos.

"¿Quién cerró con puertas el mar, cuando irrumpía como saliendo de la matriz?" Cuando, en la condición del mundo, las aguas cubrían toda la tierra, y había tinieblas sobre la faz del abismo, entonces según la fe del libro del Génesis, mandó Dios en el tercer día que todas las aguas se congregaran en un solo lugar. A las cuales también impuso un término y un fin, para que no se derramaran otra vez fuera de sus límites para cubrir la tierra. La matriz de la cual el mar había salido la podemos entender figuradamente (katachrēstikōs) como la misma tierra subyacente, de modo que creamos que el agua fue creada por Dios de ella y en ella. Pues Dios hizo de la nada dos grandes partes del mundo, el cielo y la tierra, y estableció lo más bajo de ellas de materia informe, pero instituyó las demás criaturas dis-

tintas o formadas, entre cuya creación creemos que fueron hechas las aguas, de cuya condición ciertamente no leemos escrito en el principio del Génesis. Sin embargo, la hechura de casi todas las demás se relata en los libros del Señor. Aunque también del mismo mar dijo el santo David, cuando hablaba del varón bienaventurado: "Su esperanza está en el Señor su Dios, que hizo el cielo y la tierra, el mar y todas las cosas que hay en ellos". Este proceso del mar, por tanto, me parece que habla de la efusión de las aguas, que emanaba de los límites ocultos de las venas de la tierra, y cubría toda la faz de la tierra. Lo cual leemos hecho más manifiestamente en el diluvio, donde se dice: "Y todas las fuentes del gran abismo fueron rotas". Por consiguiente, estimo que "la matriz del mar" es llamada el seno de la tierra, para que sepamos que el mar fue engendrado de la misma. Pero dice alguno: "Yo digo que las moles de las aguas fueron congénitas con el cielo y la tierra, y creadas al mismo tiempo". En fin, de las aguas, al igual que de la tierra, hizo Dios o produjo las demás criaturas. Si, por tanto, esto confirma aquella opinión, de modo que también se diga que las aguas fueron creadas de la nada, porque tanto otras cosas de ellas, como muchísimos seres vivos en ellas, procedieron por mandato de Dios. ¿Qué diremos del cielo, que es la parte más excelente del mundo, de la cual no leemos que de él se haya procreado algo como de materia informe? En el cual también, lo que pertenece a su mayor belleza de decoro, Dios hizo, ordenó y compuso las estrellas y los diversos globos de los astros. Y según

esta afirmación, mejores serán los elementos del mar y de la tierra que el cielo, cuyo ornato hermosísimo admiramos al contemplarlo: puesto que aventaja sobremanera a las demás criaturas.

"Cuando ponía la nube por su vestidura, y la envolvía con calígine como con pañales de la infancia". Cuando, por tanto, dice que el mar es grande en latitud, longitud y profundidad: sin embargo, por la fortaleza de mi poder lo cubrí como un pequeño elemento con una nube como con una vestidura y con calígine; lo cubrí, a saber, con cosas módicas y viles, que se asimilan a los pañales de la infancia. Y porque arriba dijimos que el mar sale como de la matriz, conservando la traslación del nombre, habla del mismo mar como procreado como un niñito. Dice que está envuelto en calígine como en pañales de la infancia, o, como otros han dicho, "y con niebla envolverlo".

"Lo rodeé con mis términos, y puse cerrojo y puertas, y dije: Hasta aquí vendrás y no pasarás más adelante, y aquí quebrantarás tus hinchadas olas". Estos términos son los discursos divinos, que por sentencia inamovible se entienden como términos fijos; esto mismo es también aquello que sigue, diciendo Dios: "puse cerrojo y puertas". De otro modo, ¿quién cerró con puertas el mar? Las Divinas Escrituras frecuentemente llaman a este siglo el mar, como también dice el santo David: "Este mar grande y espacioso de manos". Asimismo: "Los que descienden al mar en naves". Y Habacuc: "Enviaste al mar tus caballos". E Isaías: "Mató al cetáceo que está en el

mar". Por consiguiente, este mar es cerrado por los preceptos divinos, como por ciertos límites de las sagradas elocuciones, para que desde el útero de su corazón, donde concebía por el deleite de los pensamientos, como de semilla, los cuidados y atractivos de los placeres mundanales, ya no irrumpiera en la obra como por parto, y se derramara en la perpetración de diversos crímenes. Y por eso cuando el profeta hubo visto al mundo creyendo en Dios, poseer en sí este bien de la continencia, felicitándose dice a Dios: "Tú confirmaste el mar en tu virtud". Llamo mundo al pueblo fiel de la santa Iglesia: que se llama mar especialmente, y habita en este mundo. Y este es aquel mundo de los fieles, del cual dice el Señor: "Porque de tal manera amó Dios a este mundo, que dio a su Hijo unigénito por él". Hay también un mundo de los incrédulos, del cual de igual modo dice el Señor a sus discípulos: "Si el mundo os odia: sabed que antes que a vosotros me odió a mí", etc. Así, pues, decimos que dos mundos de pueblos habitan en este mundo corporal y en el animal, los cuales también pueden llamarse dos mares, según el ejemplo puesto arriba, tomando el nombre metafórico de este mar de aguas, porque hay tanto casa buena como mala, y ciudad óptima como pésima. Pero se llaman mar figuradamente (tropicos) los pueblos fluctuantes, que en esta vida son sacudidos por un movimiento inquieto e incierto.

"Cuando ponía la nube por su vestidura, y la envolvía con calígine como con pañales de la infancia". Entendamos por la nube que todo lo

cubre al Espíritu Santo, infundido y superpuesto a todas las criaturas, de quien dice: "El Espíritu del Señor se movía sobre las aguas". La calígine, en cambio, puede entenderse como todo lo que es vano a través del mundo: donde hay ligereza, esto es, defecto hacia atrás. Moralmente, sin embargo, según la autoridad de la Escritura, las nubes son cada uno de los anunciadores de la verdad. Por las palabras consoladoras y la doctrina de estos, rociando desde arriba, dice el Señor, protegí al mundo de los fieles del ardor de las tentaciones, y le proporcioné sombra por encima por la promesa de la eterna bienaventuranza, esto es, extendí la vestidura a través de mis santos ministros del Evangelio sobre el mar de los pueblos: para que no se quemara, a saber, con el ardor (caumate) infiel. El cual mar de los pueblos también, puesto dentro de la predicación perfecta del Evangelio, por la infancia de costumbres en algunos es cubierto con doctrina láctea, como con vestiduras más viles, por cuanto no valen para contemplar los misterios más sagrados, que están envueltos en la calígine del entendimiento.

Lo rodeé con mis términos, y puse cerrojo y puertas. Hasta aquí vendrás, y no pasarás más adelante, y aquí quebrantarás tus hinchadas olas. Con los términos, dice Dios, de mis mandamientos, congregué y cerré al predicho mar dentro de la confesión de una sola fe, y para condensarse, le opuse el fortísimo cerrojo de la caridad, obstruí también las puertas de la infidelidad, para que por mucha que sea la violencia de las tempestades y persecuciones, sea compelido a trascender

los términos fijos de la obediencia. Nunca salte los cercados de mi caridad, a quien dije: "Hasta aquí vendrás, y no pasarás más adelante, y aquí quebrantarás tus hinchadas olas". Esto es, si acaso algunas olas de malos pensamientos te agitan dentro del piélago de tu corazón, y el viento válido de las presiones intenta conmoverte profundamente, y te impulse desde tu estado a la aridez seca, como estéril en la arena. Estos baluartes de mi fe y mi caridad cuida de no trasponerlos: y así sucederá que los vientos amenazantes que se levantan, estrellados contra la roca validísima, se disuelvan.

"¿Acaso después de tu nacimiento mandaste al alba, y mostraste a la aurora su lugar?" Esto dice el Señor a Job, que Él mismo dispone diariamente los regresos de sus cosas establecidas y secretas por sus giros a los lugares ordenados: y por eso Job es reprendido, quien decía que Dios, hacedor y gobernador de todas las cosas, obraba sin ningún moderamen de equidad: y como diciendo así le dice: "Tú que te juzgas muy sabio, y como si hubieras sido fabricado coetáneo a mi luz, y crees poder disputar de mis juicios: si los elementos de los astros cumplen el precepto del Creador, tal vez por tu disposición prosiguen el curso de su misterio, cuando estas cosas fueron creadas antes de que tú en Adán existieras por mí". De otro modo: Este alba es nuestro Salvador, que también se llama sol de justicia. Él mismo ilumina a la Iglesia, a saber, el mundo racional, por el calor de la fe y el esplendor de su gracia. Por tanto, ¿acaso tú, Job, mandaste a este alba que naciera del cielo

resplandeciente para los que estaban sentados en tinieblas y sombra de muerte? Al modo que, por tanto, después de tu inicio, Job, no pudiste mandar a las cosas eternas que hubiera alba para el mundo constituido en las tinieblas de los errores: así tampoco después del ocaso de su muerte pudiste mostrar el lugar de su resurrección y de su gloria a la diestra de su Padre, a quien después de la muerte que espontáneamente había asumido, revoqué de nuevo a mí. Como el mismo Señor Jesús dice en el Evangelio: "Si, pues, viereis al Hijo del Hombre subiendo a donde estaba antes".

"¿Y sostuviste sacudiendo los extremos de la tierra, y sacudiste a los impíos de ella?" Puede entenderse esta tierra como la Iglesia: de cuyos fundamentos habló el Señor arriba, de la cual en los extremos de la tierra, esto es, en el último siglo, han de ser sacudidos los pecadores; así el mismo Señor dice: "He aquí que mandaré, y sacudiré en todas las gentes la casa de Israel, como se sacude el trigo en la criba". Dios, pues, que según el profeta midió las aguas con el puño, y pesó los cielos con la palma, y colgó la tierra con tres dedos, Él mismo por su magnitud sosteniendo con ambas manos los márgenes de la tierra, como una criba la sacude de aquí para allá, o la sacude como una vestidura, para sacudir a los impíos como paja y cizaña del trigo de los justos. Por consiguiente, no solo la fortaleza sino también la justicia del que obra demuestra todas estas cosas, y de ahí es que el Señor habla al santo Job con reprensión: por qué dijo que se le había infligido la pena de una acerquísima tentación siendo inocente. Pero

según el sentido moral del entendimiento de este lugar, como estimo que la salida es más fácil, que interpretemos la tierra como la naturaleza humana, porque de la "tierra" (humo) se llama el "hombre" (homo), y los "extremos" (extrema) sean la vida de los santos, porque puestos en la carne, viven sin atractivos carnales. Y por eso se dicen estar en los extremos de la tierra: partiendo de los actos terrenos, no viviendo en medio como en toda la carne. Estos extremos, pues, o confines de la tierra están en la mano del Señor, como dice el profeta: "Porque en su mano están todos los confines de la tierra": los cuales dice aquí el Señor que Él sostiene y sacude, para que tiemblen ante su faz, como de Él dice el profeta: "El cual mira la tierra, y la hace temblar". Y así de su tierra sacude a los impíos, a quienes por cierto entendemos como las execrables costumbres de los vicios. Sacude, pues, el Señor de sus santos a los impíos de este mundo, cuando los constituye inocentes purificados de aquellos. De tales impíos y pecadores decía el profeta: "En la mañana", esto es, en el conocimiento de la ciencia de Dios, naciendo en mí la lámpara de la fe, "mataba a todos los pecadores de la tierra, para perder de la ciudad del Señor": a saber, en cualquier alma santa, a todos los que obran la iniquidad. O en el último tiempo sostendrá Dios al mundo como reo para su juicio, en cuyo tiempo también los extremos de las tierras serán sacudidos por el temblor de la conciencia, donde podemos entender a todos los más pequeños en los extremos de la tierra, que también ellos mismos por el justo juicio de Dios,

como soberbios e impíos, han de ser sacudidos de la tierra de los mansos. "Pues bienaventurados los mansos, porque ellos mismos poseerán la tierra".

"El sello será restaurado como el lodo, y permanecerá como una vestidura". Este sello se entiende como el alma del hombre, que fue hecha a imagen de Dios. En ella está expresada la semejanza de la bondad de Dios, y el decoro de todas las virtudes. Este sello, pues, de la imagen y semejanza de Dios, había sido desgastado y borrado por el pecado de Adán, y será restaurado de nuevo por Cristo por una impresión reiterada. El cual sello ahora ciertamente se renueva por la fe y la gracia del bautismo, y por una vida mejor será grabado en la mente. Pero en la resurrección todo será restaurado por completo, cuando así como el lodo del cuerpo humano será reparado en la incorrupción, así también el alma junto con él será vestida igualmente con la vestidura de la inmortalidad, como con una estola de gloria. Para que así como la gloria misma y la incorrupción de la inmortalidad, esto es, Cristo, permanece para siempre: así también aquel que de ella estuviere vestido permanezca glorioso sin fin. De cuya vestidura el Apóstol, mirando hacia el lodo de su carne, dice: "Conviene que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad". Sin embargo, esto debe ser mirado con más diligencia, porque en las Escrituras se llaman vestiduras con diverso entendimiento. Pues a veces se llama vestidura a nuestro mismo cuerpo, con el cual el alma es rodeada como con

un manto: como dice el profeta al alma pecadora: "Tu iniquidad cubrirá tu vestidura". Asimismo, las vestiduras son las virtudes del alma, con las cuales la misma alma es compuesta y adornada. De las cuales dice el profeta al varón justo que obra misericordias: "Entonces irrumpirá tu luz matutina, y tus vestiduras nacerán pronto". Y puesto que estas vestiduras son vivas y racionales, no se te harán, sino que "nacerán" en ti. Y a veces los pecados se llaman vestiduras, como dice el profeta Zacarías: "Y Jesús estaba vestido con vestiduras sucias". Dijo el ángel a los que estaban ante él, diciendo: "Quitadle las vestiduras sucias: le dijo: He aquí que quité tu iniquidad". Arriba dijimos que la vestidura es la gloria de la inmortalidad, con cuya luz que nunca faltará, el hombre ha de ser vestido eternamente. Otros intérpretes dijeron así: "Y tú tomando el lodo de la tierra, figuraste al hombre, y famoso lo pusiste sobre la tierra": esto es, preeminente sobre todas las criaturas. Mientras el Señor habla estas cosas a Job, este es vehementemente reprendido. Pero según los entendimientos místicos, ensombreciendo el Espíritu Santo, fue figurado el hombre Jesucristo de la tierra de la Virgen María. Este hombre, pues, fue asumido del lodo de la carne humana. Sepamos que el "lodo" (lutum) en este lugar no es dicho por la vileza del nombre, sino por la materia misma de la cual fue tomado Cristo: como Adán al principio, que fue plasmado del limo de la tierra. Y como aquel existe por uno del seno de la tierra: así también este, por el uno que lo crea, fue formado en el útero de su madre. Y así es famoso

sobre toda la tierra: de donde ya desde la salida del sol hasta el ocaso sea alabado el nombre del Señor.

"Se quitará a los impíos su luz, y el brazo excelso será quebrantado". La luz de los impíos es la gloria y felicidad de este mundo, que pasará al pasar el mundo, como también dice Salomón: "La lumbre de los impíos se apagará": y su virtud y potencia, que se dicen con el nombre de brazo, al instante serán trituradas.

"¿Acaso has entrado en lo profundo del mar, y has caminado en lo último del abismo?" Dios significa en estos lugares con mucho y copioso discurso su providencia por la cual dispensa y rige todas las cosas. Por lo cual dice a Job: "Si puedes estar en todas partes, y conocer todas las cosas que son creadas: y si has podido penetrar los senos ocultos de las tierras, si también has vagado por las profundidades del mar, y lo último de él y los extremos del abismo". Para reprensión, pues, de Job se dicen estas cosas. Donde otros dijeron: "¿Acaso has entrado en la fuente del mar?" parece decir el inicio y origen de donde el mismo mar, como de una matriz, emana del mar Océano, lo cual sabemos que sucede por el perenne curso y recurso del Océano. Y relatan esto y confirman que aquella inmensa efusión del mar Océano, que ha de ir por los ríos de todas las regiones y provincias, se hace en un punto de tiempo. Pero nosotros, sin embargo, sabemos que con los sucesos alternos de todos los días y noches, viene a través de veinticuatro horas, y pasado el dodrante de una hora equinoccial, más tarde sin intermi-

sión, ya venga de día o de noche, para refluir por cinco horas equinocciales, con flujo e ímpetu violento, ya sea solo en los lugares cubiertos, o con los cursos de los grandes ríos también rechazados hacia las partes superiores, asciende y fluye por siete horas de la misma medida con curso un poco más suave, y se vacía en aquello que en cinco horas había sido llenado. Por consiguiente, puede parecer increíble que en el mismo mar como si una cierta fuente de tan grandes aguas borboteara, de cuya profundidad y suficiente abismo, en tiempo definido para sí, aquellas aguas se derraman en la superficie, y volviendo de nuevo caen en los mismos profundísimos senos. Y se retiran precipitadas, y por la ley perpetua establecida para ellas por Dios, borbotean siempre desde lo profundo y corren de nuevo hacia lo profundo; y de ahí tal vez dijo Dios al santo Job: "¿Acaso has entrado en la fuente del mar?" Puesto que solo a Dios son conocidas las cosas que creó.

Además, según los entendimientos místicos, pienso que Dios dijo esto porque hacia el fin del siglo para la redención del hombre habría de descender a los infiernos, donde por la potestad del que desciende dijo que Él "caminó": porque era imposible que fuera retenido por los vínculos infernales como si fuera reo de pecado. Pues Él solo fue hecho como un hombre. Al presente por cierto sin ayuda, pero sin embargo libre entre los muertos. Además de que el infierno está en lo más bajo de las tierras, el profeta Jonás, que especialmente tuvo la figura del Salvador, en su oración que derramó en el vientre del pez lo

demuestra manifiestamente; y que las aguas del abismo le bañan hacia el infierno, y en muchos otros lugares las Escrituras hablan de la calidad de los infiernos.

Podemos también moralmente sentir este lugar así, para que porque sabemos que el mar por figura se llama este siglo: sus profundidades son sobre todos los inicuos y pecadores, quienes por más que lo amen, sin embargo se sumergen en su más oscura profundidad, de modo que no vean en absoluto la luz del Evangelio y de la gloria de Cristo. Lo último, pues, del abismo son todos los impíos y sacrílegos, que descendiendo a las más profundas tinieblas de los pecados, son deprimidos por el flujo excesivo de las lascivias, como por una multitud de aguas. A estos nuestro Señor, no despreciando a nadie y deseando salvar a todos, se dignó venir, para iluminar sus corazones cegados por la infidelidad a través de su gracia, y hechos luz en el Señor, fueran templo suyo, para que caminara y habitara en ellos, y fuera su Dios.

"¿Acaso se te han abierto las puertas de la muerte, y has visto las puertas tenebrosas?" Ninguna criatura hay, por muy potente y fuerte que sea, que pueda resistir a la majestad de Dios. Y por eso, porque por naturaleza sienten al Creador, ceden a la potencia divina, a la cual de ningún modo pueden contrariar. Por lo cual los antiguos intérpretes dijeron así: "¿Acaso se te han abierto las puertas de la muerte?" Donde entendieron que puertas de esta clase, que ciertamente se temen, no son insensibles e inanimadas, sino que son más bien aquellos espíritus inmundos, nuestros

enemigos, a saber, las potestades adversarias, por las cuales se halló entrada para el género humano hacia la muerte. Ellas mismas son también las "puertas tenebrosas", cuyas mentes malévolas y llenas de la oscuridad de la envidia, solo Dios percibe. Por tanto, puesto que estos de quienes hablamos se hicieron tinieblas al alejarse de la verdadera luz, y fueron llamados potestades de las tinieblas, esto es, príncipes de los hombres pecadores, y por eso también se llaman puertas tenebrosas, por cuanto por su engaño se hizo para el hombre, a través de las tinieblas de los pecados, el ingreso a la muerte. Donde, pues, se dijo: "¿has visto las puertas tenebrosas?", lo que ya hemos expuesto, otros intérpretes tradujeron el mismo lugar más manifiestamente, diciendo así: "¿O los porteros del infierno al verte temieron?" cuyo lugar no necesita exposición, sino que más bien declaró muy abiertamente lo que antes se dijo oscuramente. O ciertamente en la pasión y en la muerte del Señor, estas cosas que se dicen son más claras que la luz, quien abrió los cerrojos de los infiernos, y liberó de allí las almas de los santos, disolvió las leyes del tártaro al salir de los infiernos, resurgiendo anuló la sentencia de muerte, y a los principados y potestades temblorosos, que eran los porteros y las puertas, los condujo con confianza, o triunfando públicamente en sí mismo. Pero según el entendimiento figurado (tropicam), las puertas de la muerte son nuestros sentidos, las cuales puertas están entonces cerradas a las virtudes, por cuanto son poseídas por los vicios, y por ellas la muerte

del pecado entra a la fortaleza de la mente. Las cuales puertas tenebrosas se llaman así por esto, porque abren el acceso a las tinieblas de los pecados, o también de las penas. Estas puertas pues, o estas entradas, se abren a los hombres para la salvación, cuando vencidos los vicios como sus enemigos expulsados y puestos en fuga, los hombres las abran con las virtudes de la santidad, para que oigan con exhortación el discurso del profeta que dice: "Abridme las puertas de la justicia, entrando en ellas confesaré al Señor". Pues el hombre santo para poseer el testimonio de la santidad y los collares de las virtudes, entra con afecto de quien conserva y se alegra con él, por cuanto de la participación del tesoro común se hace para ellos un solo corazón y una sola alma hacia Dios. Y así en este mundo como puestos juntos en el examen del horno: como de una sola boca bendicen a Dios en todo tiempo, y siempre su alabanza está en su boca.

"¿Acaso has considerado la latitud de la tierra? Indícame, si lo sabes, todo". ¿Quién de los hombres podrá saber con cuánta magnitud se distiende, sino solo aquel que todo lo fundó? De quien dice el profeta: "El que midió las aguas con la mano, y el cielo con el palmo, y toda la tierra cerró con el puño". Asimismo de otro modo: ¿Acaso tú, Job, previste la latitud de la tierra, esto es, la Iglesia futura, que por todo el mundo, creciendo en todas partes el Evangelio, dilaté? Indícame pues si esto pudiste saber o en algún momento entender. O la latitud de mi sabiduría, que a la tierra, a mi casa, esto es, a la Iglesia, otorgué: ¿acaso

como quien prevé lo futuro pudiste tú mismo inspeccionarla con el ojo de la mente encendido? la cual sabiduría dilató el corazón de Salomón como la arena que está en la orilla del mar, y le dio mucha prudencia sobremanera, y la cual se canta en la salida, y en la latitud de las suyas actúa con confianza, cuyos múltiples sentidos y riquísimos en la latitud de las disputaciones, manda la misma sabiduría que se describan triplemente en el corazón del hombre. Estas palabras pues pueden entenderse como disertadas de la persona del Padre sobre la sabiduría, que es el Hijo.

"¿En qué camino habita la luz, y cuál es el lugar de las tinieblas, para que conduzcas cada cosa a sus términos, y entiendas las sendas de su casa?" En el camino de la santa conversación del hombre, habita la luz de las virtudes: el lugar de las tinieblas, esto es, de los vicios, es el hombre pecador, o aquel lugar del cual dice: "Id, malditos, al fuego eterno, que está preparado para el diablo y sus ángeles". ¿Has sabido pues, Job, discernir el mérito de cada uno, y según la justicia conducir a cada uno de estos a los términos prefijados de la retribución, y has podido entender los pensamientos de sus mismos corazones como las sendas de sus casas? Asimismo en qué camino, o "tierra", como otros dijeron, habita la luz: la luz de la fe y del conocimiento habita en el corazón del creyente, o la luz en la tierra, Cristo en la Iglesia. El lugar de las tinieblas, en cambio, esto es, de la ignorancia y la infidelidad, es el corazón de los insipientes e incrédulos. Y por eso por cualesquiera sendas que tiendan los buenos y los malos,

llegan según el mérito a la casa de la eterna conversación, conduciéndolos el justo y buen Señor.

"¿Sabías entonces que habías de nacer, y conocías el número de tus días?" ¿Quién de los hombres sabe antes de existir que ha de ser, y conoce los días o los años de su edad? Asimismo, siendo pecador en Adán y hecho hijo de la muerte, ¿cuándo pudiste saber o entender que habías de nacer por el espíritu y la gracia del bautismo de las entrañas de la madre Iglesia, y que habías de ser reparado eternamente según la última resurrección, y de dónde pudiste conocer por ti mismo el número de tus días, que son sin fin?

"¿Acaso has entrado en los tesoros de la nieve, o has visto los tesoros del granizo, que he preparado para el tiempo del enemigo, y para el día de la pugna y de la guerra?" Su potencia, que Dios tiene también en las cosas secretas de su criatura e invisibles, quiso demostrarla con estas palabras, diciendo a Job: "¿Acaso has entrado en los tesoros de la nieve, o has visto los tesoros del granizo?" pues no hay ciertos lugares en alguna parte del mundo espaciosos con inmensa capacidad, que tengan moles y montones de infinitas nieves guardadas dentro de sí, de modo que merecidamente por esto se llamen como lugares de tesoro de los cuales en otro tiempo se congregaron estas especies, para ser proferidas cuando Dios quiera. Sino que es más bien así, como en otro lugar dice el mismo Señor: "Y la belleza del campo está conmigo". pues cualesquiera cosas que hubiere querido hacer, al instante su voluntad procede al efecto. Y por eso se llaman tesoros, no en algún

lugar inmenso y capaz, sino que están constituidos en su voluntad y disposición: como en otro lugar dice: "Y la belleza del campo está conmigo", ante quien nada hay imperfecto, porque no es una cosa su pensar y otra su hacer, sino que al punto se hace lo que hubiere querido. En esta pues secreta disposición divina de su corazón, donde estuvieran estos tesoros de estas cosas cuando aún en sí corporalmente no existieran, se interroga a Job si podrá entrar. Pues nadie puede acercarse a aquel secreto de la majestad divina ni conocerlo, sino el Hijo que está en el seno del Padre, y de una misma naturaleza y substancia. Estas cosas pues se dicen preparadas por Dios para el tiempo del enemigo, de la pugna y de la guerra. Por muchos modos, pues, y por otros diversos innumerables juicios suyos Dios azota y reprende al género humano, como también a los egipcios, a quienes devastó con rayos y granizo. Y generalmente con otras cosas frecuenta la castigación de los hombres. Humilla con incursión hostil, devasta con el movimiento y apertura de las tierras, pierde con torbellinos, oprime con ruinas, sumerge con naufragios. También golpea con otras innumerables plagas, ya sea con lentas enfermedades, o con agudos lánguidos y por el aire corrompido. De donde en el Deuteronomio leemos las cosas que prepara para sus enemigos repugnantes y rebeldes, para infligirles según su justicia las debidas penas de las tribulaciones.

Asimismo de otro modo: La nieve ahora en buena parte, ahora en la contraria la recibimos: y por eso bajo el nombre de nieve recogen que en

este lugar es prefigurado el cuerpo de las potestades adversarias, porque se apartó lejos de la caridad de Dios, esto es, dejó a Dios que habita en el cielo, para que por el justo juicio de Dios fuera arrojado a la tierra. A esta nieve y granizo, como si hubiera pasado a una cierta dureza olvidada de su naturaleza, como a ciertos secretos, a saber, los maquinamientos de los pensamientos, quiso Dios llamar tesoros, como dice el profeta Ezequiel de su príncipe: "En la multitud de tu negociación se llenaron tus interiores de iniquidad". De esta clase de pensamientos pues el Señor solo es el conocedor y escrutador. Estos tesoros, digo, que por enigmas son llamados nieves y granizos, dice Dios que los ha preparado para el tiempo del enemigo, y el día de la pugna y de la guerra. Y puesto que con corazón insipiente nunca se habrían de convertir a Dios, por disposición divina fueron hechos maestros de las penas, para que a unos por el juicio de Dios castiguen para enmienda con los azotes de las reprensiones, pero a otros los castiguen según la justa sentencia de Dios, y a otros afectados por duras tribulaciones los constituyan más preclaros. Como también en aquel santo Job se manifestó manifiestamente, en los egipcios también de igual modo se demostró, a quienes no luchando por voluntad de Dios, se les enviaron plagas horrendas por medio de los ángeles malos.

Asimismo, "¿acaso has entrado en los tesoros de la nieve?", y lo demás. Pudo el Señor haber dicho esto sobre su advenimiento en la carne, por el cual como fuego eterno y fuego del cielo, y fuego

divino por el cual todas las criaturas racionales se calientan, se dignó descender a la tierra, quien como a una región nevada y fría de este mundo y endurecida a semejanza del granizo por el excesivo frío de la infidelidad, exclamó y dijo: "Fuego vine a enviar a la tierra". Por consiguiente, profesa haber entrado en tales tesoros de los corazones humanos, frigidísimos por cierto por el olvido de su Dios, para que, expulsado el frío de la perfidia, ardieran con su amor y dijeran: "Se calentó mi corazón dentro de mí, y en mi meditación se encenderá el fuego". Para que viniendo al fuego del entendimiento por el provecho de la fe desde el frío de la estulticia dijeran: "¿No estaba ardiendo nuestro corazón en nosotros cuando, iluminado el corazón y encendida la fuente de la caridad, nos abría Jesús las Escrituras?" Así pues habiendo entrado en el mundo y visitándolo, mira los corazones de los mortales, los cuales también son llamados tesoros por el mismo Señor en el Evangelio, diciendo así: "El hombre bueno del buen tesoro de su corazón saca cosas buenas". Estas cosas pues Dios preparó hacer, las que dijimos, del enemigo de la pugna y de la guerra, en el tiempo ciertamente muriendo por nosotros: triunfó en los infiernos sobre el grave enemigo y molestísimo adversario el diablo, y resurgiendo de entre los muertos, en Judea expugnó a los adversarios de su fe.

"¿Por qué camino se esparce la luz, se divide el ardor sobre la tierra?" ¿Quién de los mortales podrá saber con propiedad cuál es el camino del sol, el cual actúa con curso ordenado en el clima

diestro del cielo, esparciendo luz sobre las tierras, o de qué modo el ardor se divide por las mudanzas de los tiempos, o por los lugares de todas las regiones, de modo que en un lugar arda más en el mismo tiempo, y él mismo se sienta en otro con calor templado? Asimismo, "¿Por qué camino se esparce la luz, se divide el ardor sobre la tierra?" El camino es la predicación del Evangelio, por la cual la luz de la fe se esparce sobre los corazones de los creyentes. Y bellamente se esparce, porque las mentes de los hombres áridas por la infidelidad, son rociadas por la abundancia de la divina gracia, y así se divide el ardor del Espíritu Santo sobre la tierra de los fieles. Así, digo, se divide, cuando a cada uno se le da la gracia según la medida de la donación de nuestro Señor Jesucristo. O de este modo se divide, cuando para unos el anuncio de Cristo es olor de vida para vida, pero para otros olor de muerte para muerte. Así pues se divide el mismo bien del Evangelio, de modo que otorgue vida a unos, y en otros obre la muerte por el crimen de la infidelidad. E igualmente el camino de la santa conversación del hombre, y la luz del temor de Dios, se esparce sobre toda la tierra del cuerpo, para que huyan de él las tinieblas de los pecados y los ardores de las tentaciones le sean templados, ayudando la gracia de Dios, para que no se sofoque por el ardor del sol nacido sobre él. Y así pues el ardor se divide, cuando no se les impone todo el peso de las tribulaciones a la vez, como dice el Apóstol: "Fiel es pues Dios, que no permite que seáis tentados", etc. Y Salomón:

"Escapará del ardor el hijo prudente, pero el hijo inicuo es corrompido por el viento en la cosecha".

"¿Quién dio curso a la lluvia vehementísima, y camino al trueno sonoro, para que lloviera sobre la tierra sin hombre en el desierto: donde ningún mortal mora, para que llenara la invia y desolada, y produjera hierbas verdes?" Esta lluvia vehementísima es el Evangelio del Salvador, quien envió su elocuencia a la tierra, para que corriera velozmente su palabra: esta lluvia, digo, en los montes de Jerusalén, surgió de lo más bajo de la tierra a lo sublime. "Porque de Sión saldrá la ley", dice el profeta, "y la palabra del Señor de Jerusalén"; y elevada por las santas nubes apostólicas, como agua que fluye, corre copiosamente, soplando para sí el aura del Espíritu Santo, en varios signos y virtudes se hizo camino de fe en las naciones, precediendo el terror del nombre de Dios y el trueno de los milagros. Otros dijeron: "preparó el río de todos los pueblos". Y un río, digo, preparó para la Iglesia, para que fuera inundada por la lluvia copiosa y válida del Espíritu Santo, como en el mismo principio de la Iglesia naciente se demostró sobre los apóstoles y los demás santos. Lo cual pues se dice en alabanza de la lluvia evangélica, que llovió sobre la tierra inhabitable, que no tenía hombre: no será admirable si solo se entiende según suena; sino que en el desierto, esto es, en las naciones, derramó copiosamente la doctrina de la predicación del Señor. En el desierto, digo, donde ningún hombre había morado, esto es, por cuanto ninguno de los profetas había sido enviado a las gentes por Dios,

para que llenara las invias y desoladas, y produjera las hierbas verdes del Evangelio. La lluvia de la tierra de la Iglesia, que había sido desolada por Dios, y la lluvia de la caridad de Dios la llenó de grosura, y en la pingüedine, para que de la abundancia de los bienes celestiales produjera y proferira hierbas verdes de semilla sembrada, según su género, como dice en el salmo: "Y florecerá de la ciudad como el heno de la tierra", y multiplicados los frutos hiciera según la parábola del Señor, uno treinta, otro sesenta, otro ciento de fruto, y oyera con exhortación a quien la consuela: "Alégrate, estéril, que no pares: prorrumpe y exclama, tú que no das a luz, porque muchos son los hijos de la desierta, más que de la que tiene marido".

"¿Quién es el padre de la lluvia, o quién engendró las gotas del rocío?" ¿Quién es el autor y fundador de esta lluvia, y de esta lluvia del Señor, sino Dios? La cual lluvia voluntaria segregó para su heredad, como dice el Padre al Hijo: "Hijo, pídeme y te daré las gentes por tu heredad, y por tu posesión los términos de la tierra". El mismo Dios también engendró las gotas del rocío: de aquí también el profeta dice a Dios: "Pues el rocío que es de ti, es salud para ellos". Por consiguiente, en el río demostró la más fluente afluencia y largueza de la divina gracia. En el rocío, en cambio, la misma gracia, que se acostumbra paulatinamente a las entrañas, y penetra las médulas del alma. Otros dijeron: "¿o quién engendró los terrones (glebas) del rocío?" No será pues absurdo haber entendido estos terrones como cada uno de los santos, que están en el campo de la

Iglesia: y a quienes dice el Apóstol: "Agricultura de Dios sois". Allí pues estos terrones fueron engendrados por el bautismo en Cristo, como dice el Apóstol: "Creados en Cristo Jesús en obras buenas". De donde rociados con este rocío celestial, resultaron frutos pingües y abundantes en los santos.

"De qué matriz salió el hielo?" Con el nombre de matriz, me parece haber significado el secreto del corazón. Pues no debemos probablemente entender el hielo como salido de la boca de Dios, sino que de aquel secreto de su mente y de su inescrutable juicio, manó la sentencia justa y severa. Dijo pues que sale el hielo, por el juicio que sale, por el cual según su mérito, algunos de los hombres son heridos con la plaga de la obduración, y sus corazones son constreñidos por un cierto hielo durísimo e insoluble, y frigidísimos: para que no sientan el calor de la ferviente divina caridad. De los ángeles apostáticos se puede decir muy verdaderamente, y especialmente ha de entenderse de los judíos, para quienes las aguas de las elocuciones celestiales se helaron, para que fluyeran en los frutos de las gentes por la largueza de la gracia: de cuya vocación se habló en el versículo anterior, y sobre quienes: "Puso el desierto en estanques de aguas, y las tierras sin agua en salidas de aguas, e hizo habitar allí a los hambrientos", esto es, hambrientos de justicia: "Y sembraron campos, y plantaron viñas, e hicieron fruto de nacimiento, y los bendijo, y se multiplicaron sobremanera". Quien pues con la mente contempla espiritualmente a la Iglesia

ahora puesta en todas partes, ve su tierra, que fue para Dios alguna vez desierta, abundar ahora en todas las predichas copias espirituales: así pues recibió la Iglesia las predichas gotas de rocío que fluyen del cielo, y según el libro de los Jueces, lo que leemos hecho en tiempo de Gedeón el caudillo, el rocío de una sola ovejuela y de una nación módica, infundió toda la tierra creente en Cristo, que es el rocío, con la gracia de la bendición, y se cumplió aquel misterio que el Salmista había predicho diciendo: "Como el rocío de Hermón". Hermón ciertamente monte, que se interpreta anatema, significa por su altura al pueblo de los judíos. Su rocío pues, a saber, de gracia y de bendición, descendió al monte Sión. Pues Sión monte excelso por las virtudes y sublime es la Iglesia. En el cual está constituida la atalaya de la contemplación futura de los creyentes. De donde también la misma especie de las virtudes se interpreta Sión. Y para que conociéramos el nombre propio de ese rocío, dice el Salmista: "Porque allí por cierto", a saber, en el monte Sión, "mandó el Señor la bendición y la vida hasta la eternidad".

Y sigue diciendo el Señor: "¿Y al hielo del cielo quién lo engendró?" De este modo pues desde el cielo los sacrílegos son heridos con la sentencia de obduración, lo cual mal por cierto justamente se dice procreado para ellos por Dios, como para el Faraón a saber y los judíos, a quienes leemos obdurados por su infidelidad y excesiva obstinación de corazón.

Sigue sobre tales como estos, diciendo el Señor: "A semejanza de la piedra las aguas se

endurecen". Con el nombre de aguas, según la autoridad de las Escrituras, se entienden los pueblos: como dice el apóstol Juan: "Las aguas pues pueblos son"; y David al Señor: "Líbrame", dice, "de las aguas muchas, de la mano de los hijos ajenos". De estos pues me parece decir, que por el excesivo frío del olvido de Dios se entumecieron, y a semejanza de las piedras, se hicieron sólidos y excesivamente duros. Después dice:

"Y la superficie del abismo se endurece". En el abismo, pienso que debe entenderse la profundísima oscuridad de la mente, que de tal modo está cubierta por la obnubilación de la excesiva infidelidad, y constreñida por un cierto hielo de impiedad, que se vuelve semejante a la piedra, de modo que con tal mente no haya ningún acceso para respirar hacia Dios, según aquello que el Apóstol habló sobre los judíos asumiendo un testimonio profético, diciendo: "Dios les dio espíritu de compunción, ojos para que no vean, y oídos para que no oigan hasta el día de hoy". En el salmo ciento cuarenta y siete también, sobre el hielo, o el hielo y el cristal, según este sentido que leemos que el Señor ha dicho aquí, es manifiesto que el profeta habló místicamente. Podemos entender estos lugares también de forma simple, "¿y al hielo del cielo quién lo engendró?" llamando cielo a las cumbres glaciales de los montes y a los excelsos picos, y por el inmenso aire, a los lugares más vecinos o más próximos al cielo. Según esta costumbre de las Escrituras, el mismo Señor dice en el Evangelio, "las aves del cielo". Omitidas ahora estas cosas según la letra, nos conviene

más bien entender y creer aquellas que han sido sagradamente predicadas por Dios.

"¿Acaso podrás unir las brillantes estrellas Pléyades, o podrás disipar el giro del Arturo?" Ahora habla a Job sobre el orden del cielo y el circuito de los astros. Llama Pléyades a las estrellas que, unidas, se muestran como si fueran siete. A estas pues los griegos, porque eran muchas a la vez, les pusieron el nombre por la misma multitud: pues plēthus o plēthos se dice multitud, y de ahí se derivó que se llamen Pléyades. Dice pues el Señor a Job: ¿Pudiste tú con tu potencia hacer que estas estrellas estuvieran unidas y juntas? También el circuito del Septentrión o del Arturo, que hice recurrir en sí mismo en incesante giro por la región izquierda del mundo, para que todo siempre vaya y vuelva en sí mismo: ¿podrás tú disiparlo? Leemos sobre los astros del cielo, o signos, también en otros lugares de la Escritura, como en Josué y Jueces: "Fue", dice, "el término del amorreo desde el ascenso del Escorpión, la piedra, y los lugares superiores". Para que pues digamos las palabras del Señor según los entendimientos místicos, interpretemos el "cielo" como la Iglesia, a la cual anteriormente el Señor llamó con el vocablo de "tierra", pero allí fue llamada tierra por causa de su origen. Pero ahora, sublimada por Cristo en gloria, el "cielo" se entiende rectísimamente. En este cielo pues también las estrellas Pléyades y del Septentrión contienen en sí una sola forma de interpretación sagrada. Pues el mismo número septenario demuestra en sí las gracias septiformes del Espíritu, que brillan en este, y los mismos

espíritus de las gracias en el mismo firmamento del cielo están fulgurantes. Estas estrellas pues son llamadas por el profeta los siete ojos del Señor, de cuyos ojos enumera las gracias y virtudes el profeta Isaías, donde vaticina sobre la natividad del Salvador diciendo: "Y reposará sobre él el espíritu de Dios: espíritu de sabiduría y de entendimiento: espíritu de consejo y de fortaleza: espíritu de conocimiento y de piedad: le llenó el espíritu del temor de Dios". Así como pues nadie pudo unir los astros espirituales de luz indisociable, así es totalmente posible que estas estrellas de las gracias, que iluminan alrededor de mi Iglesia, sean separadas de la conexión insoluble de lo uno. Lo que pues otros dijeron: "o has entendido los nexos de la Pléyade", eleva el ánimo del que contempla al entendimiento espiritual, para que trabaje en inquirir algo alegórico.

"¿Acaso produces el Lucero en su tiempo, y haces salir al Véspero sobre los hijos de la tierra?" Es una estrella que llamamos Lucero (Lucifer), más clara que las demás estrellas, la cual dicen también los doctores de la Iglesia que es una de aquellas cinco estrellas que llaman planetas, porque tienen un curso distinto al de las otras estrellas, y mucho más veloz, y de ahí se llaman planetas, esto es, vagantes o errantes, por el hecho de que no tienen un curso cierto sino mudable. Afirman pues que este Lucero, que ha de aparecer a las tierras, nace en el Oriente después de un bienio. Pero a la otra estrella, que llamó Véspero, por el hecho de que se muestra al mundo cerca del atardecer del día en su propio tiempo: ¿a

esta, dice Dios a Job, haces tú salir sobre los hijos de la tierra? Tú que pues entiendes la potencia del que todo lo gobierna y que obra en ti, reconoce la justicia. Muchos piensan que esta estrella se llama Héspero. De donde también Italia fue llamada Hesperia, por el hecho de que allí aparece primero en su tiempo. Pero espiritualmente son palabras del Padre sobre su Hijo nuestro Salvador diciendo así: "¿Acaso sacarás al Lucero en su tiempo, y haces salir al Véspero sobre los hijos de la tierra?". Donde tanto el advenimiento del Señor que ha de venir en la carne fue significado, como su resurrección de entre los muertos figurada, al venir la plenitud del tiempo. Pues dice: "Envió Dios a su Hijo hecho de mujer, hecho bajo la ley". En este su tiempo pues fue sacado por Dios Padre para que visitara las tierras, el cual por eso fue llamado Lucero (Lucifer), porque viniendo de lo sublime, como después de un bienio, después de la ley y los profetas nació, y sobre nosotros puestos en tinieblas y sombra de muerte, nos exhibió la luz de la fe y del conocimiento oportuno. Pero Véspero se llama el mismo Hijo del hombre, que se acostó en la cruz al tiempo de la pasión. De quien dice el profeta a los pueblos que han de creer: "Haced camino al que asciende sobre el Ocaso (Occasum), el Señor es su nombre". Quien por cierto al tiempo del ocaso, cuando dijo al Padre: "En tus manos encomiendo mi espíritu", puso tinieblas, y se hicieron en el corazón de los infieles judíos. A este pues Dios Padre lo resucitó como gran pastor de las ovejas. A este Véspero, digo, porque habiendo sido enviado en la tarde de los siglos ofreció el

sacrificio vespertino, hizo al Hijo del hombre salir sobre los hijos de la tierra: ¡ojalá no sean carne, y la tierra alimento de la serpiente, ni hijos de la noche y de las tinieblas, sino que sean hijos del Lucero, hijos de Dios!

"¿Acaso conoces el orden del cielo, y pondrás su razón en la tierra?" Si alguno de los mortales puede conocer el número de todos los astros, puede también escudriñar el orden de su milicia. Nadie pues conoce estas cosas propiamente sino solo aquel que las fundó. Pero en sentido espiritual así puede entenderse: ¿Acaso tú, Job, como conocedor de lo futuro, ya conoces en qué orden en el cielo de la Iglesia, cuán diversas y múltiples gracias de mi espíritu resplandecen como estrellas, o con qué gloria, o con qué orden de méritos, como globos de astros radiantes, los santos brillarán en la resurrección? Otros vierten este lugar así: "Para que todas las cosas que están bajo el cielo se hagan por igual". Donde parecen decir esto, que por la volubilidad sea de los tiempos, sea de las estrellas, por espacios que se suceden entre sí vuelve y recurre. Pero espiritualmente ha de considerarse dicho así, que la dispensación por Cristo de la reconciliación humana crezca hasta el fin del siglo, para noticia de todas las naciones, o porque los santos, para que lleguen al término de las virtudes, aprovechen diariamente en la santidad de las costumbres, y por eso están constituidos bajo el cielo, esto es, bajo la obediencia de la disciplina Eclesiástica.

"¿Acaso elevarás tu voz en la nube, y un ímpetu de aguas te cubrirá?" A primera audición esto ha

de entenderse así: ¿Acaso tienes tanta potencia que, a tu imperio y voluntad, al punto desciendan del cielo lluvias que inundan y cubren? Pero según un entendimiento más alto, elevo la voz, dice el Señor, cuando clamo a los hombres: "Venid a mí todos los que trabajáis y estáis cargados", y con afecto de piedad, golpeo los secretos de la mente de ellos: donde hay como una nube la calina del pecado, y un muy oscuro olvido de mi nombre, para que rodeado de innumerables pueblos que obedecen a mi voz, sea cubierto como por un ímpetu de aguas que fluyen, y con las cuales sea vestido como con un vestido, para que habite en ellos, como dice el profeta: "Como esposa me vistió con vestido". Otros dijeron: "Llamarás a la nube con la voz, y en el temblor del agua potente te obedecerá". El agua potente es el tremendo precepto de la voluntad divina, que Dios manda a cualquier santo observar con la voz, esto es, con el afecto del clamor y por el instinto de la insinuación, para que obedeciendo se salve. ¿Acaso tú, Job, pudiste hacer algo semejante?

"¿Acaso enviarás los relámpagos, e irán, y volviendo te dirán: 'Aquí estamos'?" En estas palabras de Dios, ha de creerse que están presentes a su virtud cualesquiera cosas que Él quiera, para quien incluso todas las cosas insensibles son como sensibles; como dice el profeta: "A la presencia del Señor se conmovió la tierra, a la presencia del Dios de Jacob". Pero se llaman relámpagos que vuelven porque estos son enviados por Dios para que iluminen al mundo con

la predicación del Evangelio, a quienes el Señor dice: "Vosotros sois la luz del mundo". Y otra vez: "Te puse por luz de las gentes, para que seas para salud hasta lo último de la tierra": y al fin del siglo, volviendo con los frutos de sus manojos vendrán con júbilo, y dirán: "Cinco talentos me entregaste: he aquí otros cinco he ganado". O bien los relámpagos son inspiraciones divinas, con las cuales se iluminan los corazones de los santos, para que encendidos en el amor de la caridad de Cristo se abrasen. Pero estos relámpagos de la iluminación de Dios volverán a Dios, que los había emitido para excitar el deseo de sí mismo, cuando por la misma visitación divina con ánimo ardiente y ferviente realizaron la obra de su iluminación.

"¿Quién puso en las entrañas del hombre la sabiduría, o quién dio al gallo la inteligencia?" Es manifiesto que el hombre, cuando fue hecho a imagen y semejanza de Dios, recibió la sabiduría de la razón, para que sobresaliera sobre los demás animales, que carecen de razón y prudencia. Pero con qué bienes ha sido dotado el hombre por Dios: remito al lector a aquellos que han escrito muchísimas cosas sobre el bien de la naturaleza y sus virtudes. Al gallo también Dios le dio tal sentido que, pasado el tiempo de la noche, como recordado de la luz próxima, anuncia al mundo que vuelve cantando. Pero según el entendimiento espiritual así ha de sentirse: porque Cristo es la virtud de Dios y la sabiduría de Dios. A este el Padre lo puso en las entrañas del hombre: pues así la sabiduría de Dios, que es su Hijo, dice, cuando Pedro le hubo confesado Hijo de Dios, diciendo:

"Tú eres el Cristo, Hijo del Dios vivo." "No te reveló esto la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos." Y el Apóstol: "Pero cuando le plugo a aquel que me segregó del vientre de mi madre, y me llamó en su gracia, para que revelara a su Hijo en mí". Pienso pues que el gallo es cada uno de los santos, que en la noche y tinieblas de este mundo, reciben la fe, la inteligencia y la constancia de la virtud de clamar a Dios, para que inspire ya el día permanente y sean removidas las sombras de la vida presente, diciendo con el urgente y frecuente clamor de sus preces: "Emite tu luz y tu verdad". Lo cual también podemos entender sobre los profetas, quienes porfía anunciaron el advenimiento del día y del sol. En este lugar la interpretación de otros es muy distinta, quienes dijeron así: "¿Quién dio a las mujeres la sabiduría de la textura, y la ciencia de las variedades?" Si la ciencia de las variedades, y la sabiduría de la obra del telar la recibieron de Dios solo las mujeres, de quienes se dice: "Pero las mujeres doctas dieron lo que conocían para la obra del tabernáculo": de tales también el Señor en este lugar dice como especialmente: "¿Quién dio a las mujeres la sabiduría de la textura, y la ciencia de las variedades?" Como en el Éxodo, Bezalel y Oholiab tejieron las vestiduras de los sacerdotes y del tabernáculo con obra variada y de polimita. Conozcamos pues que hay almas santas, que recibieron por la inteligencia del espíritu el realizar esta obra incluso ahora en la historia: a quienes ciertamente como está escrito: "Dios dio sabiduría e inteligencia, todo lo que puede ser inventado artísticamente, lo dio

en el corazón de ellos". Así pues fueron llenos del espíritu de sabiduría, y de inteligencia, y de sabiduría o ciencia, y de toda doctrina para excogitar y hacer toda obra, puesto que aquel tabernáculo de la ley prefiguraba la imagen de la santa Iglesia. Digamos sobre esta variedad de costumbres, o de méritos como un vestido que sirve al verdadero Salomón, lo que por figura la reina de Saba dijo a Salomón, alabando con admiración su sabiduría, y la casa, los alimentos, las habitaciones, y el orden de los siervos, los vestidos y ministros, y los holocaustos que ofrecían en la casa del Señor continuamente. Que esta variedad de oficios ha sido tejida por diversas Iglesias en todo el mundo, por las cuales en unas partes los casados, en otras los continentes, en otras las vírgenes. Estos por las limosnas, aquellos por la enajenación de todas las facultades: aquellos por la cruz y la mortificación de los deseos terrenos, aquellos por la ciencia de las Escrituras con múltiples gracias del Espíritu Santo, adornan como con diversos colores el cuerpo de Cristo, y se confeccionan para sí vestidos de gloria eterna y de inmortalidad. Tejen también con perfecto entendimiento la fe de la Trinidad, como un cordel triple que no se rompe pronto. Tales vestiduras operan estas mujeres espirituales, esto es, o las almas santas, o las Iglesias constituidas por diversos espacios de regiones.

"¿Quién narrará la razón de los cielos, y quién hará dormir el concierto del cielo?" Es cierto que nadie podrá ni narrar con el discurso, ni concebir con la mente la razón de los cielos, o el curso de

las estrellas. Pero en cuanto a lo que dice: "¿Quién hará dormir el concierto del cielo?", en muchos lugares de las Escrituras se dice que los elementos alaban a Dios, por el hecho de que en la disposición y belleza de ellos Dios es predicado, sea por los hombres, sea por los ángeles. Esto es, ¿quién hará que los hombres que ejercen su vida en sus alabanzas duerman, esto es, descansen? Por este honor pues, que es tributado por la congregación de la Iglesia: ¿quién otro sino Él mismo dará descanso y refrigerio para siempre? Pues la "dormición" algunas veces en las Escrituras se entiende como "descanso", como dice el profeta Isaías: "La justicia durmió en ella": esto es, en Jerusalén descansó la equidad de la justicia, pero ahora los homicidas. Y un cierto santo, sobre quien había sido señalada la luz del rostro del Señor, dice en el salmo: "En paz en lo mismo dormiré, y descansaré". Asimismo en otro lugar: "Si durmiereis", dice, "entre los medios de las suertes (cleros)", esto es, descanséis entre las suertes de los dos Testamentos. ¿Y quién hará dormir el concierto del cielo? Entendamos a los santos ángeles, que por la misma habitación del cielo son llamados "cielo" por el profeta de este modo: "El cielo del cielo para el Señor". Al concierto de este cielo pues, dice el Señor, ¿quién lo hará dormir?, esto es, ¿quién será aquel que pueda inhibirles de las perpetuas alabanzas con que me bendicen, cantando incesantemente "Santo, santo, santo Señor", para que cesen y como que se duerman? "¿Quién narrará la razón de los cielos?" Y los santos son llamados frecuentemente con el nombre de "cielos", sobre

quienes según los entendimientos místicos vaticina el profeta diciendo: "Los cielos narran la gloria de Dios". De estos pues los dones, que tienen diferentes según la gracia de Dios; ¿quién podrá narrar incluso la razón de la fe de ellos?

"¿Cuando se fundaba el polvo en la tierra, y los terrones se compactaban?" El polvo de que habla el Señor significa la infidelidad de las gentes: por cierto el polvo árido y suelto se mezcla al fundamento apostólico en la Iglesia, para que por la fe y las ligaduras, o las trabas de la caridad, la conglutinación en el pacto de unión y paz en Cristo, aproveche creciendo en el aumento de Dios como en tierra sólida. De donde los terrones del campo del Señor, hechos fructíferos, se compactan en un solo cuerpo de la Iglesia por el vínculo de la caridad. También con la apelación de "cielos" se llaman rectamente las santas Escrituras: por el hecho de que han sido atribuidas a los hombres desde lo alto, o porque contienen en sí sacramentos celestiales. De estos cielos pues, esto es de las Escrituras, la razón de las cuales está ensombrecida por las oscuridades de los misterios, y es profunda, ¿quién podrá escudriñarla con el ánimo, o proferirla con la elocuencia, o quién mandará que cesen sus vaticinios? Los antiguos intérpretes dijeron así: "¿Quién inclinó los órganos del cielo hacia la tierra?" esto es, quién es el que inclinó los cantos de los cielos que alaban a Dios hasta la noticia de los hombres, para que, por imitación de su alabanza, merezcan ser hechos socios de los ángeles.

"¿Acaso tomarás la presa para la leona, y llenarás el alma de sus cachorros?" De estas cosas que enumera por todo el texto de este discurso, seis son cuadrúpedos y cuatro son volátiles. Y en este número perfecto del decálogo puede verse que Dios quiso que se entendiera toda criatura, la cual es regida por Él como por su autor. Pues el décimo número es perfecto; porque iterando por él, todo número se multiplica hasta el infinito. Por tanto, según la superficie de la letra, dice esto: Yo que procuro todas las cosas con justa dispensación, solo respecto a ti, oh Job, parezco injusto. Según el entendimiento espiritual, por la leona o también por el león ha de entenderse el diablo, quien también en muchos lugares de las Escrituras es así nombrado por su saña y fortaleza. Sobre este pues dice el Señor, que a nadie puede dañar si no hubiere recibido potestad de Dios. Por su justo juicio pues le son entregados, porque aquel no tiene en absoluto fuerzas para dominar si Él mismo no lo hubiere permitido. "¿Acaso tomarás la presa para la leona?", esto es, tal como yo permitiré que sea tomada. Pienso pues que en este lugar se llaman cachorros por eso, porque había nombrado a la leona, a los cuales con el veneno de su malicia o iniquidad había nutrido como con leche para perecer a los hombres. De cuyas muertes se rehacen las almas de los nequísimos espíritus, y sobre estos dice en el salmo: "Los cachorros de los leones rugientes, para que arrebaten y busquen de Dios alimento para sí". A estos leones pues, y a los dragones, se dice que Dios da alimentos cuando reciben en su potestad a aquellos que pretenden.

"¿Cuando se agachan en sus antros (en las selvas, dijeron otros) y acechan en las cavernas?" Los antros o cavernas son los corazones de los hombres impíos: en estos escondrijos se sientan, o se agachan en acechanzas, para matar al inocente.

"¿Quién prepara para el cuervo su alimento, cuando sus polluelos claman a Dios: vagando, por no tener comida?" Estimo que también aquí el cuervo significa la parte adversaria, al igual que sus polluelos, para que así como anteriormente por la leona y sus cachorros entendimos al diablo y a la turba de sus perdidos, así también aquí entendamos al mismo cuervo con sus polluelos. Lo que pues se dice "vagando", se indica con este verbo que padecen como una cierta rabia de hambre respecto al género humano, para que tomen la perdición de su porción como alimento, y por eso parecen afanarse con toda instancia hasta que llegan al efecto de sus deseos, como hemos oído al Espíritu Santo diciendo por Salomón: "El ojo que se mofa del padre, y contumaz a la ancianidad de la madre, sáquenlo los cuervos de los valles, y devórenlo los polluelos de las águilas". Podemos también sentirlo así, que al cuervo, esto es al diablo, y a todos sus socios los tuvimos una vez por padres, cuando nos asimilábamos a sus errores y vicios, y de ahí también se nos llamaba con el nombre de polluelos. Pero dejándolos a ellos, lo cual también se enseña a la esposa que haga: la cual esposa somos nosotros, a quien se dice: "Oye, hija, y ve, e inclina tu oído, y olvida a tu pueblo y la casa de tu padre", e invocando ahora al Señor, puede suceder que todavía

seamos llamados por el nombre antiguo: como dice el profeta donde habla de Dios: "El cual da a las bestias su alimento, y a los polluelos de los cuervos que le invocan". Y creo que por eso somos contados por el nombre antiguo, para que sepamos qué fuimos, y qué somos ahora por la gracia de Cristo. Y de ahí entendiendo este mismo gran bien, demos más gracias a Dios diciendo con el Apóstol: "Gracias a Dios Padre, que nos arrebató de la potestad de las tinieblas, y nos trasladó al reino del Hijo de su claridad". La costumbre de la santa Escritura es de tal modo que frecuentemente recuenta los antiguos nombres de las culpas en los santos, como dice el bienaventurado profeta Isaías sobre Dios: "Me bendecirán las bestias del campo"; y el apóstol Mateo es llamado publicano. Veamos este lugar, si podemos también exponerlo en buena parte, para que interpretemos a este cuervo como a Cristo. Pues así como según la costumbre de las Escrituras llamamos a nuestro Señor monte, y de modo similar llamamos al diablo; también le llamamos roca y piedra, árbol y espada: así quizá podemos llamarle cuervo. Pues también la esposa Iglesia, entre otros pregones de alabanza sobre Cristo, dice así en el Cantar de los Cantares: "Sus cabellos como de abeto, negros como el cuervo": pero cuando adaptamos el nombre de cuervo al diablo, le decimos negro por los crímenes y fétido, y que mora en las tinieblas de las maldades. En cambio, cuando decimos que por ese nombre se significa al Salvador, sentimos que Él es oscurísimo en sus Escrituras por los arcanos de los misterios. Y sabiendo que el diablo

es llamado serpiente en las Escrituras, ¿quién osaría creer así del Señor, si Él mismo no hubiera expresado en sí la semejanza de la serpiente con sus propias palabras, diciendo: "Como Moisés exaltó la serpiente en el desierto, así conviene que sea exaltado el hijo del hombre": e amonestó a los discípulos a ser tales diciendo: "Sed astutos como serpientes". Y la serpiente, esto es el diablo, es maldito por Dios, por haber seducido a Eva con astucia: y Cristo es llamado maldito: porque maldito todo el que cuelga en el madero. Pues tomando sobre sí el maldito del hombre, esto es, la muerte que había venido por la sentencia de Dios, suspendió el maldito en el madero, y de ahí es que por nosotros Cristo fue hecho maldito. Estos ejemplos hemos proferido para que se afiance el sentido arriba proferido: veamos lo siguiente. Ahora pues, dicho Cristo cuervo figuradamente, el padre prepara el alimento, cuando le convoca de las gentes a los que han de creer, como dice del mismo padre el profeta diciendo: "Quien suscitó del Oriente al justo, lo llamó para que le siguiera. Dará en su presencia a las gentes, y obtendrá reyes". A estos pues llamados a la fe, el Señor Cristo es recreado como por alimento con el gozo del júbilo. Sus pueblos, esto es los discípulos y todos los creyentes, claman a Dios en la oración, pidiendo diariamente el pan sustancial, y esto mismo lo hacen vagando, porque son peregrinos y huéspedes sobre la tierra, donde no constituyeron para sí una sede firme y estable, sino que dicen con el Apóstol: "Somos inestables". Estos pues tienen ciertamente los alimentos de las Escrituras: con

cuyo consuelo son apacentados, pero es alimento de esperanza y de fe, no alimento de cosa propiamente permanente. Y por ello se dicen vagar en este mundo hasta que lleguen a una cierta inmovilidad del siglo futuro. Pues también a este entendimiento espiritual pertenece el que estos cuervos se digan apacentarse del rocío, como refieren haber indagado los filólogos.

CAPÍTULO XXXIX.

¿Acaso conoces el tiempo del parto de las íbices en las peñas, o has observado a las ciervas cuando paren? Las íbices son las mismas que los griegos llaman tragelaphos, con el nombre mezclado de macho cabrío (hircus) e ciervo (cervus), porque es necesario que estos animales tengan algo semejante entre sí, y creo que uno de estos es llamado damela (damula) en el Cantar de los Cantares, que algunas veces, como también la cabra montés (caprea), eran sacrificadas según la ley. Y en el Cantar de los Cantares frecuentemente se ponen juntas, y se llaman limpias, puesto que tienen cuernos, rumian y dividen la pezuña. De esta íbice son también otros animales casi del mismo género, como es el de los cuervos, como se dice en la Ley: "Y no comeréis ninguna de las aves del género de los cuervos". Estos animales, pues, se crían principalmente en los peñascos y en las cavernas de las rocas. ¿Conoces el tiempo en que paren las íbices?, dice el Señor a Job: ¿o has observado cuándo paren las ciervas? Cuántas otras cosas hay en las Escrituras más oscuras y alejadas del conocimiento de los hombres, de

las cuales el mismo Señor parece haber dicho algunas en este libro, que las que ahora habla a Job: pues ¿qué trabajo es conocer el tiempo de las ciervas y de las íbices parturientas? ¿O por qué es tan recóndito para el conocimiento humano que pueda ignorar por completo el tiempo de parir de estos animales, especialmente cuando estos mismos animales moran casi en medio de los hombres? Por tanto, para que este discurso del Señor no sea vil para algunos, y tal vez sea estimado por ellos como superfluo, hay que mirar más profundamente lo que dijo, para que digamos que en los misterios, bajo el nombre de estos animales, están prefigurados los apóstoles y varones apostólicos, y todos los predicadores de la verdad: quienes en la fortaleza de la fe y la paciencia, como en las peñas por el espíritu que los imbuye, den a luz la palabra del Evangelio perfectamente formada en sí mismos, o den a luz con los dolores de las persecuciones. En la peña paría también aquel que dijo: "Pues en Cristo por el Evangelio yo os engendré". Este tiempo futuro, pues, yo lo constituí, y las almas de los predichos, como ciervas, que conciben de mi temor, para que den a luz el espíritu de salud sobre la tierra, tú tal vez, como con oficio de partera, observaste con diligentísima solicitud, dándoles boca y sabiduría, a la cual no puedan resistir todos sus adversarios.

¿Has numerado los meses de su concepción, y has conocido el tiempo de su parto? La palabra de Dios viva y eficaz, que penetra hasta la división del alma y del espíritu, de las coyunturas

y de las médulas, en esta concepción espiritual obra ciertos progresos de incrementos, como por meses de tiempos en los senos de los corazones, como apareció primero en los mismos apóstoles, quienes al inicio de la predicación fueron vistos como pequeños y modestos, pero poco a poco, corroborándolos el espíritu, se demostró que la palabra en ellos había llegado hasta la medida de la plena gracia. La cual, dándola a luz como por un parto, escribiéndola entera, perfecta y llena de las divinas promesas, la publicaron a las diversas Iglesias. Tales tiempos de concepción y de parto, pues, que ocurren de este modo en el útero espiritual del corazón, ¿de dónde pudiste tú conocerlos, Job?, dice el Señor; cuyos tiempos están constituidos en el Evangelio por el consejo de mi predefinición. Donde pues se dijo: "¿Y conociste el tiempo de su parto?", otros dijeron: "Y sus dolores soltaste". Los dolores son las persecuciones y tribulaciones que se infieren a los predicadores, de cuyos dolores estos son entonces absueltos cuando, invitados al descanso, son absueltos del cuerpo. O bien son absueltos entonces de los dolores de las persecuciones cuando, puestos en la esperanza, miran hacia la promesa de la remuneración eterna a cambio de los males presentes.

Se separan sus hijos, y van al pasto: salen, y no vuelven a ellas. Por el parto apostólico, los hijos que los santos engendraron en Cristo son separados, ya sea de sus antiguos errores, o también de las obras carnales, de las cuales ahora se avergüenzan, para que ya no vivan para sí, sino para Cristo, que murió y resucitó por ellos. Van al pas-

to: esto es, excitados diariamente por la ciencia de una inteligencia más profunda, progresan en su conducta, diciendo, animales santos del verdadero pastor: "El Señor me rige, y nada me faltará", y lo demás que sigue en el mismo salmo; así, digo, van los hijos santos de los que evangelizan la paz, como ya dije, esto es, crecen y progresan. A este pasto del Señor, y a este alimento de las almas santas, y a tales delicias espirituales, salen ciertamente de la infancia de las costumbres, progresando diariamente, avanzando por el mérito de las virtudes hacia el varón perfecto. Y no vuelven a ellas. No vuelven para que sea necesario otra vez que se les enseñe cuáles son los elementos del comienzo de las palabras de Dios. No vuelven a las cosas que están atrás, sino que se extienden a las que están delante. No vuelven como algunos a quienes dice el Apóstol: "Hijitos míos, a quienes otra vez doy a luz hasta que Cristo se forme en vosotros", sino que más bien suben los grados de las ascensiones, caminan de virtudes en virtud. Tales hijos no pueden oír, como los Gálatas, la voz del Apóstol que increpa: "Querría estar con vosotros y cambiar mi voz". Este discurso de Dios, pues, bajo la figura de las cabras monteses y de las íbices, describe a los apóstoles, como ya dije, y a los varones apostólicos, y a todos los doctores de la Iglesia, por cuya doctrina la Iglesia engendra para sí hijos espirituales. Y cada alma, concibiendo de la palabra de Dios, pare hijos de buenas obras, la cual sin embargo sea semejante a la cierva y a la íbice, para que habite en los montes y se críe en las peñas, y sea veloz y alegre para correr el

camino del Señor. Saque también las serpientes de su tierra, y viva mucho tiempo, oyendo al profeta: "Se te añadirán años de tu vida". Para tales ciervas son los montes excelsos, que la voz del Señor promete por el profeta en el salmo, diciendo: "Sobre los montes estarán las aguas". Y luego: "Porque tú humillaste los montes", y entonces finalmente añadió: "Los montes excelsos para las ciervas". Los montes excelsos, como dijimos, son la eminencia y la altura de las Escrituras, en las cuales habitando los predicadores de la verdad, caminan también en la altura de la sabiduría y de la ciencia de Dios.

¿Quién dejó libre al onagro, y quién soltó sus vínculos?

En la cierva y la íbice mostramos antes que estaba la figura de la Iglesia. Pero ahora, bajo el nombre de onagro (onager), estimamos que puede entenderse el pueblo de los judíos, al cual Dios dejó por su incredulidad, como dice: "Y los dejó según los deseos de su corazón". Lo cual Dios atestigua en muchos otros lugares de las Escrituras que habría de ser así. Y sentimos que no absurdamente sus vínculos son los preceptos legales. Pues al mismo pueblo contumaz y rebelde, así lo reprende e increpa el profeta, diciendo: "Vaca lasciva Israel, rompiste el yugo, quebraste los vínculos". A este, pues, como onagro, animal ciertamente inmundo y desenfrenado, lo dejó el Señor, para que de aquel yugo de su imperio, porque siempre se resistió a obedecer, fuera soltado a los vínculos de los preceptos del diablo, y según el Apóstol, siendo siervo del pecado, fuera libre

para la justicia; pues así el mismo Señor dice de los judíos en el salmo: "Rompamos sus vínculos, y proyectemos de nosotros su yugo", donde la misma Trinidad de Dios parece haber dicho esto. Pues del mismo modo que en el Génesis, en la hechura del hombre, Dios dijo en plural: "Hagamos al hombre a imagen y semejanza nuestra", así también habló aquí: "Rompamos sus vínculos, y proyectemos de nosotros su yugo". El lugar que los Hechos de los Apóstoles declaran manifiestamente que es así, donde los apóstoles elevaron su voz a Dios y dijeron: "Señor, tú que hiciste el cielo y la tierra, el mar y todas las cosas que hay en ellos, que por el Espíritu Santo, por boca de nuestro padre David tu siervo (puer), dijiste: ¿Por qué bramaron las gentes, y los pueblos meditaron cosas vanas? Se presentaron los reyes de la tierra, y los príncipes se reunieron en uno contra el Señor y contra su Cristo". Por este crimen, pues, cometido contra Cristo Hijo de Dios, dice el Padre, que en su espíritu había predicho que esto sería así, diciendo: "Rompamos sus vínculos, y proyectemos de nosotros su yugo". Procedió un pecado grande y nefando por el cual crucificaron al Salvador, de modo que merecidamente fueran rotos por ellos los vínculos de los preceptos de Dios, y así fuera proyectado el yugo de la ley. Que convenía que su yugo y vínculos fueran rotos, se da a entender por el hecho de que, respecto al onagro remitido a la soledad, como dijimos que se entiende este pueblo de los judíos, dice el Señor:

Al cual dio casa en la soledad.

Hice habitar a los justos destituidos en la soledad, a saber, de la protección de mi defensa, como también hablé después por boca profética diciendo: "Sea su habitación desierta, y no haya en sus tabernáculos quien habite". Soledad, pues, se hizo aquel pueblo, y yermo, porque quitada la ley, la profecía, el sacerdocio, el sacrificio también y los beneficios divinos, fueron privados y destituidos también de la protección de la gracia.

Y sus tabernáculos en tierra de salinidad.

Para que viviera estéril e infructuoso, sin ninguna esperanza de la promesa de Dios, se dice que recibió tierra de salinidad: donde no tuviera nada fuera de la amargura con la que provocara a Dios a la ira. Pues así dice el profeta en otra parte acerca de Dios: "Pusiste los ríos en desierto, y las salidas de las aguas en sed. La tierra fructífera en salinidad por la malicia de los que habitan en ella".

Desprecia la multitud de la ciudad; no oye el clamor del exactor. Esta es la Iglesia de la ciudad, que consta de una multitud de innumerables pueblos, de la cual dice el Señor: "No puede ocultarse una ciudad puesta sobre un monte". Por tanto, cada judío, despreciando esta ciudad, la menosprecia al rechazarla; tampoco oye el clamor de cualquiera que evangelice la palabra de Dios y exija la obediencia de la fe, esto es, rehúsa obedecer. Por esto, pues, se ha endurecido el corazón de ellos, y cerraron sus ojos, para que no vean con los ojos, ni oigan con los oídos, ni entiendan con el corazón.

Rodea los montes de su pasto, y busca todo lo que está verde. Mirando hacia los montes, a saber, a cada uno de los soberbios doctores, escribas y fariseos de su ley, y difiriéndoles honor, los rodea con el afán de la adulación; no apartándose ciertamente de ellos en quienes está la doctrina de los hombres, en cuyos montes también, donde se jactan de tener los pastos de la ley carnal, busca todo lo que está verde, lo cual pertenece ciertamente a las delicias de la carne y a los sábados delicados, y las cuales, como por las historias de la superficie de la ley que verdea, no tienen ningún fruto de figuras.

¿Acaso querrá el rinoceronte servirte, o morará junto a tu pesebre? O, como dijeron otros: ¿Acaso querrá el monoceronte servirte? Por la diversa edición de los traductores advertimos que lo mismo es el rinoceronte que el monoceronte, y en latín se entiende como unicornio, o que tiene un cuerno sobre las narices. Hay, pues, fieras de esta clase en la soledad del Oriente, y a veces son vistas o capturadas por los hombres. Este monoceronte, pues, prefigura la imagen del pueblo gentil; cuya soberbia también se significa en el cuerno: como se dice por Dios a través del profeta a ciertos pecadores y soberbios: "Dije a los inicuos: No obréis inicuamente; y a los delincuentes: no exaltéis el cuerno". No ensalcéis en lo alto vuestro cuerno: porque la soberbia en aquellos a quienes Dios increpa es vieja y antigua. Según otra edición, leemos en este mismo lugar del salmo: "No exaltéis en lo alto vuestro cuerno, hablando con cerviz vieja". En muchos otros pasajes de las

Escrituras, al mencionarse el cuerno, leemos que se nombra la soberbia; aunque también suele decirse el cuerno en buen sentido, como es aquello: "Exaltará el cuerno de su Cristo". Pues también el mismo Señor Cristo, por su imperio singular, a veces es llamado unicornio. Leemos también que los cuernos se llaman reinos, como se contiene en Daniel y el Apocalipsis. Este monoceronte, que por la sabiduría mundana estaba extendido a lo alto por la hinchazón de la soberbia, ¿acaso se te sujetará?, dice el Señor a Job, para que sirviendo por la fe en santidad y justicia, someta la cerviz de la obediencia, y hecho manso y humilde, recurra al pesebre del Señor, y se sature con los sagrados alimentos de las palabras de Dios y del hombre asumido? O, ¿acaso se sujetará para que habite en el claustro de mi Iglesia, que será establo para los caminantes y saludable refugio para los que renuncian a este mundo: donde engorde con los alimentos de las comidas espirituales, las instituciones y las elocuencias celestiales, y se cumpla en él lo que después había de predecirse por el profeta: "Conoció el buey a su poseedor, y el asno el pesebre de su señor". Ciertamente, en el monoceronte aquí nombrado, al igual que en el profeta por el asno, se significa el pueblo inmundo e incircunciso de todas las naciones.

¿Acaso atarás al rinoceronte con tu correa para arar, o quebrará los terrones de los valles tras de ti?

Por "correa" (lorum) en este lugar debemos entender la misma caridad de Cristo, que es la principal entre todas las virtudes, de la cual

dice el Apóstol a los que cuidan y aman a Dios: "Unidos en la caridad"; en cuyos vínculos el profeta predijo antaño que habrían de ser ligados, diciendo a Dios: "El trabajo de Egipto, y la negociación de Etiopía, y los varones sublimes de Saba pasarán a ti, y serán tuyos, y caminarán tras de ti: irán atados con esposas". Y David habla del mismo modo sobre cómo los creyentes habrían de ser ligados por los vínculos de la caridad de Dios a través de los ministros de la palabra de Dios, diciendo: "Para atar a sus reyes en vínculos de hierro". Con los nombres de estos vínculos, quiso demostrar la fortaleza de la caridad de Cristo, la cual, siendo fuerte y potente aun en esposas de hierro, constriñe al amor del Señor. Este rinoceronte, pues, esto es, el pueblo que antes era incircunciso, a saber, en el prepucio de las delicias carnales, e inmundo por la infidelidad, ligado con esta correa fortísima de la caridad de Cristo, de modo que ninguna criatura pueda separarlo de Cristo: deshace en el cuerpo los terrones de los valles, a saber, la dureza de los pecados, y cultiva en su cuerpo la tierra del Señor, según el Apóstol, que dice: "No sois vuestros". Y por tanto esta es especialmente tierra del Señor, en la cual primeramente se hace como una purga de todos los pecados, como de zarzas y espinas. Después, con el arado de la cruz y el hierro de la pasión del Señor, se desgasta la dureza del corazón, y se quiebran los terrones de los valles. Con el nombre de "valles", juzgo que se significan los hombres humillados por los pecados y deprimidos hacia lo profundo, como tenemos en el salmo: "Dispu-

so las ascensiones en su corazón en el valle del llanto". De donde también Isaías, al ir a profetizar con increpación contra la Jerusalén pecadora, antepuso a su profecía este título: "La carga del valle de la visión". El monoceronte, pues, desmenuza los terrones de tales valles cuando doma la tierra del cuerpo humillado y la prepara para recibir las semillas de los preceptos celestiales y dar frutos: cuando con el Apóstol castiga su cuerpo y lo reduce a servidumbre: cuando se esfuerza por quitar de sí toda torpeza de corazón obstinado y dura estupidez, lo cual sin embargo de ningún modo podrá lograr, dice el Señor, si no me hubiera seguido obedientemente como su rector y gobernante. De donde dice el Señor a Job: "¿o quebrará los terrones de los valles tras de ti?", como tenemos en el salmo: "Mi alma se pegó tras de ti". Y el profeta dice de tales: "Tras de ti caminarán", dice, "atados con grillos", donde veo tales pies dignos de admiración, que cuanto más encadenados estén, tanto más velozmente salen sin tropiezo.

¿Acaso tendrás confianza en su gran fortaleza, y le dejarás tus trabajos? ¿Acaso le creerás que te devuelva la semilla, y congregue tu era? Yo el Señor conozco la fortaleza de su caridad, y de su paciencia y longanimidad, y por eso le dejé para que me imitara todos los trabajos de mi dispensación, los cuales entenderá creyendo en mí, porque por él sostuve bofetadas, recibiendo azotes y salivazos, y trabajé para él: y volando de nuevo a los cielos le dejé ejemplos de trabajos y virtudes, a quien lo que creí y encomendé, ayudándole mi gracia, devuelva múltiple semilla, y en la era

de mi Iglesia el germen fructifique al treinta, al sesenta y al ciento por uno, y congregue tu era: como los apóstoles, y después de los apóstoles hicieron muchos de los doctores.

La pluma del avestruz es semejante a las plumas de la garza y del halcón. Se dice que hay tres géneros de garzas: algunos refieren que uno de ellos es de color blanco, otro en cambio es variado con diversos colores como el de la grulla, y afirman que hay un tercer género negro, que no solo es veloz y feroz para la presa, sino también impacientísimo en el coito, hasta tal punto que en el tiempo del coito brota sangre de sus ojos. La garza (herodius) se nombra así en el salmo ciento tres: "La casa de la garza es el guía de ellos", cuando el profeta habla figuradamente sobre los leños del Señor. También en el Deuteronomio y en el Levítico, donde Moisés prohíbe que las aves inmundas sean tomadas como alimento, se pone esta de igual manera. También hay algunas formas o géneros de halcones. Con estas aves rapacísimas, que viven de la caza y la presa, se compara al avestruz en sus plumas, como también dijeron otros: "El avestruz es mixta, con alas de garza y de halcón".

Por tanto, respecto al avestruz según la inteligencia espiritual y los sentidos divinos, no absurdamente percibimos a la Iglesia, que por el lavacro de la regeneración y la palabra ha sido hecha limpia en Cristo, la cual ciertamente tiene una pluma semejante a las plumas de las aves que se alimentan de carne y sangre. Pero aquellas aves, con el remo de sus alas en este aire como

en un mar, actúan para capturar presas de las otras aves. De donde bajo esta figura se entienden nuestros enemigos espirituales. El avestruz, en cambio, usa sus alas de un modo muy diferente: porque las extiende, viviendo como por la fe y la forma de los dos testamentos, que son los gobernalles de su morada.

Esta ave, dice el Señor a Job:

Cuando dejó sus huevos en la tierra, ¿acaso tú los calentarás en el polvo? Por huevos o hijos, como se dice en lo que sigue, debemos entender la nueva criatura engendrada en Cristo, y la blanca progenie de la santa Iglesia. Pero sepamos que están en los huevos aquellos que son nutridos por la doctrina cotidiana, como ciertos fetos de la madre Iglesia, para que, procediendo alguna vez de la parquedad de los inicios y de la imperfección, existan finalmente bajo la cáscara de las virtudes, como con coyunturas de miembros distintas y formadas, cuando de las tinieblas de los vicios hayan sido hechos de este modo luz en el Señor, progresando diariamente hacia la solidez de las edades y las costumbres. Oigan al profeta diciendo sobre ellos: "Se formarán los días, y nadie en ellos", esto es, ningún vicio dominará en ellos por el cual sean vencidos al ser impugnados. Entendamos por hijos a los que ya son más robustos de lo acostumbrado, compuestos en la fe y las virtudes, y formados por los incrementos de las virtudes, como por una serie de años, no teniendo ya nada de toda la enfermedad de una vida descompuesta. Estos, pues, como dice el Señor, son dejados en la tierra por la Iglesia cuando sufren

persecución de los impíos y de los que saborean las cosas terrenas. Pues se dice que la Iglesia los deja mientras no resiste a los que se oponen: a quienes el Señor hace duros por el fervor de la fe y la paciencia, y fortísimos en aquel fuego que envió a la tierra, y en el polvo de su carne frágil.

Olvida que un pie pueda pisotearlos, o que una bestia del campo los quebrante.

Olvida la Iglesia a sus hijos mientras no prohíbe a los adversarios inferirles las molestias de las presiones. En este lugar pienso que hay una diferencia de tribulaciones por aquello que dijo, "el pie pisotee", y aquello que dijo, "y las bestias del campo quebranten". Y sea esto el quebranto de las bestias cuando, abiertamente truculentos, feroces y semejantes a las bestias en la inmanidad y crueldad de las costumbres, afligen a los que confiesan a Cristo hasta la atrocidad de la muerte. Pero sea el pie del pisoteo una tribulación de esta clase: cuando por los oprobios y el excesivo desprecio de los inicuos los santos son humillados por todas partes, como desgastados por un cierto pisoteo.

Se endurece con sus hijos, como si no fueran suyos: trabajó en vano, sin que ningún temor la obligara. Ante las presentes tribulaciones de sus hijos, la Iglesia parece dura e impía, ya que no gime ni llora las angustias y la destrucción de sus nacidos. En cuya figura, la santa madre de los Macabeos se regocijaba sobre los tormentos de sus hijos: pues veía en espíritu, como también aquí la santa madre Iglesia contempla diariamente por la fe, cuánta gloria para la eternidad producen

las penas presentes por la profesión de la verdad aceptada. Y por tanto, lo que sigue, "trabajó en vano, sin que ningún temor la obligara", significa a la Iglesia, que prepara a sus hijos para la tentación y las molestias de este mundo, esperando ciertamente de Dios por estos males temporales la gloria de sus hijos y la eterna bienaventuranza de la incorrupción. De otro modo, aun si hubiera dolido por los hijos consagrados, habría dolido en vano, porque no tenía causas de temer, cuando no los perdió, sino que los adquirió.

Pues Dios la privó de sabiduría, ni le dio inteligencia. La Iglesia está privada de la sabiduría e inteligencia de este mundo por Dios; pues también el Apóstol manda que esto se haga, diciendo: "El que quiera ser sabio, hágase necio para que sea sabio: porque la sabiduría de este mundo es necedad ante Dios".

Cuando sea el tiempo, levanta sus alas a lo alto; se ríe del caballo y de su jinete. Cuando irrumpa, dice, la aflicción más molesta y excesivamente acerba del perseguidor, allí es mayor hacia Dios el afecto del que suplica por la aflicción, mientras en cierto modo se excita, y humillado se levanta con vigilancia atentísima de orar en lo alto con alacre esfuerzo; lleva su fe y su esperanza, como alas apoyadas en el auxilio de la gracia de Dios, y cuando haya sido sustentada por el auxilio de tales alas, sus pasos se hacen ciertamente más veloces y rápidos: de modo que se ríe de los enemigos que la persiguen, esto es, del caballo y del jinete, que es el diablo y el hombre ministro del enemigo, quien para perpetrar persecuciones

contra la Iglesia, se sienta en cualquier caballo suyo, a saber, en el corazón del hombre perseguidor.

¿Acaso darás tú fortaleza al caballo, o rodearás su cuello de relincho? Este caballo, juzgo que puede entenderse como la potestad adversaria, que es pálido, como se escribe en el Apocalipsis, a quien sigue la muerte y el infierno. Y el que en el profeta Zacarías se llama rojo, a saber, salpicado por las muertes de los hombres y por el cruor. Por consiguiente, mientras se permite que le sea dada por Dios, se dice fortaleza, y que se rodee su cuello de relincho, para que por la paciencia y bondad de Dios, atesore para sí ira en el día de la ira y de la revelación del justo juicio de Dios. Y por tanto en su cuello se significa el relincho de la soberbia, con el que se hinche contra Dios y habla blasfemia. ¿Acaso lo suscitarás tú como a las langostas? Al modo de las langostas, se dice que nuestro adversario es suscitado cuando se dice que sale de sus lugares para repartir y devastar regiones, como dice el salmista sobre Dios: "Dijo, y vino la langosta". Pero esta suscitación, juzgo que es la instancia de efectuar una obra. De donde se dice a Faraón: "Para esto mismo te he excitado, para mostrar en ti mi virtud, y que sea anunciado mi nombre en toda la tierra". La gloria de sus narices es terror. O como dijeron otros: La gloria de su pecho es audacia. Para que el enemigo ponga en fuga a su adversario, a saber, al soldado de Cristo, lo aterra con su mismo aliento: este es el olor de la muerte, este es el espíritu furibundo que anhela la muerte del hombre; mira hacia atrás el que

vuelve de nuevo a los pecados, o cede a las tribulaciones, como el Señor explica por parábola en el Evangelio. Cava la tierra con la pezuña. O, como dijeron otros: cavando en el campo se entrega al deleite, esto es, pisotea y desgasta a los hombres carnales y a los que saborean las cosas terrenas, y cuando los haya humillado y sometido a sí mismo, los hace quebrantados por ese quebranto, tal como es el quebranto e infelicidad en los caminos de los hombres impíos. En esta clase de latitud de los vicios, pues, como deleitándose en un campo, cava para sustraer a los hombres los fundamentos de las virtudes, para que al ser retirada la solidez caigan en la ruina.

Se regocija audazmente.

Se alegra el soberbio por la audacia de la presunción, mientras combate perniciosamente contra los hombres.

Va al encuentro de los hombres armados. Cuáles sean las armas de los santos contra las maldades espirituales, el Apóstol lo relata diligentemente. Contra estos, pues, revestido con tales armas, se dice que va al encuentro, cuando esforzándose por capturar la ciudadela de la mente, contra el muro de las virtudes, lanza los arietes de los vicios, y para tentar al Señor, se atrevió a venir al encuentro de Él en el desierto, y en cada ciudad salía al paso a los apóstoles que predicaban a Cristo, cuando les suscitaba las conmociones de las sediciones del pueblo, como también leemos en los Hechos de los apóstoles. De donde también Pablo dice a algunos: "Se me ha abierto una puerta grande y evidente, pero

los adversarios son muchos". Y en muchos otros lugares no calla sobre esta impugnación de los adversarios, que el diablo enviaba.

Desprecia el pavor, ni cede a la espada. Que por el imperio e invocación de Dios, el diablo sea puesto en fuga, es manifiesto; pero si atendemos a su contumacia y voluntad iniquísima, y provocadoramente impudentísima, no se aterra intrépido; no se avergüenza aunque haya sido aterrado y puesto en fuga por la espada del hierro de Dios, y vuelve de nuevo, ni se retira confutado.

Sobre él sonará la aljaba, vibrará la lanza y el escudo. ¿Por qué tiene aljaba el enemigo? A saber, para que los judíos, gentiles y herejes sentados en ella, en quienes están las saetas de la muerte, a saber, los dogmas letales de los errores, asaeteen en lo oscuro a los rectos de corazón. Tiene lanza para atravesar con crímenes y demás vicios a los pecadores; saetas, los engaños más sutiles; lanza, los delitos pesados y mortíferos. Tiene escudo, con el cual, en la plenitud de la malicia, ocupa todo el pecho de sus soldados, con el cual, para que no sean compungidos por los dardos de las palabras de Dios, los sacude, los frustra, los rechaza: desde cuyo caballo transfigurado en ángel de luz, con un cierto esplendor terrible, vibran la lanza y el escudo, y por la elocuencia de la mentira resuenan las abruptas depravaciones de los herejes, y aquí por la incesante intención y uso de adular se dicen vibrar.

Ferviente y bramando, absorbe la tierra. Ferviente está de vicios el diablo, enemigo de los santos, y ardiendo con el fuego de todos los crí-

menes, y bramando con furor de envidia contra el hombre, para que ya absorba al pecador con halagos, y lo transfiera, una vez devorado, al cuerpo de su congregación perdida, por cuyo cuerpo el profeta dijo que tal vez habría sido absorbido si el Señor no estuviera en él: diciendo así: "Si el Señor no hubiera estado en nosotros, tal vez vivos nos habrían absorbido". Este, pues, es nuestro mismo contrario, a quien Dios habló, diciendo: "Tierra comerás todos los días de tu vida". Y por eso él y sus compañeros, como enemigos del Señor, lamerán la tierra. Ni reputa que suene el clamor de la trompeta. Esto es, rehúsa oír la increpación de los profetas y de los apóstoles, a quienes se dice: "Como trompeta exalta tu voz"; sino que más bien enfurecido, de donde el verdadero Faraón dice: "Persiguiendo alcanzaré, repartiré los despojos", y lo demás. En estos lugares de los que hemos hablado, otros tradujeron: "Pues sobre él se alegra el arco y la espada, la lanza, la pica, y con temblor e ira trastorna la tierra: ni cree hasta que haya sonado la trompeta"; donde juzgo que se contiene el mismo sentido según el cual nosotros hemos expuesto. En el arco, y la espada, y las demás armas del enemigo, deben entenderse todas sus invenciones, que se alegran en él cuando con estos modos, como con armas, matan al hombre.

Cuando oye la trompeta, dice: «¡Vah!». De lejos huele la batalla, la exhortación de los jefes y el clamor del ejército. Cuando nuestro adversario oye —dice— la trompeta de Dios, esto es, a cada doctor de la Iglesia exhortando a sus compañeros de armas, según el precepto imperial y divino,

para que estén fuertes en la batalla contra su adversario: con ánimo estupefacto y escrutador, y con los oídos atentos, dice: «¡Vah!», como si dijera: «¿Qué oigo?». ¿Alguien presume con tal audacia que se atreve siquiera a pensar en entablar batallas contra mí? Donde se dice «¡Vah!», otros dijeron «¡Euge!» (¡Ea!), lo cual se toma según el contexto del lugar, ya sea para bien o para mal, como en el Salterio: Sean confundidos y avergonzados los que me dicen: ¡Ea, ea!. Por tanto, en este lugar, se dice «euge» con ánimo burlón y rostro de escarnio. Pues el enemigo es sutil y vigilante en extremo, y demasiado astuto, que tiene la preocupación de perder a toda la tierra; cuando percibe algunos inicios o ciertas señales en el hombre de cómo debe resistírsele a él y a sus vicios, como con cebo, se esfuerza por adelantarse a los que se le oponen: para que no defiendan las armas de santidad tomadas contra el diablo; para que no se hagan dignos de veneración cuando venga el Rey eterno. El clamor, o el sonido, como dijeron otros, del ejército del verdadero emperador es aquel cuando, exhortándose unos a otros con un solo espíritu, y una sola caridad y fe, unidas en una las fuerzas del temor del Señor, se hablan entre sí, para que, mientras pase la iniquidad, sean perseverantes en la batalla: porque con la caridad de su rey infundida en ellos por el Espíritu Santo, que les ha sido dado, son miembros solícitos los unos por los otros.

¿Lo levantarás tú como a las langostas? A aquel que hice saltar de lugar en lugar, y a quien inflamé desde el deleite presente del mundo al deseo del

siglo futuro, así ciertamente ha sido levantado del cuerpo de la infidelidad, como el sol cuando llega el calor. Sepamos que estos cambios no son de lugares corporales, pues son afectos de los ánimos.

La gloria de sus narices es terror. Para que aterret a los pecadores, odiando lo que son y diciéndoles acerca de Dios: Si no os convirtiereis, vibrará su espada, etc.: es de la gloria de sus narices, pues el espíritu de Dios está en sus narices, lo que también dijo el santo Job: El espíritu de Dios está en mis narices. Con este ungüento, a saber, el espíritu de Dios, ha sido perfundida la Iglesia, como escribe el apóstol Juan: Y vosotros tenéis la unción del Santo. Por tanto, este de quien hablamos, en este lugar fraguaba de bien en el sentido interior de su hombre: en cuyo sentido, según el arbitrio de la voluntad, para unos es olor de muerte para muerte, para otros olor de vida para vida, porque derramado sobre Cristo, esto es, el mirra de la fe por la santa Iglesia, el mundo ha sido llenado: todos los pueblos de los fieles han sido ungidos con el mismo sagrado crisma. Por lo cual también al mismo ungüento, que antes del conocimiento del Salvador se contenía dentro de las estrecheces de un vaso de alabastro, se le puso el nombre de «pístico», para que sepamos que los pueblos de los creyentes, como dijo, han sido consagrados con el crisma. Por tanto, con esta gloria de este olor, como por un terror de la generación, es perfundido el sentido interior.

Con la uña cava la tierra. Salta audazmente y va al encuentro de los hombres armados. Lo que

tiene en sí de más poderoso para la perseverancia de la sustancia, con ese bien de la virtud ciertamente hiende y conmueve la tierra. Pues no permite que el suelo ande inculto, sino que se esmera para que el campo se haga fructífero y pingüe. Por lo cual también salta audazmente ante Dios, para oír decir de sí mismo como de los demás: Viniendo, vendrán con alegría, trayendo sus gavillas. E igualmente oiga: Siervo bueno, porque sobre poco fuiste fiel, sobre mucho te pondré. Va al encuentro de los hombres armados, antes de que sea abrumado por los dardos de los vicios o de las persecuciones de los enemigos espirituales, permaneciendo en la línea de batalla de las virtudes, se adelanta a los enemigos que se lanzan sobre él, para no ser herido por algún golpe de concupiscencia, o incluso de desconfianza. Pues así va al encuentro contra los enemigos provistos de las armas de los vicios y de la persecución. Según este sentido dice el santo David: Perseguiré a mis enemigos y los alcanzaré, etc.

Desprecia el pavor, ni cede a la espada. Por grandes que sean —dice— las amenazas con gran terror, de modo que cuando los enemigos desean infundir pavor, él diga: El Señor es mi luz y mi salvación, ¿a quién temeré? El Señor es el defensor de mi vida: de nadie de los que se me oponen tendré miedo, mientras se acercan sobre mí los malvados para devorar mis carnes. Por tanto, ya que espero en esta salvación de la luz de Dios: Si se asientan campamentos contra mí, no temerá mi corazón. Y si se levanta contra mí la batalla, no cederé a la espada, por la cual deseo

fervientemente sufrir la muerte voluntariamente por Cristo.

Sobre él sonará la aljaba, vibrará la lanza y el escudo. Sobre el hombre exterior y corpóreo, de quien dice el profeta: «Y debajo de mí se conturbó mi pesadez»: creemos que el alma es como una ciudadela, donde cada uno de los santos, como en su hombre interior, tiene como dentro de una aljaba las saetas de las palabras de Dios, las cuales, mientras las saca para precaverse, o mientras las saca a la luz mediante la frecuente corrección como dardos punzantes, herirá ciertamente con sus golpes a aquellos que merecidamente deban ser heridos para su salvación. Sobre él, digo, resuena la aljaba de las palabras de Dios, lo cual, sin embargo, ocurre en el movimiento del que camina. Donde se entiende que rectamente salmodia y corrige a los delincuentes aquel cuyo progreso en la santidad es diario hacia lo que está delante; pues así dice el gran apóstol, y poderoso caballo del Señor: «Pero una cosa ciertamente: olvidando lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante». O para decirlo más breve y manifiestamente: esta aljaba es el lugar del corazón, en el cual las saetas de los sermones de Dios están guardadas y depositadas. Y señaladamente dice el Señor que esta aljaba suena sobre él, esto es, sobre el caballo, lo cual es sobre su hombre exterior; la aljaba de su corazón, henchida de divinos elocucios, reina mientras que, como guerrero del Señor y fuerte en la batalla, evangeliza la palabra con mucha virtud. Sobre este caballo, no obstante, se vibran la lanza y el escudo. La lanza es la

vigilante virtud del ánimo, o la constancia, que increpa a los pecadores, o mortifica los vicios que deben ser atravesados en sí mismo. El escudo, por su parte, es el escudo de la fe, en el cual pueda extinguir todos los dardos encendidos del malvadísimo. Y estos se dicen vibrar por el incesante uso de guerrear, los cuales están ciertamente preparados en el ejercicio. Pues de tales armas resplandecientes se dice así: «A la luz irán tus saetas, al resplandor del relámpago de tus años».

Ferviente y bramando, absorbe la tierra. Ferviente por la fe en el espíritu, y bramando como el Salvador, quien, cuando resucita espiritualmente a uno muerto en los vicios, brama en su espíritu. Así aquí, digo, bramará contra sus enemigos, ya sean los vicios o incluso los perseguidores manifiestos: y así absorbe su tierra, mientras la convierte de la conversación carnal en espiritual. Así, pues, bramando e irritándose muchísimo contra sí mismo con indignación, la absorbe, como dije, para transmitirla al afecto de su espíritu, donde está aquel hombre escondido del corazón en la incorruptibilidad, de un espíritu quieto y modesto, que es rico ante la presencia de Dios.

Ni reputa que suene el clamor de la trompeta. Se reviste de tanta virtud de ánimo, que no teme ningún terror de los adversarios, estando preparado para todo sonido de los enemigos que lo provocan.

Cuando oye la trompeta, dice: «¡Euge!» (¡Ea!). De lejos huele la batalla, la exhortación de los jefes y el clamor del ejército. Aquel que, cuando oye predicar el Evangelio en alta voz, se alegra y

exulta, lo cual significa «Euge». Cuando oye los ejemplos de todos los varones fortísimos de las Escrituras Dominicas profesados por los jefes, y oye también a la congregación de toda la Iglesia, que se llama ejército de Dios, unánime y con un solo sonido de fe, dice: «¡Euge!», y junto con la exhortación de los jefes, oye también el alegre clamor del ejército. El clamor (ululatus) en este lugar es el que se significa cuando los guerreros que están en la línea de batalla para luchar se exhortan unos a otros. Pero dirá alguno: ¿Cómo puede ser que una misma cosa se entienda por figura ahora en parte buena, ahora en parte mala, como hemos hecho aquí, al decir que este caballo por alegoría puede sentirse tanto en lo malo como en lo bueno? A esto respondo: donde se pone algún nombre en las Escrituras sin epíteto, como por ejemplo, solamente «monte», y no se le añade que se diga «monte Sión» o «monte corrompido», no juzgo ajeno a la razón que la exposición sobre la misma cosa sea libre para ambas partes. Where ciertamente es con epíteto, como «el león de la tribu de Judá», o ciertamente «se sienta en las emboscadas como el león»: allí se entiende sin duda alguna o bien Cristo, o bien el diablo nuestro adversario. Y si place, demos algún ejemplo donde, sobre un árbol en el Evangelio, dice el Señor a sus discípulos: Si tuviereis fe como un grano de mostaza, diréis a este árbol: Arráncate y trasplántate en el mar, y os obedecerá. Donde algunos entendieron que la fe de los creyentes arranca al enemigo y lo saca de la tierra de la Iglesia, a saber, de la tierra de Judea y de la

confesión, y lo traslada al mar de los pueblos, esto es, de los hombres impíos; y aquellos espíritus malignos en el Evangelio pueden significar esto mismo, los cuales, con los hombres inmundos y pecadores indicados con el nombre de puercos, fueron precipitados en el mar. Donde ciertamente quisieron que el mismo árbol significara al Señor, lo interpretaron así: que por la predicación de los apóstoles, que recibieron la gracia de Cristo y la virtud de la fe, el árbol Cristo Señor es de algún modo arrancado de aquella nación de los judíos, en la cual se contenía como por la raíz de su linaje, y es trasplantado al mar de las naciones, tal como el mismo Señor habló a los mismos judíos, diciendo: Se os quitará el reino de Dios y se dará a una nación que haga sus frutos.

¿Acaso por tu sabiduría empluma el halcón, extendiendo sus alas hacia el austro? Es consecuente que entendamos este halcón en parte buena, a saber, como el santo que ha recibido la sabiduría por la conversión, para que ya deje de depredar y de rapiñar, y desista de vivir de las carnes de los sentidos seculares, y quien, habiendo dejado en el bautismo los despojos del hombre viejo, al emplumar, se haya renovado de algún modo como la juventud del águila. máxime cuando, teniendo la promesa de la vida presente y de la futura, que se significa en las alas, se vuelve hacia el austro, de donde es el calor de la fe, de donde conoció que vino Cristo. lo cual también el profeta había predicho que debía hacerse, diciendo: Dios vendrá del austro, y el santo del monte umbroso y caligoso. Pues sabemos que Jerusalén

está situada al mediodía, que es en el Austro, para quienes miran hacia Belén, la ciudad del Señor. Y según los sentidos figurados (tropicos), el esposo invita a este viento cálido, para que fervoricen los aromas de las gracias, diciendo: Levántate, aquilón, y ven, austro, sopla mi huerto y fluyan mis aromas. Donde, pues, se dijo «extendiendo sus alas hacia el Austro», otros dijeron «inmóvil con las plumas extendidas y mirando al Austro». Dice, por tanto, la intención de la perseverancia de aquel que, viviendo por el calor de la fe bajo el gobierno de los dos Testamentos, contempla el esplendor de la bienaventuranza eterna.

¿Acaso por tu mandato se elevará el águila? A veces el águila se dice en parte buena, e incluso por el mismo Dios, como dice Moisés: Como el águila protege su nido, y sobre sus polluelos confía, como dijimos arriba. Aquí ciertamente la potestad adversaria es llamada águila por Dios, la cual, elevada en soberbia por permiso de Dios, puede mucho, como dice el profeta: Y será como águila sobre la casa de Dios. Los profetas también en muchos lugares de sus Escrituras lo señalan como soberbísimo, esto es, al diablo; y de ahí es que por ellos se le llama «grande», por el hecho de que se eleva hinchado sobre los montes del aquilón, y sobre las estrellas del cielo pone su sede, deseando igualarse al Altísimo.

Y en los lugares arduos pondrá su nido. En todos los grandes y eminentes de este siglo, y en los hombres malos, se constituye una sede para sí, para que en ellos more como señor duro, y rey feroz y poderosísimo.

En las piedras permanece. A saber, en las alturas duras y en los fuertes en la malicia permanece y habita.

Y en los pedernales quebrados mora. Por pedernales quebrados se entienden los blasfemos, que son de corazones demasiado duros e indómitos, y que dependen inclinados hacia su ruina por el peso de sus pecados.

Y en las peñas inaccesibles. Las peñas inaccesibles son los hombres extendidos en lo alto por la excesiva elación de su corazón, a cuya soberbia, que es para ellos como algo singular para su propio mal por encima de los demás, nadie accede.

Desde allí contempla la presa. Ciertamente por medio de aquellos que dijimos que estaban excesivamente elevados por la soberbia, a quienes entendemos como los heresiarcas, o los judíos, o los sabios del siglo, esto es, los filósofos; capturando a cada uno de los perdidos con sus errores en sus lazos como su presa, según el profeta, que dice así del mismo diablo: Sus manjares son escogidos.

Y desde lejos sus ojos ojean. Al ánimo de nuestro adversario, muy sagaz y vigilante, para inquirir las fuerzas de los santos que combaten, Dios lo llamó con el nombre de «ojos». En cuanto a lo que dice, «desde lejos», el instinto de su mente ojea con sutil intención, por el hecho de que prevea con sagaz sospecha incluso en lo futuro de su ejercitada malicia: no han de entenderse los espacios de los lugares, sino los inicios de la disposición humana para vivir rectamente. Esto, digo, ojea «desde lejos», lo cual es ciertamente

desde los mismos comienzos del espíritu sutil, y una mirada demasiado móvil para todo mal, para que allí, antes de que los esfuerzos del hombre se fortalezcan siquiera en algo, reprima y extinga los bienes que brotan, y haga que el hombre muerto huela mal por el pecado.

Sus polluelos lamen la sangre, y dondequiera que estuviere el cadáver, al punto está él. Sus polluelos son sus hijos, o sus compañeros, que en la conspiración de la tiranía con él tramaron la iniquidad contra Dios. Estos, pues, por el rencor de la envidia, lamen sedientos la sangre de los hombres. Y lo que dice, «donde estuviere el cadáver, al punto está él», otros dijeron: «y donde estuviere el cadáver, al punto se encuentran»; lo cual, ya sea que se diga del autor del mal o de sus satélites, donde estuviere presente, allí nace al punto el pecado, que huela mal en el alma así como la herida en el cuerpo.

Y añadió el Señor, y habló a Job: ¿Acaso quien contiende con Dios, tan fácilmente se apacigua? Ciertamente quien arguye a Dios, debe responderle. Toda la altercación que se teje en las partes superiores de este libro, se declara en este lugar por el Señor, cuando él mismo dice: «¿Acaso quien contiende con Dios?». De donde aparece que habló contra Dios con una cierta audacia de presunción por la confianza de su buena conciencia, pero no blasfemó contra Dios, como a algunos les parece. Donde, aunque dijo algunas cosas con aspereza, mirando hacia lo mismo hacia lo que mira Dios, es justo: mirando al tenor de la justicia de Dios, habló, no para blasfemar con-

tra Dios, por lo cual, requiriéndolo según su justo juicio, como que lo constriñe y dice que lo perdone, o que lo declare injusto. Por lo cual sienta que juzga sobre él según la injusticia, cuando muy bien lo conoce como justo. Recibida, pues, por Job la razón de parte de Dios, en estos sermones que habló, de que él mismo ciertamente gobernaba y regía todo lo que había creado, por quien además no se hacía absolutamente nada injusto, convicto como aquí abiertamente se demuestra, callaba: pero es amonestado por el Señor y compelido para que, ya que contendió contra él e intenta argüirlo, él mismo responda a lo interrogado. Y dice el escritor de este libro:

Respondiendo Job al Señor, dijo: Yo que he hablado a la ligera, ¿qué puedo responder? El bienaventurado Job, reconociendo que había hablado a la ligera y no consumadamente, dice que en absoluto puede responder a Dios. Por lo cual desea contenerse en el silencio, como dice:

Pondré mi mano sobre mi boca. Una cosa hablé, que ojalá no hubiera dicho, y otra, a las cuales no añadiré más. Por el hecho de que haya dicho una y otra palabra, por las cuales pudo ofender. Estimo que son aquellas, como arriba comprendí, que dijo así: Eligió el lazo mi alma, y la muerte mis huesos: y si azota, mate de una vez, y no se ría de las penas de los inocentes.

CAPÍTULO XL.

Respondiendo el Señor a Job, habló desde el torbellino. Es decir, o por el ímpetu de la repren-

sión, o por la oscuridad del aire perturbado y de las nubes.

Ciñe tus lomos como un varón, yo te interrogaré y tú indícame. O como otros dijeron: de ninguna manera, sino ciñe tus lomos como un varón, y lo demás; lo cual es: No quiero que calles, dice Dios, como tú mismo dispones, sino más bien habla, y lo que te pregunto, respóndeme. De qué manera Dios hable a los hombres, siendo Él mismo espíritu, nos lo indican en muchos lugares las letras del significado divino, como el Padre habla al Hijo desde la nube, y a Moises en la llama de fuego, e hizo la palabra del Señor a Ezequiel sentado con los ancianos de Israel, y solo él oía lo que era dicho por el Señor.

¿Acaso anularás mi juicio, y me condenarás para justificarte tú? En qué sentido haya dicho el santo Job aquellas cosas que arriba están escritas, el Señor lo manifiesta en este lugar. Pues con reprensión, es argüido por Él por esto mismo, porque quiso justificarse para injuria y menosprecio de Él, mientras que por sus mismos tormentos, que afirma haberle sido infligidos injustamente, llama a la justicia injusticia.

Y si tienes un brazo como el de Dios, y truenas con voz semejante, rodéate de decoro, y elévate a lo sublime, y sé glorioso, y vístete de vestiduras hermosas. Dispersa a los soberbios en tu furor, y confúndelos, y mirando a todo arrogante, humíllalo. Mira a todos los soberbios, y confúndelos, y quebranta a los impíos en su lugar. Escóndelos en el polvo a la vez, y sumerge sus rostros en la fosa: y yo confesaré que tu diestra puede salvarte.

He aquí a Behemot, a quien hice contigo, comerá heno como un buey. Esto es decir: ¿Acaso puedes tú mismo impugnar y dispersar a estos mismos demonios, por cuyas tribulaciones eres combatido y quebrantado? Ni aun si debieras contender contra Dios, si tuvieras la fortaleza que Dios tiene, y la voz de tu mando resonara terrible en este mundo: te rodearas también del decoro de la eternidad, y fueras exaltado en la gloria del honor y de la sublimidad, y te protegieras con todas las virtudes de la santidad como con vestiduras hermosas, no obstante, disiparías a todos los soberbios por tu justo juicio, como con la ira de la indignación, y empujándolos a su lugar, esto es, a la cárcel de los infiernos, los quebrantarías, e incluso ocultos a la vez en el polvo, separados de la luz de los santos, o, como otros dijeron, los empujarías bajo tierra: a la vez sus rostros, esto es, el alma con sus intelectos como con las luces de los ojos, los sumergirías en la fosa del infierno; es decir, cuanto es imposible que tú, hombre, tengas estas cosas, tanto es necio que hables contra Dios casi como de igual a igual, de quien debes esperar humildemente misericordia, para que por su diestra, esto es, su virtud, seas salvado contra aquellos que llamé soberbios, arrogantes e impíos. He aquí que sepas esto mismo, que al diablo fuerte, y a tu poderosísimo enemigo, a quien por el imánisimo furor de su alma fiera, llamé Behemot con nombre de bestia salvaje, haré que coma heno contigo como un buey, animal ciertamente manso, no carnes como un león. Porque cuando se comen las carnes, no sucede sin la muerte del

que vive. Pero acerca de ti no es así como ya dije, a quien por mandato de mi poder, prescribí de este modo, diciendo: He aquí que en tu mano está el vivir, guarda su alma. Pues los doctores de la Iglesia, que trataron las letras hebreas, interpretaron Behemot al latín casi como "muchos" (quasi plures). Por tanto, el diablo enemigo con todo el cuerpo de sus satélites es descrito en este lugar por Dios. Al cual, por la pluralidad de su nombre, los antiguos lo interpretaron así: Pero he aquí las bestias que hice contigo, comen heno como un buey; es decir, y esto fue hecho por la potencia de mi diestra, para que recibieran en su poder para ser devoradas tu sustancia y facultades, que por las riquezas de tu preciosa mente se comparan con el heno. Y por eso te quitó todas las cosas viles y temporales, que están significadas por el nombre de heno: no las que son grandes y grandiosas, esto es, los ornamentos del alma, de los cuales si fueras despojado te oprimiría la ruina de la blasfemia, por cuyo pecado todo el hombre es devorado por el diablo. Así, pues, dice Dios de él.

Su fortaleza está en sus lomos, y su virtud en el ombligo de su vientre. En los lomos y ombligos se entiende el deleite del vientre, o la lujuria de la carne, que fue insertada en los miembros genitales tras la caída del primer hombre, de modo que más allá de la medida de la ley natural esos miembros, aun cuando el hombre no lo quiera, son estimulados por los incentivos de la líbido: y así los seguidores de los placeres, suministrando fortaleza al diablo con sus propios vicios, se hacen partícipes y consortes de su parte, de modo

que son sus miembros, de los cuales como de su propio cuerpo él mismo es la cabeza.

Encoge su cola como un cedro. Esto me parece decir que ni en sus últimas cosas, que se significan en la cola, ha de volver a Dios, lo cual es que nunca se arrepentirá de su soberbia e impiedad por su tiranía; sino que, exaltado como un cedro, ha de ser quebrantado y desmenuzado por la voz del Señor que juzga justamente. Pues es encogido al ser comparado con la madera más dura: a saber, por la dureza de corazón: para que no entienda, se hace necio; y cegado, para que no vea hasta el fin. O bien «encoge su cola» se siente así: el Profeta habla falazmente: la mentira es la cola según la autoridad de los santos profetas. A estos Behemot, pues, como enemigos, como sus socios y ministros, los ata a sí en un vínculo por la unidad de la conspiración, de quienes los antiguos intérpretes dijeron: «erigió su cola como un ciprés», donde significaron la elación de la mente de ellos hacia lo alto, nombrando este árbol, que bajo un solo tronco, con una alta cima se extiende hacia lo alto.

Los nervios de sus testículos están entrelazados. En los nervios, me parece que habla de ciertos vínculos fortísimos y seductores de los placeres con los que implica a los hombres carnales, de cuyos vicios también el profeta, culpando a los hombres entre otras cosas, dice así: «Pero los que se desvían hacia las obligaciones»: donde pienso que por el profeta se significa simplemente un placer casi inextinguible en los miembros humanos, a cuyo placer nuestra carne sucumbi-

ría cautiva, si no acudiera la gracia de Dios según el Apóstol.

Sus huesos como tubos de bronce, su cartílago como láminas de hierro. Con estos nombres de los miembros se indica que el diablo con los suyos es duro, rígido, pertinaz e inflexible. Pues en los huesos y en el cartílago, por dentro y por fuera, a saber, en el pensamiento y en la obra, se demuestra su perfecta malicia. En cuanto a lo que se dijo, su cartílago como láminas de hierro, otros dijeron: «Sus espinas son hierro fundido»: para que se entienda que el diablo nunca se humilló ante Dios por la penitencia.

Él es el principio de los caminos de Dios. El que lo hizo aplicará su espada. En este lugar me parece que el sentido es este: que para andar por los caminos de Dios y observar los preceptos dominicos mediante la obediencia, este fue el primero en ser creado por Dios entre las demás criaturas, y de ahí se dijo que él es el principio de los caminos del Señor. Pues en el profeta Ezequiel, en el capítulo de las piedras ardientes, se refiere que fue el primero de todos los ángeles y una corona en la mano del Señor. O bien puede decirse así: que permaneciendo Dios siempre en su eternidad, se ve como habiendo salido hacia la hechura de las criaturas, y estos son sus caminos, para que lo invisible se manifestara por lo visible. O bien cada criatura es un camino de Dios, por el cual se va al conocimiento de Dios, mientras que lo conocido por él es conocido. O bien los caminos de Dios son aquellos cuando Dios, como viniendo a cualquier criatura racional, se da a conocer a ella. Por

tanto, este Behemot es llamado principio de los caminos de Dios, por el hecho de que, habiendo sido hecho primero, recibió el conocimiento de su Dios por quien fue creado. Pero el Señor Cristo se refiere como habiendo sido creado en el principio de los caminos de Dios, para que, al reconciliar al mundo por su sangre, caminara por el camino de los mandatos del Padre como sus obras, lo cual demostró en el principio de la predicación del Evangelio. En cuanto a lo que dice el Señor: «El que lo hizo aplicará su espada», es decir, el que hizo a Behemot le aplicará su espada, esto es, será castigado con el mal con que mató a otros, como también el Espíritu Santo habló de sus semejantes en el salmo: «Los pecadores desenvainaron la espada», y: «Su espada entre en su corazón». Sin embargo, debe notarse en este lugar el cambio de personas. Pues tanto arriba el Señor dice que él mismo hizo la bestia Behemot, y ahora dice que otro lo creó, diciendo así: Él es el principio de los caminos de Dios, que hizo todas las cosas: lo cual puede exponerse así, porque el Padre en el Hijo hizo todas las cosas, como dice el Profeta a Dios: «Todo lo hiciste con sabiduría». Otros dijeron: «Él es el inicio de la ficción del Señor»: para que sea burlado por sus ángeles, esto es, los santos. Por estos, pues, es burlado, cuando por la gracia del Espíritu Santo y el mérito de la santidad les es sometido.

Para él los montes producen hierbas. Todas las bestias del campo jugarán allí. Estos montes están situados en el clima del norte, donde el soberbio diablo dice que se sienta, diciendo: Subiré

sobre la altura de las nubes, seré semejante al Altísimo. A estos montes, los sentimos no absurdamente como cualesquiera hombres soberbios y demasiado elatados, y que imitan el tumor de su corazón. Habitando pues en estos, se alimenta de la alegría temporal, que ha sido llamada con el vocablo de hierbas, y se deleita en el mal del placer nocivo que verdea y vigora en ellos, en cuyos montes también juegan todas las bestias del campo. Esas bestias son socios y ministros del diablo: de quienes dice el profeta, orando a Dios: «No entregues a las bestias el alma que te confiesa». Este campo ciertamente es el mundo, según la autoridad del Señor, por la cual dice en el Evangelio: «El campo es este mundo». En tales montes, pues, que producen hierbas de lujuria, no árboles frutales, estas bestias, a saber, las potestades adversarias, que no tienen el rigor de las virtudes, juegan con el flujo y la lascivia de los vicios, y en todos sus montes se glorían en crímenes y nefandas maldades. Otros dijeron de este lugar: «Subieron al monte escarpado: hizo gozo a los cuadrúpedos en el tártaro». Pienso que por el monte escarpado se significó la cima de la misma soberbia diabólica, en la cual se ensalzó demasiado, de modo que de ella cayeran hasta lo profundo de los infiernos. Hizo pues gozo, esto es, dio consolación, o bien a aquellos que consintiendo a su soberbia, fueron arrojados de los cielos para ser destinados a los tártaros, o bien a aquellos pecadores que por él cayeron en lo profundo del infierno, bajo cuya persona el discurso profético habla así al mismo príncipe de

los demonios: «Y tú has sido herido como nosotros, y has sido hecho semejante a nosotros». Ha sido rebajada a los infiernos tu soberbia, ha caído tu cadáver: hizo gozo a los cuadrúpedos, como se dijo, es decir, a los pecadores, que inclinados a la tierra o volviéndose hacia los tártaros, no pueden mirar al cielo.

Bajo la sombra duerme en lo secreto de la caña, en lugares húmedos. Que hay sombras de los cuerpos, nadie lo duda: pero en las divinas Escrituras la sombra a veces se entiende como descanso y refrigerio, a veces como penas. De donde se dice: «sombra de muerte». A veces las sombras se refieren como pecados, que como la sombra al cuerpo, así están cercanos a la muerte. En los pecados, pues, habita el diablo, y descansa en lo secreto de los pensamientos, o también de los lomos: de donde también se llaman lugares húmedos. O bien en los secretos, esto es, en lo escondido de Dios, que Dios ciertamente no requiere, y como indignos de sí no los visita: de los cuales escondrijos dice el profeta a Dios: «De tus escondrijos se ha llenado el vientre de ellos». Los pecados, pues, como tinieblas se ocultan de la luz de la verdad. O bien, como ya hemos dicho, el diablo habita en el lugar remoto del corazón, cuyo corazón vacío de temor de Dios está abierto a la vanidad y al lujo, y a los halagos de todos los vicios. Pues esta sombra que no conoce el sol, y lo secreto de la caña significan estas cosas. Otros dijeron: «Bajo todo tipo de árboles duerme junto al junco, y la caña, y el carex». Dice todo tipo de árboles, que sin embargo son todos infructuosos,

no teniendo la médula de la caridad de Dios, ni los frutos de las buenas obras.

Protegen las sombras su sombra. Sus pecados sobresalen sobre los pecados de todos los impíos, y las impiedades eminentes, las cuales defiende y encubre con una cierta protección de su malicia. Otros dijeron así: «se sombrean en él árboles grandes»: donde esto me parece haber dicho, que aunque los espíritus malignos, o los hombres ministros del diablo, sean excelsos por la soberbia, sin embargo el diablo los supera por la magnitud de sus delitos, porque es inventor de un crimen más malvado de lo que es imitador del pecado.

Lo rodearán los sauces del torrente. O bien las estirpes y el matorral, como dijeron otros. Este mundo mortal, por su veloz volatilidad, es llamado con el nombre de torrente: como también dice el profeta, cuando profetizaba sobre la pasión del Señor: «Del torrente en el camino beberá». Pues por aquella dispensación por la cual se dignó venir a nosotros, en la cruz bebió el cáliz de la muerte, del cual dijo al Padre: «Si es posible, pase de mí este cáliz». Por los hombres de este mundo, pues, que son amarguísimos en los sentidos de los pecados y la perfidia de la infidelidad como hojas, fingiendo los frutos de las buenas obras, el diablo es rodeado, quienes también se unen en colegas y consorcio.

He aquí que absorberá el río, y no se maravillará, y tiene confianza en que el Jordán influya en su boca. En muchos lugares de las Escrituras, hemos sabido que con el nombre de río se significa al género humano, de quien también la misma

potestad adversaria dice: «Mío es el río, y yo me hice a mí mismo». A este río, pues, a saber, al género humano que fluye hacia lo ínfimo e inferior, a la manera de un río que desciende, le insinúa de tal modo los deseos de las concupiscencias, del deleite y el amor del mundo presente, que puede absorberlo y, como el infierno, tragarlo; pues de tal modo el género humano cae de cabeza en los antedichos vicios, que puede ser fácilmente devorado por el enemigo. En cuanto a lo que dice: «Tiene confianza en que el Jordán influya en su boca»: el río Jordán contiene el sacramento del bautismo; mientras en él Cristo el Señor es bautizado, nuestro bautismo fue consagrado. De cuyo Jordán, según los entendimientos místicos, los montes y los collados, los carneros y los corderos de las ovejas saltan de gozo ante la faz del Dios de Jacob, quien como hermano menor al creer, suplantó al hermano mayor incrédulo. De la tierra de ese Jordán, esto es, la Iglesia, el profeta por la persona del creyente dice que se acuerda del Señor. Comenzando ciertamente por Cristo, monte módico, que por la pasión se hizo módico, fue hecho menor que los ángeles, obedeciendo al Padre hasta la muerte. Este Behemot, pues, ensalzado con demasiada temeridad, tiene la confianza de agotar con su boca el predicho Jordán, a saber, figurando los sacramentos de la Iglesia, y deseoso de devorar, concluirlo en su vientre. Esto es, busca incluso a aquellos que la sangre de Cristo redimió por el agua de la regeneración, que el Jordán típicamente presagia, y por la ablución del Espíritu Santo, para hacerlos

suyos de nuevo, ya sea por persuasión oculta, o por impugnación manifiesta.

En sus ojos como con un anzuelo lo capturará. Estas palabras son del Padre sobre el Hijo según aquella alocución de la que hablamos arriba, donde dice el Padre sobre él, cuando tenía con él el discurso sobre el diablo: «Él es el principio de los caminos de Dios». A este Behemot, pues, el hombre de la divinidad divina vestido con la carne del hombre asumido, en sus ojos lo capturará, dice el Padre sobre el Hijo, que capturaría al diablo. En los ojos, dice, esto es, en la misma luz de la inteligencia, donde está la visión de la sabiduría, de la naturaleza racional. Allí, digo, capturado por la sabiduría divina, mientras por su callididad y astucia no ve de quién es la carne que la muerte aprehendió para ser devorada. Según este modo, pues, fue capturado el diablo.

Y con estacas perforará sus narices. Es decir, la saña furiosa y la que anhela la muerte de los santos, nuestro Señor Cristo la quebrantará y perturbará: los santos ciertamente pienso que no absurdamente deben entenderse aquí por el madero de la cruz; así pues humilla y quebranta el Señor al enemigo, y todo el ímpetu de la envidia sañuda, mientras lo rechaza por medio de esos mismos santos con el madero de su cruz.

¿Podrás extraer a Leviatán con el anzuelo? Cambió la figura del enigma, de modo que ahora llama Leviatán al mismo a quien arriba había llamado Behemot con nombre trasladado; pero allí lo llama como una bestia que habita las tierras; aquí ciertamente lo nombra así, como quien

consiste cual en las aguas del mar. Por lo cual también otros dijeron «dragón» por Leviatán. De donde puede verse que es algún horrendo género de dragones el que se llama Leviatán, a cuya malicia y potencia se adapta congruentemente el diablo. Pero Behemot es llamado así porque muchos están con él. Pues Behemot en latín se dice que suena como «muchos». Por lo cual él mismo puede entenderse con sus socios y ministros, y rectamente, como si se dijera, los que no son de Dios. Ciertamente algunos dicen que Leviatán se interpreta como «añadidura». Porque, por tanto, no permaneció en la verdad, y excediendo la medida de la presunción se añade a sí mismo soberbia, como si por encima del bien de la naturaleza excediera en tumor y enfermedad de elación. Por lo cual fue llamado añadidura: pues el vocablo hecho del crimen cubrió la condición de la naturaleza buena, que el Dios bueno había creado. Y el profeta Isaías profetiza sobre él diciendo: «En aquel día», ya sea en el tiempo de la pasión de Cristo, o en el advenimiento de su juicio: «En aquel día», pues, «visitará el Señor con su espada dura y grande y fuerte sobre Leviatán serpiente barra, y sobre Leviatán serpiente tortuosa, y matará a la ballena que está en el mar»: según esto mismo es lo que otro profeta dice similarmente a Dios: «Tú quebrantaste en tu virtud el mar.» «Tú quebrantaste la cabeza de los dragones sobre las aguas». Aquí el mismo diablo es descrito como cabeza con sus miembros, y su cuerpo y sus escamas se narran unidos por un vínculo indisoluble. A este dragón

típico Leviatán, pues, dice el Señor a Job, para que no domine en las aguas de las gentes, tal vez tú puedas extraerlo del mar de los pueblos, a quien yo dispuse extraer con el anzuelo de mi virtud, como se ha dicho arriba, por la fe de los creyentes, y desecar. Según este sentido es aquello que también dice el Señor en el Evangelio: «Cuando un fuerte armado custodia su atrio, están en paz las cosas que posee», etcétera. Pero en el primer advenimiento de Cristo se hizo por la gracia de su redención que el pueblo fuera arrancado de la sociedad y dominación del diablo. Pero en su segundo advenimiento, toda potestad del diablo ha de ser quitada, puesto que el mar, esto es, el siglo, no será, y el género de sus socios perecerá de la tierra. Cuando también se busque su delito y no se encuentre, reinando el Señor eternamente, y por los siglos de los siglos, absorbida la muerte y los inventores de la muerte en la victoria de la resurrección. En cuanto a lo que Dios dice en este libro, que extraerá a Leviatán con un anzuelo, lo dice por otro profeta: «Extenderé sobre ti mi red en la multitud de los pueblos, y te extraeré en mi sagena». Ciertamente estimo que esta es la diferencia entre el anzuelo y la sagena: que el anzuelo entendamos que es el mismo Salvador Hijo de Dios, vestido de carne: pero la sagena puede decirse que es la predicación enviada del Evangelio, que desde el oriente del sol hasta el ocaso está extendida por un amplísimo espacio, como también dice el profeta: «Grande es el Señor», etcétera. Y luego dice, «dilatando la exultación de toda la tierra». Cuya sagena de la predicación de

Cristo está sólidamente robustecida por las figuras del Antiguo Testamento, y por las imágenes de las significaciones y muchos testimonios de la Escritura de ese tipo, como por nudos ligados, la cual muchos cetáceos y dragones saquísimos de este mundo impío y potentes intentaron rasgar y romper, y no pudieron lograrlo, porque el firme fundamento de Dios lo hizo, y de ningún modo puede ser arrancado. Porque si Dios por nosotros, ¿quién contra nosotros? Por lo tanto, según esta exposición, el mismo sentido se reconoce en el anzuelo y en la sagena. Cuando, pues, el Señor hubo dicho a Job, «¿Podrás extraer a Leviatán con el anzuelo?», le dijo:

«¿Y atarás con una cuerda su lengua?» Del mismo modo que una cuerda se teje de varias hebras de la trama, para que se haga un vínculo con el que se puedan ligar algunas cosas; así también el diablo, de la multitud de sus pecados, como de hebras de pequeñas cuerdas, liga para sí los vínculos de los sacrílegos como con una cuerda por las blasfemias, y liga su lengua, para que la boca del que habla iniquidad esté obstruida y tapada. Y en los Proverbios de Salomón, está escrito de los semejantes a él: «Cada uno es constreñido por los vínculos de sus pecados». Y de ahí es que también el Señor en el Evangelio dice que el siervo perezoso e inútil, atado de manos y pies, ha de ser enviado a las tinieblas exteriores, es decir, atado por los vínculos de sus pecados, que obró, es enviado a las penas según el juicio divino; lo cual el mismo Señor también demostró manifiestísimamente en cierto lugar, cuando hi-

zo un azote de pequeñas cuerdas de los judíos, y azotándolos con él, los echó del templo.

«¿Pondrás un círculo en sus narices, o con un brazalete perforarás su mandíbula?» O un garfio (captapulum), como dijeron otros. «Y con un brazalete perforarás»: o, como dijeron otros, «con un fórceps atravesarás su labio». Con los nombres de círculo, garfio, fórceps y brazalete, se entienden los sermones de la divina potencia, por los cuales el soberbio y blasfemo fue humillado por Dios y desgastado.

«¿Multiplicará ante ti preces, o te hablará cosas blandas?» O como dijeron otros: «¿O te hablará lisonjeramente?» Solo a Dios, de quien se conoce criatura, está sometido, y su ánimo soberbio se entrega solo a aquel a quien su misma conciencia teme.

«¿Herirá contigo un pacto, y lo recibirás como siervo sempiterno?» Aunque sea rebelde y demasiado hinchado, es sin embargo forzado y compelido por el bien de su misma naturaleza, que no perece en él en parte como testimonio de su justa condenación, para que confiese al Señor su creador, al menos como siervo malo. Este es el pacto o testamento que se le manda entablar con Dios. Por lo cual también el Señor mismo dice: «Y lo recibirás como siervo sempiterno». Pues esto lo hace sin ninguna voluntad del ánimo, sino por el imperio de la divina potestad, y por eso es llamado por Dios siervo sempiterno, porque nunca ha de recibir la adopción de los hijos de Dios, o aquel primado de la dignidad angélica.

«¿Te burlarás de él como de un ave, o lo atarás para tus siervas?» A tal punto, dice el Señor, se humillará la fortaleza de ese dragón, y será del todo como nada; que se tenga como objeto de burla, y sea destinado a ser burlado por los santos ángeles, como ya se ha dicho arriba. En cuanto a que se dice que se burlan de él como de un ave, quiso demostrar con el nombre de ave que es tenido como una cosa pequeña y mínima ante la potencia de Dios; y que se dice que ha de ser atado para las siervas, es aquello que el mismo Señor dice en el Evangelio a sus discípulos: «He aquí que os he dado potestad de pisar sobre serpientes y escorpiones, y sobre toda virtud del enemigo, y nada os dañará». Así pues es atado y burlado por las santas almas de Dios, que son las siervas de Cristo; mientras por ellas se le manda a él y a sus socios, y es compelido a marcharse de los cuerpos obsesos por él: y cada día por todo el universo mundo se le quita cautiva la cautividad, como también según el Apocalipsis se dice que está atado por mil años, lo cual se entiende de la parte por el todo, según el apóstol que dice: «Hijitos, es la última hora»; desde el tiempo del advenimiento del Señor en nuestra carne. Así pues está atado: para que no seduzca a los que han de ser salvados por la gracia y redención de Cristo. Otros dijeron: «Lo atarás como a un gorrión para un niño», lo cual es, que sea tenido por un niño por el precepto de mi imperio, y como atado será entregado a su potestad. Este es aquel niño de quien dice Isaías: «El niño de pecho pondrá su mano en la cueva de los áspides»: cuyo niño profeta, aunque sea

niño de cien años, morirá por la gracia de Cristo, es decir, santo e inocente emigrará de este siglo hacia Dios. A este niño, pues, debemos tomar como a cada uno de los santos, que de la fuente, es decir, del útero de la madre Iglesia, renació para Dios como un niño, y chupa los preceptos del Señor como alimentos lácteos de sus pechos.

«Sus amigos lo despedazarán, los negociantes lo dividirán». Estos amigos y negociantes han de entenderse como los santos, e incluso todos los predicadores de la verdad: a quienes Cristo el Hijo de Dios dice: «Vosotros sois mis amigos». E igualmente dice de ellos por una parábola: «El reino de los cielos es semejante a un hombre negociante que busca una buena perla», etcétera. Quienes propusieron el reino de Dios y el premio de la vida eterna como una perla preciosísima entre las cosas venales al mundo, para que cada uno de los creyentes venda cuanto tuviere, a saber, el deleite de la vida presente, y con estas mercancías la cambie y la compre. Por tanto, por los antedichos amigos y negociantes el cuerpo de este dragón es despedazado y dividido, mientras por ellos es separada hacia la fe de Cristo la mayor multitud posible de sus perdidos. Pues muchos de sus potentes, y de los fuertes en malicia, son segregados de su consorcio como si fueran sus miembros, como también dice el profeta Habacuc al Señor: «Cortaste en el estupor de la mente las cabezas de los potentes»; y de quienes de nuevo dice al Señor: «Enviaste a las cabezas de los enemigos la muerte»; la muerte ciertamente de los vicios, para que ya no vivan para sí mismos, sino para

aquel que por ellos murió y resucitó. Estas cabezas de los enemigos de Dios, esto es, los prínvipes de los pueblos impíos, ellos mismos son los reyes y nobles de este dragón espiritual, quienes según la traslación de los nombres y la figura de otro tropo se dicen que han de ser atados por los predichos amigos y negociantes: como dice el profeta David: «Para que aten a sus reyes con esposas, y a sus nobles con grilletes de hierro». Estos reyes y nobles, pues, son ellos mismos tanto dragones como miembros de aquel dragón, de cuyos dragones dice el profeta a Dios: «Tú quebrantaste las cabezas de los dragones sobre las aguas».

«¿Llenarás las ságueras con su piel, y la cabaña de los peces con su cabeza?» Todos los que por consentimiento de malicia e imitación se adhieren al diablo, rectamente se dicen que son sus pieles. A los cuales pienso que se les llamó con el nombre de piel por esto, porque están unidos a él por una conexión indisociable, y nunca, o ciertamente apenas, pueden ser separados de él. De estos, pues, dice el Señor que se han de llenar las ságueras.

«Pon sobre él tu mano. Recuerda la guerra; y no añadas hablar más». Así me parece que dijo: Vencido por mí tu adversario, pondrás sobre él tu mano, para que puedas burlarte de él tú también. O «pondrás sobre él tu mano», como si dijera: si te crees ser de su potencia y virtud, pon sobre él tu mano, que es: si puedes, logra por la virtud de tu potencia que te estremezca y tema como a mí, a quien solo debe esto; pero como de ningún modo puedes hacer eso, que este dragón grande

y potente en malicia te esté sujeto, recuerda en esta tribulación de tus penas contra qué fiero y truculento enemigo tuviste guerra; te baste haber hablado palabras ásperas contra mí, donde quise que supieras que no habrías podido superar y vencer a este fortísimo enemigo tuyo, si no hubiera sido mandado recibir en tu potestad por el imperio de mi mandato, y tu alma no obstante ser custodiada por mí. Por tanto, de tal modo fuiste entregado a su dominio, que no te afligiera más de lo que tus fuerzas permitieran.

«He aquí que su esperanza lo frustrará, y a la vista de todos será precipitado». Cuando a la vista de los santos ángeles y de una innumerable multitud de hombres bienaventurados sea precipitado en la gehena y el fuego eterno, el horrendo y justo juicio frustrará su esperanza por la cual se cree fuerte para escapar, y pensando cosas vanas y vacías será reducido a la nada.

CAPÍTULO XLI.

«No como cruel lo he despertado. Pues ¿quién podrá resistir ante mi faz, y quién me dio antes para que yo le retribuya? Todas las cosas que están bajo el cielo son mías». Dios, por tanto, no despierta a este enemigo como alguien cruel, que desea como castigarlo: o aplastar a cualquiera de los santos por su colocación: a cuya naturaleza lúcida más bien compete la eterna bondad; sino que se dice ahora que Dios despierta a Leviatán de este modo, para que manifieste a los demás cómo es él, a quien permite insultar por más tiempo como a Faraón con larga impunidad. Pues

Dios permite que esto se haga por su muy justo juicio: o para el ejercicio y prueba de los santos, o para el castigo de los inicuos. «Pues ¿quién podrá resistir ante mi faz?» Donde parece haber dicho esto: que ante el solo aspecto de la majestad de Dios, toda criatura cede y tiembla. «¿Quién me dio antes para que yo le retribuya? Todas las cosas que están bajo el cielo son mías». Pues no he recibido, dice, potestad de nadie, la cual tal vez no hubiera tenido en algún momento: para que le dé gracias como por este beneficio, o le rinda algo de retribución. Según este sentido habla también el Apóstol: «¿O quién», dice, «le dio a él, y le será retribuido?» Donde en estas palabras se muestra que Dios ha estado siempre presente.

«No lo perdonaré por sus palabras potentes y compuestas para deprecar». Esto tal vez podemos entenderlo sobre el diablo, de cuyas palabras se habla aquí: aunque sea rebelde contra Dios y contumaz, sin embargo, temblando siente a su creador, y aunque olvidadizo de su condición, sin embargo, como siervo malvado, al menos forzado simula suplicar a su Señor.

«¿Quién revelará la faz de su vestidura?» Aquí Job dice que la faz del diablo está velada por una vestidura, porque se transfigura en ángel de luz. Pero la faz es revelada por el Señor cuando las artes de sus iniquidades son detectadas.

«¿Y quién entrará en medio de su boca?» Aquí la boca del diablo puede entenderse como su incesante blasfemia, que ha de ser obstruida y tapada por Dios cuando haya sido penetrada por la palabra del Señor. O «¿quién entrará en medio de

su boca?» puede sentirse de tal modo que la boca del diablo se entienda como el infierno: al cual descendió el Salvador para liberar a los hombres devorados por el diablo. Y por eso, lo que habría de ser del tiempo, dijo: «¿Quién entrará en medio de su boca?»

«¿Quién abrirá las puertas de su faz?» La fortaleza oculta y muy secretamente escondida de la hipocresía del diablo, dice el Señor que la pondrá de manifiesto: la cual manifestó abiertamente en su pasión y cruz, cuando con sus príncipes y potestades triunfa poco confiadamente siendo puesto en evidencia por el Hijo de Dios.

«Por el contorno de sus dientes hay pavor». Llama a este enemigo devorador e insaciable, que como una bestia rapacísima consume todo con sus dientes, y por eso el pavor y el temor están en el contorno de sus dientes, porque están preparados para devorar.

«Su cuerpo es como escudos fundidos, y compactado con escamas que se presionan entre sí. Una se une a otra, y ni siquiera un suspiro pasa por ellas. Por lo cual se adherirá a la otra, y manteniéndose no se separarán de ningún modo». Estos tres versículos continuos, bajo la repetición de diversos discursos, dicen una sola y misma cosa. El cuerpo del diablo, por tanto, ha de entenderse como todos sus consortes y espíritus inmundos, de quienes Dios dice que están unidos a él con tanto consentimiento y conspiración que están acoplados al mismo por un vínculo indisociable, a quienes también bajo el lenguaje alegórico llamó con el nombre de escamas, que

están tan densificadas y estrechamente coherentes entre sí, que no hay para ellas ningún resuello de respirar hacia Dios, por el hecho de que por esa su conexión no se relajan de ningún modo hacia la salud de la penitencia. En cuanto a que los demonios, impíos ministros del diablo, son comparados con escudos fundidos, con este nombre significa el Señor que su repugnancia contra Dios es demasiado pertinaz y obstinadamente rebelde, y fuertemente sólida y perenne. La antigua edición asimiló al diablo con la piedra esmeralda, que es áspera por naturaleza, suavizando otras cosas por el frotamiento, pero sin dejar ella misma de ser áspera, lo tritura todo, sin sentir sin embargo su propia disminución.

«Su estornudo es como el esplendor del fuego, y sus ojos como los párpados de la aurora». O como dijeron otros: «En su estornudo resplandece el sol, y sus ojos como la apariencia de Lucifer». El estornudo expulsa las suciedades del cerebro y limpia los vicios concebidos desde el interior. El diablo, pues, que es todo sucio y fétido, parece mostrarse en esta luz cuando, transfigurándose en ángel de luz, obra y derrama las suciedades de su malicia para la perdición de los hombres con deleite, y por la envidia, esto es, por la cabeza de todos los males, remueve y produce sus venenos. Pero los ojos del diablo han de entenderse como los falsos profetas, de los cuales dice el santo Isaías, cuando hablaba al pueblo pecador, diciendo de Dios: «Cerrará vuestros ojos»: los cuales hablan por instigación e inspirados por él cosas que parecen cercanas a la luz de la verdad. Son co-

mo los párpados de la aurora, aunque no posean nada de la luz de Dios. Pues aunque parezcan mostrar en sí el inicio de la luz, que les nace por el fermento de la hipocresía, cubren sin embargo las tinieblas de las mentiras con la apariencia de la verdad.

«De su boca proceden lámparas como antorchas de fuego encendidas». Del mismo modo que la boca del Señor ha hablado, así también todos los impíos y sacrílegos y blasfemos son llamados rectamente boca del diablo, de la cual proceden antorchas de fuego encendidas, o, como dijeron otros, teas ardientes, es decir, se sugiere la causa del fuego y de la pena: y en el Apocalipsis, donde bajo la similitud de caballos se describen estos ministros del diablo, se dice así de ellos: «De su boca salió fuego y humo y azufre»: ciertamente no salen así perspicuamente de su boca, sino que las palabras del blasfemo son fuego y humo y azufre, como le dice el Señor por el profeta: «Produciré fuego de en medio de ti que te devore».

«De sus narices procede humo». Es decir, la soberbia.

«Como de una olla encendida y hirviente». Porque el vapor, ya sea por sí mismo o por los que obedecen, genera las causas del fuego eterno. El espíritu de soberbia se demuestra en el aliento de las narices, con las cuales se goza de exhalar el tumor de su ánimo, pero ser humillado y reprimido por el Señor se dice arriba así: «¿Pondrás un círculo en sus narices, y con un brazalete perforarás su mandíbula?»

«Su aliento hace arder los carbones». Este es su humo de las partes y de su aliento, para suministrarse a sí mismo el fuego eterno y el humear para sus carbones. Pues así también dice el Señor a los semejantes a él: «Caminad en la luz de vuestro fuego, y en las llamas que encendisteis para vosotros».

«Y una llama saldrá de su boca». O como dijeron otros: «Ciertamente una llama se aglomera de su boca»: allí el mismo sentido, que es, las penas de las blasfemias salen aglomeradas de la boca del diablo.

«En su cuello morará la fortaleza, y ante su faz precede la indigencia». Con el nombre de cuello, esto es, de la cerviz, dice el tumor de la arrogancia del diablo. A quien se le dice por el profeta: «Nervio de hierro es tu cerviz»: en la cual habita el mal del pecado principal. Por esta fortaleza de la soberbia también el profeta habla en sus palabras, diciendo: «haré fortaleza», a quien por esto el Señor increpa y le dice: «En tu sabiduría te hiciste fortaleza». Y de nuevo le dice: «En tus negociaciones multiplicaste para ti la fortaleza». E igualmente: «Se elevó tu corazón en tu fortaleza». En cuanto a lo que dice: «La indigencia precederá su faz», esto es que donde se haya acercado el diablo, al punto se le agotan todas las fuerzas de la vida y del alma, y la sustancia se consume.

«Los miembros de sus carnes coherentes entre sí». Son los miembros del diablo, a quienes arriba nombró en la escama y los escudos fundidos. Pero son llamados miembros de sus carnes por esto,

porque entregados a actos carnales y flagitiosos, se adhieren a él como al autor de los males.

«Enviará contra él rayos, y a otro lugar no serán llevados». El orden de Dios que habla en este lugar parece oscurecido, donde cuando habla del diablo, súbitamente cambia la persona diciendo: «Enviará contra él rayos, y a otro lugar no serán llevados». Se ha de creer que estos rayos son enviados por Dios contra el diablo, según aquel sentido donde se dice: «Llovió el Señor del Señor». Lo cual juzgamos dicho aquí así: Dios hizo lo que Dios habló. Pues el diablo dragón (draco) es fulminado por Dios, cuando es reprendido por las ígneas palabras (eloquiis) de Dios desde las santas nubes, los cuales rayos ciertamente, enviados y dirigidos al lugar, no serán arrojados en vano, y no serán llevados a otro lugar, ni el diablo se jactará impune de ellos.

«Su corazón se endurecerá como piedra, y se apretará como el yunque del herrero». O, como dijeron otros, «y está como yunque infatigable». El corazón del diablo es duro e inflexible, por la torpeza también de la piedra y por el rigor. Pero se aprieta, o está como yunque, que no se extiende. Pues el yunque es golpeado, pero no se extiende, doma lo que se le pone encima, pero él mismo permanece inmóvil: tal es el diablo. Pues es golpeado por las reprensiones de los fieles, es batido por los dichos de los profetas, es aplastado por la victoria de los mártires, pero permaneciendo rígido, duro, indómito, está condenado a penas eternas.

«Cuando haya sido quitado, temerán los ángeles, y aterrorizados se purificarán». Esto puede recibirse como dicho de los tiempos del primer siglo. Cuán grande sea el mal de la soberbia, ya entonces los santos ángeles pudieron saberlo, cuando el presunto tirano fue arrojado de la ciudadela del cielo: cuando también por aquel mérito por el cual estuvieron en la verdad, en la cual aquel no había estado: y en esto se ha de creer que fueron hechos bienaventurados, para que se hicieran certísimos de que ningún desliz de pecado habría de ser temido por ellos jamás. Por tanto, lo que se dijo de que quitado el diablo, temerán los ángeles, y aterrorizados se purificarán, no se ha de entender así, que para evitar el pecado de la soberbia, hayan de ser más enmendados, aterrorizados por el ejemplo de tan gran condenación, siendo que ciertamente es manifiesto que mínimamente serían ellos bienaventurados, si les hubiera de ser necesario estudiar con cuidado más costoso para no pecar. Pues evitar el pecado, o resistir al pecado, pertenece a las miserias penales de este mundo, no a la gloria del siglo futuro. Pero juzgo que estos hombres se han de entender los que lleguen al consorcio de los ángeles, como si fueran nuevos ángeles, condenado el diablo, aterrorizados se purificarán: viendo qué tal y cuán grande enemigo, y qué penas de este tipo de condenación horrenda evitaron. Pero se purificarán, esto es, serán devueltos más puros a Dios, percibido tan gran consuelo del beneficio divino en torno a sí. También eso que se dijo, «aterrorizados», o lo que está escrito, «temerán»,

no aborrece del sentido, a saber, que la criatura racional admire todo beneficio y todo juicio de su Creador, no con terror penal, sino con terror honorífico. Y en verdad qué mayor purificación, o purgación, podrá haber ante Dios, como la del hombre angélico, que el que siempre con exultación (porque Aquel a quien se defiere es piadoso) y con temblor (porque Aquel a quien se defiere es Dios) refiera todo bien de su certísima seguridad y gloria perpetua para alabanza de su creador.

«Cuando le alcance la espada, no podrá subsistir, ni la lanza (hasta), ni la coraza». Pero otros tradujeron más manifiestamente diciendo: «Si le salieran al encuentro lanzas, nada le harán»: esto es, por ningún metal de terrores y represiones podrá ser enmendado. Pero en la lanza y la coraza pueden entenderse los que, revestidos de la loriga de la justicia, armados en la diestra con obras santas intentan resistir. Pero a él mismo no valdrán castigarle o impugnarle, porque es tan fuerte y malo, que desprecia las cosas adversas, y mínimamente quiere convertirse. Por tanto, todo lo que es fortaleza de ánimos en los santos, se llama con el vocablo de hierro. También todo lo que es de virtudes, se juzga por el esplendor o la perennidad del bronce.

«Pues reputará como paja el hierro, y como madera podrida, el bronce». Pues de tanta virtud de soberbia se revistió, que todas estas armas tomadas contra él las tiene por nada, y él mismo más bien obra obras, semejantes a montones de paja y a maderas infructuosas, y envejecidas y

que se deshacen por la carcoma, las cuales han de ser quemadas con fuego inextinguible.

«No lo pondrá en fuga el hombre sagitario». Que cualquiera de los santos tenga como la aljaba (pharetram) de su corazón llena de palabras de reprensión como de dardos compungentes, sin embargo este duro y demasiado férreo no podrá ser penetrado por ellas. Y por ello, no sintiendo las heridas de las compunciones (compunctionum), no es puesto en fuga por tal sagitario. Pero otros dijeron así: «No lo hiere la saeta de bronce». La Palabra de Dios incorruptible y permanente se compara a la saeta de bronce, por la cual nunca pudo el diablo ser herido para la penitencia; según la dureza de su corazón atesora para sí ira en el día de la ira, y de la revelación del justo juicio de Dios.

«En paja se convirtieron para él las piedras de la honda». La honda puede entenderse como cualquiera de los santos, que son contenidos en la mano del Señor. Por medio de estos sus santos, lanza válidamente contra este impío palabras duras, fuertes y ásperas como piedras, para que herido por las mismas dé honor a Dios; pero él, como es de singular malicia, convierte las mismas palabras en paja para sí, de modo que mientras las tiene por nada, se le vuelven como paja que también enciende las bolas humeantes del fuego tartáreo. Lo cual dijeron otros con el mismo sentido: «Estima las piedras lanzadas por la honda como heno».

«Como paja estimará el martillo». No menos la palabra divina, pesada ciertamente, y que

lo golpea fuertemente, y que desgasta la vasta dureza de su impiedad, para que sea mermado de la persecución de los santos, la estimará por paja: pues abrumado por la malicia no sentirá el peso del que golpea desde arriba, puesto que su corazón se ha hecho como piedra, y como yunque indomable: el cual nunca, aunque sea golpeado sobremanera, se extiende.

«Y se burlará de la lanza (hastam) vibrante». O, como dijeron otros, «del sermón tembloroso». Al fuerte sermón de cualquier santo lanzado hacia él con el vigor del ánimo y la virtud, no solo no lo temerá, sino que incluso se burlará, o bien del mismo sermón, o incluso del que lo lanza. Todo esto dice Dios sobre el diablo de diversos modos y semejanzas por esto, para que demuestre a los hombres cuánto mal es, y cuán potente, y cuán del todo es irrevocable.

«Bajo él estarán los rayos del sol, y extenderá para sí el oro como lodo». El Sol de justicia es Cristo Dios, en cuyas alas está la salud. Estos rayos, por tanto, esto es, los santos que son hijos de su luz, por este príncipe de las tinieblas, en la prevaricación de Adán, son mantenidos sujetos por el pecado de aquel, mientras a los ya redimidos por Cristo los hace suyos por crímenes capitales y se los somete y subyuga como cautivos y siervos. Pueden también entenderse por estos rayos del sol aquellos ángeles que el diablo arrastró consigo: de los cuales se dice en el Apocalipsis: «Y arrastró consigo la tercera parte de las estrellas a la tierra»: los cuales, alejándose de Dios, luz verdadera, se hicieron tinieblas y prín-

cipes de las tinieblas. Estos, pues, están bajo él, para quienes el diablo es rey y señor. El oro ciertamente, según este sentido que hemos dicho, son los mismos rayos del sol, porque bajo el nombre de oro se entienden todos los preciosos e incluso los malos: a estos los extiende para sí como lodo, cuando a ellos, sometidos a sí por los pecados, los hace sucios y viles. Se dice además que los dragones (dracones) moran en aquellos lugares secretos y senos ocultos de las tierras, o especialmente donde hay metal de oro. Y por esto, bajo la inteligencia espiritual, pienso que se conserva esta metáfora, en cuanto que este dragón rojo se extiende un lecho del oro de los buenos a quienes había derribado, que es todas las riquezas espirituales de este mundo, esto es, la santidad de los hombres buenos, la justicia y las demás virtudes, las tendrá bajo sí como oro, cuando a ellos, durmiendo en la fe, los haya reducido al lodo inmenso de los pecados.

«Hará hervir como una olla el profundo del mar, y lo pondrá como cuando hierven los ungüentos». Hemos aprendido que este mar es este siglo, según los entendimientos alegóricos, el cual es tenebroso por su propia oscuridad y por la demasiada ceguera de la estultez, al cual el diablo enciende de tal modo con la concupiscencia carnal, que hierva para amar las cosas terrenas. Pero si hubiéramos entendido los ungüentos en buena parte, de modo que interpretemos en este lugar las gracias de los santos fervientes, por el contrario el diablo, habitador de este mar, hace eso, para que del modo que hierven en el amor

de las gracias espirituales en el Espíritu Santo, así los hombres ardan para el amor de este mundo por el deseo de la vida presente, como con ciertos incendios flamígeros. Otros dijeron: «Hace hervir el abismo, de modo que estima el vaso de bronce como un delito, y el tártaro del abismo como un cautivo». En este lugar juzgo que Dios dijo así sobre el diablo: porque de este mundo, como por el nombre de abismo, es llamado así el diablo: definiendo para sí haya juzgado que no venga del todo a la recordación, que haya sido borrado de la memoria divina. Cuyo impiísimo sentido recuerda en el noveno profeta diciendo: «Pues dijo en su corazón: No requerirá». Y de nuevo: «Pues dijo en su corazón: Dios se ha olvidado, apartó su faz para no ver hasta el fin». También el tártaro del abismo, esto es, el infierno, en el cual los pecadores de este mundo serán mantenidos encerrados: él los mantenía como a un cautivo empujado bajo el dominio durísimo, a saber, en los vínculos infernales. Exultante, pues, y alegre, el diablo estimaba que había de poseer perpetuamente todo el mundo, criatura de su Dios, como si fuera rey y señor, no sabiendo que es regido por el Señor Dios eternamente, y por el siglo del siglo: perecidas las naciones impías de su tierra, juzgados los huérfanos (pupillos) y los humildes defendidos para que el hombre, esto es, el mismo diablo, no añada más para magnificarse sobre la tierra.

«Tras él brillará la senda». Ya entonces, volviendo en sí, buscará volver a Dios, cuando no habrá para él tiempo de penitencia. Y pienso

que llamó a esta senda de su conversión, la cual brille para su corazón endurecido y ciego con penitencia tardía: cuando después de recibida mínimamente le aproveche.

«Estimará el abismo como si envejeciera». O, como dijeron otros, «como un deambulatorio». Llamamos arriba al abismo a este mundo, al cual el diablo juzga envejecido e inveterado, permaneciendo ciertamente en los pecados, no sabiendo que por el advenimiento del Señor ha de ser librado de los pecados viejos.

«No hay sobre la tierra potestad que se le compare». Ninguna criatura es de tanta potencia, o criatura pecadora de tanta malicia, y por ello en ambas cosas nadie se le podrá comparar.

«El cual fue hecho para no temer a nadie». Por la propia voluntad de su libre albedrío, elevado en la soberbia fue hecho, esto es, fue de tal modo depravado por su malicia, que no temiera a nadie, ni al mismo Señor Dios su creador. Teme ciertamente como siervo malo y prevaricador; pero no tiene en sí el temor del amor de Dios.

«Todo lo sublime ve». En lo sublime, dice, y en lo excelso se erige, esto es, se eleva hasta el ápice mismo de su inestimable soberbia, para que blasfemo ponga en el cielo su boca, diciendo: «Pondré en el cielo mi trono, y seré semejante al Altísimo».

«Él es rey sobre todos los hijos de la soberbia». Esto es, cabeza y príncipe de todos los soberbios, a quien imitando los ángeles, hombres impíos y prevaricadores, fueron hechos hijos de su soberbia.

CAPÍTULO XLII.

Respondiendo Job al Señor, dijo: «Sé que todo lo puedes». Esto es, tú que humillas al diablo, como quieres y cuando quieres.

«Y ningún pensamiento se te oculta». ¿Quién podrá ocultarse al escrutador del corazón y los riñones? De donde aparece que el santo Job, por estas palabras (sermonibus) que confiesa arrepentido a Dios, acusa sus propios pensamientos, en los cuales recuerda haberse atribuido muchísimo a sí mismo por los méritos de su justicia, y haber intentado objetar una nota de iniquidad a Dios como si fuera un rústico.

«¿Quién es aquel que oculta el consejo sin ciencia?». Esto es, nadie puede esconder el consejo de tu conciencia. Ya en lo siguiente demuestra manifiestísimamente su error, y confiesa la insapiencia por la cual, ignorando el modo de hablar a Dios, se excedió, diciendo así:

«Por tanto, hablé insipientemente y cosas que exceden mi ciencia sobremanera». «Escucha, y yo hablaré: te interrogaré, y tú respóndeme». Ya ahora, depuesta la insapiencia y desechada la presunción de la estultez, corregido para la enmienda por la noticia de la reprensión divina, y purgado por el examen de la presente castigación, se atreve no obstante a interrogar a Dios diciendo: «Escucha». Muestra la clemencia de la indignación divina: y parece hablar esto, que Dios operó aquella plaga en torno a él de un modo muy diferente de lo que él mismo juzgara antes, y de aquí es que desea ser enseñado por Dios: y pide

que se le muestre esto mismo. Recibido, pues, por Job el oráculo de la visitación divina, como se ha de creer por sus palabras, dice a Dios:

«De oídas te había oído, pero ahora mi ojo te ve». Tras la prueba de la tentación, hecho más próximo al conocimiento divino, dice que ya ve a Dios, a quien antes, mientras era examinado, dijo que había oído. Pero oír a Dios, o verlo, que es invisible e incomprensible, no es de estos ojos ni de estas orejas, sino más bien de la mente y del corazón. Por lo cual son bienaventurados los hombres de limpio corazón, por el cual se ve a Dios.

«Por tanto, yo mismo me reprendo, y hago penitencia en brasas y ceniza». Pero después de que el Señor habló estas palabras a Job, dijo a Elifaz temanita: «Se ha encendido mi furor contra ti, y contra tus dos amigos: porque no habéis hablado ante mí lo recto, como mi siervo Job». «Tomad, pues, para vosotros siete toros y carneros, e id a mi siervo Job, y ofreced holocausto por vosotros». «Job, mi siervo, orará por vosotros». «Su faz recibiré: para que no se os impute la estultez». «Pues tampoco habéis hablado ante mí lo recto, como mi siervo Job». Fueron, pues, Elifaz temanita, y Baldad suhita, y Sofar naamatita, e hicieron como el Señor les había hablado. Cuyo lugar otros dijeron: «Por tanto, me desprecié a mí mismo, y me deshice, y me estimé tierra y ceniza». Pero que sus amigos no hablaron rectamente para injuria del santo Job, se muestra aquí abiertamente, imputándoselo el Señor a ellos: de donde Él mismo les dice que aquel pecado de exprobración no

puede serles remitido, a no ser que el bienaventurado Job hubiera orado por ellos, y ofrecido un holocausto de propiciación. Donde advertimos que el bienaventurado Job ejerció el oficio de sacerdote. Entiéndase en este lugar que a nadie conviene argüir con exultación y oprobio a quien está constituido en la castigación de Dios y en los trabajos de las tribulaciones. Pues dice que, ofreciendo Job antes sacrificio por ellos, recibió de buena gana su faz para escucharlo. Y añade el Señor cosas dobles. En lo siguiente se busca su sentido, el cual, del modo que fue duplicado, el escritor de este libro lo narra diligentemente. Los hermanos ciertamente y las hermanas, que se habían reunido con el bienaventurado Job tras la plaga de su castigación, se han de entender todos los pensamientos y las familias de su género. También todos sus conocidos y amigos, que conocían antes su potestad regia y su singular sabiduría, viniendo a él comieron con él en el convivio de su honor: en el cual se significó la suciedad de todas las manchas limpiada por él. En el movimiento ciertamente de la cabeza, sepamos indicada la alegría de los que se reunían con él: los cuales, por la gracia de un don, como a un indigente y que nada tenía del todo, le dieron cada uno una oveja y cada uno unos pendientes de oro. En esta consolación, aunque pequeña y por la duplicación de los bienes anteriores, se puede advertir que una gran multitud se reunió con él: el cual, habiendo recibido poco de cada uno, súbitamente fue hecho señor de tantas riquezas. Pudo el escritor de este libro haber dicho esto

también por anticipación, para que tras aquella tentación, por los ciento cuarenta años de su vida, bendiciéndole el Señor, poseyera las riquezas acumuladas al doble: pero no leemos duplicado el número de sus hijos. De donde juzgo que, puesto que aquellas cosas que habían perecido del todo le fueron restituidas al doble, también le fueron devueltos veinte hijos por diez. Pues estos mismos diez primeros a quienes la ruina de la casa que caía había oprimido, ante Dios no se consideran extintos. Por la edificación, pues, de nuestra fe, se ha de sentir que le fueron devueltos por Dios tantos hijos cuantos había perdido, para que con toda la sustancia de sus bienes devuelta a él al doble por el Señor, creyera que también tenía los hijos al doble: el cual, como fidelísimo siervo de Dios, mínimamente debía dudar que aquellos a quienes había enviado antes a Dios no habían perecido. Así, donde por todo este libro percibimos que el santo Job tuvo la figura del Salvador, concediéndolo su gracia, según se dignó otorgarnos, lo hemos expuesto, y en algunos lugares entendimos que sus amigos significan a los herejes, como también disertamos que aquel Eliú tuvo la imagen de la gentilidad. Pero porque por Cristo es la reconciliación de los impíos y de los que yerran: «Pues no hay otro nombre bajo el cielo en el cual convenga ser hechos salvos»: por ello, extinguida ya la gentilidad y abolida, los herejes son enviados a Cristo por Dios Padre, para que aquellos por quienes antes habían sido salvados, caídos de nuevo, sean reconciliados con Dios por el mismo mediador. En el holocausto cierta-

mente de los siete toros y carneros, se demuestra la satisfacción de las oraciones y de las limosnas, la limpieza plenaria y perfecta de la soberbia y de la ira, y la penitencia perfecta por el trabajo y la inocencia. Pero lo que dice:

Y recibió el Señor la faz de Job, el Señor también se volvió a la penitencia de Job, cuando oraba él por sus amigos; eso es lo que dice el Apóstol: «Cristo Jesús que está a la diestra de Dios»: el cual también intercede por nosotros, según el apóstol Juan, es nuestro abogado y propiciación ante el Padre. Así, pues, la faz del Salvador es recibida por el Padre, mientras Él mismo escucha y es escuchado.

Y añadió el Señor todas las cosas que habían sido de Job al doble. Aquellas cosas, por tanto, fueron añadidas a Cristo el Señor y Dios nuestro, cuando al pueblo de Israel por la fe fue añadida la multitud de las naciones, y será añadida en el reino.

Vinieron, pues, a él todos sus hermanos, y todas sus hermanas, y todos los que le conocían antes, y comieron con él el pan en su casa. Y movieron sobre él la cabeza. Lo que dice, «vinieron», esto es que por la fe le fueron incorporados, para que dentro de la Iglesia fueran congregados en un solo espíritu todos los creyentes en Él como sus miembros. Hermanos, pues, y hermanas se llaman a todo aquel parentesco del pueblo de los judíos: de cuya familia nació Cristo. O podemos entender por hermanos y hermanas generalmente a las multitudes de todas las naciones: por esto, porque de la masa del género humano asumió la

carne, por la cual se dignó hacerse a los demás hermanos suyos: de los cuales dice al Padre: «Narraré tu nombre a mis hermanos, y en medio de la Iglesia te alabaré». Y en el Evangelio dice: «Pues el que hiciere la voluntad de Dios, este es mi hermano, y mi hermana, y mi madre». And todos los que le conocieron antes, habían venido a él: así también se ha de sentir de ellos, porque le conocieron antes todos los santos y profetas, que ciertamente le veían en el espíritu: a quien también anunciaban que había de venir en la carne, como el mismo Señor dice: «Muchos profetas y justos desearon ver lo que vosotros habéis visto, y no lo vieron: y oír lo que habéis oído, y no lo oyeron». Pero a quien veían en el espíritu, deseaban ver la presencia de su advenimiento en la carne, como también el santo Abraham, de quien dice el Señor: «Abraham deseó ver mi día: y lo vio, y se gozó». Por tanto, los predichos santos vinieron, puesto que teniendo el mismo espíritu de fe, profetizaron como justos que viven de la fe, y previendo en el espíritu el sacramento de la encarnación de Cristo futura, vinieron a la misma fe de Cristo por la misma penitencia, esto es, de fe en fe, para que fueran uno bajo Cristo cabeza, y ellos mismos constituidos en el cuerpo de la Iglesia: donde, glorificado ya Cristo por la resurrección, y restituido al honor prístino tras la contumelia de la pasión, ahora en su casa, la Iglesia, comen el pan de sus sacramentos todos los que vienen a Él por la fe. Pero se dice que comen el pan con Él por esto, porque Él mismo dijo: «He aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumación

del siglo». O porque Él mismo es el consagrador de los mismos misterios, en los cuales lo recibimos a Él mismo bendiciendo y consagrando: porque Él mismo dijo: «Yo soy el pan vivo que bajó del cielo». Y la palabra de las Escrituras es el pan de Cristo, por el cual en la casa del Salvador, la Iglesia, son apacentados, y se restauran por la exhortación de ellos los antaño indigentes de fe, quienes en este siglo, como fueran ajenos a Dios, padecían hambre de la palabra divina, y todos los que le habían conocido antes, vinieron a Él, esto es, los que le conocieron en la tierra, merecieron venir a Él en el cielo. Y movieron, dice la Escritura, sobre Él la cabeza: exultando a saber, porque habían sido hechos partícipes de los convites espirituales y sagrados de Cristo: como el Señor dice en el salmo: «Mis votos cumpliré ante la faz de los que le temen: comerán los pobres, y se saciarán, y alabarán al Señor, los que le buscan».

«Y lo consolaron por todo el mal que el Señor había traído sobre él». Consuela no mediocremente a nuestro Salvador quien su pasión, que recibió por la redención del mundo, la cree con gozo, y fielmente la contempla con los ojos de la fe; pues Él mismo fue lleno de tal consolación, que cuando hubo visto la turba de los creyentes, exultó en el espíritu, como aprendimos por el escrito del santo evangelista. Que Dios Padre trajo sobre su Hijo el mal de la pasión y de la muerte, lo decimos así según el Apóstol: «Quien no perdonó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros». Sobre lo cual tomamos gran consola-

ción, de que nos dará sus bienes quien recibió nuestros males.

«Y le dieron cada uno una oveja, y un pendiente de oro». Cada uno de los que vienen a Cristo por la fe, le ofrece su inocencia y la obediencia de su mente. Porque también el Apóstol enseña a vivir así a los hechos santos de entre los pecadores, diciendo: «Os ruego, hermanos, que exhibáis vuestros cuerpos como hostia viva, santa, agradable a Dios». Así, pues, los que vienen a Cristo son hechos ovejas del Señor, ovejas santas, aquellas ovejas racionales, que suben del lavacro, que tienen crías gemelas, cuando por la obediencia de los mandatos de Dios, renacidas en Cristo, hubieren sido operarios inocentes y simples y fieles.

«Pero el Señor bendijo los últimos días de Job más que su principio. Y se le hicieron catorce mil ovejas, y seis mil camellos, y mil yuntas de bueyes, y mil asnas». Los principios de Cristo Dios y Señor nuestro se significan como los exordios de la Ley de Moisés. Pero sus postrimerías se muestra que son el Evangelio. De donde dice el Eclesiastés: «Mejores son las postrimerías del discurso que su inicio». Por tanto, mejores son los misterios del Evangelio revelados en Cristo, que las significaciones y figuras de la Ley: mejores los sacrificios de los corazones contritos, que los holocaustos de los ganados. Mejor la manifestación de la verdad en el Evangelio, que la sombra de las alegorías en el Antiguo Testamento. Así, pues, bendijo el Señor las postrimerías de Job más que su principio, para que en ambos pueblos, de los judíos y de las naciones, abundara la gracia: a los

cuales pueblos, según las cualidades de las costumbres, quiso llamar esta Escritura como bajo los nombres de diversos animales. Qué significación ciertamente contengan en sí los mismos vocablos de los animales, recuerdo haberlo dicho al inicio de esta obra. Juzgo el número duplicado de estos animales ciertamente por causa de ambos pueblos, o por causa de la más abundante gracia del Evangelio, como ya dijimos, de la cual dice el Apóstol: «Nuestra suficiencia es de Dios: quien también nos hizo idóneos, y ministros del Nuevo Testamento, no en la letra, sino en el espíritu: pues la letra mata, pero el espíritu vivifica».

«Y tuvo siete hijos y tres hijas». Lo que se refiere que tuvo siete hijos y tres hijas, se indica el número septenario de las gracias, de la Ley, y de la Profecía, y de la Gracia, como dije al inicio de esto. A las cuales su padre al morir hizo coherederas de sus hermanos, esto es, a las almas que por el espíritu de las gracias incorpora en el testamento de las divinas Escrituras, a esas ciertamente las hace ser partícipes de sus promesas. También los nombres de aquellas hijas, puestos significantemente, contienen en sí un gran sacramento.

«Y llamó el nombre de una Día, y el nombre de la segunda Casia, y el nombre de la tercera Cuerno de estibio». «No fueron halladas además mujeres hermosas como las hijas de Job en toda la tierra». «Y les dio su padre herencia entre sus hermanos». «Vivió además Job tras estos azotes ciento cuarenta años, y vio a sus hijos, y a los hijos de sus hijos, hasta la cuarta generación: y murió anciano, y lleno de días». Día, por tanto, es la ley

de Dios, la cual para el conocimiento de la verdad ilumina la noche de la ignorancia humana. Casia es el don de la santa unción. Cuerno de estibio se adapta muy competentemente a las abundancias evangélicas y a las riquezas de la Iglesia, la cual es tesoro de las cosas espirituales. El Cuerno ciertamente pertenece a la insignia regia y a la dignidad de la Iglesia: como dice el profeta: «Exaltó el cuerno de su Cristo». Por tanto, el santo Job manifiestamente tuvo la figura del Salvador; y en esto de que de riquísimo fue hecho indigente y pobre, para que nosotros fuéramos enriquecidos: en torno a su cuerpo el diablo ejerció toda su potestad: pero nada aprovechó, como el mismo Señor dice: «Pues vendrá el príncipe del mundo y en mí nada hallará». Del modo que también el bienaventurado Job tras la pérdida de los hijos infieles fue enriquecido en hijos: así también el Salvador tras la pérdida de los hijos infieles fue enriquecido en las naciones. Por muchas cosas, pues, el santo Job figuró también la pasión y la paciencia de nuestro Señor; por el número de los hijos, y por los nombres de las hijas, portendía la futura plenitud de la gracia septiforme del Espíritu Santo, de la Ley, y de los Profetas y del Evangelio en nuestro Salvador. En el cual descansó el espíritu de sabiduría y de entendimiento: el espíritu de consejo y de fortaleza: el espíritu de ciencia y de piedad: lo llenó el espíritu del temor de Dios, lo cual se ha de entender como «lleno de días».

Al fin aliviado de la carga de la larga explicación, respirando como depuesto un pesado fardo,

dirijo a ti, beatísimo padre Vecterio, la clausura de mi sermón, pidiendo que si en esta obra percibieres algo digno de la verdad probable, admires también en torno a mi pequeñez los larguísimos dones de nuestro Señor: te ruego que ni lo acaricies con favor de amigo, ni lo defiendas con benévola excusa. Porque no quiero que derribes la eminencia de tu juicio de la sublimidad de su dignidad: sino más bien haz así loable mi Obrita (Opusculum), mientras retractas sus cosas descuidadas corrigiéndolas, y las castigas con perfecta enmienda.